

JUNTO AL REY

Nerea Martín



JUNTO AL REY

NEREA MARTÍN

ÍNDICE

[Introducción](#)

[Prefacio](#)

1. [Dos perspectivas](#)
2. [A las mil maravillas](#)
3. [Y quien busca, encuentra](#)
4. [Juego de miradas](#)
5. [Un gesto inesperado](#)
6. [Nuevo reto](#)
7. [Domingos](#)
8. [El tercer intento](#)
9. [Acortando las distancias](#)
10. [Todo por descubrir](#)
11. [Más de un motivo](#)
12. [Causa y efecto](#)
13. [Mariposas](#)
14. [La anticipación](#)
15. [Más allá](#)
16. [Matices](#)
17. [Dejarse llevar](#)
18. [Todo acaba de cambiar](#)
19. [Calanthe](#)
20. [Right Here Waiting](#)
21. [Un beso después](#)
22. [Bruma](#)
23. [A plena luz](#)
24. [En palacio](#)
25. [Fluir](#)
26. [La invitación](#)
27. [Semillas](#)
28. [Preparativos](#)
29. [La admiración](#)

- 30. [Ineluctable](#)
- 31. [La realidad](#)
- 32. [El vacío](#)
- 33. [Aprender a volar](#)
- 34. [Construir y reconstruir](#)
- 35. [Puentes](#)
- 36. [Volver](#)
- 37. [Refugio](#)
- 38. [Hogar](#)
- 39. [Florecer](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras Obras de Nerea Martín](#)

Copyright © 2026 by Nerea Martín

JUNTO AL REY

Reservados todos los derechos.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Cubierta: Nerea Martín

Corrección: Nerea Martín

Ilustraciones interiores desarrolladas por Magia de la Lectura Servicios Editoriales.

Maquetación: Magia de la Lectura Servicios Editoriales

Depósito legal: VA 308-2026

ISBN: 9798198005587

*Para ti, que intentas amar todos los matices de quién eres, incluso
los que aún estás descubriendo.*

*Para mi mami, por ser siempre mi incondicional, y para mi abuela,
por mostrarnos el valor que atesora ese término.*

*Para Helena y Pedro, mis dos fierecillas, por enseñarme a mirar más
allá.*

*Y para Aarón, mi norte, por el «tú puedes», que se convierte en el
mejor motivo para no dejar de creer en este sueño.*

INTRODUCCIÓN



Antes de descubrir Alborea...

Arven, el reino en el que viven Julia y Edward, solo existe en mi imaginación.

Ojalá fuera real, dicho sea de paso.

No es un universo de fantasía, sino un lugar posible, moldeado con detalles de lo cotidiano y de los sueños que me habría gustado encontrar en él.

Sus costumbres, su política y su monarquía, aunque inspiradas en países del siglo XXI, solo tienen sentido entre estas líneas. Aún así, puede que encuentres en ellas un reflejo de nuestro mundo.

Espero que su historia y, sobre todo, su amor, escritos desde lo más profundo de mi corazón, sean para ti un refugio y quizá una fuente de inspiración.

Con todo mi cariño,
Nerea

PLAYLIST

Heaven – Bryan Adams
Bed of Roses – Bon Jovi
Total Eclipse of the Heart – Bonnie Tyler
Sacrifice – Elton John
Hungry Eyes – Eric Carmen
Always – Bon Jovi
Right Here Waiting – Richard Marx
Stand by Me – Ben E. King
Chiquitita – ABBA
Cuarteto de cuerdas en sol menor – Debussy
What a Wonderful World – Louis Armstrong
It Must Have Been Love – Roxette
One Moment in Time – Whitney Houston
Making Love Out of Nothing at All – Air Supply



PREFACIO



JULIA

Un ronroneo tan dulce como los buñuelos de viento que había preparado la tarde anterior, en pleno febrero, por petición de Olivia, su mejor amiga, socia y alma gemela, fue el causante de que se despertara cuando apenas comenzaban a emerger los primeros rayos de sol.

—DJ, por favor, cinco minutos más —murmuró, negándose a abrir sus expresivos ojos del color de la azurita.

El pequeño gato pelirrojo, Dante Jovi, al escuchar su voz, buscó acurrucarse aún más junto a ella, logrando que, por más que quisiera seguir en los brazos de Morfeo, no pudiera resistirse a acariciarlo.

—Eres un pequeño consentido —le dijo cuando terminó de mimarlo, contemplando la bonita mañana de invierno que se abría paso a través de los enormes ventanales de su apartamento.

Un nuevo día acababa de comenzar y, aunque lo había hecho antes de lo que tenía previsto, aprovecharía aquel tiempo extra que su ahijado felino le había otorgado, disfrutando de un té blanco en la desordenada y colorida cocina que ella y Oli, quisieran o no, debían organizar en algún momento de esa semana, y leyendo un manual de botánica que había rescatado de la biblioteca del centro de Liora.

Tras saludar a todas y cada una de sus plantas, que invadían cada rincón del salón, regresó a su habitación.

Bajo la atenta mirada de DJ, se trenzó su larga melena rubia y, despidiéndose de su pijama de franela, lo cambió por sus vaqueros azul oscuro favoritos, junto a una camisa holgada de algodón en color crema, con un sutil estampado floral.

—Pórtate bien, chiquitín, y vuelve antes de que regrese Oli —le dijo al guardián de su pintoresca morada, sabiendo que bajaría a jugar a la calle por la escalera trasera en cuanto ella desapareciera.

Lo bueno de vivir justo encima de Sweet Garden, su recién inaugurado *catering*, era que jamás llegaba tarde, y fue justo cuando estaba a punto de dar la vuelta al cartel de cerrado cuando la voz de Joseph captó su atención.

—¡July, espera!

La anticipación en el timbre del cartero más adorable que jamás había conocido hizo que se girara con una genuina sonrisa.

—En cuanto he visto el sello, he...

Jamás supo qué le explicó aquel hombre de barba cana en ese breve intercambio de palabras, pues, en cuanto su mirada se posó en el ornamentado sello de la carta, el mundo, su mundo, pareció detenerse durante un instante.

Sus finos dedos dudaron antes de tomar el sobre, como si, en aquel parpadeo, todo por lo que habían luchado Olivia y ella desde que decidieron apostar por su sueño se materializase.

«Sabía que lo conseguiríamos», gritaba su subconsciente, emocionado, incluso antes de leer la ansiada confirmación.

La casa real de Arven, nada más y nada menos, les acababa de conceder en aquellas líneas una oportunidad inigualable.

Tan solo necesitó ojear las primeras palabras, ya que su intuición de que todo saldría bien no había fallado e, incapaz de contener su alegría, abrazó al viejo Joseph, que la miraba orgulloso.

Durante un segundo más, apretó aquel sofisticado sobre entre sus manos, necesitando cerciorarse de que era real, y en cuanto se permitió asimilarlo, salió corriendo hacia su bicicleta.

La sensación de que algo grande estaba por venir la acompañó mientras pedaleaba a toda velocidad, recorriendo el puerto de la

capital, deseando contarle la buena noticia a la otra parte del equipo, que esa noche había dormido en casa de Noah.

Mientras el viento acariciaba sus pecosas mejillas, se recordó, una vez más, el mantra que la acompañaba desde que tenía uso de razón y que, tras enterarse de que su nueva gran aventura tendría lugar a primeros de abril en el palacio de Alborea, no pudo evitar volver a evocar:

—Ni siquiera el cielo es el límite... —susurró—, y si alguna vez lo fuera, aprendería a volar.

Y así, el futuro que había soñado, aunque no de la forma en la que había imaginado, comenzó a dibujarse.

CAPÍTULO 1

DOS PERSPECTIVAS



JULIA

La voz de Bryan Adams, junto a los primeros acordes de *Heaven*, su canción más emblemática y la que a ella más le pellizcaba el corazón, envolvía cada metro cuadrado de la cocina de Sweet Garden.

Oli había decidido poner la radio a todo volumen mientras trabajaban mano a mano. Al ritmo que iba, si su socia seguía entonando así, lograría que el cielo, que a duras penas empezaba a clarear, se encapotase. Y, aunque ella adoraba con todo su ser la calma que le producía el sonido de la lluvia, su estación predilecta del año —la primavera— llevaba dos largas semanas sin dar tregua, tanto que parecía que jamás volverían a ver el sol en todo su esplendor.

—En serio, Olivia, ¿te he dicho alguna vez que serías una extraordinaria cantante si no fuese por la voz? —preguntó mientras terminaba de mezclar los ingredientes del *lemon curd*, intentando esconder una sonrisa.

Hacía demasiado rato que no se pinchaban la una a la otra.

—Baby, you're all that I want... —siguió cantando su mejor amiga, guiñándole un ojo y omitiendo su deliberado ataque mientras

bailaba alrededor de la encimera metálica que dividía la estancia en dos.

—Desde que estás con Noah, solo cantas baladas, querida —prosiguió chinchándola, admirando la creación que tenía entre sus manos.

En tan solo dos días tendría lugar el evento más importante de sus carreras y, gracias a la libertad creativa que les había otorgado la casa real, estaba elevando, con mimo, azúcar y unas flores de Jamaica, el que consideraba su postre estrella.

—Juls, adoras a Noah —replicó Oli, sin poder evitar sonrojarse al nombrarlo—. Y ahora, hazme el favor de subir a nuestra casa y bájame la albahaca.

Efectivamente, sentía un cariño especial por Noah, pero era por el simple hecho de que jamás había visto a nadie idolatrar tanto a su mejor amiga como lo hacía él.

—Adoro al mejor químico de Arven tanto como tú a mis plantas —respondió encaminándose hacia la puerta.

—Estoy aprendiendo a quererlas —gritó Olivia cuando ella ya había salido hacia las escaleras que conectaban Sweet Garden con su apartamento.

La realidad era que Oli, gracias al cielo y a que la conocía demasiado bien, no había entrado en colapso al ver la cantidad indecente de macetas que trajo consigo cuando se mudaron, pero jamás amaría tanto a sus preciosas caléndulas como ella.

Aquella pasión por las plantas, que había emergido con fuerza tan solo un par de años atrás, se había convertido en su *hobby* predilecto.

Cuando abrió la puerta de su hogar, el olor a «vida» le recordó por qué seguiría aprendiendo botánica, incluso algo de herbología. Mirando con ternura a los ranúnculos, se dispuso a cortar la albahaca.

Habían estado tan ocupadas en los últimos días que no fue hasta ese instante, sin previo aviso, cuando los nervios por su inminente puesta en escena en el palacio de Alborea, también conocido como la Villa del Amanecer, hicieron acto de presencia. No era su primer gran evento como empresaria, aunque aún se sintiera como una

novata en aquel universo tan adulto, pero sí sería el mayor reto al que se habían tenido que enfrentar hasta la fecha.

Le seguía pareciendo increíble que hubiesen conseguido, gracias a una acertada y oportuna recomendación de Noah —que había hablado con Ella, la hermana de la mano derecha del mismísimo rey —, una oportunidad que, sin lugar a dudas, habían sabido aprovechar tan solo seis meses después de la apertura del *catering*.

Quedaban menos de cuarenta y ocho horas para su primera —esperaba que no última— recepción en palacio y, pese a que tenía un temple inquebrantable, como le decía su madre, se permitió, en aquel momento de soledad, titubear.

Tenían que estar a la altura. Ella tenía que estarlo.

Con la albahaca en la mano, tras un largo suspiro, volvió a bajar al local con la energía renovada y con una clara intención de comerse una de las trufas que ya descansaban en la cámara frigorífica.

«No hay nervios que un buen dulce no sea capaz de apaciguar», pensó devorando aquel pequeño manjar.

—¿Crees que conoceremos a su majestad, florecilla? —le preguntó Oli un rato después, sacando tema de conversación, cuando prácticamente habían terminado su infinita lista de tareas.

Ni se lo había planteado, estaba tan centrada en cómo sería su trabajo como jefa de cocina y posteriormente «apagando fuegos» en el salón, que lo que menos le preocupaba era con quién se codearían.

—Mmm... —titubeó, concentrada, afinando la decoración de las tartaletas que solían exponer en la zona de degustación.

—Aún no me creo que la casa real vaya a financiar esas becas —continuó hablando su mejor amiga.

—A mí me parece un gran gesto —contestó, acercándose por tercera vez a la nevera para poder seguir deleitándose con el sabor del cacao.

—Lo es —afirmó Oli, con una chispa de esperanza en sus enormes ojos verdes—. Y te prometo que rezaré a Atenea si hace falta para que el equipo de Noah sea quien consiga una de ellas —

añadió, acercándose a su lado, jugueteando con el nudo del delantal en color menta que ambas vestían.

—Hasta yo pondré un par de velitas a la diosa de la sabiduría —respondió, pasándole un dulce.

Aquello de lo que hablaban era el motivo de la celebración para la que habían sido contratadas. La casa real de Arven, por iniciativa del rey Edward, impulsaría una serie de nuevas becas destinadas a fomentar proyectos sostenibles en la universidad de Liora.

—Yo las pondré para que conozcas a alguien allí.

—Ey, cállate —gruñó airada, mirándose una manicura inexistente—. Sabes que mi amor incondicional lo tiene DJ.

Y así era: enamorarse hacía milenios que no entraba en sus planes. No hasta consolidar su sueño. Y después, tampoco, pues existía un mundo entero por el que quería viajar, aunque solo pudiese hacerlo en invierno, cuando terminase la temporada de eventos.

—Eres incorregible, July.

—¿Vamos a buscar al chiquitín? —cuestionó encogiéndose de hombros, pensando dónde se habría escondido su ahijado pelirrojo.

—Coge el paraguas, por si acaso —le respondió Oli, tras ponerse las chaquetas y apagar, una a una, todas las luces del local.

Menos mal que lo hizo, pues los berridos de Olivia que el cielo había tenido que escuchar finalmente se habían revelado, y una suave lluvia comenzó a empaparlas cuando encontraron al pequeño jugando con otro par de felinos en la zona del paseo marítimo.

—Creo que este evento nos va a sorprender, Juls —comentó Oli con Dante Jovi ya acurrucado en sus brazos—. Llámalo intuición o predicción de bruja piscis.

Parecía que acababa de leerle el pensamiento, ya que ella sentía exactamente lo mismo.

—Creo que por fin, amiga mía, estamos volando alto —respondió entonces, agarrándola, con cariño, como siempre hacía, del brazo.

O, al menos, estaban despegando, pero sonaba menos épico.

La lluvia cesó por completo aquella bonita noche de abril, cuando regresó junto a su pequeña familia a casa y, por alguna razón que no supo explicar, mientras observaba el brillo de la luna desde la

gran ventana de su habitación, supo que algo, aún no sabía el qué, acababa de empezar a cambiar.

EDWARD

Siempre había creído que todo podía diseñarse, incluso el futuro de su país.

Por eso mismo, aun sabiendo que llevaría la corona de Arven, estudió arquitectura, guiándose por su instinto, ese en el que tanto confiaba.

Sentado en su despacho del edificio Lira, el área de la Villa del Amanecer destinada a los plenos, revisó por trigésimo novena vez aquel día el evento que llevaba, lo que se le había antojado una eternidad, preparando.

Desabrochando los botones del chaleco en un tono gris marengo que lucía esa mañana, se acomodó en el apacible sillón de cuero negro que había encargado trasladar a esa zona de palacio.

Si el reloj de aquella sobria sala no fallaba, Lewis estaría a punto de hacer acto de presencia.

Aguardando a su llegada, anotó las preguntas que, aunque sabía que ya le había hecho, volvería a repetirle. Confiaba en su mano derecha casi más que en sí mismo, pero necesitaba que todo fuera perfecto. Era su primera iniciativa como soberano y, aunque contaba con el apoyo de todos los ministros y de la reina emérita, su madre y fiel consejera, pues todo lo que implicase un cambio en Arven pasaba primero por ellos, no se quedaría tranquilo hasta que no se volviese a cerciorar de la pulcritud del programa que debían seguir.

El sonido de la puerta hizo que levantara la cabeza de sus anotaciones y que se pasara una mano por el pelo, intentando frenar el mechón rebelde de color café que se empeñaba en opacar sus ojos.

—Adelante —dijo poniéndose en pie.

—Buenos días, su Excelentísima Majestad —saludó Lewis con su particular tono desenfadado.

—Veo que estás de buen humor —murmuró al escuchar cómo le había saludado su amigo.

—Pues como siempre, Ed —respondió este sonriendo, mientras se sentaba frente a su escritorio.

Si formaba tan buen equipo con el que había sido su compañero de colegio era porque eran el contrapunto perfecto. Lewis fluía como el viento; sin embargo, él no era capaz de soltar, es más, era incapaz de pensar en salirse del cuadrado que su mente, hacía años, había trazado. Probablemente su carácter tuviese bastante que ver con la educación que había recibido desde la cuna como heredero.

Aun así, como se dijo al pensar en lo diferentes que eran, no era el momento de divagar sobre lo difícil que podía llegar a ser su marcada personalidad.

—Está todo preparado, Edward, no hay ni un solo fleco suelto —comentó Lewis, enderezándose, satisfecho, una vez terminó de responder a su bombardeo de cuestiones.

Su mano derecha, aunque pretendía ocultarlo, parecía agotado y eso que solo llevaban reunidos un par de horas, por lo que, buscando centrar el resto de la jornada en algo más liviano, se fijó, casi por casualidad, en un nombre que hasta entonces, cosa que le sorprendió, le había pasado inadvertido.

—¿Sweet Garden? —preguntó, curioso.

—Es el nombre del *catering* —explicó Lewis, acomodándose en su silla.

No le sonaba de absolutamente nada y no es que fuese un experto en todos y cada uno de los negocios de restauración que había en Liora, sino que siempre solían utilizar los mismos servicios y aquel nombre, tan «dulce», estaba seguro de que lo habría recordado de haberlo escuchado antes.

—Suenan más a los encargados de los arreglos florales —bromeó, aunque nadie podría haberlo adivinado por la seriedad de su voz.

—Ella me lo recomendó, Ed, y créeme, confío en el gusto culinario de mi melliza.

La hermana de Lewis, aparte de trabajar como investigadora en el área de química de la universidad, era una experta en saquear las cocinas de palacio y probar hasta el último bocado que a Hillary, la

jefa de cocina, se le hubiera ocurrido preparar o, al menos, lo había sido cuando eran unos niños. Así que sí, se podría decir que ambos confiaban en su criterio.

—Es tu puesto el que pelagra si no están a la altura —dijo, intentando ocultar una mueca.

—De verdad, Ed, si no fuera porque sé que dentro de ti existe un ser medianamente amable, con esa actitud tan estirada me darías hasta miedo.

—Eso pretendo —respondió carcajeándose, mostrando su verdadera esencia con aquel gesto despreocupado y alejando, por una fracción de segundo, el peso autoimpuesto que sostenía.

No había nada más importante para él que Arven, su país, su reino, su hogar y todo lo que quería construir como legado y, aunque no fuera una buena excusa, aquel era el motivo por el que se mostraba tan sumamente regio.

—¿Mañana te escabullirás para salir a correr? —preguntó Lewis antes de marcharse.

«Por supuesto», respondió mentalmente. Necesitaba aquellas escapadas vespertinas tanto como respirar.

—Saldré a las siete del jardín oeste.

—Intentaré venir pronto para acompañarte —dijo su amigo como despedida.

Sabía que no sería así, pero él aprovecharía que estaban reformando esa parte de la Villa para perderse al trote por los alrededores.

El aire fresco le vendría bien para enfrentarse a las más de doscientas personas con las que contaría palacio unas horas más tarde.

No obstante, para lo que no estaba preparado era para el impacto arrollador que le causó una de las integrantes.

CAPÍTULO 2

A LAS MIL MARAVILLAS



JULIA

Una cosa era ver los alrededores de palacio desde detrás de las preciosas verjas de hierro forjado y otra muy diferente, caminar, intentando centrarse en todo lo que tenían por delante aquel día, sin desviar los ojos hacia los inmensos jardines que había a su alrededor. Las flores, las fuentes, el paseo... todo parecía querer captar su atención y, a quién quería engañar, lo estaba consiguiendo.

Ya en la gran cocina del edificio Astra, preparada para cumplir con su función como cocinera y coordinadora, seguía pensando en el camino de grava que había recorrido seguida por todo el equipo, en cómo los rosales en flor vibraban bajo la tenue luz de la mañana y en el olor a hortensias y lavanda que aún podía percibir.

La Villa del Amanecer, en lo poco que había tenido el honor de ver, la había embaucado por completo. Su belleza era exquisita.

Opacando las ganas de volver hacia los jardines hasta explorarlos por completo, miró a Olivia y, tras un gesto cómplice, comenzó la acción. Cuatro ayudantes de cocina y trece camareros, con los que ya habían contado para otros eventos y que habían sido aprobados por la casa real, siguieron sus primeras directrices de la jornada.

Tenían cinco horas por delante, sin margen de error y demasiados platos que preparar, otros que terminar, sin olvidarse del arte que suponía emplatar, del que se encargaría personalmente.

No podían permitirse fallar. Ni ese día, ni en aquel lugar.

Ella, junto a Jessica y Robert, se puso con los aperitivos fríos y Oli, seguida por David y Caroline, se encargó de la estación principal y los aperitivos calientes.

El tiempo corría en su contra. Sin embargo, a las seis en punto, cuando el murmullo de los invitados ya se hacía eco por todas partes, se secó las manos en el delantal, ocultando la emoción y, abriendo la puerta que conectaba, de una forma increíblemente discreta, las cocinas con la zona norte del gran salón, encomendó a quienes consideraba un equipo extraordinario la misión de que aquella recepción dejase a Sweet Garden como el mejor servicio de restauración de Liora.

Solo en dos ocasiones, desde que todo empezó, tuvo que hacerse un hueco entre los invitados para ir a ayudar, momentos que aprovechó para reiterarse que el evento estaba saliendo a la perfección y para admirar, casi tan embobada como cuando había contemplado los jardines, la magnífica sala, repleta de vidrieras, en la que se celebraba el cóctel.

«¿Habrá algo que no sea tan sumamente maravilloso en este palacio?», pensó mientras regresaba a su lugar junto a Oli.

Todo estaba funcionando a las mil maravillas, demasiado bien para permitirse bajar la guardia y, mientras lo comentaba con su socia, con el corazón encogido de tanta dicha, decidió que era el momento de continuar con la dirección de la recepción sola, por lo que no tardaría mucho en darle la sorpresa que, con tanto cariño y gracias a la ayuda incondicional de Valentina, su madre, había estado preparando.

Sorpresa que debía salir a buscar, con toda la discreción posible, teniendo en cuenta dónde estaba.

EDWARD

La lluvia de felicitaciones que estaba recibiendo, junto a las sonrisas de sus padres, que seguían sus pasos desde lejos, permitiéndole tomar sus propias decisiones, como siempre habían hecho, sin ni siquiera haber dado el discurso, consiguió apaciguar el afán de perfección que le perseguía por costumbre. Incluso estaba disfrutando del evento y de conocer a los integrantes de los diferentes grupos de investigación de la universidad.

El área de ciencias siempre le había parecido fascinante y la búsqueda de proyectos sostenibles, adaptados a Arven, a medida que iba escuchando pinceladas de lo que serían las propuestas, le parecía cada vez más una de las mejores ideas que había tenido desde que había sido nombrado soberano.

Disfrutando de uno de los aperitivos, una especie de brocheta con tomate y albahaca, su mirada pasó del rostro moreno de Lewis, que le observaba, altanero, sabiendo que había acertado con el *catering*, al lugar en el que sabía que se escondía la puerta que daba acceso a la cocina.

Estaba pensando que a quien debía agradecerle aquella recomendación era a Ella, que también estaba por allí con sus compañeros de trabajo, y no al pretencioso de su mejor amigo, cuando la vio.

Una trenza rubia enmarcaba su suave rostro sonrojado y fue el contemplarla huir a hurtadillas del salón lo que consiguió que, de forma inconsciente, se formara en su cara una genuina sonrisa.

«¿Quién será?», se preguntó curioso.

Hilando, ya que era un hombre racional, mientras escuchaba de fondo a Lewis y a Sebastian, uno de los futuros ministros, dedujo que formaba parte de Sweet Garden y, sintiéndose un tanto ridículo, pensó que aquel nombre describía a la desconocida que había desaparecido ante sus ojos a la perfección, aunque no supo explicar por qué le resultó tan acertado.

Relegando la curiosidad a un cajón, se acomodó la corbata estampada en tonos burdeos que llevaba y, siguiendo rigurosamente el programa, se preparó mentalmente para el discurso que tenía que dar.

Lo había releído, como era habitual —e innegociable— en todo lo que hacía, infinidad de veces, por lo que lo daría de memoria y esperaba, con aquellas palabras, mostrar a su país, ya que sería retransmitido en televisión, su férrea implicación para que Arven siguiera creciendo durante su reinado, aunque no interviniera de forma directa en la política.

No obstante, cuando estaba tomando posiciones frente a todos, un destello rubio, que no había olvidado, iluminó el salón.

JULIA

Si había entrado y salido por la «puerta principal» era porque consideraba el tiempo oro y aquel era el acceso más rápido al exterior, ya que había dejado en la furgoneta el vestido y los zapatos para Olivia.

Increíblemente, había sabido ubicarse, sin perderse, en el laberinto que parecía aquel bonito edificio.

Con la ilusión de una niña pequeña, se acercó a su mejor amiga, con la que se había excusado y a la que había dejado sacando los postres, que se servirían como dulce final tras el discurso del rey.

—¿Qué es eso, florecilla? —la interceptó su socia, al verla volver a entrar, antes de que ella pudiera hablar.

—Creo que por hoy tu jornada ha terminado, amiga mía —pronunció, tendiéndole la bolsa en la que guardaba su sorpresa.

La expresión de desconcierto de Oli, intentando entender a qué se refería, logró que comenzara a emocionarse.

Algo que consideró completamente lógico en un día como aquel, que había estado repleto de tanta intensidad.

—Juls...

La había pillado.

—¿En serio pensabas que te librarías de salir ahí fuera como invitada, señorita Dawson?

Noah, cuando les habló por primera vez de la recepción, le pidió a Olivia, como no podía ser de otra manera, que fuera su acompañante, solo que en aquel primer momento no habían

contado con que la suerte o quizá el destino las llevaría a terminar formando parte del personal.

Fue una vez que su participación quedó consolidada cuando, una tarde, después de atiborrarse a buñuelos de viento con su madre, en una de las mesitas de la zona de degustación de Sweet Garden, se le ocurrió aquella idea, de la que el novio de su amiga también había terminado formando parte.

—Pero... Tenemos que terminar aquí —intentó decir Oli, sin atreverse a abrir el paquete que ya tenía en sus manos.

—Ey, no hay peros que valgan, como diría mi madre —gruñó, intentando parecer autoritaria, aunque la sonrisa que se formó en sus labios no ayudó— que, por cierto, es quien lo ha preparado para ti.

Si la emoción en ella amenazaba con rebasarla, a su alma gemela la sobrepasó en cuanto vio el contenido del paquete: un vestido hecho a mano.

—Ve a cambiarte, por favor —le pidió conteniendo las lágrimas, ante las miradas divertidas del equipo que seguía junto a ellas en la cocina.

—Eres la mejor, Julia Lorraine —respondió Oli, abrazándola.

—No lo repitas mucho o me lo empezaré a creer —añadió, buscando con la mirada un pañuelo entre las trufas, los milhojas y las tartaletas de limón que invadían hasta el último rincón de la encimera.

Se estaban comportando cual par de dramáticas.

Casi dando saltos de alegría, Olivia salió por la puerta trasera, la que daba acceso a una zona de almacenaje y a unos vestuarios, dispuesta a cambiarse. Cuando reapareció, tan solo unos minutos después, con su delicado vestido de raso en color *champagne* y sus rizos recogidos en un moño desenfadado, supo que aunque se había cargado de trabajo, había acertado. Su mejor amiga merecía aquello y mucho más.

Haciéndola girar, como en las películas, ambas se echaron a reír y deseando ver, aunque fuese durante un segundo, la cara de Noah al ver entrar a su novia, la acompañó al salón.

El discurso del rey estaba en pleno auge, por lo que decidieron no hacer ningún ruido y aguardar, apoyadas en la puerta, hasta que este terminase.

Había estado tan entretenida con sus tareas que, aunque era observadora y curiosa por naturaleza, no se había parado a buscar entre los invitados a los miembros de la casa real.

La voz del rey Edward, cargada de una fe inquebrantable en el proyecto que estaba exponiendo, consiguió que la primera vez que se fijó en él, más allá de lo que cualquier persona con un par de ojos habría hecho, lo observara, sin poder apartar la mirada, con verdadera admiración.

CAPÍTULO 3

Y QUIEN BUSCA, ENCUENTRA



EDWARD

Sintiéndose tan liviano como una pluma, respondió a las preguntas que la prensa fue haciéndole con entereza. Lo había conseguido y su país —o al menos los presentes— se había mostrado igual de emocionado que él con la iniciativa de la que tan orgulloso se sentía.

Aunque aquella aventura solo acababa de empezar, pues quería formar parte del proceso de selección de los proyectos amparados, se permitió respirar.

Cuando el foco dejó de recaer sobre sus hombros, se acercó a sus padres.

—Bien hecho, Edy —murmuró su padre, sonriendo al tenderle la mano.

—Papá... —gruñó, frunciendo el ceño.

De todos los apelativos por los que lo llamaba su círculo, Edy era el que menos le gustaba.

—Edward, para nosotros siempre serás Edy, por muy rey que ya seas —le reprendió Katherine, su madre, con el tesón de la reina que había sido.

Ante la sonrisa de su padre, que había ganado aquella pequeña batalla, se rindió y, sin importarle en absoluto lo rodeado de personas que estaba, abrazó al que había sido el consorte.

—Gracias, papá —dijo tras aquella breve muestra de cariño.

Y, sabiendo que su madre aguardaba un abrazo similar, para molestarla, le cogió la mano y, posando un beso en ella, se despidió:

—Te veo luego, madre.

—Edward de Valera, si no estuviéramos...

Riéndose, se apartó de ellos, en busca de un momento de intimidad, cosa que sabía que sería difícil conseguir en una recepción, pero que necesitaba.

Apoyándose en una de las mesas altas que habían dispuesto en la zona más discreta del salón, interceptó uno de los postres que estaban sirviendo.

Pocas personas sabían que su fruta favorita era el limón y, al ver el distintivo color amarillo en las tartaletas, no pudo resistirse.

Con lo que no contaba era con la explosión de sabor que sintió en la boca en cuanto probó aquel pequeño trozo de cielo.

A lo largo de sus veintinueve años de existencia había tenido la oportunidad de maravillarse con los mejores postres del mundo, pero jamás había encontrado uno que mezclase de forma tan equilibrada la acidez con la dulzura.

Su cara de fascinación debió de delatarlo, ya que, cuando estaba terminando de tragar el último trozo, notó dos pares de ojos mirándole.

—Sigues sin dignarte a felicitarme —le recordó Lewis, acercándose y fingiendo indignación.

—Es a mí a quien debe felicitar —añadió, indignada, ella sí lo estaba realmente, su hermana.

Seguía sin saber cómo había sobrevivido tantos años a las guerras abiertas de los mellizos.

Ocultando una sonrisa al ver cómo se avecinaba un nuevo huracán entre ellos, respondió, pasándose una mano por el mechón rebelde de su cabello:

—Es al equipo de cocina al que tengo que dar la enhorabuena.

Al pronunciar aquellas palabras, el recuerdo fugaz de una desconocida lo asaltó durante un parpadeo, hasta que Ella, ignorando a su hermano, le explicó que podía hacerlo, ya que la novia de uno de sus compañeros, a la que señaló intentando ser

disimulada, cosa que no consiguió, era la dueña de Sweet Garden y acababa de incorporarse al evento.

Había hablado con Noah —si no recordaba mal el nombre—, el doctor en química que estaba junto a la creadora de esa maravilla de postre y, rememorando lo agradable que había sido la conversación, caminó hasta ellos.

De todas formas, ya había planeado hacer saber al *catering* lo satisfecho que estaba palacio con sus servicios antes de que terminara la recepción, por lo que aquel momento era tan bueno como cualquier otro.

Con una cordialidad que le sorprendió, se produjo la presentación y, haciendo gala de su saber estar, no dudó en decir:

—Señorita Dawson, el cóctel ha sido extraordinario, aunque no puedo evitar hacer una mención especial a las tartaletas de limón.

Con un desparpajo innato, Olivia respondió:

—Me encantaría decirle que son obra mía, Majestad, pero quien se ocupa de los postres es mi socia.

Y, antes de que él o alguno de los presentes pudiera añadir nada, la pizpireta mujer añadió:

—¿Quiere conocerla? Estoy segura de que le encantará saber que una de sus creaciones ha causado furor.

Incapaz de negarse ante su entusiasmo y agradeciendo la frescura con la que se dirigía a él, cuando quiso darse cuenta, estaba frente a la puerta que escondía las cocinas del salón, sin ser consciente de la relevancia que tendría en su universo la persona a la que estaba esperando conocer.

JULIA

Con la ayuda de Jessica y David estaba preparando todo lo que tenía que volver junto a ella de regreso a Sweet Garden.

El evento, al menos la parte que a ella le incumbía, estaba llegando a su fin y, con la satisfacción de un trabajo bien hecho recorriendo su interior, dio gracias al cielo o a Atenea, que es a quien siempre se encomendaba Oli, por aquella oportunidad.

Quién sabe cuántas puertas podría abrirles el éxito en la Villa del Amanecer.

Divagando sobre las infinitas posibilidades, escuchó cómo la puerta tras la que había escuchado el discurso del rey se abría nuevamente.

—July —la nombró su mejor amiga entrando de forma apresurada—, te necesito ya.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada, acercándose a ella e inspeccionándola de arriba abajo.

Conocía a Olivia, se podía perfectamente haber tirado una copa encima o haberse roto el vestido en tiempo récord.

—Pues claro que lo estoy —respondió esta, con una sonrisa que no logró descifrar—, pero necesito que me acompañes fuera. No te vas a creer quién quiere darte la enhorabuena.

Asimilando la información que Oli narró a toda velocidad, negó con la cabeza. Nunca había sabido cómo encajar los halagos.

—No estamos negociando, vamos —le dijo su mejor amiga, tirando de su mano.

Colocándose como pudo la larga trenza deshecha que había sobrevivido a toda la jornada, la acomodó sobre un hombro y siguió a Olivia.

Los tres pasos que las separaban del exterior, en aquella ocasión, le parecieron eternos.

Aún con la cabeza en sus zapatos de trabajo, paulatinamente alzó el mentón, buscando a quien quisiera felicitarla y lo que encontró fue lo último que esperaba.

Ante ella se encontraba un rostro, perfectamente cincelado, que era imposible no reconocer.

Por un instante, vio reflejada su sorpresa en los ojos color avellana del rey, que la observaron, sin apartar la mirada, con el mismo asombro.

Un escalofrío recorrió su espalda, pero lo achacó al impacto de tener, sin previo aviso, frente a frente, al soberano de su país.

—Majestad, le presento a mi socia, Julia Lorraine, coordinadora, jefa de cocina y experta en repostería.

La voz de Olivia la trajo de vuelta a la realidad, pues durante una fracción de segundo se había perdido en una especie de limbo.

—Señorita Lorraine, es un placer conocerla —respondió Edward, esperando un apretón de manos.

—El placer es mío —articuló, extendiendo el brazo para formalizar la presentación.

Su abuelo le había enseñado que los apretones de manos se dan mostrando siempre aplomo, por lo que así lo hizo y creyó captar una chispa de diversión en el hombre que sostuvo sus dedos durante un instante más de lo habitual.

—Discúlpenos por la interrupción —continuó el rey—, solo quería felicitarla por el postre.

—¿Cuál de todos? —cuestionó, dándose cuenta de que Olivia, Noah y dos personas que no conocía estaban atentos a aquella interacción.

Probablemente preguntárselo de forma tan directa había sido de todo menos apropiado, pero tenía un motivo que consideraba de peso para su «torpeza» ante las normas de cortesía: treinta segundos antes estaba feliz, imaginando el futuro de su negocio en la cocina y, acto seguido, la habían arrastrado, literalmente, al salón.

—Las tartaletas de limón —respondió sin duda el rey, mostrando una leve curva en sus labios.

«Benditas flores de Jamaica», pensó. Ellas habían sido las causantes de la magia de su sabor.

—Gracias, Alteza —contestó, buscando dar por finalizada la conversación, ya que no encontraba nada más que añadir.

Esperando una señal para poder volver a entrar en territorio seguro, aguardó en silencio, hasta que la mujer que había acompañado a sus amigos y al soberano de Arven habló:

—¿Te quedarás durante el resto de la recepción?

Se estaba dirigiendo a ella.

—Perdona, soy Ella —se presentó la joven morena, acercándose al ver su cara de desconcierto.

—Encantada, Ella, pero tengo que continuar con... —intentó excusarse, ya recuperada del impacto inicial que le había causado esa inesperada felicitación.

—Sería un honor que se quedara el resto del evento, señorita Lorraine —dijo una voz que ya no sintió tan desconocida.

El rey volvía a tener sus ojos sobre ella y, como contrapunto, le devolvió el gesto.

—Venga, July, por favor —agregó su mejor amiga.

Lo cierto era que nunca había acudido a un acto así, no como invitada, así que dejándose llevar por la espontaneidad que la caracterizaba, aceptó.

—Termino aquí, me cambio y voy a buscarte —le dijo a Oli, que a duras penas disimuló su entusiasmo.

—Tenemos que celebrar lo bien que ha salido todo hoy.

Tenía razón, su trabajo en Alborea había sido más que merecedor de una celebración y así lo corroboraron Noah y Ella, volviendo a alabar lo que habían logrado.

—Espero que disfrute del resto de la velada —agregó Edward, dando un paso casi imperceptible hacia ella.

Asintió y, despidiéndose con una sonrisa de los presentes, entró pensando en lo insólito que le parecía todo aquello.

Pensamiento que no duró demasiado, ya que recordó el vestido que tenía en la taquilla y con el que tendría que entrar como invitada en el elegante salón.

EDWARD

Había tardado una fracción de segundo en reconocerla, la trenza deshecha y las mejillas en un tono cereza habían sido prueba suficiente de que era la mujer a la que había visto salir a hurtadillas de la cocina.

Hecho que despertó aún más su curiosidad y, aunque salirse de lo políticamente correcto no formaba parte de su personalidad, algo lo impulsó a buscarla por la sala.

Y quien busca, encuentra.

Julia Lorraine acababa de aparecer justo al otro lado de la estancia, con la melena rubia suelta cayendo sobre su espalda, un vestido de lino en un suave color amarillo y unas bailarinas.

Destacaba. Y no solo por la diferencia en su atuendo con el resto de los invitados, sino por la fortaleza y autenticidad que parecía irradiar.

Se estaba reprendiendo mentalmente por seguir observándola, cuando la mirada cristalina de la dueña de Sweet Garden chocó con la suya.

Y no sucedió solo en una ocasión.

A la tercera o quizá cuarta vez que sus ojos coincidieron, guiado por un desconocido impulso, caminó hacia ella, intentando pensar en una excusa para volver a hablarle.

CAPÍTULO 4

JUEGO DE MIRADAS



JULIA

De entre tantas personas, no entendía por qué se había encontrado con un par de ojos color avellana cada vez que desviaba la vista por el salón.

Lo cierto era que sí que había sentido la extraña necesidad de observar al rey desde lejos. La curiosidad, al haberlo tenido cerca tan solo unos minutos antes, había tomado el control de sus actos. Sin embargo, saber que él también la estaba mirando, la descolocó.

Definitivamente, el cansancio de tantas horas de trabajo le estaba afectando, aunque ese agotamiento —o el pretexto que su subconsciente le estaba poniendo— no le impidió comprobar si sus miradas, una vez más, volverían a encontrarse.

Y, en aquella ocasión, no solo chocaron, sino que vio cómo el rey caminaba, ajeno a las atenciones del resto de invitados, hacia ella.

Se mantuvo firme mientras lo observaba acercarse, notando cómo una suave tensión, inesperada, la recorría por completo.

Probablemente —o eso quiso pensar— su Alteza Real no estaría sorteando a todos los que intentaban pararlo para hablar con ella, sino que lo estaría haciendo para volver a entablar conversación con el grupo con el que se encontraba, por lo que le sonrió y, cuando

apartó sus ojos de él, para buscar a sus acompañantes, se dio cuenta de que no había nadie a su alrededor.

Oli y Noah se habían acercado a admirar las vidrieras, y el equipo de químicos del que formaban parte el novio de su amiga y Ella, quien había resultado ser encantadora, parecían haberse evaporado, por lo que, cuando quiso ubicarlos, estaban lo suficientemente alejados, cerca de una de las barras, como para volver junto a ellos de forma disimulada.

—Señorita Lorraine —escuchó que la nombraba el hombre que efectivamente había recorrido la estancia de punta a punta para hablar con ella.

«Solo está siendo cortés», se recordó antes de volver a saludarlo.

—Alteza —respondió, alzando la barbilla.

—Considero un honor que finalmente haya accedido a quedarse.

—En realidad, el honor es mío —contestó con tal vez demasiada sinceridad.

El silencio, uno con el que no contaba, se instaló entre ellos. Sin embargo, por primera vez, no sintió la necesidad de llenarlo.

No obstante, rompiendo ese breve pero significativo momento, el rey continuó:

—Espero que en Alborea se sienta como en casa.

Incapaz de controlar su boca, pronunció sin procesar lo que decía:

—Créame, me encantaría que así fuera, pero lo considero un tanto complicado, teniendo en cuenta que esto —señaló a su alrededor— es un palacio.

Una genuina sonrisa se dibujó en el rostro de Edward, gesto que no pudo apreciar durante más de medio segundo, pues Oli y Noah volvieron junto a ellos y la conversación giró en torno a lo que el equipo de la universidad, que dirigía el novio de su mejor amiga, estaba intentando lograr con materia inorgánica.

Escuchándolos realmente intrigada, tan ávida de conocimiento como de costumbre, le pareció que todo lo que su amigo explicaba era, como poco, impresionante.

Alejándose del pequeño grupo que se había unido a ellos, caminó en busca de algo para refrescarse.

Cuando regresó con una copa de frizzante en la mano, volvió a encontrárselo de frente.

Se habían cruzado más de una vez a lo largo de la velada y, esta vez, fue ella quien, guiada por una familiaridad inesperada, inició la conversación:

—No he tenido la oportunidad de darle la enhorabuena por su discurso.

—¿Lo ha escuchado? —cuestionó él, poniendo una mueca.

—Lo ha escuchado todo Arven, Alteza.

«Recuerda que es el rey, Juls», se riñó en su fuero interno, mientras jugaba, nerviosa, con la manga de su vestido. El protocolo le estaba costando más de lo que estaría dispuesta a admitir.

—Gracias, supongo —respondió el soberano, asintiendo, y en aquella fracción de segundo que siguió a su respuesta, algo en el aire que los rodeaba pareció cambiar.

En un parpadeo, la distancia que los había mantenido alejados pareció difuminarse. El hombre con el que estaba hablando dio nuevamente un paso hacia delante y ella lo imitó.

«¿De dónde salía aquella confianza?», se cuestionó, pero no se alejó y tampoco tuvo tiempo de asimilarlo, ya que Edward añadió, queriendo tirar del hilo de su interacción:

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Espero tener una respuesta —contestó, audaz.

Bendita naturalidad la suya.

A pocas cosas no sabría responder, así que no le preocupó en absoluto lo que quisiera preguntarle.

—¿Podría contarme cuál es el secreto para haber logrado el equilibrio perfecto entre la acidez y la dulzura en las tartaletas?

Eso no se lo esperaba.

Un mechón del color del chocolate cayó de la frente de Edward, y una vez que lo colocó, añadió:

—Necesito que mi cocinera recree esa increíble receta.

Si el rey creía que la estaba halagando, acababa de conseguir justo lo contrario.

—Alteza, cualquier cocinero que se precie nunca revelaría a la ligera sus recetas.

«Encaje eso, su Majestad», pensó airada.

Ni al papa de Roma le desvelaría sus secretos como repostera.

Una pequeña sombra de decepción surcó el rostro de Edward, pero no surtió efecto en ella.

—¿No hay forma humana de conseguir esa receta? —preguntó, mostrándose menos regio, pues una chispa de diversión atravesó su mirada.

Hablando sin pensar, por segunda vez aquella noche, respondió:

—Tendrá que ser más original si quiere conseguirla.

¿Acababa de retar al rey?

Sí, eso había hecho.

—Juls, tienes que ver esto —la llamó Oli, interrumpiendo aquel despropósito.

¿En qué cabeza cabía hablarle así al soberano de su país?

En la suya, por supuesto.

Se despidió, sonrojada, con un sutil asentimiento, sin querer arriesgarse a decir nada más, y creyó escuchar, mientras ponía distancia entre ella y el rey, un contundente:

—Lo seré.

Pasando por alto su actuación, tras caer en la tentación del burbujeante vino blanco, intentó desterrar de su mente los últimos acontecimientos. Aunque, el recuerdo de la leve curva en los labios del rey y aquella chispa de desafío en su mirada se resistieron a desaparecer.

Aun así, se permitió disfrutar del resto de la velada, sin volver a buscarlo con la mirada.

No tardaron mucho más en despedirse. Había sido un día intenso, inolvidable, y su cabeza, siempre tan despierta, necesitaba, como mínimo, diez horas de sueño para volver a convertirse en una persona funcional.

EDWARD

Volviendo a centrar su atención en todas las personas a las que tenía que agradecer su asistencia, adoptó nuevamente su cargo como

soberano de Arven.

Esa semana tendría que acudir al consejo y dedicó los últimos minutos de la recepción para dejarlo organizado con los ministros presentes.

No volvió a divisar un destello rubio por el salón desde que la había contemplado alejarse de él con las mejillas sonrojadas y una sensación que no supo describir lo asaltó al caer en la cuenta de que no podría despedirse.

La señorita Julia Lorraine parecía tener el don de la desaparición.

Su conversación con ella había sido tan natural, tan distinta, que no había hecho más que incrementar su interés. Interés que hacía una eternidad que nadie despertaba.

Sorprendido por aquella afirmación que su mente había arrojado, ya que no estaba acostumbrado a que algo se saliera de su «cuadrado», tras dar el evento por finalizado junto a Lewis, Sebastian y Ella, recorrió, una vez que los acompañó a los garajes, los jardines de palacio.

Siempre que terminaba un acto en el edificio Astra, aprovechaba para perderse en ellos. Contemplarlos iluminados por las luces titilantes de las farolas le producía una necesaria sensación de calma y, en primavera, con esa suave iluminación anaranjada, no podían ser más espectaculares.

Esperaba que la zona que estaban restaurando, siguiendo los planos que él había diseñado, terminara siendo igual de especial que el resto.

El agotamiento no tardó en recordarle que debía volver a su habitación y dejar de pulular por la Villa. Habían sido unas semanas difíciles y su perfeccionismo, una vez pasado el momento álgido, le estaba pasando factura.

Dejando para la mañana siguiente el análisis al detalle de todo lo que había acontecido y, para el lunes, el empezar a trabajar en ello junto a Lewis y su equipo, tras una breve ducha que relajó todos y cada uno de sus músculos, encontró en su enorme cama adoselada un sueño, sorprendentemente, reparador.

JULIA

La zona de degustación de Sweet Garden también abría los domingos que no tenían ningún evento y ese, aunque le tocaba abrir a Olivia, había decidido cambiarlo con ella, por su descanso del martes. Así tendría libres dos días seguidos y podría dedicarlos a plantar las últimas semillas de menta y tomillo que había adquirido, y a leer sobre cómo conseguir hacer florecer, sin que desprendan un olor terrible, las orquídeas blancas que tanto le gustaban.

A media mañana, con su té de agujas de plata, en una de las tazas de cerámica que habían comprado para servir bebidas calientes en esa zona del local, se sentó en una de las mesas de madera que con tanto gusto habían elegido y se permitió disfrutar de un pedazo de quiche mediterránea recién horneada, que ya tenía expuesta.

Sabía que no sobraría ni un pedacito al final del día y tenía que aprovechar.

Aunque no consideraban aquella zona una cafetería y el objetivo era que la gente conociera sus productos para posteriormente contratarlas, el espacio era tan acogedor que gran parte de las personas que las visitaban lo hacían sin esa intención.

Atesorando la paz que le producía ese espacio y admirando las plantas que había ido colocando como decoración, cogió el dominical y se aventuró a leerlo.

Casi se cae de la silla cuando en portada, debajo de una fotografía del rey Edward dando el discurso —imagen que no se atrevió a mirar más de la cuenta—, se hacía una mención a Sweet Garden.

«El recientemente inaugurado servicio de *catering* Sweet Garden, novedad en la recepción, no dejó indiferente a nadie y fue uno de los distintivos del magnífico evento organizado por la Casa Real».

Que alguien la pellizcara, tenía que estar soñando.

—¡Sí! —gritó—. ¡Estamos volando!

Gracias al cielo, estaba sola, aunque perfectamente podían haber oído su alegría en la otra punta de la ciudad.

Recomponiéndose, continuó leyendo y fue al ver otra fotografía del soberano, del hombre con el que, para su desconcierto, había hablado, cuando se permitió admirarlo.

No esperaba conocerlo personalmente y, de haber sido así, Edward II de Valera no era, en absoluto, como ella había imaginado.

EDWARD

Uno de los detalles que más le fascinaba de sus aposentos era la terraza privada con la que contaba.

Dispuesta con una mesa, sillas y un mueble refrigerado con bebidas y algún que otro aperitivo, decidió desayunar allí, aunque ya era casi mediodía.

Solo había salido de su habitación en busca del periódico, así que regresó con él y se acomodó en una de las butacas, disfrutando del silencio.

No podía negar que quería saber el impacto que la recepción había causado, pero se tomó con calma el momento de comprobarlo.

Con un café en la mano, puso los ojos en blanco al ver la instantánea de sí mismo que ocupaba la portada y procedió a leer.

La acogida de las becas parecía haber superado sus expectativas, pero eso no fue lo único que removió su elaborada fachada.

—Sweet Garden —pronunció en voz alta.

Julia.

Repitió su nombre en silencio, deteniéndose un instante en cómo sonaba.

«Demasiado bien», pensó, permitiéndose una casi imperceptible sonrisa.

Sin saber muy bien por qué, acababa de añadir una tarea a su lista interminable de responsabilidades, solo que aquella la afrontaría

con un interés diferente.

Tenía que encontrar una forma original de conseguir la receta con la que aquella mujer, intrigante y preciosa, le había retado.

CAPÍTULO 5

UN GESTO INESPERADO



JULIA

Era la cuarta vez aquella tarde de sábado que descolgaban el teléfono.

Se habían ido turnando y, en esa ocasión, le tocaba responder a su socia.

Solo había pasado una semana desde su recepción en palacio y ya tenían cubiertos todos los eventos del mes siguiente.

Por más que les costara decir que no, habían tenido que descartar ya varias propuestas, pero si algo tenían claro era que Sweet Garden estaba enfocado en un servicio de calidad y no abarcarían más de lo que podían controlar.

—Juls, esto es increíble —le dijo su mejor amiga, sin esconder su entusiasmo, mientras retomaba su puesto, encargándose de los platos salados—, nos quieren para dar un *catering* nupcial de trescientos invitados en Belmar.

—¿En Belmar?

Si su geografía no fallaba, se trataba de una pequeña ciudad costera a una hora de Liora.

—Ajá —le confirmó su mejor amiga, aplaudiendo—. El segundo fin de semana de junio y, aunque es muy precipitado, creo que esta oportunidad tampoco la podemos desaprovechar, así que les he

dicho que podríamos organizar una pequeña degustación para el martes.

Haciendo un cálculo mental del tiempo con el que contaban, decidió que, en cuanto terminara con las tartas de queso, se pondría con ello para intentar dejarlo todo planificado a la mañana siguiente, aunque su mejor amiga no estuviera.

—¿Saldrás con Noah esta noche? —le preguntó a Oli, mientras metía sus nuevas creaciones en el horno.

Su socia negó con la cabeza, suspirando. El trabajo como investigador limitaba la vida social de Noah y, aunque Olivia le apoyaba de forma incondicional, se notaba a leguas lo mucho que le echaba de menos.

—Pasta boloñesa, vino blanco y *crème brûlée*.

No necesitó decir nada más, su amiga, recuperando su chispa, respondió:

—Y por estas cosas eres mi alma gemela.

Sonriendo como dos idiotas, terminaron su trabajo y pospusieron matizar el menú que ofrecerían de prueba a los futuros novios. Aquella jornada ya había sido demasiado larga.

Querían disfrutar de su noche de chicas, aunque el pequeño DJ, que apareció en la puerta cuando estaban cerrando, también se unió a la improvisada celebración.

Con la luz de un nuevo día, con un dolor de cabeza que le recordó que su cuerpo no soportaba más de tres copas de vino, a diferencia del de Olivia, que parecía tener tolerancia infinita, tras una ducha eterna, una aspirina y sabiendo que su madre se pasaría a visitarla a mediodía, bajó dispuesta a ser adulta durante, como mínimo, las siguientes tres horas.

Y lo primero que debía hacer, después de hornear unos mini *croissants* y de reponer su dosis de teína, sin olvidarse de regar las nuevas margaritas que se habían empeñado en colocar cerca de las mesitas, era pensar en un exclusivo menú degustación.

Esa noche lo contrastaría con la marmota que tenía como socia, que aún seguía durmiendo en el piso de arriba.

—Brioche de salmón ahumado, vasito de gazpacho de fresa...

Estaba enumerando las opciones en voz alta, feliz, pensando en lo mucho que disfrutarían preparándolo, cuando le llegó el turno a los postres, mientras un suave aroma a hojaldre y mantequilla comenzó a invadir cada rincón del local.

—*Macarons*, brownies de chocolate blanco con nueces pecanas y... —dudó, jugando con la tela del delantal.

«Tartaletas de limón», dijo una voz en su interior.

Al pensar en su postre estrella, una imagen fugaz de su aventura en palacio atravesó su mente: unos ojos color avellana, una conversación torpe, un reto que se perdió en el aire.

Parecía que aquello nunca había sucedido y no se había permitido pensar en ello hasta entonces.

Por suerte, la entrada triunfal de la mujer que le había dado la vida, con la que compartía tantos rasgos, apareciendo dos horas antes de lo que habían acordado, para no variar, le hizo —o eso intentó creer— olvidarlo.

A fin de cuentas, no había sido nada extraordinario.

Lo que no sabía era que un detalle inesperado le haría imposible ser capaz de borrarlo.

EDWARD

Se había prohibido abrir la agenda ese domingo y lo había decidido mientras bajaba a la zona de gimnasio con la que contaba su área privada de Alborea. Fuera llovía y, aunque no solía importarle salir a correr, independientemente del clima, prefirió optar por entrenar en las barras.

Su semana había sido, por intentar definirla de alguna manera, caótica y el ejercicio le vendría bien para despejarse.

No lo consiguió, ya que en cuanto regresó a su habitación, su vista se posó, automáticamente, en la libreta negra que se había prometido evitar.

Sí, seguía utilizando una agenda clásica para anotar sus diversas actividades como regente.

Ya había tachado la junta con los ministros de esa quincena, la organización de dos viajes oficiales prácticamente a finales de año y sus primeras visitas a los diferentes departamentos de la universidad, que empezarían el miércoles, sin dejar de lado los dos actos benéficos a los que había aceptado ir y la inauguración de un nuevo centro educativo adaptado a necesidades especiales, que no se perdería por nada del mundo.

Ya no tenía ni un solo hueco «libre» hasta la noche del sábado.

Suspirando, corroboró que los próximos seis días de su existencia estarían igual, o incluso más ajetreados que los anteriores.

Así que, intentando, esta vez sí, disfrutar de un merecido momento solo para sí mismo, puso la radio bohemia que había adquirido en su último viaje a Grecia y sacó de un cajón de su robusto escritorio de nogal los planos de una bonita casa de tres plantas que estaba trazando.

Con *Bed Of Roses* de fondo en la emisora nacional, intentó centrarse en la buhardilla que había imaginado.

Tampoco lo logró.

Media hora después, incapaz de dibujar más de dos líneas seguidas, frustrado, apartó las reglas y volvió a pensar en un «problema» que, aunque le había rondado la mente durante toda la semana, no había logrado resolver.

La misteriosa receta de la señorita Lorraine.

Podía parecer infantil, pero conseguirla se había convertido en algo personal.

Quería volver a deleitarse con esas tartaletas y, tal vez, descubrir qué más se escondía tras su audaz creadora.

«Sé original, Edward», se dijo a sí mismo, balanceándose en la silla.

Y, como por arte de magia, sus ojos desviaron su atención a la estantería a juego con el escritorio que tenía enfrente, en la que guardaba, rodeada de un centenar de libros, su colección de sellos.

El que Lewis le llamara aburrido por coleccionarlos desde niño, detalle en el que siempre pensaba cuando se ponía a clasificarlos, pasó a un segundo plano.

Había encontrado la que creía que sería la forma perfecta de volver a contactar con ella.

Sacando una hoja y su pluma estilográfica, escribió:

Estimada señorita Lorraine,

Acepto el reto.

He pensado que una solicitud formal por parte de la Casa Real de Arven podría ser un primer intento digno de su atención.

Si no fuera suficiente, me temo que tendré que seguir pensando métodos más creativos para conseguir su maravillosa receta.

Le dejo un número de contacto directo, por si decide facilitarme la tarea.

+131 017 222

Atentamente,

Edward

Cuando selló la carta con la marca oficial de la familia real, dudó un instante. No quería incomodarla.

Aun así, cuando esa misma tarde la entregó para que la enviaran por correo ordinario —mandar a alguien expresamente le parecía excesivo—, decidió que, por una vez, apostaría por lo espontáneo, sin saber muy bien con qué se encontraría al hacerlo.

CAPÍTULO 6

NUEVO RETO



JULIA

Se acababa de despedir de Olivia, que había acordado ir a visitar la galería de arte en la que tenían que dar un *catering* ese fin de semana, para organizar la logística, cuando Joseph, sonriente, entró por la puerta.

—Buenos días, July —la saludó, buscando la correspondencia en su emblemático carrito azul, que chirrió justo al detenerse frente al mostrador.

—Buenos días —respondió, sonriente, acercándose a las vidrieras para ofrecerle a su cartero favorito una galleta de queso parmesano y romero.

A su socia se le había ocurrido ofrecerlas en la prueba del martes para la pareja de Belmar, y habían sido un acierto.

Le encantaba ese contraste entre ella y su mejor amiga. Oli era tan de salado y ella tan de dulce.

—Me hubiera encantado venir a traértela antes —le explicó Joseph, tendiéndole un elegante sobre—, en cuanto he visto el sello esta mañana, pero hoy me han desviado la ruta.

Esa declaración consiguió que la curiosidad emergiera en su interior y se apresuró a dar la vuelta a la carta que sostenía entre sus dedos.

Un sello que ya había visto, junto a su nombre escrito a mano — hecho que no pasó inadvertido para ella—, la sorprendieron.

—Veo que Oli y tú os codeáis con las altas esferas —bromeó el viejo cartero.

—¿Acaso lo dudabas? —respondió, guiñándole un ojo.

—La próxima vez que vayáis a la Villa, llevad a este viejo con vosotras.

—Hecho —contestó, desviando la mirada, casi sin querer, hacia el papel que parecía quemar su mano.

En cuanto se despidió de aquel encantador hombre al que con los meses había ido cogiendo más y más cariño, no pudo contenerse y rasgó con celeridad el sobre, antes de tomar asiento en una de las mesitas.

Sus cristalinos ojos leyeron a la velocidad de la luz aquella nota, mientras la esencia de las margaritas flotaba en el aire.

No era una carta.

Era una nota.

Firmada por el rey más descarado que había tenido el honor de conocer.

Incapaz de creerse lo que ponía, volvió a releerla, una, dos y hasta tres veces y, en esa última ocasión, una sonrisa que no fue capaz de controlar se dibujó en sus labios, mientras recorría, casi sin darse cuenta, el borde del papel.

Edward II de Valera parecía no tener remedio, pero si pensaba que aquella misiva sería suficiente para conseguir conocer sus secretos culinarios, le demostraría que ni de lejos.

Guardando, sin saber por qué, el papel en uno de los bolsillos de su pantalón de tiro alto, intentó seguir, sin éxito alguno, con su adorada normalidad.

EDWARD

Lewis, Ella y su pequeño pero extraordinario grupo de amigos, que conservaba desde su época como infante, habían acordado cenar

juntos en casa de su mano derecha ese sábado y, como no tenía nada en su agenda, no había podido negarse.

Esa pequeña desconexión y el descanso del domingo le permitirían retomar con fuerza lo que quedaba de mes.

Había guardado en una parcelita de su mente la osadía que había cometido al entregar la carta que, sin tener la certeza de que surtiría efecto, había hecho llegar —dato que había corroborado, pues sabía que ya se la habían entregado— a la señorita Lorraine.

Su falta de respuesta estaba siendo un enorme golpe directo a su ego y, valorando en qué posición le dejaba aquello, después de pasarse más de dos horas mirando al ornamentado techo de su habitación, se durmió ya entrada la madrugada, pensando en que su falta de creatividad —y eso que tenía el título de arquitecto, lo que no hacía más que aumentar la ironía— era la que le había fallado.

Le costaba reconocerlo, pero no estaba acostumbrado a ser ignorado.

JULIA

Una suave brisa le alborotaba la melena, que llevaba recogida con un pequeño pasador, mientras disfrutaba de lo que consideraba los pequeños placeres de la vida: un paseo por el mercado que ponían cada domingo en el puerto, acompañado por el murmullo incesante de la gente que lo recorría, el rugido del mar de fondo, como una sinfonía perfecta, y el característico aroma de las flores en primavera.

Había aprovechado su día libre para acercarse allí en bicicleta, intentando poner freno a lo que llevaba rondándole la cabeza durante los últimos días.

El trabajo había conseguido mantenerla a raya, pero estaba empezando a dudar de si sería capaz de contener mucho más tiempo su impulsividad.

Con dos novelas nuevas en su cesta —dos clásicos que había adquirido en un puestecito de libros de segunda mano—, tres téis nuevos por probar y unos pensamientos —su nombre favorito para

las violetas—, que secaría para preparar infusiones que posteriormente usaría como relajantes musculares, regresó, pasadas las doce, a su apartamento.

Intentando encontrar algo más con lo que entretenerse, achuchó a DJ hasta que el pobre felino salió corriendo de sus brazos, recogió la cocina, pasó las páginas de *Orgullo y prejuicio* —porque lo que estaba haciendo no contaba como leer— y, finalmente, rindiéndose a su personalidad, cogió el teléfono rojo que colgaba en un rincón de la cocina, haciendo contraste con el verde del resto de la estancia.

Lo sostuvo dudando.

Duda que apenas duró un instante, antes de atreverse a marcar el número que había anotado en el papel que descansaba sobre la encimera.

Había intentado razonar, ser una persona lógica, ya que ni siquiera sabía quién respondería, pero, como era de esperar, su carácter vivo había terminado coronándose vencedor.

Ni quería ni podía seguir guardándose su opinión sobre la petición del gobernante de Arven, por lo que no tenía sentido seguir posponiéndolo.

Así que, tomando una larga bocanada de aire, esperó a que, en el palacio de Alborea, cogieran su llamada.

EDWARD

Estaba terminando de abotonarse la camisa en color crema que había elegido para almorzar con sus padres, después de salir a correr demasiado tarde —consecuencia de haberse dormido de madrugada pensando en cierta joven rubia que seguía sin entender en qué momento le había provocado ese inesperado interés—, cuando el sonido del teléfono inundó su habitación.

Dejando los gemelos de las mangas sin colocar, se acercó a cogerlo.

—¿Hola? —escuchó que decían a través de la línea.

Tardó una décima de segundo en reconocer su voz.

—¿Señorita Lorraine? —preguntó mientras la luz del mediodía traspasaba la ventana frente a la que se encontraba, dibujando suaves líneas sobre el suelo.

—Alteza —saludó la dueña de Sweet Garden.

—Edward, llámame Edward —respondió él, sin dudarlo.

Si quería saber más de Julia, algo que ya casi había aceptado y asimilado, tendrían que empezar por olvidarse de tantas formalidades.

Aunque no tenía pinta de que la mujer con la que por fin estaba hablando fuera a ponérselo medianamente fácil.

—Alteza —repitió ella—, en primer lugar, no considero oportuno dejar de llamarle de usted, ya que no le conozco y, en segundo lugar —un suspiro demasiado largo, en el que él aguardó sin decir absolutamente nada, ya que intuía que, si lo hacía, metería la pata —, el motivo de mi llamada es informarle de que su nota no ha sido lo suficientemente creativa como para conseguir la receta de las tartaletas.

«Clara, breve y concisa», pensó, mirando al cielo despejado.

—En primer lugar, señorita Lorraine, puede conocerme y así podría dejar de tratarme de usted y —un suspiro igual de largo que el que ella le había regalado—, en segundo lugar, si está lanzándome un nuevo reto, delo por aceptado.

Creyó escuchar un gruñido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, echándose a reír, dando por sentado que ese ruido había sido cosa de ella.

—DJ, Alteza —contestó Julia, como si él tuviera la menor idea de a quién se refería.

Qué poco le gustaba cómo sonaba ese «Alteza» que la señorita Lorraine se estaba empeñando en utilizar.

—Pero a lo que íbamos, no ha sido nada original, así que...

Antes de que Julia le cortara con esa naturalidad que parecía desprender de forma innata, se atrevió a responder:

—Tendré que seguir intentándolo.

Una musical carcajada resonó en todo palacio. Carcajada que supuso un alivio. No quería extralimitarse.

—No apostaré a que vaya a ser capaz de lograrlo.

—Tenía usted razón, aún no me conoce —sonrió, sin poder evitarlo—, por eso duda de mis habilidades.

—Jamás me atrevería a dudar del rey de Arven, pero usted tampoco me conoce a mí.

«*Touché*», dijo en silencio, y, ante tal afirmación, lo tuvo claro: quería conocerla y, acto seguido, preguntó, intentando ganar algo de tiempo:

—¿Entonces hemos acordado que me llamará si en mi próximo intento acierto?

—¿Cuándo se supone que hemos acordado eso? —cuestionó Julia, con un ápice de diversión en su timbre.

—Justo ahora.

En contra de su porte siempre correcto, en aquella llamada no podía estar siendo más directo.

¿Qué demonios estaba haciendo?

—De acuerdo, Majestad, entonces le informaré si sucede tal milagro.

No sabía qué le sonaba peor, si Majestad o Alteza y, cuando estaba a punto de responder que se lo agradecería infinitamente, el pitido que indicaba que le había colgado le hizo mirar al teléfono completamente desubicado.

Julia Lorraine no solo tenía el don de la desaparición, también el de ser capaz de trastocarlo y, guiado por el Edward temerario que, aunque no lo mostraba al mundo, siempre había sido, se sentó en su escritorio, dispuesto a escribirle de nuevo.

El secreto de su deliciosa creación merecía un segundo intento.

JULIA

¿Qué se suponía que acababa de suceder?

Tumbándose en la cama, sobre su colcha en tonos aguamarina, se giró hacia la almohada y la utilizó para ponérsela frente a la cara.

«Juls, eres idiota. Has vuelto a retarlo».

Dios, acababa de llamar a Edward, al rey de su país, como si fuera su amiga, como si aquello fuera lo más normal del mundo y,

en contra de lo que creía que sucedería antes de escuchar la cercanía que emanaba la voz de aquel hombre tan desconcertante, no se arrepentía lo más mínimo.

Siendo honesta consigo misma, quería ver con qué idea le saldría su Alteza Real cuando volviese a intentar conseguir su preciada —y heredada, de ahí gran parte de su reticencia— receta.

CAPÍTULO 7

DOMINGOS



JULIA

La entrada triunfal de Joseph, con una sonrisa iluminando las arrugas de su cara, fue todo lo que necesitaba para saber que traía una nueva carta.

Y, efectivamente, la llevaba consigo.

—Juls, tendrás que contarme qué os traéis por palacio —dijo pícaro, tendiéndosela.

Al tomar el sobre con la mano, no necesitó darle la vuelta para saber que se encontraría con su nombre escrito a mano por el rey de Arven, pero fue la inocente insinuación del cartero la que se quedó bailando por su mente el resto de la mañana.

Había decidido no leerla hasta no terminar con su trabajo y, mientras lo hacía, pensó en que si Joseph sentía curiosidad por su relación con la casa real, si Olivia —que, gracias al universo, estaba en su día de descanso, preparándole una sorpresa a Noah, para escaparse a principios de la semana siguiente, antes de que los eventos de mayo las atraparan— se enterase, no tendría forma coherente de explicarle lo que estaba sucediendo.

«No es nada, Oli, solo es que he decidido retar al rey a que consiga la receta de nana, la de las tartaletas de limón, sí, la que

cambié ligeramente para la recepción, en la que me sacaste de la cocina para conocerlo y desde entonces...».

Ni siquiera mentalmente encontraba la forma de excusarse.

¿A dónde le estaba llevando esa pequeña locura de seguir manteniendo el contacto con él?

Incapaz de encontrar una respuesta, logró aguantar sin abrir el sobre hasta pasado el mediodía y, teniendo en cuenta que ser paciente no estaba hecho para ella, lo consideró todo un hito.

Sentándose al borde de su mullida cama, cuando subió al apartamento para cortar menta fresca, leyó, intentando no sonreír:

Estimada señorita Lorraine:

Espero pronto poder llamarla Julia.

Me temo que mi primer intento no ha estado a la altura de sus expectativas.

Le aseguro que no es algo a lo que esté acostumbrado, pero aun así, me congratula saber que no me ha dado por perdido.

He considerado diversas opciones para mejorar mi estrategia y quería compartirlas con usted para que me haga saber si voy mejor encaminado.

La opción que más barajo es recurrir a un decreto real, aunque sospecho que tampoco sería suficiente para convencerla.

Así que, por el momento, me limitaré a algo más sencillo.

Pedirle una pista.

Atentamente,

Edward

PD: Mi orgullo sigue en proceso de asimilar que me colgara el teléfono.

La posdata consiguió que el gesto que había estado conteniendo emergiera en su cara; incluso sus mejillas repletas de pecas se tiñeron de un sutil color cereza.

Tenía que concederle a Edward —en su fuero interno ya le tuteaba— que había hilado fino. De una forma u otra, si seguía con aquello, tendría que volver a llamarlo para darle una respuesta.

Sin embargo, aquel día, cuando guardó la nota en la cajita que tenía sobre su mesilla de forja, antes de volver a bajar a su refugio en los fogones de Sweet Garden, no fue capaz de hacerlo.

Convertirse en su amiga, si es que podía llamar así a aquello, no entraba en sus planes y, si seguía retándolo, algo le decía que aquel hombre acabaría conociendo mucho más que sus secretos culinarios.

Y no estaba preparada para ello.

No.

Aún no.

EDWARD

Mientras regresaba a Alborea, su cabeza rememoró la mañana que había pasado en el centro Liora, ignorando la conversación que Lewis estaba manteniendo sobre baloncesto con Mathew, su chófer.

Por segundo miércoles consecutivo había ido al campus universitario y el destino, caprichoso, había querido que el departamento que le tocaba aquel día fuera el de química.

Como ya conocía a todos los miembros, gracias a Ella y a la recepción, disfrutó nuevamente de las explicaciones que le ofrecieron, pensando que, si aquella investigación progresaba, independientemente de que su proyecto se quedara con una de las

tres becas que entregaría en enero, marcaría un antes y un después en el agua de Arven.

Sin embargo, lo que no lograba apartar de su mente era su breve intercambio de palabras con Noah, en el que, como si fuera algo inevitable, habían terminado hablando de Sweet Garden.

Parecía que el mundo se empeñaba en que todo apuntase a la señorita Lorraine, a la que había enviado, de forma inmediata, en cuanto terminó de escribirle, una segunda «carta».

Para la que, muy a su pesar, aún no había recibido respuesta.

En contra de su habitual temple sereno, esperar, en aquella ocasión, le estaba costando más de lo que habría imaginado.

Apoyando la cabeza contra la ventanilla del Lexus, se dio cuenta de que lo que le incomodaba no era la espera.

Era ella.

Y las ganas que tenía, tan inusuales, de seguir descubriéndola.

—¿Estás bien, Ed? —le preguntó Lewis al escucharlo suspirar.

—Por supuesto —respondió, intentando sonar correcto, mientras se acomodaba el chaleco.

Su amigo alzó una ceja, poco convencido. Le conocía bien.

—Están siendo unas semanas duras —añadió.

—Visualiza que mayo será más tranquilo —le recordó Lewis— y menos mal, porque otro mes como este y yo termino dimitiendo.

Tras poner los ojos en blanco, su mano derecha era un ser único en su especie, se obligó a centrarse.

Tenía una reunión con el primer ministro en unos minutos y jamás olvidaba cuáles eran sus responsabilidades.

Por lo que le tocaba volver a ser, únicamente, el rey de Arven.

JULIA

Jugando a enredarse un mechón de pelo entre los dedos, volvió a plantearse sus posibilidades, las que llevaba meditando, cada vez que tenía un instante libre, durante toda la semana.

La primera: podía seguir ignorando a Edward y continuar con su vida.

Ese era el camino más sencillo, pero sería de muy mala educación no responderle y actuar como si nada, así que siempre la descartaba.

La segunda: llamarlo y, cordialmente, ponerle freno. No tenía ninguna necesidad de seguir hablando con él.

Y la tercera: actuar en consecuencia y ver hasta dónde podían llegar con el reto que, sin saber cómo, le había terminado planteando, no una, sino dos veces.

Si fuera una mujer sensata, sabría qué opción elegir, pero ella era la que soñaba desde niña con volar y la que jamás se quedaba con la duda, así que, dándose cuenta de que aquello podría convertirse en una rutina, cuando cerró Sweet Garden ese domingo por la noche, armándose de valor, mientras acariciaba a DJ, que ronroneaba a su lado, volvió a llamar a la Villa del Amanecer.

—Hola —se apresuró a saludar.

—Señorita Lorraine, me ha pillado redactando un tercer intento —respondió Edward, con una naturalidad que desarmaba.

Alejando por un instante el teléfono, para que no la escuchara reír, pensó en cómo se vería desde fuera sonriéndole a un objeto inanimado.

—¿No se le ha ocurrido pensar que una receta como esta requiere algo más...?

—Si me va a hablar de creatividad, tengo que decirle —le interrumpió el rey— que mi idea de un decreto real, ante el consejo de ministros, pasaría a la historia de Arven.

Sabiendo que, probablemente, terminaría lamentando lo que estaba a punto de decir, se tomó un segundo para sopesar si estaba dispuesta a soltarlo. Tenía que aprender a controlar esa espontaneidad tan suya.

—¿Julia? —preguntó Edward, ante su falta de respuesta.

Y fue al escuchar su nombre cuando no pudo evitarlo.

Quería seguir «retándolo».

—Seré benévola con usted, Alteza —dijo, intentando sonar solemne— y le daré la pista que me pidió.

—Sorpréndame.

Volvía a tratarla de usted.

Le congratulaba saber que al menos ella no era la única que sufría breves lapsos de falta de lucidez.

—La clave está, Majestad, en que una receta tan especial para mí... —un suave suspiro de sus labios nació sin pretenderlo— solo podría compartirla con alguien en quien confiara.

El silencio, durante un parpadeo, opacó la conversación, hasta que Edward dijo, como si estuviera interiorizando la palabra:

—Confianza.

—Eso es —respondió, posando sus ojos cristalinos en el techo—. Y creo que, por hoy, ya he hablado demasiado.

—Mi ego no soportaría que volviera a colgarme sin despedirse, señorita Lorraine.

«Idiota», pensó, tentada de llamárselo.

—Buenas noches, Alteza.

Cuando estaba a punto de colgar, antes de seguir jugando con fuego, escuchó:

—¿Sería rebasar un límite preguntarle qué tal le ha ido la semana?

«Sí», contestó sin pronunciarlo en voz alta. Contarle su día a día sería permitir que derribara la barrera invisible que estaba utilizando.

Barrera que solo le había puesto a él, porque ni en cien vidas se habría imaginado el camino que lo que empezó con una felicitación en palacio había terminado siguiendo.

Sin embargo, dejando un hueco abierto, respondió:

—Puede volver a enviarme otra nota... y quizá el próximo domingo se lo cuente.

—¿Tenemos un nuevo acuerdo entonces? ¿Hablar cada domingo?

—Hasta que consiga, si es que sigue trabajando en su originalidad, mi receta.

Tal vez su peculiar intento de amistad terminase cuando el rey descubriera que la magia de su creación provenía de las flores de Jamaica que había añadido al *lemon curd* y esas conversaciones telefónicas quedarían en un simple recuerdo.

Como si Edward supiera lo que acababa de rondar por su cabeza, contestó:

—Quizá para entonces necesite conocer más de una de sus recetas, aunque tengo fe —añadió y algo le dijo que estaba sonriendo— en que a la tercera va a la vencida.

—Su ego se está recuperando.

—Ey, no se meta conmigo, señorita Lorraine.

Una melódica risa le salió sin previo aviso y contagió al soberano de Arven.

¿Qué estaban haciendo riéndose a carcajadas al unísono?

—Buenas noches otra vez, Alteza.

—Buenas noches, Julia.

Y con el eco de su nombre en boca del rey, volvió a ser ella quien colgó el teléfono.

Esa llamada, las dos notas que tenía guardadas, la confianza entre ellos que parecía innata, este giro en el guion...

La curiosidad que Edward le había despertado, esa que había intentado contener, se estaba imponiendo a cada segundo que pasaba.

EDWARD

«Al final, esperar, ha merecido la pena», se dijo mientras salía a disfrutar del cielo estrellado que se admiraba desde su terraza.

Una idea, mientras se acomodaba en uno de los sillones, con un pantalón como única prenda de pijama, se empezó a dibujar en su cabeza, con el mismo resplandor y a la misma velocidad que las estrellas fugaces que esa noche iluminaban el firmamento.

Se lo había dicho a Julia, a la tercera iba a la vencida, quería esa receta y, aunque aún no sabía exactamente cómo iba a hacerlo, también quería demostrarle que ganarse su confianza, por más que le sorprendiera, para él era más que un simple reto.

Y algo le decía que enviarle cartas se había quedado obsoleto.

CAPÍTULO 8

EL TERCER INTENTO



JULIA

No estaba esperando nada.

O eso intentaba repetirse como uno de sus innumerables mantras.

Lo que no podía negar era que estaba echando de menos a Olivia.

Su socia se había marchado con Noah y, aunque el lunes, mientras trabajaban, se había pasado horas recordándole que podía cancelar el pequeño viaje sorpresa que con tanto cariño había preparado a Vila, un pueblo costero cerca de Liora, casi tuvo que obligarla a hacer la maleta.

El mejor químico de la ciudad y su mejor amiga necesitaban aquella escapada.

A fin de cuentas, regresarían el viernes por la mañana, justo a tiempo para poder preparar juntas el cóctel que tenían agendado para el sábado.

Así que ella y DJ sobrevivirían.

La realidad era que el único contratiempo que estaba suponiendo la ausencia de Oli era que la compañía de su ahijado felino, de sus amadas plantas y de la radio, que en aquel momento hacía sonar *Total Eclipse of the Heart* en la cocina de Sweet Garden, no parecía

suficiente para que su inquieta mente dejara de divagar, pese a que la voz de Bonnie Tyler llenaba el espacio, mezclada con el característico aroma a romero de la *focaccia* que acababa de hornear.

Sin darse cuenta, en más de una ocasión durante aquellos días se había sorprendido a sí misma preguntándose si Joseph volvería a aparecer por la puerta con un sobre con el característico sello de palacio.

Incluso llegó a descubrirse, más de una vez, mirando de reojo hacia la entrada de la zona de degustación. Un suave cosquilleo le recorría el cuerpo cuando escuchaba el dulce tintineo de la campanilla que anunciaba que alguien entraba, aunque nunca terminaba siendo quien ella esperaba.

«Julia Lorraine Fernández, céntrate», se repetía cuando su cabeza volaba hacia Alborea, utilizando su nombre completo — incluido el apellido español de su madre— para ver si de esa manera sus palabras causaban más efecto, pero parecía que reprenderse mentalmente no estaba resultando suficiente.

Y así, casi sin darse cuenta, había llegado el jueves y, pese a su falta de concentración, que no admitiría, de las últimas jornadas, siguió con su trabajo.

En aquel momento, tras terminar de rellenar la *focaccia* que sacaría a exposición, le tocaba ponerse con la mezcla de mascarpone que utilizaría para preparar unos pequeños vasitos de tiramisú, intentando seguir obviando que la barrera que se había impuesto con Edward empezaba a ceder.

Su subconsciente, el único que, de vez en cuando, se mostraba medianamente coherente, sabía que sus mundos no podían ser más diferentes.

De ahí que aguardar un nuevo movimiento, que ella misma había provocado, la trastocara tanto.

EDWARD

Lo había tenido claro desde la noche de aquella llamada en la que Julia había vuelto a sorprenderle.

El único problema era que su reto con ella era eso: suyo. Y no estaba dispuesto a compartirlo.

Por eso, llevar a cabo su «brillante» idea se había convertido en un quebradero de cabeza y, como no podía permitirse semejante distracción, aquel jueves decidió actuar.

No podía seguir dándole más vueltas.

Canceló una reunión a última hora, ante la sorpresa de Lewis y Cliff —de la que ya se preocuparía el Edward del futuro— y, antes de regresar a su habitación para cambiarse, se repitió que aquello tenía que salir bien.

Teniendo en cuenta que era el rey de Arven, detalle imposible de ignorar, sabía que no podía aparecer en Sweet Garden con su chófer, tres escoltas y convirtiendo aquello en una visita oficial que terminaría por espantar a la señorita Lorraine.

Así que la alternativa era, por más ridículo que sonara, ir de incógnito. Sacaría su Mercedes, que hacía una eternidad que no utilizaba, y utilizaría un atuendo bastante diferente al que solía llevar: vaqueros claros, sudadera, gafas de sol y una gorra que encontró, perdida en su vestidor, de su equipo favorito de béisbol.

Ya cambiado, se miró en el ostentoso espejo de su cuarto una última vez, con una mueca nerviosa que, pese a lo correcto que siempre se mostraba, parecía incapaz de disimular.

«Puedes hacerlo, Edward», se dijo, dándose ánimo.

Mientras caminaba hasta los garajes pensó en que no recordaba si alguna vez en su vida, tan cuadriculada y protocolaria, había hecho algo así y la respuesta era sencilla: jamás.

Ni siquiera en su época universitaria.

Tan solo media hora después, tomando una profunda y necesaria bocanada de aire, aparcó el coche frente al local con más encanto que habían visto sus ojos. Parecía sacado de una postal.

Era tal y como había imaginado: una fachada en tonos crema, un toldo a rayas que protegía el escaparate y diversas plantas, de diferentes colores, colgadas en la entrada, sin olvidar el bonito

letrero de madera escrito a mano que invitaba a cualquiera a deleitarse con su *catering*.

Ajustándose la gorra por inercia, como si aquel gesto fuera suficiente para infundirse una dosis extra de valor, se acercó a la entrada.

Durante una fracción de segundo, que le pareció más larga de lo habitual, se permitió dudar, algo a lo que tampoco estaba acostumbrado.

No por falta de convicción, se consideraba alguien que tomaba decisiones firmes, sino porque no sabía qué podría suceder al dar aquel paso.

¿Y si haber ido a verla era cruzar una línea sin retorno? ¿Y si había imaginado que entre ellos había algo distinto?

No obstante, escondió aquel atisbo de inseguridad, enderezó la espalda y, como nunca había sido de los que retrocedían y mucho menos cuando se trataba de algo que había elegido por sí mismo, tomó el pomo de la puerta y la abrió.

El sonido de una campana anunció su llegada y un embriagador olor a café le atrapó por completo.

No había vuelta atrás.

—Un segundo —escuchó que decía la inconfundible voz de la dueña de Sweet Garden, desde algún rincón escondido de la cocina, que, para su sorpresa, era de concepto abierto.

Lo consideró, como arquitecto, todo un acierto.

No tuvo tiempo de fijarse en nada más, pues un rostro repleto de pecas emergió desde detrás de una gran encimera repleta de comida, observándolo con curiosidad, mientras caminaba hacia él con soltura.

«No me ha reconocido», pensó divertido, admirando la luz que parecía seguir a la señorita Lorraine al acercarse a atenderle, con aquel delantal en color verde y su larga trenza rubia que parecía estar siempre deshecha.

Había olvidado lo fácil que le resultaba mirarla.

JULIA

«Justo a tiempo», había gruñido en su fuero interno al escuchar la puerta.

No es que no quisiera atender —algo que, de hecho, le encantaba—, simplemente era que acababa de preparar la manga para rellenar los vasitos y detestaba tener que esperar para utilizarla.

Aun así, recordando que tenía modales y que Sweet Garden y sus clientes eran lo más importante, caminó hasta la zona de degustación, donde un desconocido la aguardaba.

Algo en su pose le resultó familiar, pero no descubrió quién se escondía tras aquellas gafas de sol hasta que, cuando lo tenía a tan solo un metro de distancia, él decidió quitárselas.

Y entonces... lo reconoció.

Sus expresivos ojos color avellana.

Su respiración, hasta entonces regular, se aceleró, traicionándola.

—Alteza... —pronunció, intentando no delatar en su voz que aquello era lo que menos esperaba.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Edward.

Sonrisa a la que no fue inmune.

Y, cuando creyó que el hombre que tenía ante ella no podría sorprenderla más, él le dijo:

—Pensé que, si este era mi último intento para ganarme su confianza y conseguir la receta... lo más lógico era venir a verla.

El universo, durante un parpadeo, pareció quedarse en pausa.

Hasta que alzó sus ojos cristalinos, que se cruzaron con la anticipación en la mirada de Edward.

—A la tercera iba a la vencida, ¿no? —le preguntó, regalándole, sin querer, la mejor de sus sonrisas.

Un breve silencio cargado de chispa se instauró entre ambos y le hizo entender que el verdadero reto acababa de empezar.

Conocer a quien se escondía tras el rey de Arven ya no le parecía algo tan inapropiado.

CAPÍTULO 9

ACORTANDO LAS DISTANCIAS



JULIA

Tardó un cruce de miradas más en recuperarse del impacto que le había causado tener frente a ella a Edward.

Era real.

En cuanto recuperó el control de sí misma, concentrándose en que su voz sonara segura, logró preguntarle si quería sentarse.

Acompañándolo a una de las mesitas que había preparado con tanto mimo, cuando tomaron asiento, se permitió un segundo, solo uno, para observarle.

Bajo la suave luz de Sweet Garden, los rasgos marcados del rey de Arven imponían un poco menos, lo que le añadía un atractivo extra, acentuando su mandíbula cuadrada y el suave reflejo de una incipiente barba, además de aportar un matiz más ámbar a sus carismáticos ojos pardos.

Buscando desviar su atención, fijó la vista en sus adoradas margaritas para centrarse y fue ella quien volvió a atreverse a romper el hielo, consciente de que él también la estaba observando.

—Tengo que decir, Alteza, que esta vez sí ha estado a la altura.

Una mueca exagerada se instaló en el apuesto rostro de Edward y, tras un fingido suspiro, respondió:

—Menos mal, señorita Lorraine, pensé que jamás sería digno de su confianza.

«Así que el rey tiene un lado irónico», pensó al escucharle.

—Me subestimas si crees que solo con esto has conseguido mi confianza.

Antes de darse cuenta, había dejado el protocolo de lado y se había referido a él sin el «usted» que tanto le había costado mantener.

Quiso culpar a la familiaridad con la que, de una forma u otra, se habían tratado desde su primer encuentro en palacio, pero antes de justificarse, Edward, que se había percatado de ese breve lapsus, se adelantó.

—Solo por escucharte hablarme de tú, creo que ha merecido la pena el viaje.

—¿Aunque no consigas la receta? —cuestionó, buscando descubrir cómo el ingenio de la casa real se desenvolvía en Sweet Garden.

Un atisbo de picardía vibró en la mirada de Edward que, quitándose la gorra y pasando una mano por los mechones castaños que le caían revueltos sobre la frente, contraatacó diciendo:

—Siempre puedo volver, ¿no?

Había sido rápido, más de lo que esperaba y, siendo incapaz de responder algo medianamente coherente, decidió tirar por la tangente.

—Ven conmigo —le pidió, rozando sin querer la mano que tenía apoyada sobre la mesa.

Una suave electricidad ante su contacto, que decidió ignorar, la asaltó casi por completo.

El rey, más alto de lo que recordaba, se puso de pie con agilidad y, pasando por alto ese sutil roce, la siguió hasta la zona de cocina.

—¿Has probado alguna vez el tiramisú recién hecho? —le preguntó, recuperando la entereza.

No debía olvidar que estaban en su terreno.

—Tendría que recordar aquellos años en los que era joven e inocente y me colaba en las cocinas de Alborea —respondió Edward con una sonrisa de medio lado.

—¿Ya no lo eres? —cuestionó, tomando con delicadeza la manga que su inesperada visita le había hecho soltar unos minutos atrás.

Encogiéndose de hombros, el hombre que le sonreía con la mirada se acercó un paso más hacia ella, sin prisa, lo suficiente como para que pudiera percibir el aroma a sándalo de su piel.

—Nunca he tenido el placer de ver cómo se hace de cerca —se excusó ante su evidente cercanía, sin retroceder, aunque esperando su aprobación.

Y tenerlo a su lado, en contra de todo pronóstico, no la incomodó.

—Mira y aprende, Alteza —respondió, dejando que la naturalidad que la caracterizaba la guiara en aquella interacción.

Él asintió, no sin antes poner los ojos en blanco, mostrándose tan espontáneo como ella y, acto seguido, notó cómo aguardaba, atento, a verla trabajar.

Cogiendo la manga con la que tantas veces había preparado sus creaciones, llenó los vasitos sin titubear, mientras el rey seguía con la mirada todos y cada uno de sus milimetrados movimientos.

«Respira, July», se recordó cuando se giró para entregarle uno de ellos y, en el proceso, volvió a rozar sus dedos.

Más electricidad recorrió su indisciplinado cuerpo.

¿Qué se suponía que le pasaba al aire de Arven aquella mañana?

—¿Puedo probarlo? —preguntó Edward, admirando la creación que le había tendido.

—Imagino que no querrás mancharte, así que, a no ser que quieras rellenar uno tú, te concedo ese honor.

—Ahora eres tú quien me subestima, Julia, no conoces mis habilidades culinarias.

No pudiendo ponerle freno a su boca, respondió, alzando una ceja:

—Ah, ¿sí? ¿Pero las tienes?

Una pausa en la que se desafiaron con la mirada, en la que ella no cedió y Edward, finalmente, desarmándola, respondió:

—Por supuesto que no, pero sonaba demasiado bien que pareciera que sí.

Su risa brotó en la cocina de Sweet Garden, no había podido evitarlo, y él, guiado por sus carcajadas, tampoco pudo contenerse.

Estaban volviendo a reír al unísono.

Era sorprendentemente sencillo tenerlo cerca.

Y, cuando se recuperaron de esa dosis de serotonina, le tendió una cuchara para que probara la textura de su mezcla con mascarpone, pensando en que quizá estar con él era demasiado fácil para su propio bien.

No obstante, la barrera que hasta entonces había utilizado como muro protector volvió a vibrar dentro de ella.

Recordándole con quién estaba tratando. Era el rey de Arven. Y no debía olvidarlo.

—Esto es delicioso, Julia —le dijo Edward, cortando la línea que estaban siguiendo sus pensamientos—. No sé si al nivel del *lemon curd* que me ha traído hasta aquí, pero se acerca.

—¿También vas a querer esta receta?

—¿Te atreves a dudarlo?

Sintiendo que volvía a un punto que no era capaz de controlar, buscando delimitar lo que fuera que allí estuviera sucediendo, respondió:

—Una amistad es dar y recibir, así que, cuéntame, ¿qué gano yo? Si ese límite tan claro supuso algo para Edward, no lo demostró.

—Entiendo que mi extraordinaria compañía no es suficiente.

«Me lo estás poniendo difícil», respondió en silencio su subconsciente, sin embargo, sus labios terminaron diciendo:

—Tu ego tiene una capacidad única de recuperación.

Después de su respuesta, cayó en la cuenta de que nuevamente, sin saber en qué momento, había acortado un paso más en la prudente distancia que los mantenía separados.

«Julia, deja de mirarlo así», se reprendió al darse cuenta del descaro con el que lo estaba contemplando.

Se estaban volviendo a perder en un silencio compartido, hasta que Edward, frunciendo el ceño, dándole tiempo a ella para retroceder con sutileza, alzó el brazo y comprobó su reloj.

—Mierda —murmuró.

—Alteza, ¿qué vocabulario es ese? —bromeó.

El rey no respondió a su intento de chincharlo y el cambio en su gesto llamó su atención.

Pero Edward, al ver su desconcierto, tardó medio segundo en explicarle que tenía que marcharse. Su agenda esperaba y se había hecho tarde.

Guiándolo hasta la puerta, lo vio alejarse de la entrada de Sweet Garden y, cuando estaba a punto de intentar retomar sus tareas, el dulce tintineo de la campanilla volvió a interrumpirla.

Antes de alzar del todo el mentón, escuchó, de la persona que parecía haber llegado para tambalear sus muros:

—¿Puedo llamarte esta noche?

—Pensé que llegabas tarde —respondió, sin poder ocultar una genuina sonrisa.

Gesto que Edward, en la distancia, imitó.

Y, antes de dejarle decir nada, añadió:

—Te llamaré yo, sobre las diez.

—Perfecto —respondió él, volviendo sobre sus pasos y ella se quedó mirando, más tiempo del que debería, la puerta por la que le había visto marcharse.

No podía negar que lo suyo era una enorme contradicción, pero la idea de seguir descubriendo hasta dónde podía seguir sorprendiéndola Edward acabó, inevitablemente, pesando más que cualquiera de sus reticencias.

EDWARD

Que llegaba con retraso a su reunión con el equipo era un hecho, pero en ese momento no podría importarle menos.

Quién le había visto y quién le veía.

Cuando volvió a entrar en su Mercedes y cerró la puerta, el silencio del interior lo envolvió, aislándolo del murmullo del mundo durante un instante. Sujetando el volante, se permitió unos minutos más para ser, única y exclusivamente, Edward.

El hombre que había ido a Sweet Garden guiado por un reto y el que había salido de allí con aún más curiosidad que al entrar.

Julia, a quien no había podido dejar de mirar, no era el tipo de persona que llamaba la atención por imponerse, sino por hacer que todo a su alrededor pareciera más vivo.

Y, aunque era evidente que aún quedaba mucho por andar, permitirle que la conociera ya era suficiente.

Solo que aquello implicaba que ella también empezara a descubrir quién era sin su corona, algo que nunca le había resultado especialmente sencillo.

No obstante, la dueña de Sweet Garden tenía razón: una amistad, o como quisiera llamarle a lo que estaban construyendo, iba de dar y recibir y él estaba dispuesto a hacerlo.

Lo único que le trastocaba era que la idea de volver a hablar con ella esa misma noche le producía una sensación desconocida. Una que aún no se sentía preparado para definir, pero que, mientras arrancaba el motor para regresar a Alborea, se permitió disfrutar.

Conduciendo por las afueras de Liora, de vuelta a palacio, con la luz del sol deslizándose a través del parabrisas, se preguntó qué rumbo tomarían después de la llamada.

Quizá dejarse llevar no se le terminaría dando tan mal, ya que, en aquel momento, lo único que sabía con certeza era que aún no había descubierto el secreto de su receta y que ese pequeño detalle se había convertido en la excusa perfecta para volver a verla.

CAPÍTULO 10

TODO POR DESCUBRIR



EDWARD

Desde que había regresado de su pequeña escapada matutina a Sweet Garden, la productividad se había apoderado de él, logrando que fuera capaz de terminar todo lo que tenía en su agenda para aquel día en tiempo récord.

«Parece que te has tomado una sobredosis de cafeína», le había dicho Lewis, intentando descubrir qué escondía, tras terminar la reunión de tres horas con él y su equipo, a la que había llegado con casi media hora de retraso.

Su respuesta había sido simple: nada tenía que ver con los efectos de una de sus bebidas predilectas, de la que aquel jueves había tomado solo una taza; más bien, todo se debía a que estaba teniendo un buen día.

Aunque «bueno» distaba bastante de cómo podría definirlo. Tal vez «sorprendente» se acercaba un poco más.

Salir de su zona de seguridad, sin pretenderlo, estaba marcando la diferencia en más de un aspecto.

Al final de la tarde, organizó por tercera vez su fin de semana y, después, esperó, mirando su reloj como un idiota inquieto, a que sonara el teléfono.

«Ni que fueras un crío», se gruñó, suspirando, una hora más tarde.

Le estaba costando, más de lo que estaría dispuesto a admitir, centrarse en los planos que había decidido esparcir por todo su escritorio para distraerse.

Dos minutos antes de las diez, mientras trazaba líneas inconexas, escuchó el sonido que, ya no tenía sentido negar, había estado esperando.

—Buenas noches —escuchó que le saludaba Julia, con esa dulzura tan característica en su voz.

—¿Qué tal ha ido el resto del día? —le preguntó, acomodándose en su confortable sillón de cuero marrón.

—No ha sobrado ni un solo vasito de tiramisú —suspiró la señorita Lorraine.

Se notaba a kilómetros de distancia que, aun cansada, adoraba lo que hacía.

—Puedo hacerme una ligera idea de por qué se han vendido —respondió, rememorando el sabor del mascarpone—. Yo he estado tentado de traérmelos todos conmigo.

Su risa, a través de las ondas, llenó la habitación.

—Podrías aprender a hacerlos, así los tendrías siempre que quisieras —insinuó Julia.

—¿Aprender a hacerlas es la nueva cláusula para conseguir tus increíbles recetas? —cuestionó, siguiéndole el juego.

Al formular esa pregunta, una sensación similar al vértigo cruzó su mente al pensar en que todo podría terminar si conseguía superar el reto inicial con el que había empezado todo aquello.

Conseguir la receta —ahora, recetas— supondría quedarse sin un pretexto para volver a verla.

—Quizá... pero eso significaría que tendría que ser yo quien te enseñara.

—¿Tan terrible sería?

—Implicaría tener que volver a verte, más de una vez —añadió como si no tuviera importancia, dejando un matiz en el aire que él no supo descifrar.

Intentando averiguar qué escondía su respuesta, tardó medio segundo en responder, así que ella se adelantó de nuevo.

—Y también comprobaría si, al final, eres digno de mi confianza —murmuró, fingiendo altanería.

—Sigo en proceso de ganármela, señorita Lorraine. Aunque recuerda que esto va de dar y recibir.

Estaba utilizando sus propias palabras para chincharla y, sin molestarse en ocultarlo, mientras jugaba con los lápices, añadió:

—No puedes negarme que hoy he dado un gran paso.

—En eso tienes razón, Edward, creo que la clave ha sido...

Julia dudó y, durante un parpadeo, solo se escuchó el sonido de su respiración a través del teléfono, pero, dejándolo completamente fuera de combate, terminó la frase:

—Volver a vernos.

Se acababa de quedar sin la capacidad de articular palabra.

Y la mujer que, con tanta naturalidad, había logrado dejarlo mudo, continuó haciéndolo.

—Y, como no puedo negar que ha sido un gran paso, me toca a mí dar el siguiente —un nuevo suspiro—. ¿Tienes planes para este domingo?

Al escuchar su propuesta, se planteó que Julia tenía una habilidad innata para desarmarlo.

¿Habría algo más atractivo que la seguridad que esa mujer desprendía?

—Nada que no pueda posponer —dijo con rapidez, con una sonrisa contenida—. Ganarme el derecho de conocer tus secretos es prioridad absoluta.

«Podría llegar a serlo».

—Secretos culinarios —aclaró, tosiendo levemente.

El filtro que siempre utilizaba con el mundo parecía haberse difuminado como la bruma del mar aquella noche.

—¿Alguna idea de adónde podemos ir, Alteza?

Al pensar en cualquier plan que pudiera sorprender a la dueña de Sweet Garden, cayó en la cuenta de que no era tan sencillo.

Su voz, al responder un «no lo sé», fue más que suficiente para delatarlo y, como si Julia, en el poco tiempo que hacía que se

conocían, hubiera aprendido a leerlo, se apresuró a preguntar dónde estaba el problema.

—Me encantaría pasearme por Liora, Julia, pero...

—¿Tendrías que hacerlo con discreción? —adivinó ella.

No es que quisiera ocultarse —ni ocultarla—, solo era que quería seguir disfrutando de la burbuja en la que no era una imagen pública del país que tanto amaba.

—Creo que podría prestarte mis gafas de sol —añadió Julia, con un tono tan liviano que resultó un soplo de aire fresco.

—¿Te importaría? —preguntó, desabrochándose los gemelos de la camisa.

Entendería que ella considerara aquello excesivo y saliera corriendo. Es más, jamás la culparía por ello.

—Tienes que prometerme que te las pondrás si te las llevo.

«¿Cómo es posible que lo haga todo tan sumamente fácil?», se dijo al escucharla.

—Trato hecho —respondió, soltando el aire que no había sido consciente de estar conteniendo.

—Aparte, conozco un sitio perfecto.

—Soy todo oídos.

Algo le decía que podía confiar en su criterio.

—¿Conoces el Valle de los Almendros?

Claro que lo conocía.

Era un discreto paseo, rodeado de almendros, a apenas veinte minutos de palacio.

Eso sí, jamás se le habría ocurrido que Julia pudiera querer ir allí.

Aún le quedaba todo por descubrir de ella.

—A las seis —le propuso, resolutiva.

Y, al volver a acordar una hora con ella, por segunda vez aquel día, sin querer, pensó en una frase que había leído infinidad de veces:

«Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, comenzaré a ser feliz desde las tres».

—Allí estaré.

—Buenas noches, Edward.

—¿Vas a ser tú quien me cuelgue otra vez? —cuestionó.

Su orgullo ya lo daba por sentado.

Ni siquiera le dio tiempo a despedirse cuando descubrió que, efectivamente, había acertado.

Terminando de desabotonar su camisa azul marino, aún con una leve sonrisa en los labios, analizó, con ese lado racional tan suyo, lo que había sucedido en las últimas veinticuatro horas.

No tenía del todo claro cómo describirlo, así que, tumbándose en la cama, decidió que su nuevo objetivo sería simplemente vivirlo.

JULIA

El fin de semana había pasado a la velocidad de la luz.

Oli había regresado con un brillo especial y Noah, que tenía el resto de la semana libre de su proyecto en la universidad, las había «ayudado» con el evento de ese sábado.

Su mejor amiga, cuando tuvieron un segundo a solas entre pases, le soltó, con esa media sonrisa que siempre parecía esconder algo, que la veía «en la luna». Aunque lo negó, estaba completamente segura de que el rubor en sus pecosas mejillas la había traicionado.

Pero no quería hablarlo.

Aunque confiaba a ciegas en su alma gemela, no se sentía capaz de verbalizar todo lo que estaba sucediendo.

Pasar más tiempo con el rey de Arven era algo con lo que tampoco había contado y que, por algún motivo que no terminaba de entender, quería seguir guardándose para sí misma.

El domingo, frente al espejo de pie de su cuarto, el que había decorado con unas bonitas enredaderas, con DJ acurrucado sobre las prendas que ya se había probado, se recordó que estar así de nerviosa —y ella no era de las que dudaban— no ayudaba en absoluto. Además, tenía que pasar por la cocina de Sweet Garden antes de irse, si es que en algún momento lograba decidirse.

¿Por qué tenía que *sobrepensar* tanto qué ponerse para salir a dar un simple paseo?

«Porque es con Edward».

Por el amor de Dios, solo eran amigos. Ni siquiera eso todavía. Y, si de algo estaba segura, era de que no tenía intención de cruzar la línea que pudiera hacer que su relación tomara una senda diferente.

Complicarse aún más era un aro por el que no estaba dispuesta a pasar. O eso era de lo que intentaba convencerse.

Dejando de dar vueltas en círculos y recuperando una mínima parte de su cordura, optó por uno de los vestidos que más le gustaban, quizá también porque sabía que era uno de los que mejor le sentaban.

Abrazaba sus pequeñas curvas y el tono lila hacía que sus ojos cristalinos parecieran aún más despiertos.

Si a eso le añadías que dejaba ver las pecas que cubrían sus brazos con naturalidad, era perfecto.

Rociando su cuello con su perfume de bergamota y deshaciendo su trenza, se despidió de su ahijado felino con una dosis de mimos y bajó las escaleras directa al local, donde sabía que encontraría a su inigualable socia.

El universo volvió a estar de su parte, ya que cuando entró, Oli estaba ocupada hablando con unos posibles nuevos clientes. Aprovechando el momento, cogió con toda la discreción del mundo —y con una ligera dosis de adrenalina recorriéndole el cuerpo— las panacotas que había dejado preparadas en una de las cámaras frigoríficas.

Aquello había sido otro impulso más y no pudo evitar pensar que, en el fondo, las había hecho para tener una receta más que añadir a las dos que, en algún momento, algo le decía que acabaría compartiendo con Edward.

Acallando su siempre inquieta mente, guardó en la cesta de su bicicleta amarilla sus gafas de sol y el postre que, contra toda lógica, había decidido llevar consigo y pedaleó, sintiendo la caricia del aire primaveral en sus mejillas, hacia el Valle de los Almendros.

CAPÍTULO 11

MÁS DE UN MOTIVO



EDWARD

Estaba sentado en su Mercedes, con la ventanilla del copiloto ligeramente bajada, tarareando *Sacrifice*, de Elton John, que sonaba por la radio, cuando, a lo lejos, en la entrada al paseo, vio un reflejo dorado.

Al observar a Julia acercarse, en una bicicleta, rememoró el pensamiento que surcó su mente la primera vez que la vio: era como un destello.

La luz parecía formar parte de ella y, al darse cuenta de aquello, una sonrisa brotó en su rostro, ese que estaba acostumbrado a mantener siempre un porte serio.

Cuando quiso darse cuenta, la señorita Lorraine había aparcado justo a su lado.

Y entonces pensó que, incluso antes de saludarse, ya había vuelto a sorprenderle.

¿En serio había ido hasta allí en bicicleta?

Golpeando suavemente con los nudillos la ventanilla, la chica a la que había estado esperando consiguió que sus ojos se encontraran y que esa chispa, que ya reconocía cuando se miraban, volviera a aparecer.

—Imagino que no saldrás del coche hasta que no tengas las gafas de sol que te prometí, ¿no?

—Hola a ti también, señorita Lorraine —la saludó, bajándose, no sin antes coger las gafas que guardaba en la guantera.

Su intuición le decía que iba a necesitarlas.

Antes de que pudiera añadir nada, ella se acercó a la cesta que tenía la parte delantera de su bicicleta y sacó lo que, efectivamente, le había dicho que le llevaría.

—Creo que te irán perfectas.

Tenía que estar de broma.

Una atrocidad de pasta en color fresa era lo que le estaba tendiendo.

—Se supone que no debo llamar la aten... —empezó a decir.

—Me lo prometiste, Alteza —le interrumpió, retándole con una picardía deslumbrante.

Un gruñido bajo escapó de su garganta, provocando que Julia, que estaba encantadora con aquel vestido lila, se echara a reír.

—Entonces tú ponte estas —propuso él, mostrándole las suyas.

Mirándose en el reflejo de la ventanilla, su acompañante aprobó su nuevo complemento.

Y sí: sus Ray-Ban le sentaban un millón de veces mejor que a él.

Sin excusa para evitarlo, comenzaron el paseo, con la calma envolviéndolos y él convertido, muy a su pesar, en alguien a quien no reconocerían en ningún acto oficial.

—Espero que no olvides esto —se quejó— porque jamás volverá a suceder.

—Edward... —le nombró ella, conteniendo la risa, aunque no lo consiguió— te aseguro que te quedan bien.

Sus carcajadas eran altamente contagiosas y no pudo evitar reírse con ella.

El valle en el que se estaban sumergiendo, flanqueado por almendros que aún conservaban algunos pétalos entre sus ramas, parecía irreal, con restos blancos y rosas salpicando el suelo, invitándolos a perderse en él.

—Creo que has acertado —comentó, señalando al horizonte, mientras avanzaban, aún sin rozarse.

—Siempre lo hago —respondió Julia, con una sonrisa de oreja a oreja, observando, absorta, todo lo que tenían delante.

Mirándola más tiempo del necesario, ella finalmente le descubrió y un ligero rubor se instaló en sus mejillas.

—La primavera es mi época favorita del año —le contó, queriendo desviar su atención.

Sin apenas ser consciente, al descubrir un nuevo detalle sobre ella, abrió en su mente un pequeño cajón para guardarlo.

—Yo me quedo con el otoño —dijo como contrapunto.

—Te diría que me sorprende, pero creo que podría haberlo adivinado.

—¿Tan difícil es sorprenderte, Julia Lorraine? —preguntó, dándose cuenta de que sus manos estaban casi chocando.

—Podrías intentarlo. Respóndeme a algo más complicado.

—Soy un libro abierto —expresó exagerando, abriendo los brazos.

—Dime algo de lo que te sientas orgulloso.

No esperaba una cuestión como aquella y, dándose cuenta de que quería responder con sinceridad, se permitió un minuto para sopesar su respuesta, quitándose las gafas de sol en el proceso, aunque no se las devolvió a su dueña.

—De ser el rey de Arven... —empezó diciendo, bajo su atenta mirada, pues ella también se había quitado sus gafas y había decidido utilizarlas como diadema— de haber conseguido mi sueño de también ser arquitecto y... —tomó aire— de todo lo que aún no he hecho.

Julia, curiosa, frenó sus pasos.

Lo había logrado.

—Me gusta pensar que eso me obliga a seguir avanzando.

—Explícate —le pidió ella, sosteniéndole la mirada.

—Todo se resume en enfrentar cada día queriendo hacer algo de lo que seguir sintiéndome orgulloso.

No solía hablar con tanta franqueza con alguien a quien apenas conocía, pero con ella...

No se permitió seguir el hilo de ese involuntario pensamiento.

—Objetivo conseguido —respondió Julia, con una sonrisa franca, sin apartar la mirada.

Cuando sus ojos se volvieron a encontrar, el silencio tomó espacio entre ellos.

Un silencio apacible, fácil, tan natural como la conversación que estaban teniendo.

—¿Por qué arquitectura? —le preguntó, cuando retomaron sus pasos, mientras la suave luz anaranjada de la tarde les hacía de guía.

—De eso nada, ahora me toca preguntar a mí. Dar y recibir, ¿recuerdas?

—No me permites olvidarlo —le chinchó—, pero no te acostumbres a que te dé la razón.

Dejándose llevar por la genuina intimidad que la atmósfera del Valle de los Almendros había creado, le preguntó:

—¿Con qué sueñas, señorita Lorraine?

—Con volar.

No había dudado.

—Eres una caja de sorpresas —murmuró, dándose cuenta de que lo había afirmado en voz alta.

Encogiéndose de hombros, su acompañante volvió a ponerse las gafas de sol y, con un gesto, le indicó que siguiera caminando.

A unos metros de distancia, había una pequeña laguna que rompía el paisaje, en la que Julia, sin apenas esfuerzo, logró convencerlo de que se sentara junto a ella en la hierba.

Para cuando quiso ser consciente, hablando sobre todo y sobre nada, con la mujer que había ido conociendo un poquito más respuesta a respuesta, el atardecer empezó a caer, tiñendo el cielo.

El tiempo se había escapado entre sus dedos.

—Tengo algo para ti —le dijo Julia, cuando regresaban por el sendero.

—¿Para mí?

Ella asintió, segura de sí misma.

Eso tampoco se lo había esperado.

—Para ti, Alteza.

Al volver a observarla, esperando descubrir qué se traía entre manos, notó la brisa fría de las tardes de finales de abril.

—Ni se te ocurra ser un caballero andante —le dijo Julia al ver sus intenciones.

Se estaba quitando su chaqueta vaquera.

—Eres imposible, señorita Lorraine.

—Lo sé.

Pero esta vez, él no iba a ceder.

Así que le demostró que compartían cabezonería.

—Póntela —le pidió, tendiéndosela—. Considéralo parte de nuestros acuerdos.

En cuanto vio un atisbo de sonrisa en sus labios, supo que había ganado.

Ya al final del camino, vislumbrando su coche, Julia le pidió que esperara y, desviándose del camino, se agachó a recoger flores silvestres, de las cuales solo reconoció las amapolas.

—¿Te las vas a llevar? —preguntó, observando el bonito ramo improvisado.

—Otro dato más sobre mí que descubrirás hoy, Alteza —le miró— esto —señaló la vida que les envolvía: los árboles, las flores...— es mi pasatiempo favorito.

Julia Lorraine era todo lo que no había esperado y, aunque no podían ser más opuestos, lo tenía claro: a cada instante que pasaba, parecía importarle menos.

JULIA

Edward II de Valera, a quien había intentado, sin éxito, mirar como al rey que todos conocían, se estaba convirtiendo en una persona en la que, en contra de sus reticencias iniciales, podría llegar a confiar.

La tarde, junto a él, estaba siendo infinitamente mejor de lo que podría haber llegado a imaginar y, aun así, seguía dudando de si aquello era «correcto».

No obstante, dejándose llevar, cuando Edward se apoyó sobre el capó de su elegante Mercedes negro, tras guardar las flores que

había recogido en su cesta de mimbre, no vaciló al sacar lo que había llevado para él.

—Sé que con esto añadiré otra receta a la lista, pero...

Titubeó un instante, consciente de que había estado a punto de delatarse, pero, siendo la mujer inteligente que era, recondujo su afirmación.

—Creo que deberías empezar con tus enseñanzas culinarias con algo más sencillo.

—No sé si debería ofenderme que consideres que soy un desastre en la cocina, July.

«July», repitió y un burbujeo, que decidió obligarse a apagar, brotó en su interior.

—Aún no te he visto trabajar, así que tengo ciertas reservas.

Edward, que no había perdido el tiempo, acababa de abrir uno de los tarritos de cristal y estaba contemplándolo.

—Dejando de lado que, sí, me has ofendido —contestó Edward, desviando la vista y fingiendo indignación—, dime que has traído unas cucharas escondidas en esa cesta.

Con una sonrisa que no pudo evitar, respondió:

—Tendrás que probarlas en Alborea, Alteza.

—Has perdido la oportunidad de ver mi reacción al probar otra de tus creaciones.

El atractivo hombre que tenía enfrente volvía a tener razón. Sin embargo, no iba a dársela.

Pero no tenía duda alguna de sus habilidades, así que sabía que, aunque no lo viera en directo, las panacotas también le encantarían.

—Cuéntamela cuando decidas que estás preparado para tu primera lección.

Dándose cuenta tarde de que acababa de dejar en el aire, otra vez, la posibilidad de volver a verse, asumió que era el momento de dejar de negar lo evidente: quería seguir aprendiendo a leerle.

—Nací preparado, así que... —ese silencio, el muy altanero, se estaba haciendo el interesante— cuenta con ello esta semana.

Siguiendo con aquel reto, uno más que añadir a la lista infinita que estaban creando, poniéndose frente a él, mientras una posibilidad se dibujaba en su cabeza, respondió:

—Estoy deseando ver lo preparado que estás cuando entres en la cocina de Sweet Garden.

Manteniéndole la mirada, de la misma forma que durante aquella tarde lo había hecho ella, Edward contestó:

—Te llamaré mañana mismo para informarte.

El rey de Arven acababa de encontrar un motivo, ineludible, para que hablaran por teléfono nuevamente.

—A mediodía estaría bien, pero confírmamelo, por ir mentalizándome.

Y, sin esperarlo, él tendió su mano, buscando sellar aquel curioso trato que habían improvisado.

Tomándola, como había hecho hacía semanas en la recepción de palacio, apretó con entereza, sin apartar la mirada.

—Creo que es hora de irnos —afirmó, cuando la intensidad de sus ojos avellana amenazó con traspasarla.

No podía permitirse que Edward —con quien estaba empezando a bajar la guardia— viera aún más de ella ese domingo.

—Nos vemos pronto, July.

—Hasta mañana, Edward.

—Al menos esta vez no me has llamado «Alteza» —insinuó el hombre que seguía sin moverse de su asiento improvisado sobre el coche.

—¿Cómo debería llamarte? —preguntó, sabiendo que estaban alargando la despedida.

—Como quieras menos Edy.

—Acabamos de cometer un error, Alteza —le dijo, con una sonrisa traviesa—. Me encanta cómo suena Edy.

—Julia —gruñó, infantil, el rey de Arven.

Ignorándolo, se dio la vuelta y se subió a su bicicleta.

—Disfruta de las panacotas, Edy.

—Incorregible —creyó escuchar, cuando se alejaba de él, sin darse cuenta de que tenían más de un motivo por el que volver a encontrarse.

El aroma a sándalo, de una chaqueta vaquera que le venía grande, le acompañó de vuelta a su apartamento, sin dejar de lado las gafas de sol que seguía usando como diadema.

Sintiendo esas prendas como suyas, tardó en darse cuenta y, cuando lo hizo, ya era demasiado tarde.

Se había llevado, sin pretenderlo, un poquito de Edward.

CAPÍTULO 12

CAUSA Y EFECTO



JULIA

Ese último fin de semana del mes, ni ella ni Olivia —con la que hablaba sobre el cumpleaños que tenía al día siguiente con los padres y hermanas de Noah—, tendrían tiempo ni para parpadear.

Tenían tres eventos prácticamente seguidos: el sábado por la mañana, su favorito, la inauguración de una floristería; por la noche, a las afueras, un cóctel de una empresa de marketing; y el domingo, a mediodía, una reunión de jugadores de golf.

No podían quejarse y no lo hacían. Todo con lo que siempre habían soñado para Sweet Garden estaba, pasito a pasito, sucediendo, pero el ritmo en la cocina empezaba a ser frenético.

Coordinándose como solo ella y su mejor amiga eran capaces de hacer, la mañana de aquel lunes voló tan deprisa como una ráfaga de viento.

Turnándose para salir a comer, llegó su momento, y la anticipación por volver a hablar con Edward se impuso en su mente.

«Por favor, July, si no han pasado ni veinticuatro horas».

Había estado tan entretenida preparando la mayor cantidad de platos posible para refrigerar que no se había permitido pensar en su paseo por el Valle, ni en la chaqueta que había colgado en su

armario la noche anterior, ni en las gafas de sol que descansaban en uno de sus bolsillos.

Su relación con Edward, su ya confirmada «amistad», estaba creciendo y sabía que, por más que su cabeza vacilara ante todo lo que aquello implicaba, ya era tarde para frenarlo.

Mordiéndolo un trozo de zanahoria, que acababa de untar en hummus de remolacha, esperó a que sonara el teléfono, contemplando lo bonitas que se estaban poniendo todas sus plantas.

Cuando lo hizo, la voz cantarina de su madre, tan parecida a la suya, invitándola a comer con ella y con su padre, en su antiguo hogar, el miércoles, fue un pequeño recordatorio de que estaba empezando a bailar sobre sus propios límites.

Algo que confirmó cuando el teléfono rojo, minutos después, volvió a sonar.

—¿Te he dicho alguna vez que soy un fan incondicional de la panacota? —fue el saludo de Edward.

Tres segundos había tardado el rey de Arven en hacerla sonreír.

—De mi panacota —apostilló, sentándose en la encimera de la cocina, mientras jugaba con un mechón de pelo, que para no variar, se había escapado de su larga trenza.

—Estoy más que preparado para conocer los secretos de tus recetas, señorita Lorraine.

Aquella conversación había empezado fuerte.

Imaginándose a Edward en sus dominios, respondió:

—Empezaremos con el último postre que has probado.

—Por favor, July —murmuró Edward, intentando que su voz sonara dramática—, puedo enfrentarme ya al *lemon curd*.

Por un instante pensó en hasta dónde les estaba llevando aquella mezcla de limón y flores que seguía —y seguiría, por el momento— guardándose para ella.

—Antes de correr, Edy, deberías aprender a andar.

—¿Siempre eres tan difícil, señorita Lorraine? —le preguntó el rey, y supo que estaba conteniendo un suspiro exasperado.

—Estoy siendo una profesora precavida —se excusó.

¿Por qué le gustaba tanto aquel tira y afloja?

Antes de darse a sí misma una respuesta que no quería oír, Edward volvió a hablar.

—Creo que la única forma de que los dos ganemos es encontrar el punto medio.

—Te escucho, Alteza.

—¿No podrías llamarme simplemente Edward? —refunfuñó el hombre que sostenía la corona de Arven.

—¿Y qué tal «Ed»?

Utilizar un apelativo con él no contaba como dar un paso más, ¿no?

—Te lo acepto, si tú aceptas que empecemos por el tiramisú.

—Lo tuyo es negociar, Ed.

Sí, definitivamente le gustaba cómo sonaba esa variación de su nombre.

—¿Entonces qué día te atreves a enseñarme?

Pensando en la cantidad indecente de mezclas que aún tenía que dejar preparadas, se quedó en silencio, perdiéndose en el verde de las paredes de su cocina, iluminadas por el sol que entraba a borbotones desde la ventana.

Edward, que en aquel breve momento en el que se había quedado callada pareció entender que el trabajo era quien la reclamaba, soltó sin ni un solo atisbo de sutileza:

—Cualquier día, a partir de las ocho, yo puedo escaparme.

«Escaparnos», dijo una voz en su interior que no reconoció y que le recordó que había una posibilidad.

—Mañana tengo la cocina solo para mí —susurró, casi sin pretenderlo.

Olivia descansaba, como cada martes.

—Mentalízate, July, voy dispuesto a volver a sorprenderte.

¿Aún más?

Como si no lo hubiera hecho ya bastante.

Sin embargo, dejándose guiar por esa complicidad que parecía innata entre ellos, respondió:

—Mientras no me quemes la cocina...

—No puedo prometerlo.

—Edward —le riñó, sonriendo, otra vez, al teléfono.

Menos mal que tenía que irse. Así dejaría de mirar embelesada a ese cacharro rojo con el que estaba hablando.

—Ten un buen día, July.

—Hasta mañana, Ed.

Con el suave burbujeo de unas expectativas de las que nunca se había terminado de fiar, volvió a Sweet Garden y, al cruzar la zona de degustación y mirar hacia el fondo de la estancia, comprendió que, esa noche, le abriría a Edward una pequeña puerta a su mundo.

EDWARD

Llevaba más horas de las que podía contar en su despacho.

Había tanto por dejar cerrado que había pasado la mañana al teléfono.

Saltando entre ministros, prensa, la embajada y un sinfín de llamadas protocolarias.

Aunque contaba con la inestimable asistencia de Lewis, con quien, increíblemente, ese martes había salido a correr por la mañana, había temas que prefería tratar él.

A fin de cuentas, aquello no dejaba de ser su trabajo y, tal vez porque siempre había sabido a qué terminaría dedicándose, le encantaba.

Estaba anotando en su agenda la cita con los medios de comunicación del viernes, tras soltarse la corbata en color cian que llevaba, cuando la única persona que entraba sin llamar en aquella estancia apareció haciendo eco de su indiscutible elegancia.

—Mamá —la nombró al escuchar cómo se abría la puerta.

La emérita, Katherine, se acercó hacia él con una sonrisa.

—He pensado que podríamos tomar un té juntos.

No era algo que no hicieran normalmente, pero la conocía y creyó adivinar, en su expresión contenida, el motivo de su visita.

—Que sea un café doble, por favor —respondió, levantándose para darle un sonoro beso.

Su madre acogió el gesto con dulzura y, acto seguido, siendo la mujer con temple que era, habló antes de que tomaran asiento en los grandes sillones que decoraban el centro de la sala.

—Ha llegado a mis oídos —empezó diciendo, solemne— que tus escoltas han tenido un par de días libres.

El palacio de Alborea, por más grande que fuera, no estaba hecho para esconder secretos.

—No voy a preguntarte, Edy —se apresuró a añadir, mirándole a los ojos.

—Las noticias vuelan —murmuró.

—Confío en tu criterio, ya sabes que siempre lo he hecho.

Lo sabía. Sus padres siempre habían creído en su buen hacer y, aunque, como todo joven, habían tenido sus momentos, nunca habían limitado ninguna de sus elecciones.

Asintió, siendo consciente del peso del legado que portaba con orgullo.

—Solo te pido que recuerdes quién eres y... —una pausa premeditada— que sigas persiguiendo todo lo que te haga feliz.

—Gracias, mamá.

La mujer que le había dado la vida no volvió a mencionar nada de aquello mientras disfrutaban de un apacible rato juntos, pero sus palabras se le asentaron, sin pretenderlo, demasiado dentro.

¿Podría serlo todo al mismo tiempo?

El rey que vivía para su país y el hombre que, sin esperarlo, estaba descubriendo.

Julia, tan diferente, tan real, formaba parte de ese descubrimiento y, al salir hacia Sweet Garden, dispuesto a enfrentarse, por primera vez, a una clase de cocina, se dijo que no pensaba renunciar a aquello.

JULIA

Cerró el local cuando se dio cuenta de la hora.

Solo tenía quince minutos para cambiarse y volver a bajar las escaleras que lo conectaban con su apartamento para volver a

abrirlo.

Autoconvenciéndose de que subía a cambiarse porque tenía una pequeña mancha de chocolate en la blusa con la que había trabajado toda la jornada, entró a una velocidad nada recomendable en su habitación para buscar algo nuevo que ponerse.

Un top con mangas en rosa pálido terminó siendo su elección.

Estaba admirando lo curiosamente bien que quedaba con sus vaqueros estampados, cuando Olivia, a quien no había escuchado, entró en su habitación.

—¿Va todo bien? —preguntó su mejor amiga al verla en casa unos minutos antes de lo habitual.

Solían cerrar a las ocho los días que abrían por la tarde y ella no era de las que se escabullían antes.

Mirando a Oli a los ojos, de ese verde tan intenso, supo que el silencio estaba jugando en su contra.

—Espera —se apresuró a añadir su siempre tan observadora socia—, ¿vas a salir?

—Eh... —dudó.

—Sabía que algo me estabas ocultando, Julia Lorraine.

—No es lo que crees, Oli.

—Florequilla, te interrogaría ahora mismo, pero Noah me está esperando abajo.

Le debía una ración extra de *crêpes* a su químico favorito por librarla de aquello.

Sabía que su mejor amiga era capaz de convertir su salón en una sala digna de una película policíaca, solo que con un par de copas de *frizzante* en vez de esposas para acompañarlas.

—Se me ha olvidado el regalo de Eleonora —agregó, suspirando por su falta de memoria—, pero que sepas que, en algún momento, no te librarás de ponerme al día.

Asintió. No se sentía capacitada para mucho más.

Y la persona con más magia que conocía, acercándose a abrazarla como despedida, susurró en su oído:

—Amiga mía, no te imaginas cuánto me alegro.

Olivia estaba dando por sentado demasiado —equivocándose de pleno— y, aunque sabía que su alma gemela jamás adivinaría lo que

estaba sucediendo, había algo que sí era un hecho: jugar al escondite con Edward no podía ser eterno.

Esa realidad amenazaba con tambalear su debut como profesora de cocina.

No obstante, cuando, unos minutos después, el rey de Arven llamó a la puerta y le mostró una sutil sonrisa torcida que algo le decía que reservaba solo para un grupo de privilegiados, su cabeza apagó aquel pensamiento.

—¿Preparado para entrar en mi territorio, Alteza? —le preguntó, buscando, sin pretenderlo, la calidez de su mirada.

Al encontrarse con el ámbar de sus ojos, supo la respuesta, pero aun así, Ed, poniéndose firme, contestó:

—Nunca he estado tan preparado.

Y así fue como, sintiéndose tan ligera como el aire al volver a tenerlo cerca, se adelantó hacia el perchero y, pillándolo desprevenido, le lanzó uno de los delantales verde menta que había dejado colgados antes de salir.

Edward, aun sin esperarlo, lo cogió al vuelo.

Tenía buenos reflejos, eso tenía que concedérselo.

—Empezamos —le dijo, tomando otro para ella.

—Empezamos —repitió él.

Tras escucharle tan seguro, dejó de darle vueltas a la vida.

«El efecto Edward», lo llamaría.

CAPÍTULO 13

MARIPOSAS



JULIA

Necesitó treinta segundos, quizá un minuto, para asimilar que acababa de ayudar al mismísimo rey a anudarse un delantal.

Había sido inevitable respirar el mismo aire que él a esa proximidad tan cuestionable, pero no había podido resistirse a chincharlo por su lentitud al ponerse la prenda que le había lanzado.

—No hay tiempo que perder, Alteza —dijo con seguridad, una vez se recuperó de la cercanía con Edward que ella había propiciado.

Dando un sutil paso hacia atrás y tomando la batuta de la situación, continuó diciendo:

—Lo primero que debemos hacer es preparar todo lo que vamos a utilizar para el bizcocho.

—¿Bizcocho? —cuestionó Edward, alzando una ceja, curioso.

—Esto no es una clase amateur, ¿no? —le volvió a provocar—, así que haremos la receta al completo.

Un brillo descarado atravesó los ojos avellana del hombre que la acompañaba.

«July, a lo que estamos», intentó recordarse.

Supo, con una certeza irrefutable, que tendría que repetirse aquello más de una vez, y eso que ni siquiera habían empezado.

Guiando a Edward por sus dominios, unos minutos después tenían todo colocado sobre la encimera plateada que dividía la estancia.

—Es el momento de ver de qué pasta estás hecho.

—Tú mandas, señorita Lorraine, ¿con qué empiezo?

—Huevos y azúcar. Hay que batirlos.

Con suma concentración —algo que la sorprendió—, Ed, siguiendo las directrices que ella le iba proporcionando, llenó el bol que tenía delante.

Cuando le llegó el turno a las varillas, no pudo evitar sonreír al ver su exagerado gesto de desconcierto.

—No tienes ni idea de cómo se usan, ¿verdad?

—¿Tanto se ha notado?

—Un poquito —admitió, dispuesta a mostrarle la técnica.

Cuando intercambió posiciones con el rey, el sonido de la cocina pareció amortiguarse y, de repente, fue demasiado consciente del calor que desprendía el cuerpo del hombre que tenía a su lado.

Intentando estar a la altura de su tarea como profesora, tomó su mano con delicadeza para guiarle.

Quiso ignorar la electricidad que la recorrió al rozarlo de nuevo, pero fue prácticamente imposible.

Era la cercanía repentina, la conciencia de lo poco que los separaba, lo que la estaba descolocando.

Conseguir que las claras doblaran su tamaño a Edward le tomó más tiempo de lo que esperaba, pero ella había decidido que solo volvería a intervenir si era estrictamente necesario.

No se podía volver a permitir acercarse demasiado, ya que mantener la entereza se estaba convirtiendo en algo increíblemente complicado.

—Lo tienes, Ed —aplaudió, cuando él logró finalizar el primer paso.

Todo había quedado perfectamente integrado.

—Solo he tardado un milenio... —se quejó Edward, frunciendo el ceño.

—Recuerda que lo has conseguido —le interrumpió— y ahora, deja de refunfuñar, la harina te está esperando.

Al abrir el bote, la presión de la tapa hizo que una fina capa de harina cubriera el apuesto rostro de su atento alumno y que sus primeras carcajadas de la noche inundaran la cocina de Sweet Garden.

—Ven aquí, anda —le pidió, incapaz de no volver a acortar la distancia que los mantenía separados, con una naturalidad que no terminaba de creerse.

Estaba dispuesta a limpiarle la cara con su delantal, y así lo hizo, solo que también le alborotó el pelo, intencionadamente, en el proceso.

Ese gesto que no había podido contener le permitió fijarse de cerca en todo lo que no tendría que admirar de él: su sonrisa torcida, la forma en la que le sostenía la mirada a un suspiro de poder tocarla, cómo erguía la espalda.

Aun siendo consciente de cada detalle, de la línea que podía llegar a rebasar si seguían así, no se movió.

Con lo que no contaba era con que dentro de Edward habitaba un ser maligno, que aprovechó que ella estaba demasiado aturdida para coger la tapa del bote de harina y mancharla con ella.

—Jamás volveré a ayudarte —gruñó, cuando un manto del color de la nieve le cubrió las mejillas.

—July, definitivamente el blanco es tu color —le dijo Edward, cruzándose de brazos, mientras contenía una carcajada.

—Muy gracioso, Alteza, muy gracioso —le ladró—, pero mi color siempre ha sido el verde.

Con un as bajo la manga, se acercó al bol del preparado y, mientras le retaba con una mirada malhumorada, tomó las varillas y las deslizó con la precisión suficiente como para manchar su impoluta camiseta blanca.

«Para que vuelvas», pensó, pavoneándose con malicia.

Era su cocina.

Ni el rey —ni nadie— lograría que se amedrentara.

—¿Estás dispuesta a empezar una guerra contra mí, Julia Lorraine?

La voz de Edward sonó peligrosamente atractiva, por lo que, tras planteárselo durante una milésima de segundo, apelando a la razón,

negó con la cabeza.

—La ganaría —respondió, intentando sonar convencida—. Pero te recuerdo que tenemos que seguir con esto.

El rey de Arven asintió, no sin antes poner los ojos en blanco mientras se quitaba las manchas que surcaban su camiseta y, volviendo a su posición, aguardó a la siguiente lección.

Una vez que consiguieron que el bizcocho descansara en la bandeja del horno, creyó que tendría una tregua de aquella montaña rusa de sensaciones que estaba viviendo.

Sin embargo, no tardó en descubrir que no había nada más lejos de ser cierto.

—Te prometo que jamás pensé que batir podría ser tan difícil —murmuró Ed, un rato después, luchando con la siguiente mezcla.

Las claras que utilizarían en el mascarpone, que debía terminar «al punto de nieve», como le había explicado, se le estaban atascando.

—¿Puedo? —preguntó, obviando, una vez más, que se había propuesto mantenerse al margen.

—Debes —respondió Edward, fijándose en cómo ella volvía a coger su mano.

Su intención era mostrarle una forma más efectiva de colocar la muñeca y, una vez que lo consiguió, no sin esfuerzo, ya no tenía tan claro que quisiera volver a poner distancia entre ellos.

El rey de Arven, para no variar, no se lo había puesto fácil, ya que, en vez de centrarse en lo que ella pretendía enseñarle, se dedicó a buscarla con la mirada.

Entonces, como si los astros quisieran seguir actuando en su contra, el silencio en la cocina de Sweet Garden comenzó a cargarse, intensificando aún más lo que sea que estuviera naciendo entre ellos.

¿Sería posible que existiera intimidad en algo tan cotidiano?

Sus ojos, como era de esperar, por más que lo intentó postergar, terminaron chocando.

Avellana contra azul.

«Reacciona», se pidió, contemplando su reflejo en aquellos iris de color ámbar.

No estaba ganando esa batalla.

Ojalá su subconsciente hubiera sido quien la trajera de vuelta a la realidad, pero fue el inconfundible pitido del horno el que rompió aquella tensión suspendida en la que se encontraban.

Tensión que ella no estaba dispuesta a pararse a analizar.

Jamás pensó que una inocente clase de cocina se pudiera «complicar» tanto.

Y, sin ser del todo consciente de cómo, tras sacar el bizcocho del horno, consiguieron continuar con la elaborada preparación de la crema.

Perdidos entre risas genuinas y una inevitable danza de manos, finalmente, le llegó el turno al último paso: el montaje.

Usar la manga era considerado todo un arte y, a diferencia de lo terrible que había sido para Edward trabajar con las varillas, manejar su objeto favorito de la cocina se le dio increíblemente bien.

—Si no enseñamos los tres vasitos que has rellenado tú, señorita Lorraine, los míos no han quedado nada mal.

Lo cierto era que tenían un aspecto espectacular, teniendo en cuenta que eran sus primeras creaciones.

No obstante, respondió:

—No tengo ninguna intención de inflarte el ego, Alteza.

—Aún me queda superar la prueba de fuego —murmuró Ed, pasándole uno de los vasos—. ¿Podrías probarlo?

Que el rey de Arven se hubiera tomado su clase tan en serio la pellizcó por dentro.

Estaba volviendo a flaquear.

Él quería su aprobación y, antes de razonar lo que estaba a punto de decir, su boca, traicionera, se adelantó.

—Creo que primero deberíamos cenar algo.

Ante su propuesta, esa chispa en los ojos pardos del rey —a la que le estaba costando inmunizarse— volvió a resurgir.

«Para», quiso gritarle, por atreverse a contemplarla así.

¿Dónde estaban sus barreras anti-Edward cuando más las necesitaba?

—Se ha hecho tarde —añadió, maldiciendo su impulsividad en silencio.

—¿Me estás invitando a cenar, July? —preguntó él, enarcando una ceja, sin ocultar que le encantaba la idea.

—No hagas que me arrepienta —respondió, rodeando la encimera, en busca del temple que siempre la caracterizaba, pero que parecía haberse esfumado por la ventana.

No apareció.

Y, para seguir fomentando su ya confirmada falta de cordura, en vez de quedarse en la seguridad de su local y aprovechar cualquiera de los preparados que había refrigerados, decidió dar un salto al vacío.

«Julia Lorraine Fernández, no tienes remedio», se dijo en silencio.

Una vez que su templo quedó impoluto, con el postre en las manos de Edward, subieron, despacio, guiados por su invitación, las escaleras exteriores que conectaban sus dos realidades.

Por más inverosímiles que le resultaran sus decisiones, con una sonrisa que no pudo guardar, le mostró, al abrir la puerta e invitarle a pasar a su caótico hogar, otra parte de quién era.

La que ella consideraba, sin lugar a dudas, la más importante.

EDWARD

No recordaba la última vez que algo, y quien dice algo, dice alguien, lo había sorprendido así.

Mientras cruzaba el umbral del hogar de July, supo que no sabría ponerle nombre a aquella sensación tan efervescente que le recorría.

Sosteniendo con sumo cuidado los vasitos que había creado junto a ella, aunque se había autoproclamado un desastre culinario, la siguió, mirando con detalle todo lo que tenía a su alrededor.

En su vida, tan llena de estímulos, rara vez se permitía observar algo con tanta atención, pero no pudo evitarlo.

El contraste había sido inmediato.

De la calidez que habían compartido en la cocina a la verdad que estaba descubriendo en aquel pequeño apartamento.

No podía negarlo: Julia había hecho del lugar algo suyo.

—Bienvenido a mi humilde morada, Alteza.

—Es todo un honor —respondió, sabiendo que aquella afirmación escondía mucho más de lo que era protocolario expresar.

Una vez que su profesora, mostrándose tan natural como acostumbraba, cogió los postres que él sostenía en las manos para posarlos sobre la mesa del salón, decorada con un divertido mantel a cuadros, recorrió, nuevamente, con ojos de arquitecto, toda la estancia.

Su cabeza no había errado, era real, en aquella bonita casa primaba una constante en cada rincón: las plantas.

Estaban allá donde se fijase.

Y cuando pilló a July observándolas con dulzura, lo entendió.

No estaba solo en su apartamento; la mujer más desconcertante que conocía le estaba mostrando una extensión de sí misma. Una que, en vista de cómo se atrevió a mirarla acto seguido, le estaba fascinando.

Era su forma de ver el mundo y tenía la suerte de que se la estuviera enseñando.

—Es muy bonito —logró decir, cuando ella se acercó a su lado.

Sin embargo, no estaba hablando del curioso espacio en el que se encontraban.

Como si aquella cena no fuera la primera, las horas siguientes que compartieron, volviendo a cuestionarse incluso cómo se había formado el planeta, lo llevaron a aceptar que pocas cosas podrían compararse con compartir el tiempo con alguien que, siendo tan opuesta a él, era capaz de «verle».

La espontaneidad de July estaba consiguiendo que, para una persona que no tenía tendencia a fluir en absoluto, hacerlo pareciera algo tan sencillo como respirar.

—Es el momento —le dijo ella, con una sonrisa que vibraba, al coger el tiramisú.

Ya habían terminado con los sándwiches de pavo y rúcula improvisados que habían cenado.

—No me juzgues demasiado.

—Lo justo y necesario —sentenció ella, un suspiro antes de degustarlo.

Imitándola, hizo exactamente lo mismo y se aventuró a probar su primera mezcla de mascarpone y café.

—Mis recetas no fallan —aprobó July, saboreando la capa de cacao que había espolvoreado como decoración.

—Gracias por la parte que me toca —respondió, desviando la vista hacia una maceta en la que no había reparado hasta entonces.

—Qué indignación la suya, Majestad.

—Prométeme que no vamos a volver a las formalidades —le pidió, volviendo a fijar sus ojos en lo que acababa de captar su atención.

July, siguiendo su mirada, saltando de un tema a otro, como ya se había acostumbrado a que hiciera, le explicó que las orquídeas, su flor favorita, que curiosamente no siempre desprendían la fragancia que él conocía, se le estaban resistiendo.

—No es que sean difíciles... es que no puedes obligarlas.

—¿A crecer? —le preguntó, atento a cualquier cosa que quisiera contarle.

—A florecer. Solo lo hacen cuando están listas.

—¿Debo añadir a nuestra lista una clase de botánica?

Dejando de lado que la pasión con la que hablaba July de aquello ya era un motivo más que suficiente para querer saber más, la realidad era que quería descubrir cómo ayudarla con ese pequeño proyecto: lograr que sus orquídeas florecieran se acababa de convertir en su nuevo reto.

—Dar y recibir, Ed. Ahora te toca a ti.

—¿Qué tal una clase de arquitectura mientras cenamos?

Lo había propuesto sin dudar y no se arrepentía.

Aunque se excusó diciéndose a sí mismo que le debía una cena, sabía que la realidad era que el deseo de que ella siguiera viéndolo, viendo al Edward que solo unos pocos conocían, había primado y, aunque no tenía la certeza de salir ileso de aquello, quería atreverse con ello.

—¿Me estás invitando a cenar, Ed? —se burló Julia, usando las mismas palabras que él le había dicho antes de recoger la cocina de Sweet Garden.

—Siempre puedes decirme que no —respondió poniendo un leve puchero.

—Consultaré mi agenda.

—¿Demasiado trabajo? —cuestionó, pensando en que la velada estaba llegando a su fin y aún no tenía claro cuándo volvería a verla.

—No te imaginas cuánto...

Sin concretar nada, al igual que en el Valle, alargó una despedida que, pasada la medianoche, ninguno de los dos pudo seguir posponiendo.

—Gracias por todo esto, July —le dijo en la puerta y, sin querer, su mano se dirigió al mechón de pelo rubio que siempre caía de su larga trenza, colocándolo, con una delicadeza que no sabía que tenía, tras su oreja.

—Me pensaré si en nuestra próxima clase estás preparado para la gran receta.

Ya no sabía si quería estarlo, solo quería alargar todo aquello al máximo.

Con la sensación de que las horas, otra vez, habían pasado demasiado rápido, bajó hacia su coche, el que le aguardaba para llevarle de vuelta a su perfectamente organizada vida en palacio.

JULIA

La sensación de que algo se había quedado en el tintero se apoderó de ella e, incapaz de ponerle freno, salió al balcón de la habitación de Olivia.

Edward estaba a punto de subirse a su Mercedes cuando lo llamó desde la distancia.

La forma en la que volvió a mirarla... alguien que, en teoría, era solo su amigo.

No debería considerarse legal.

—Si quieres disfrutar de mi compañía esta semana, la cena que me has prometido tendría que ser mañana —le dijo, sintiendo cómo el rubor se instalaba en sus pecosas mejillas.

El resto de la semana sería imposible y, que alguien la pellizcara, no quería esperar tanto.

El anguloso rostro de Edward dibujó una sonrisa contenida y, ajustándose la chaqueta, bajo las luces titilantes de las estrellas, respondió:

—Perfecto, señorita Lorraine. Esta vez te toca a ti adentrarte en mi universo.

«¿Qué se supone que estás haciendo?», pensó, dándose cuenta de lo que acababa de provocar, mientras se seguían midiendo en la distancia.

—Te recojo a las nueve —añadió el rey de Arven, abriendo la puerta de su coche.

—No te atrevas a llegar tarde.

—Jamás —respondió él, con esa seguridad que siempre emanaba.

«Solo es otra cena», intentó convencerse cuando se acurrucó en el sofá, con la necesidad repentina de abrazar algo que le devolviera a tierra firme.

Pero las mariposas, esas que se agitan cuando conoces a alguien que pone a prueba tus certezas, no estaban de acuerdo. Y siguieron aleteando dentro.

CAPÍTULO 14

LA ANTICIPACIÓN



EDWARD

Era la quinta vez aquella mañana que pensaba en cuándo encontraría un momento para poder acercarse a la biblioteca.

La sala más emblemática del edificio Lira estaba a tan solo un par de pasillos de distancia, pero ese miércoles la veía a años luz.

—¿Me estás escuchando? —le preguntó Lewis, con quien llevaba compartiendo su tiempo desde prácticamente el amanecer. Habían vuelto a salir juntos a correr.

—Claro que te estoy escuchando —respondió, aunque su mirada se deslizó, casi por inercia, hacia el reloj.

—¿Seguro? ¿Qué te acabo de decir?

—Que mañana iremos al área de biología de la universidad, ya que hoy el equipo encargado del proyecto no podía recibirnos —narró, mirándolo, intentando ocultar su evidente cansancio.

Su mejor amigo le sostuvo la mirada unos segundos.

—Ed, eso es lo que te he dicho hace media hora.

«Extraordinario», pensó.

Lewis le acababa de pillar en un fuera de juego.

Su cabeza, siempre tan organizada, aquel día estaba empeñada en perderse en el recuerdo de unas orquídeas que aún no habían florecido.

—¿Café y retomamos después? —le propuso su mano derecha, sabiendo que necesitaba parar.

Solo que, siendo coherente con su realidad, casi antes de que su amigo terminara la frase, respondió:

—No nos da tiempo.

Tenía dos compromisos más antes de comer. Una agenda cerrada al milímetro y ni un solo hueco hasta esa noche que pudiera llamar suyo.

El tiempo avanzaba sin pedir permiso y sabía que, por más que quisiera, no podía hacer nada para detenerlo, aunque también se conformaba con que pasara más despacio.

Sin embargo, no era el ritmo de las agujas del reloj lo que le inquietaba.

Tampoco era el hecho de no poder escaparse a la biblioteca.

Era lo que representaba y la frustración contenida que le generaba.

Aun así, durante las siguientes reuniones, una pequeña parcela de su cuadriculada mente, la que reservaba solo para él, no pudo resistirse a volver a imaginar la cena que —encontraría la forma— tenía que organizar.

La cuestión era: ¿estaría a la altura de lo que quería mostrarle a la señorita Lorraine?

No supo la respuesta.

Y tampoco encontró un instante para plantearse, entre citas y divagaciones, en qué momento había empezado a importarle.

JULIA

Volver a casa de sus padres siempre era reparador.

El que había sido su hogar era uno de sus lugares seguros y, en cuanto entró, el inconfundible olor de la comida que estaba preparando su madre le recordó por qué tardó tanto en independizarse.

—July, ya estás aquí —le sonrió su padre en cuanto entró en el salón, decorado con infinidad de fotos que narraban cada

acontecimiento importante de su vida.

Mason Lorraine, su progenitor, la persona más hogareña y práctica que conocía, quitándose sus gafas de pasta, se acercó a abrazarla.

A diferencia de su madre, que pasaba a verla con regularidad, él era más reticente a acercarse a Sweet Garden.

No porque no se sintiera orgulloso de su «pequeña» —así la llamaba—, siempre le había demostrado que lo estaba, sino porque su personalidad era, como bien sabían quienes tenían el honor de conocerle, bastante más reservada.

—La tortilla estará lista en cinco minutos —canturreó su madre.

—¿La tía Paula ha enviado jamón? —preguntó, emocionada ante la idea, una vez entró en la cocina.

Pocas cosas podían gustarle más que comerlo sobre una tostada con tomate.

—Si hubieras venido antes, te hubiera dado tiempo a probarlo —le dijo Mason, que la había seguido, buscando chincharla.

Así era su padre. Un «picón» de manual.

—Papá, podrías haberme guardado un poquito —se quejó, poniéndole ojitos.

Su familia, más bien, la mitad de su familia, vivía en España y su madre, Valentina, recibía constantemente paquetes de sus hermanas, a las que tanto añoraba.

Aunque conocía la historia de sus padres, le seguía pareciendo extraordinario el valor que tuvo su madre para dejar su vida como costurera en un pequeño pueblo de la sierra toledana y seguir a su padre, a quien conoció por casualidad cuando él viajó hasta allí por trabajo, hasta la capital de Arven.

«Fue el destino», repetía Mason, con un brillo mágico en los ojos al mirar a su madre, siempre que lo rememoraban.

Obviando que su padre había dejado sin reservas de sus platos favoritos la despensa, disfrutó de ese pequeño pero necesario ratito con ellos, poniéndose al día, contándoles cada pequeño avance que estaban logrando junto a Olivia.

—Por cierto —captó su atención Valentina, retomando la conversación sobre el país que tanto adoraba—, hemos pensado ir a

ver a los abuelos.

—¿Cuándo? —cuestionó, pensando si podría escaparse.

Y, al pensar en escaparse, en su cabeza se dibujó una conversación que había tenido con el rey de Arven. Parecía que el eco de lo que compartían, aún sin definir, era incapaz de acallarse.

—Después del verano —le explicó su padre.

—Tal vez pueda cuadrarlo —contestó, dándose cuenta de que no había seguido planeando el largo viaje que quería hacer cuando terminara la caótica temporada de eventos en Sweet Garden.

«Has estado demasiado distraída», murmuró su subconsciente.

Era cierto y no estaba en posición de negarlo.

Edward había llegado irrumpiendo con tanta fuerza que...

—Ojalá, July, todos están deseando verte —añadió la mujer que le había dado la vida, nostálgica, rompiendo el hilo en el que su mente se había empezado a enredar.

Con el corazón lleno y una sonrisa de oreja a oreja, se volvió a subir en su bicicleta y, pasando por el paseo marítimo, solo por el placer de deleitarse con las vistas del mar, regresó a su apartamento.

Y allí la aguardaba el pequeñín a quien le había prometido su amor eterno: DJ.

Había echado de menos sus ronroneos y eso que solo había pasado una noche fuera con su dueña y con Noah.

Tras mimarlo de más, como siempre hacía, el felino se escabulló por la ventana.

Y fue al contemplar cómo las vibrantes luces del atardecer iluminaban sus geranios cuando cayó en la cuenta de que debía empezar a cambiarse.

Otro encuentro con Edward al que tendría que enfrentarse y, en vista de todo lo que había sucedido en los últimos días, no sabía con qué se encontraría.

Repitiéndose la interminable lista de motivos por los que su amistad, secreta —para añadir más dramatismo—, no podía funcionar, siendo tan incoherente como de costumbre en lo que a él refería, comenzó a vestirse.

Quería estar «presentable» y una falda de gasa en un naranja suave, junto a un corpiño blanco y unas alpargatas del mismo color, serían los encargados de que lo lograra.

Recogiendo su pelo en un moño desenfadado, esperó, haciendo tiempo con Orgullo y prejuicio, que, en algún momento, se había propuesto terminar, a la hora acordada.

A medida que pasaban los minutos, con la impaciencia recorriéndole nuevamente la piel, apartó la novela de su regazo.

No estaba logrando su objetivo.

Era incapaz de centrarse y se había dado cuenta de que aquella sensación se intensificaba siempre que le tenía delante.

Qué irónico era que las ganas de descubrir el universo de Edward —ella, en contra de su lógica, ya le había mostrado demasiado el suyo— fueran capaces de hacer que todas sus férreas convicciones estuvieran empezando a desdibujarse.

EDWARD

Por primera vez en todo el día, el silencio se abrió paso a su alrededor, alejándolo del bullicio en el que se había visto sumergido desde primera hora de la mañana.

Solo entonces, cuando el ritmo frenético de palacio dejó de empujarlo, fue consciente de que la idea que llevaba horas rondándole la cabeza había terminado de asentarse.

No necesitaba que aquella noche fuera perfecta.

Ni siquiera que encajara con el mundo tan rígido al que estaba acostumbrado.

Por más simple que pudiera sonar, lo único que quería era que fuera suficiente.

Una hora después, se permitió recorrer con la mirada lo que, con algo de ayuda, había organizado, analizándolo con esa precisión casi automática que siempre le acompañaba, en busca de algo que mejorar, de algún detalle mínimo que ajustar. Pero, por primera vez en mucho tiempo, después de revisarlo exhaustivamente, no encontró la necesidad de hacerlo.

Quizá porque compartir aquello con Julia no respondía a las normas que tenía que seguir día a día, o porque, en el fondo, tampoco quería que nada que tuviera que ver con ella lo hiciera.

Comprobando que, efectivamente, había cogido las llaves del coche y que lo que había conseguido rescatar de la biblioteca les aguardaba, escondido entre las flores, para cuando llegaran, dejó atrás los jardines que, con tanta dedicación —y gracias a los planos que había diseñado—, se estaban transformando en algo digno de ser mostrado.

Estaba convencido de que ella, con esa forma tan única que tenía de verlo todo, sabría apreciarlo.

Jamás entendería por qué dudaba tanto cuando se trataba de ser él mismo.

Y, sin embargo, con la señorita Lorraine, serlo le parecía sorprendentemente sencillo.

CAPÍTULO 15

MÁS ALLÁ



EDWARD

Durante el trayecto hasta Sweet Garden, intentó disfrutar de la música que sonaba en la radio, tarareando *Hungry Eyes*, buscando ponerle freno al aluvión de pensamientos que recorrían su mente.

Desde el hecho de haber vuelto a salir sin escolta hasta cómo lograría que todo funcionara tal y como lo había planeado junto a Hillary, la cocinera —a quien consideraba parte de la familia desde hacía años— y única persona en la que había confiado para ayudarle.

Su seguridad se había quedado escondida en algún rincón de los jardines.

Y no fue hasta que vio aparecer a Julia, con aquella falda naranja de vuelo, que sus dudas decidieron volatilizarse.

La sonrisa sincera con la que ella estaba caminando hacia él fue más que suficiente para hacerle ver —necesitaba reiterarse— que su «universo», la parte que quería mostrarle, sí estaría a la altura.

—Podría acostumbrarme a tener chófer —fue su particular saludo cuando llegó frente a él.

—¿Vas a contratarme? —le preguntó, divertido, abriéndole la puerta.

—Estoy empezando a planteármelo —respondió ella, fingiendo que lo estaba meditando, mientras se sentaba en su Mercedes.

Fue su cercanía y esa forma tan natural de iniciar la velada lo que le empujó, tras volver a su asiento, a verbalizar las palabras que había decidido no seguir conteniendo:

—Estás preciosa esta noche.

El rubor que ascendió por las pecosas mejillas de Julia acentuó aún más su innegable atractivo.

—¿Solo esta noche? —cuestionó ella, buscando aligerar la inevitable tensión que se había instalado entre ellos.

—No estás preparada para saber la respuesta, señorita Lorraine —afirmó, mirándola de soslayo mientras conducía hacia palacio.

Alzando una ceja, su acompañante esperó su respuesta y él, buscando deliberadamente provocarla, se hizo de rogar.

—Lo estás siempre.

Y ahí estaba, otra vez ese tono cereza resaltando sus bonitas facciones.

—Cállate, Ed —le pidió, desviando la mirada hacia la ventanilla.

Fue imposible no echarse a reír ante la inesperada timidez que le estaba demostrando.

Definitivamente, hacer que se sonrojara podría convertirse en su nuevo pasatiempo predilecto.

Y ese pulso innato que siempre sostenían, esa forma de entenderse con solo una mirada, se mantuvo hasta que entraron en los garajes privados de Alborea.

—Recuérdame que nunca vuelva a repetirme que tú tampoco estás mal —contraatacó ella al pique que habían mantenido durante todo el camino, justo antes de caer en la cuenta de dónde habían entrado.

Tardó un parpadeo, que él captó, en asimilarlo.

—Bienvenida de nuevo a Alborea, July.

Si ella se sintió abrumada al recorrer los enormes garajes de palacio, no lo demostró, pues caminó junto a él serena, observándolo todo con esa mirada tan llena de vida que ya había aprendido a reconocer como parte de ella.

«El momento ha llegado», se dijo, pasándose una mano por el pelo, cuando atajaron hasta su zona favorita —donde estaba todo dispuesto— de la Villa.

En cuanto pusieron un pie al aire libre, el murmullo del viento acompañó sus pasos.

Julia, que seguía atenta, contempló lo que tenía a su alrededor y le confesó, casi hablando para sí misma:

—El día de la recepción, en cuanto entré con mi equipo en Alborea, lo primero que pensé fue en escaparme a descubrir estos jardines.

—Puedes hacerlo —le respondió, cuando su mano, de forma inconsciente, estuvo a punto de rozar la suya.

—No me des alas, Alteza.

«Vuela», quiso decir, pero esta vez sí logró contenerse.

—Antes de que me pierdas en mis propios jardines, me gustaría enseñarte algo.

—Eres tú quien manda hoy, Ed.

—¿Estás segura de eso? —cuestionó, con una picardía que no sabía que poseía.

—Es solo porque quiero una clase gratis de arquitectura —respondió ella, colocándose los mechones que se escapaban del moño que recogía su larga melena dorada.

—Entonces creo que he acertado.

Alzando la mano, le mostró, sin vacilar, la primera parte de lo que había preparado.

Unos pasos por delante, en una discreta esquina, reinaba una mesa que parecía integrarse con naturalidad entre las flores. Una tela clara caía con suavidad sobre la madera oscura, que contrastaba con las pequeñas luces blancas escondidas entre las ramas más cercanas.

Y, si te fijabas bien, a esa distancia, también se podían distinguir los planos que con cuidado había dejado colocados.

Al mirar a July y verlo todo a través de sus ojos, una chispa de orgullo lo invadió.

—¿Preparada para analizar tus primeros planos?

Estaba haciendo un espejo de lo que ella le había dicho a él antes de adentrarse en la cocina de Sweet Garden.

—Más que preparada —respondió July, buscando su mirada.

Y cuando sus ojos se encontraron, ninguno de los dos necesitó añadir nada.

¿Qué se suponía que pasaba en el aire cuando se observaban?

Incapaz de encontrar respuesta a algo que ni él mismo entendía y mucho menos con ella a su lado, la guio para mostrarle una parte de él que siempre había reservado.

Julia Lorraine, siendo aún más sorprendente de lo que acostumbraba, le preguntó por cada línea que había trazado, por cómo integraría en la realidad cada minúsculo elemento que se veía en sus planos.

—Me parece increíble que tengas todo tan claro, Ed, que seas capaz de visualizarlo así —le dijo, cuando le mostró lo que quería hacer con el ala de los jardines que aún seguían reformando.

Sin buscarlo, al rozar el papel, los dedos de Julia se toparon con los suyos y una electricidad inesperada opacó lo que le estaba explicando.

Tras tomar aire, recuperándose de cómo un gesto tan sencillo, que cuando venía de ella le hacía sentir tan desarmado, dijo:

—Supongo que es mi trabajo como arquitecto, señorita Lorraine: mirar más allá.

Nuevamente, algo que no supo descifrar volvió a asomar en su mirada cristalina.

Qué desconcertante y cautivador era no ser capaz de leerla.

Una inesperada ráfaga de viento agitó los papeles que un suspiro antes habían estado revisando. Y, en un silencio que parecía existir solo para ellos, siguieron midiéndose sin llegar a tocarse.

Fue ese leve recordatorio del mundo exterior lo que le hizo carraspear.

«¿Alguien se creería que sois solo amigos?», le planteó su subconsciente antes de volver a hablar.

—¿Te gustaría ver en directo cómo estamos avanzando? —le propuso, comprobando su reloj.

Necesitaban alejarse de allí para que la segunda parte de la velada que había programado apareciera, literalmente, como por arte de magia.

—Me encantaría.

Ver a July mimetizarse con los jardines de la Villa, explicándole —sí, ella— cada planta, cada flor, cada árbol que habitaba en sus «dominios», fue algo que supo que jamás olvidaría.

Y tampoco podría olvidar la atención con la que ella le escuchó explicar la reforma que estaban llevando a cabo.

Había acertado, Julia Lorraine, con su forma tan particular de mirarlo todo, había sabido apreciarlo.

—Podría estar horas y horas aquí —dijo ella, mientras regresaban al punto de partida.

Sus manos, en aquel camino de vuelta, amenazaban con buscarse, ya que solo la suave brisa de la primavera cabía en el minúsculo espacio que había entre ellos.

—July, las puertas están abiertas —se aventuró a decir.

Durante un segundo, el miedo a dar un paso en falso con ella volvió a emerger. Estaba empezando a importarle más de lo que sería capaz de admitir.

—Aún no he terminado de ver aquella zona —dijo señalando el ala norte—, así que...

—Es una pena —ironizó—. Tendrás que volver.

—Ed... —le gruñó ella, dándole un manotazo.

Y él, casi de forma inconsciente, atrapó su mano, notando el contraste entre sus manos frías y la calidez de las de Julia.

El sonido de la fuente que había a escasos metros de distancia, junto al canto lejano de los pájaros, pareció retarle a ser capaz de detener el tiempo.

¿Por qué tenía que sentir como algo tan natural tenerla tan cerca?

July, que ya había vuelto a ruborizarse, dio un paso atrás.

Y él, dejando caer el brazo, la dejó marchar.

Sin embargo, no pudo evitar quedarse con la sensación de que algo indescriptible seguía flotando entre ambos.

JULIA

No supo en qué momento había dejado de respirar con normalidad.

Lo único que tenía claro era que, o daba un paso atrás, o no confiaba en tener el valor suficiente para volver a alejarse.

Cada minuto que había compartido con Edward aquella noche había sido revelador.

Y no era justo culparle por algo que había nacido en ella.

Había sido su decisión pedirle que le mostrara quién era. Y también lo era ahora reconocer que cada detalle nuevo que descubría le dejaba más huella que el anterior.

Y, con todo y con eso...

Seguía allí.

En aquellos jardines que parecían sacados de un sueño. Descubriéndolos con él.

Con lo que no contaba era con que la noche aún no había terminado.

Es más, solo acababa de empezar.

Ya que, cuando alzó la mirada en busca de la preciosa mesa en la que había descubierto lo complejo que podía llegar a ser entender un plano, descubrió que esta había cambiado.

—¿Pensabas que no íbamos a cenar, señorita Lorraine?

Intentar disimular su mueca de asombro no surtió ningún efecto.

—¿Cómo...? —titubeó, observando, aún incrédula, la succulenta bandeja de comida que descansaba a escasos metros.

Edward no le respondió, se limitó a entornar los ojos, fingiendo inocencia.

Guiada por el característico aroma del aceite de oliva, se acercó a lo que el rey de Arven había organizado solo para ella.

No era una comida ostentosa, ni excesivamente elaborada: una tabla de quesos, pan de hogaza, mantequilla, fruta fresca y una botella de vino tinto, que, aunque no era su predilecto, se moría por probar.

Y fue al sentarse frente a él cuando se dio cuenta de que la sencillez de aquel acto era lo que la había calado.

—No me esperaba esto —admitió, mirándolo, incapaz de disimular que seguía procesando lo que tenía delante.

—Entonces tendré que esforzarme más la próxima vez —respondió Edward, con una media sonrisa.

—La próxima vez... —murmuró.

Al imaginarse cómo sería, aceptó que, si de ella dependía, la habría. Y le bastó esa afirmación silenciosa para darse cuenta de cuánto se estaba empezando a complicar todo.

Su reticencia para involucrarse emocionalmente —hacerlo implicaba demasiado— no estaba cambiando, pero por primera vez en mucho tiempo, ya no sabía si sería capaz de seguir poniéndole freno a las mariposas que no habían dejado de agitarse dentro de ella y que, durante la cena, la llevaron a olvidarse de la comida —algo insólito— para centrarse únicamente en disfrutar de la compañía.

La luna ya estaba en su punto más álgido, brillando en el firmamento, cuando los platos y la botella de *Château Margaux* empezaron a vaciarse.

Pronto llegaría el momento de marcharse y, cuando estaba a punto de agradecerle todo aquello al rey de Arven, Edward se adelantó:

—¿Recuerdas que en nuestro paseo por el Valle trajiste una sorpresa para mí?

Asintió.

—Pues hoy yo tengo algo para ti. Aunque no esperes algo tan impresionante.

—Edward de Valera —era la primera vez que lo nombraba así—, ¿podrías dejar de hacer que me sonroje constantemente?

Una carcajada después, su apuesto acompañante se levantó y ella, incapaz de reprimir la curiosidad, lo siguió con la mirada antes de también ponerse en pie.

Edward, sin darse cuenta de que estaba detrás de él, apartó con cuidado unas ramas de jazmín cerca de la zona en la que descansaban los planos y, de entre ellas, sacó lo que creyó que era un libro.

—Esto es para ti —dijo al girarse, sorprendiéndose al tenerla tan cerca.

Había sido su curiosidad la que los había vuelto a poner a escasos centímetros de distancia.

—Pensé que podría gustarte —añadió, tendiéndoselo, con el ámbar vibrando en sus expresivos ojos color avellana.

Tomando lo que le tendía con cuidado, por miedo a romperlo, no fue capaz de responder de inmediato.

En sus manos tenía el primer tomo de un manual de...

—¿Botánica? —preguntó, casi en un susurro, pasando los dedos con suavidad por la portada.

Un nudo con el que no contaba se le estaba formando en el pecho.

No era el hecho de que Edward hubiera convertido aquella velada en algo inolvidable, ni que ya la conociera lo suficiente como para saber que necesitaba ese libro.

Todo se reducía a que, en mitad de su rutina en palacio, se había acordado de ella.

—En la biblioteca están el resto de los tomos, por si cuando termines con este quieres continuar con los demás —le respondió Edward, con naturalidad.

Encontrar las palabras le costó lo inimaginable, pero logró articular un agradecimiento que sintió insuficiente.

Aquello no era una cita y, pese a ello, había sido, sin temor a reconocerlo, una de las noches más únicas de su vida.

La sensación de ingravidez la acompañó cuando caminaron de vuelta al coche, reafirmando lo que empezaba a ser evidente: sus muros no es que estuvieran cediendo, era la sonrisa torcida de Edward la que los estaba dinamitando.

El viaje en su Mercedes estuvo lleno de un silencio demasiado significativo.

Tanto, que necesitó bajar la ventanilla en busca de una bocanada de aire fresco para volver a centrarse en lo que su cabeza, refunfuñando, le decía que era lo correcto.

Sin embargo, cuando llegaron a su destino y él le abrió la puerta de nuevo, decidió tentar a la suerte y rebasar sus propios límites,

acercándose.

Ante el desconcierto del rey de Arven, posó sus labios en la incipiente barba que adornaba sus angulosas mejillas.

—Nos vemos pronto, Ed —dijo, alejándose, en cuanto razonó lo que acababa de hacer.

—Cocina, arquitectura, botánica... —enumeró el rey, sin apartar los ojos de su rostro—. ¿Qué nos toca la próxima semana?

—¿Improvisar? —sugirió, rodeándolo para encaminarse hacia las escaleras que la llevarían hasta su apartamento.

No habría podido seguir sosteniendo el brillo que desprendían sus ojos.

«¿Cuánto tiempo seré capaz de seguir manteniendo la *entereza?*», se preguntó mientras entraba a hurtadillas en su habitación.

Sabía la respuesta.

Y no podía posponer eternamente el ser capaz de afrontarla.

CAPÍTULO 16

MATICES



JULIA

Seguía en una nube, perdida en algún lugar del cielo de Liora. Había sido incapaz de dormir, intentando atesorar todo lo que había compartido con Edward, sin llegar a entender por qué le resultaba tan difícil soltarlo.

De madrugada, tras dar un millón de vueltas en la cama, decidió invertir aquellas horas en empezar el tomo de botánica.

Cuando llegó prácticamente a la mitad y leyó que el cuidado de la familia de las *Orchidaceae* —sus predilectas orquídeas— estaba en el tomo siguiente, empezó a creer en lo que Olivia llamaba señales.

Solo que ella tenía tendencia a ignorarlas.

Excepto —algo que solo fue capaz de reconocer en su interior— las que apuntaban al rey de Arven.

Esas, en cambio, parecían inevitables.

Mientras degustaba su primer té blanco del día, sentada en uno de los taburetes altos de la cocina, apartó el libro que la había acompañado durante horas y se permitió un último momento para revivir con nitidez cada pequeño detalle de la noche anterior.

Ruborizándose —algo que odiaba—, se planteó si el beso en la mejilla que le había dado como despedida había sido demasiado.

Y algo le dijo que lo verdaderamente temerario hubiera sido atreverse a rozar la comisura de sus labios.

¿Qué hubiera pasado?

No estaba segura de querer saberlo.

Con la duda flotando en el aire, se levantó, dispuesta a empezar la jornada.

—Julia Lorraine... —escuchó que la llamaban desde el salón un rato después, mientras terminaba de vestirse para bajar a abrir Sweet Garden.

El tono de Olivia no le pasó desapercibido.

Y, mientras se encaminaba a buscar a su mejor amiga, cayó en la cuenta de que el libro que no había dejado de tener entre las manos desde que regresó de Alborea, al despistarse con el recuerdo de una sonrisa torcida, se había quedado en la encimera de la cocina.

«Mierda», pensó.

No se había separado de él ni un minuto y había tenido que olvidarlo justo cuando Olivia acababa de levantarse.

—¿En serio yo, tu mejor amiga, tu alma gemela, tu socia... —dramatizó Oli, con el manual en las manos— al final voy a tener que recurrir a un interrogatorio para que me cuentes lo que está pasando?

Por segunda vez, se imaginó su bonito apartamento como una sala de la típica película policiaca. Solo que con más plantas.

—¿Te has planteado dedicarte al teatro? —le preguntó, conteniendo una carcajada.

—Soy más de cine —respondió la nueva Sandra Bullock—, pero no te atrevas a cambiarme de tema.

—Tengo que bajar a abrir, Oli. Hoy me toca a mí —le recordó, acercándose para recuperar lo que no debería haber olvidado.

Oli, al darse cuenta de sus intenciones, apretó el ejemplar contra su pecho y le dijo, poniendo pucheros:

—Dame una pista, por favor.

Era imposible no adorarla.

—Es solo un amigo —se atrevió a decir, verbalizando por primera vez que existía algo entre ella y Edward, aunque nombrarlo no entraba entre sus planes.

—¿Eso es de lo que intentas convencerte, florecilla? —cuestionó su mejor amiga, dejándola momentáneamente noqueada. Tanto, que tuvo que desviar la mirada.

—Oli... —murmuró.

Era demasiado temprano para una conversación tan intensa.

—Necesito detalles, ¿sabes? —le dijo tendiéndole el libro, mientras continuaba con el puchero—, pero como soy la mejor, esperaré a que te sientas preparada para contármelos.

Si alguien la conocía, era Olivia.

Habían hablado innumerables veces de sus motivos para rehuir del «amor» y siempre, su mejor amiga, terminaba con la misma conclusión.

«Ya me lo contarás cuando llegue *tu persona*».

Y no la creía —seguía sin hacerlo—. Tenía demasiados sueños por cumplir, demasiados viajes por hacer, demasiado que vivir como para permitirse algo así.

—Probablemente el milenio que viene podré contarte algo —bromeó, acariciando nuevamente, de forma inconsciente, la portada del libro.

—¡Ay, Juls! —suspiró Oli—. Rezaré a Atenea para que entres en razón antes.

Necesitaba escabullirse o terminaría confesándole lo que ella aún seguía intentando procesar.

—Te he dejado un poco de té en tu taza de Disney. Nos vemos abajo, ¿vale?

—Vale... —claudicó su mejor amiga.

—Te quiero, gruñona.

—Yo más a ti, July —respondió Olivia, acercándose a por su bebida con DJ ronroneando al lado.

Una sonrisa se dibujó en su cara al mirarlos, sonrisa que se desdibujó cuando dio la vuelta al cartel de abierto de Sweet Garden.

«¿Cómo podría funcionar aquello?», se preguntó, siendo consciente de que ella y el rey de Arven vivían en dos realidades completamente diferentes, aunque hubieran acordado volver a verse.

Tras ponerse el delantal, intentó omitir lo que había sentido al referirse a él como «su amigo» y lo pequeño que se le estaba quedando ese término, obligándose a centrarse en lo único que se sentía capaz de manejar: el *catering*.

Los caóticos días que tenía por delante esperaba que la ayudaran a encontrarse... o tal vez, a terminar de perderse.

EDWARD

Empezó el mes de mayo corriendo al trote por los jardines de la Villa, permitiendo que el aire frío de primera hora de la mañana le despejara la mente.

Solo que, desde hacía dos días, cuando salía al exterior de Alborea, no podía evitar pensar en Julia.

En cómo había descubierto el exterior del palacio en el que había crecido a través de su mirada.

Las flores que le acompañaban en el recorrido ya no le parecían las mismas, ahora las veía con matices diferentes, más únicas, más vivas.

Al advertir los derroteros que estaba siguiendo su cabeza, mientras se agachaba a recoger una pequeña flor de azahar que el viento había dejado sobre el césped, pensó en que jamás creyó que él se vería así: completamente perdido.

La señorita Lorraine, la curiosidad que desde el primer momento le había despertado, no había dejado de crecer y sabía que seguiría haciéndolo a medida que descubriera la infinidad de matices sobre ella que aún desconocía.

Tras darse una larga ducha, antes de su primera salida del día, para preparar una gala —que presidiría— en honor a las Bellas Artes, se tomó un instante para sentarse frente a su escritorio y admirar la delicada flor blanca que se había llevado consigo.

Tenía el teléfono delante y, aunque la tentación de escuchar su voz era grande, no quería interferir así en su día a día.

Julia le había explicado todos los eventos que tenía programados ese fin de semana y, si de algo se había dado cuenta, era de que, al

igual que le sucedía a él, su trabajo para ella era una pieza clave.

No obstante, la idea de improvisar que ella le había dejado caer al despedirse no le permitió quedarse quieto, así que decidió que podría volver a los comienzos.

Obviando que tenía escasos minutos antes de tener que marcharse, sacó el sello real, papel y la pluma Montblanc que solía llevar en el bolsillo de su americana y escribió una nueva nota.

Tras terminar de prepararse a la velocidad de la luz, cogió su maletín, el sobre con el nombre de la dueña de Sweet Garden —que escondía un pequeño detalle— y salió de su área privada dentro del palacio, dispuesto a pedir que lo enviaran cuanto antes.

Y fue justo después de entregarlo cuando se topó con la persona que se había convertido en su aliada, a quien no había visto desde que le había ayudado a preparar la cena para July.

—Hillary, buenos días —la saludó, con una sonrisa.

La conocía desde niño, así que con ella era simplemente Edward.

—Deduzco por esa sonrisa que tienes que todo salió bien —le dijo la cocinera sin preámbulos.

—Eh... —titubeó.

«Bien» no le parecía suficiente para describirlo.

—La verdad es que todo quedó precioso, Edy —añadió Hillary, que, al igual que sus padres, se empeñaba en seguir llamándolo así.

—No merecía menos —murmuró, percatándose tarde de que sus palabras se habían escapado en voz alta.

—Espero que podamos conocerla pronto.

«Ojalá», pensó durante el tiempo que dura un latido, justo antes de obligarse a frenar.

Pero se limitó a asentir.

Aquello no dependía solo de él y, ante aquella certeza, la sensación de que todo se estaba escapando a su control se abrió paso en su interior.

No podía olvidar quién era, lo que representaba.

Y, aun así, no sintió la necesidad de intentar cambiarlo.

¿Dónde se escondía el hombre racional que siempre había creído ser cuando se trataba de Julia?

CAPÍTULO 17

DEJARSE LLEVAR



JULIA

Increíblemente habían sobrevivido, aunque no sabría decir quién tenía más cara de agotamiento aquel lunes por la mañana, si ella u Olivia, que estaba a su lado revisando lo que tenían que organizar para el segundo fin de semana de mayo.

—Mañana no voy a salir de la cama en todo el día —mencionó su mejor amiga, bostezando, apartando los papeles que tenía delante.

—Yo el miércoles haré lo mismo —respondió, pensando en la posibilidad de pasar el día entero acurrucada.

Y fue al planteárselo cuando se dio cuenta de que prefería improvisar algo distinto, algo que aún no había tenido la oportunidad de proponerle al rey de Arven y que seguía sin saber si sería una buena idea hacerlo.

El sonido de la puerta de Sweet Garden no le permitió seguir sopesando cómo debería actuar.

Joseph, con su particular carrito azul, las esperaba, con un gesto pícaro, frente al mostrador.

—Seguís sin contarme el secreto —fue lo primero que pronunció, ondeando un sobre que reconoció de inmediato.

Cuando quiso levantarse para interceptarlo, su socia, curiosa, se le había adelantado.

—Julia Lorraine —leyó Oli en voz alta.

Su nombre era, nuevamente, el que aparecía escrito junto al sello de Arven.

«Edward», pensó con una sonrisa que tardó poco en evaporarse.

Olivia la miró contrariada y bastó la forma en la que ella le devolvió la mirada para que su mejor amiga entendiera que, cuando estuvieran solas —si es que no huía por la ventana; tentada estaba de hacerlo—, se lo explicaría.

Los minutos que pasaron con el encantador Joseph se le antojaron eternos. No dejó de chascar los dedos, nerviosa, y, en cuanto el adorable cartero se marchó, armándose de valor, se puso frente a su amiga.

—¿Recuerdas que me pediste «detalles»? —le preguntó, notando cómo el rubor se instalaba en sus pecosas mejillas.

Últimamente era incapaz de controlar la cantidad de veces al día que terminaba sonrojándose.

—Soy toda oídos, florecilla.

Tomando una bocanada de aire, le narró —no sin trabarse varias veces en el proceso— el giro tan inesperado que estaba tomando su vida.

—Espera... —le pidió Oli, abriendo los ojos como platos—. ¿Estamos hablando de Edward II de Valera?

Asintió.

—¿De Edward, el rey de Arven?

Volvió a asentir.

—Ma - dre - mí - a.

—Ajá —respondió y, acto seguido, guiada por la liberación de que alguien lo supiera, le explicó a Olivia cómo se estaban desmoronando sus barreras.

Su alma gemela pasó de la cara de asombro a mirarla con la chispa que la caracterizaba brillando en sus ojos.

—Siempre supe que el día que alguien te descolocara lo haría a lo grande y, Dios mío, florecilla, has tenido una cita o... más de una —se corrigió— con el puñetero rey de Arven.

—No hemos tenido ninguna ci... —intentó decir.

Oli la miró enarcando una ceja.

La realidad era que no se lo creía ni ella.

—¿A qué esperas para abrir la nota? —le preguntó Olivia, pasándole el sobre que había dejado apoyado sobre la mesa en la que llevaban sentadas casi una hora.

Volviendo a posar sus ojos en el sello real y en la elegante letra que lo acompañaba, algo en su estómago volvió a aletear.

«Malditas traicioneras», gruñó en su fuero interno, mientras intentaba esconder una sonrisa.

—Voy a preparar un té —dijo su socia, levantándose hacia la cocina, dándole el espacio que tanto necesitaba.

Mirando a su alma gemela alejarse, se reiteró que no podía ser más afortunada por tenerla.

Con una ilusión hasta entonces desconocida recorriéndole el cuerpo, abrió el sobre.

Un aroma suave, cítrico, casi etéreo, inundó sus fosas nasales cuando tomó la nota entre sus dedos.

Querida señorita Lorraine:

Improvisar suena demasiado bien como para no intentarlo, aunque me temo que no es precisamente mi punto fuerte.

Aun así, estaré dispuesto a ponerme a prueba... si tú lo haces conmigo.

Atentamente (qué formal suena esto),

Ed

PD: ¿Has descubierto algo que sirva de ayuda con las orquídeas en el tomo de botánica?

Es que era imposible.

Imposible no querer volver a verlo.

Y, si había algún atisbo de duda, cuando cogió el sobre nuevamente y vio caer sobre la mesa un detalle que hasta entonces le había pasado desapercibido, cualquier reticencia se esfumó por completo, logrando que se quedara inmóvil durante un parpadeo.

Al tomar entre sus dedos —con toda la delicadeza del mundo— la pequeña flor de naranjo, la emoción que había estado conteniendo la atravesó por completo.

No era solo Edward.

Eran él y sus gestos.

Y todo lo que estaban empezando a implicar.

—He intentado mantenerme al margen, pero... —le dijo Oli, volviendo a sentarse junto a ella, tendiéndole una taza de agujas de plata.

No le respondió de inmediato; se permitió anclarse un instante más a la magia que contenían los pétalos blancos que seguía admirando.

—¿Eso es una flor? —preguntó Olivia, observándola con una sonrisa de aprobación.

—De azahar —contestó ella, carraspeando, mientras la guardaba.

Y su mejor amiga, tocando en el botón exacto, le dijo cuando, después de media mañana pululando, se pusieron en pie para retomar sus tareas:

—Juls, sé que no me has pedido mi opinión...

—Pero me la vas a dar —terminó ella la frase, tomándola del brazo con cariño.

—Recuerda que arriesgarse siempre será mejor que arrepentirse.

Y, antes de darle un sonoro beso en la mejilla, Oli añadió:

—Incluso aunque se trate del rey de Arven.

Su socia no necesitó añadir nada más.

No hacía falta.

Esas palabras habían logrado su objetivo y, mirando el reloj, le pidió a Atenea que las horas volaran.

En cuanto cerraran Sweet Garden esa noche, tenía pendiente una llamada.

EDWARD

Llevaba todo el día con Sebastian y Lewis preparando el pleno al que asistiría esa semana.

Que su voz fuera escuchada por los ministros de Arven era algo que consideraba un honor y, por ende, casi siempre organizaba su asistencia y los puntos a tratar al detalle.

—Realmente, en esta parte nos estamos saliendo del guion y, aunque no es lo habitual... —estaba explicando Lewis sobre el último punto que plantearía ante el consejo.

Antes de que su mano derecha terminara la frase, sorprendiéndose a sí mismo por no dudar ante algo así, respondió:

—Contáis con mi aprobación.

Parecía que dejar espacio a lo inesperado últimamente se había convertido en su forma de actuar.

Al darse cuenta de ello, alzó la mirada hacia los jardines que se podían observar desde su despacho.

Pensando en con qué creación culinaria estaría aquella tarde la mujer que le estaba enseñando a mirar con otros ojos las flores.

Su capacidad de concentración había empezado a dispersarse, por lo que, unos minutos después, dio por finalizada la reunión. Quería seguir con los planos en los que había estado trabajando gran parte del fin de semana, aprovechando un brote de inspiración.

Cuando llegó a su habitación, preparó todo lo que necesitaba para trabajar en la terraza.

La primavera hacía que los días fueran cada vez más largos y quería aprovechar esa maravilla de luz.

Cuando tomó asiento, su cabeza amenazó nuevamente con pensar en la última persona a la que le había enseñado sus ideas e, intentando negarse a algo que sabía que ya no podía evitar, sacó sus reglas.

Antes de poder utilizarlas, el sonido del teléfono hizo vibrar las paredes de su cuarto o quizá fue él quien sintió ese leve temblor recorrerle el cuerpo al intuir quién llamaba.

Una vez más, no falló.

—¿Así que solo aceptas improvisar si yo también lo hago?

Julia y su incapacidad para saludar con un simple «hola», y su facilidad para dejarlo noqueado desde la primera palabra.

—Y, por cierto... —añadió ella, con un tono más suave— soy incapaz de dejar de mirar a la flor. Es preciosa.

«Cómo...», pensó, sin terminar la frase, aunque era evidente cómo acabaría.

—La encontré en el jardín —respondió entonces, dándose cuenta de lo ligera que sonaba su voz.

Casi podía volver a oler el característico aroma del azahar mientras intentaba procesar lo que Julia lograba despertar en él.

—Y sí, July, solo acepto improvisar si es contigo.

Una respiración después, ella contestó:

—¿Qué te parecería que sigamos poniendo a prueba tus habilidades de camuflaje?

«Tentador», respondió su subconsciente.

—Cuéntame qué tienes en mente —le pidió, curioso, esperando alargar al máximo la conversación.

Habían sido cinco días sin hablar y no podía negar que se le habían hecho, independientemente del frenesí que suponía su rutina como rey, demasiado largos.

—Si te lo cuento, me pierdo tu reacción —le dijo July.

—Siempre tan enigmática, señorita Lorraine.

—¿Aceptas dejarte llevar? —le preguntó.

«Ni que fuera capaz de decirte que no», pensó.

—¿Qué día te va bien volver a sorprenderme? —cuestionó él, juguetón.

—¿Martes por la noche? —respondió ella y creyó distinguir una pequeña nota de ilusión en su timbre.

—¿A las nueve paso a recogerte con el coche?

—No vamos a necesitarlo.

Pensando en qué se le podría haber ocurrido a ese huracán con nombre de mujer, se planteó los riesgos que conllevaba «jugar a los disfraces», aunque realmente solo había uno que le inquietaba de verdad: lo que podría implicar esa exposición para ella.

No quería que se viera envuelta en medio de algo que no había elegido.

No obstante, dejando para más tarde los quebraderos de cabeza, cuando iba a responder, July añadió, casi en un susurro:

—Tengo ganas de verte.

Quitándose los gemelos de la camisa, su pecho se hinchó al escuchar tal afirmación, relegando, durante un segundo, sus dudas a un cajón.

Ella quería verlo y aquello era un motivo más que suficiente para ignorar que el mundo exterior pudiera interponerse.

CAPÍTULO 18

TODO ACABA DE CAMBIAR



JULIA

Estaba jugando con las mangas de la chaqueta vaquera del rey de Arven, la que había elegido para completar su look de «incógnito», mientras lo esperaba en las puertas de Sweet Garden.

Se había prometido improvisar y, como eso era exactamente lo que quería hacer, lo único en lo que se había parado a pensar era en cómo comenzarían aquella cita.

Su fuero interno había decidido que ese término era el que definía su salida con Edward y había aceptado —no sabía en qué momento— que ya no le apetecía seguir nadando contracorriente.

Era increíblemente agotador.

Solo que determinar aquello con ese nombre que aún era incapaz de pronunciar en voz alta había logrado que los nervios —esos que ya invadían cada rincón de su ser— se incrementaran.

Contemplando la bicicleta que Noah le había traído aquella mañana antes de ir a la universidad, tras extorsionarlo con *crêpes* de chocolate, intentó imaginar la reacción de Edward cuando viera por qué tendría que cambiar su elegante coche blindado.

Sin embargo, no necesitó recurrir a su imaginación, pues, cuando alzó la cabeza, vio cómo el hombre que había estado esperando estaba acercándose a ella.

Ataviado con una bomber azul marino y blanca, un pantalón vaquero oscuro y la misma gorra que llevó en su paseo por el Valle de los Almendros.

Definitivamente, nadie diría que tenía ante sus ojos a un miembro de la casa real, a no ser que tuvieras la suerte de conocerlo de cerca.

—Creo que esa chaqueta me suena —le dijo Edward, con su particular sonrisa, cuando se tuvieron enfrente.

—Pensé que la mejor forma de pasar desapercibida era olvidar mi fondo de armario y apostar por algo completamente diferente —respondió, tomándose un segundo para analizarle de nuevo.

No sabría decir cuándo le parecía más atractivo, si con un traje hecho a medida, enmarcando su musculatura, como el que llevaba el día de la recepción, o con aquella ropa tan desenfadada.

—Puedes utilizar mi fondo de armario siempre que quieras, señorita Lorraine —contestó Edward, buscando su mirada.

Aquella noche, por primera vez, no se negó a que sus ojos se encontraran y tampoco intentó apartar la electricidad que la recorrió cuando lo hicieron.

—Sigues dándome alas, Alteza.

Probablemente se imaginó el «siempre» que creyó escuchar cuando, obviando la anticipación que nuevamente sentía, levantó la mano para enseñarle la brillante idea que se le había ocurrido.

—Ahora es cuando me dices que tengo que enseñarte a andar en bicicleta —pronunció divertida, acercándose a la suya.

—Me subestimas, July —refunfuñó Ed, poniendo los ojos en blanco—. Claro que sé montar en bicicleta.

—Oye, podría ser... —murmuró, frenando el primer rubor que amenazaba con invadir sus mejillas.

—¿Dónde vamos? —preguntó él, curioso, caminando sin dudar hasta su posición.

No había necesitado convencerlo para utilizar su método de transporte favorito.

—¿La verdad? No lo sé —respondió sincera, alzando los ojos a la luna que iluminaba el cielo—. Esa es la clave de la improvisación:

apostar por la intuición y... —un suspiro— dejar que lo que tenga que ser simplemente ocurra.

—Entonces te sigo.

Qué bien le sonó aquella afirmación.

—¿A dónde sea? —se atrevió a preguntar, montándose en la bicicleta, notando cómo su pulso, traicionándola, empezaba a acelerarse.

No necesitó una respuesta; la sonrisa torcida que Edward le regaló —la que parecía haberse quedado a vivir, de forma permanente, en un rincón de su cabeza— fue más que suficiente.

Y, dejándose llevar por el deseo de descubrir qué les depararía aquella noche, pedaleó con él a su lado hasta la zona menos concurrida del paseo marítimo, con tan solo el murmullo del mar de Nova deslizándose entre ellos.

EDWARD

Llevaba como mínimo diez años sin montar en bicicleta y había olvidado lo mucho que le gustaba hacerlo.

Lo indescriptible que era la sensación de libertad que sentía cuando pedaleaba con el viento rozándole la cara, lejos de la frialdad que la mayoría de las veces conllevaba viajar en un vehículo oficial.

Ahí entraba la mujer que en ese instante caminaba junto a él, la que, sin pretenderlo, se lo había recordado.

Habían dejado aparcadas las bicicletas junto a la playa y, en un silencio que no necesitó romper, estaban caminando por una de las partes más bonitas de Liora.

El paseo marítimo se extendía ante sus ojos, con las farolas iluminando sus pasos. Las tiendas, que de día estarían llenas de vida, al ser un martes, ya habían cerrado, logrando que sintiera aquel idílico tramo de la ciudad como si les perteneciera solo a ellos.

Julia, guiándolo, señaló un escaparate iluminado en la esquina de la avenida que estaban recorriendo y, cuando se acercaron, comprobaron, para su sorpresa, que se trataba de una tetería.

—¿Entramos? —le preguntó July, con la emoción delatándola en su tono.

Parecía que le encantaba el té y ahí tenía otro dato más que añadir a la infinidad de detalles que descubría cada minuto que compartía con ella.

—Improvisamos —respondió él, abriéndole, galante, la puerta.

Su acompañante se ofreció a ser ella quien pidiera, amparándose en la privacidad de la que querían seguir disfrutando y, para no variar, tuvo que darle la razón.

No estaba dispuesto a poner en juego aquello.

Una vez que tomó asiento en una pequeña mesa al fondo de la estancia, se aventuró a contemplarla de lejos.

Su melena rubia recogida en una coleta casi deshecha, sus pecas dándole ese aspecto dulce a su rostro, la ropa ancha que aquella noche llevaba puesta, la entereza con la que se movía...

Qué bonita era y cuánto le costaba no decírselo.

—Nunca había estado aquí —le dijo la señorita Lorraine, tomando asiento frente a él unos minutos después, con dos tazas de porcelana en las manos.

—Me congratula que lo descubras conmigo —soltó, aceptando tarde que era evidente lo que escondían sus palabras.

Aún tenían un mundo entero por conocer.

—Pruébalo —le pidió July, pasándole una de las tazas, trayéndolo de vuelta a la realidad.

Al acercársela, un aroma a canela y limón le invadió.

El té no entraba entre sus bebidas predilectas; no obstante, tras dar el primer sorbo, supo que estaba a un paso de cambiar de opinión.

Sabía sorprendentemente bien.

—Es un rooibos —le explicó July.

—Es un acierto —respondió, antes de dar un sorbo de nuevo.

—Aunque me ha costado decidir, había un millón de sabores diferentes para elegir.

Mirando hacia la barra, para intentar leer alguna de las opciones que quizá, en otra ocasión, podrían volver a probar, se dio cuenta de

que al lado de la estantería repleta de latas había un marco de madera que contenía sellos antiguos.

Al verlos, una mueca de curiosidad se dibujó en su rostro mientras intentaba distinguir de qué año serían, y July, que tardó un segundo en percibir que algo había llamado su atención, siguió su mirada y le dijo, buscando chincharle:

—Veo que las latas de té no te han dejado indiferente.

Abriéndole una puerta nueva a su mundo, omitió su intento de picarle y contestó:

—Aunque ese color metálico tiene un encanto especial. En realidad, estaba mirando los sellos.

—¿Los sellos?

—Sí —los señaló y, acto seguido, le explicó, tras una pequeña vacilación por temor a que aquello le pareciera increíblemente aburrido, que tenía una extensa colección y que siempre que podía la aumentaba.

Ante su atenta mirada, también se atrevió a confesarle que le fascinaba cómo en un trozo de papel tan diminuto podía caber tanta historia y una precisión en los trazos casi arquitectónica.

—Ed, me encantaría que me la enseñaras —le sugirió July, cuando salían hacia la calle.

Y, ante su entusiasmo por algo que a él le hacía feliz, sintió la sorprendente necesidad de rozar su mano, de entrelazar sus dedos con los de ella por el mero hecho de poder sentirla aún más cerca.

—¿Qué nos toca ahora? —preguntó, intentando desviar su atención de la idea que había surcado su mente.

—Mmmm... —dudó July.

—¿Puedo proponer algo?

—Dar y recibir, Alteza. Confío en ti.

Tal vez fue aquella respuesta tan franca el último empujón que necesitaba, o quizá solo necesitó una excusa para dejar de posponer dar un salto de fe, ya que, acto seguido, tomó su mano.

Julia miró la unión de sus dedos y, con una naturalidad que derribó su armadura, le hizo comprobar, apretando con suavidad aquel vínculo, que encajaban a la perfección.

Sin soltarse, él fue quien la guio por las calles de la ciudad y terminaron sentados en la terraza del restaurante más pintoresco con el que se toparon —en el que servían una maravillosa comida venezolana—, disfrutando de la burbuja que, ya era algo irrefutable, estaban creando.

JULIA

Seguía mirando de soslayo cómo sus dedos se habían fundido con los de Edward mientras caminaban bajo un manto de estrellas hasta la zona en la que había dejado las bicicletas, con una sensación de calma que quiso ser capaz de embotellar.

La brújula que marcaba el camino que había creído correcto, el que se había empeñado en seguir para evitar aquello, había girado por completo y, cuando llegaron al final del paseo, supo que ya no quería intentar seguir huyendo.

—Probablemente sea demasiado tarde —le dijo Edward, acortando aún más la casi inexistente distancia que había entre ambos—, pero no me perdonaría volver a Alborea habiendo desaprovechado la oportunidad de pasear por la playa.

—Jamás osaría ser yo quien te quitara tal oportunidad —le respondió, tirando con suavidad de su mano para alargar, un poquito más, aquella velada.

Quitándose las zapatillas una vez que llegaron a la arena, miró al rey de Arven y, sin pensarlo demasiado, le dijo mientras corría hacia la orilla:

—¡Vamos!

Sintiendo cómo el agua salada mojaba la parte baja de sus pantalones vaqueros, volvió a tomar la mano de Edward, que había aparecido junto a ella.

—Julia Lorraine, vamos a terminar empapados.

—¿Del uno al diez cuánto te importa? —le preguntó, con el sonido de las olas al romper enmarcando el momento.

—Ni lo más mínimo —respondió él.

La forma en la que pronunció aquello hizo que ella levantara el mentón para encontrarse con sus ojos color avellana.

El vaivén del agua, los latidos de su corazón que, de forma inconsciente, habían empezado a desbocarse, y la intensidad con la que Edward le sostuvo la mirada lograron que cualquier detalle a su alrededor se difuminara.

Jamás supo en qué instante dejó de pensar.

Solo aceptó, dando un pequeño paso hacia él, que ya no había vuelta atrás.

Y, con una espontaneidad que la sorprendió, relegó al olvido el escaso espacio que los separaba y rozó los labios de Edward.

El rey de Arven reaccionó tan solo una milésima de segundo después, acercándola aún más y profundizando el beso.

Sus bocas bailaron al unísono, reconociéndose, y no se separaron hasta que el océano les recordó dónde estaban.

Aun así, no llegaron a separarse del todo.

Sus manos permanecieron unidas, como si alejarse en aquel momento fuera un error que ninguno de los dos estuviera dispuesto a cometer.

Tras dejar escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo, con una sonrisa danzando en la comisura de sus labios, apoyó su frente contra la de Edward.

Sin necesidad de usar palabras, él le devolvió el gesto y supo, cuando él le acarició con ternura la mejilla y ella acogió su caricia, que ambos sentían lo mismo.

Todo acababa de cambiar.

De vuelta hacia Sweet Garden, pensó en que ya no solo deseaba embotellar la inesperada calma que le producía caminar de su mano, también quería guardar la sensación de que, contra todo pronóstico, estaba exactamente donde quería estar.

EDWARD

Lo único que podría reprocharle a aquella noche era que tenía que terminar. Y, siguiendo la rutina de alargar lo inevitable, fue él quien

la besó cuando llegaron a la puerta de su apartamento.

Si el primer beso había sido inesperado, el segundo, cuando ella entrelazó los brazos en su cuello, se convirtió en más firme. Más real. Más suyo.

—Alteza —le nombró July, a un centímetro de distancia—, tengo una petición.

Sonriendo, como no recordaba haber hecho —no podía evitarlo —, respondió:

—Sorpréndeme.

Y lo hizo.

—Me dijiste que podría ir a la biblioteca y siento tener que decirte que me creaste una necesidad.

—Qué forma tan bonita de echarme la culpa a mí, señorita Lorraine —murmuró, resistiéndose a volver a probar sus labios.

—Es que necesito el segundo tomo —añadió, poniendo un sutil puchero que estaba empezando a reconocer.

—Entonces me dejas sin opciones —dijo, disfrutando de una pausa solo por el placer de picarla—. Tendremos que ir a buscarlo.

—¿Mañana? —sugirió ella, con la ilusión titilando en su voz.

Una dosis de realidad viajó por su siempre cuadriculada mente, imponiéndose. Tenía programado cada minuto del día siguiente y, aunque su agenda estaba empezando a aligerarse —mayo estaba suponiendo un respiro—, justo había coincidido la idea de Julia con la jornada en la que sus reuniones eran ineludibles.

—Aunque puedo esperar —añadió ella, sin un ápice de reproche en su voz.

«Ni de broma», pensó solo un parpadeo después de escucharla.

—Termino tarde —admitió—, pero puedo pasar a buscarte en cuanto acabe.

—¿Seguro? —dudó la persona con la que no estaba dispuesto a limitarse, aunque esa decisión no fuera, ni de lejos, la más sensata.

—Sigo haciendo méritos para conseguir que me cuentes el secreto del *lemon curd*.

—No vas mal encaminado —le respondió ella, trazando círculos en su nuca.

Un escalofrío le recorrió por completo, mandando al traste su autocontrol.

Necesitaba besarla una última vez aquella noche y, con el recuerdo de lo que ella le había susurrado al oído, cuando tuvo que resignarse a dejarla ir, volvió a la Villa.

«Ed, debería estar prohibido tener que soltarte».

Cuando entró en su habitación pensó, al tumbarse en la cama, en que ojalá pudiera inventar un decreto, como le había sugerido en una de las notas que le había enviado un mes atrás, para que no tuviera que volver a hacerlo nunca más.

CAPÍTULO 19

CALANTHE



JULIA

Cuando cerró el tercer tomo de la colección de botánica que estaba leyendo aquella soleada mañana de principios de junio, mientras salía corriendo detrás del pequeño DJ —porque le había pillado comiéndose sus alisos—, no pudo evitar rememorar todo lo que había sucedido desde la noche en la que descubrió la biblioteca del edificio Lira.

Aunque solo había regresado una vez más a palacio tras aquella velada —una semana atrás, por petición de Ed, para descubrir cómo se seguían transformando los jardines gracias a sus increíbles planos—, no entrar en sus «dominios» no había impedido que siguiera descubriendo al hombre que habitaba en él sin su corona.

El hombre con el que le robaba horas al día para poder verse, en cualquier rincón de Liora, jugando a camuflarse, en la cocina de Sweet Garden o dondequiera que encontraran un espacio para seguir habitando en la frágil burbuja que ninguno de los dos estaba preparado para hacer estallar.

Con él había aprendido a alargar las despedidas que parecían nunca tener prisa por llegar.

Y los besos, que se regalaban siempre que tenían la oportunidad, habían dejado de ser una sorpresa para convertirse en algo cada vez

más difícil de frenar, borrando cualquier rastro de la sensatez que ella siempre había creído ostentar.

Se estaba mostrando ante Edward de una forma que jamás habría imaginado, confiándole sus sueños y sus miedos.

Lo que había empezado como una excepción —ver al rey de Arven con la excusa de que él debía ganarse una receta que todavía no le había confiado— se había convertido, sin poder evitarlo, en una costumbre.

Y, bendita costumbre.

Aunque Olivia —y, por extensión, Noah— ya no se sorprendían de lo que estaba construyendo junto a Ed, aún sin definir, una sola mirada de los expresivos ojos verdes de su mejor amiga, siempre que la pillaba despistada, le recordaba que las costumbres suelen ser el paso previo a echar raíces. Unas raíces que ella seguía jurando que aún no estaba preparada para echar.

Se estaba permitiendo vivir en un limbo, en un punto intermedio y lo más contradictorio era que nunca había dejado de ser consciente de que aquello no podía durar para siempre.

Porque, por mucho que se olvidara cuando Edward, con una sonrisa torcida, le robaba el aliento, él no dejaba de ser el rey de Arven.

Y ella...

Ella no se atrevía ni a verbalizarlo.

No obstante, haciendo gala de la capacidad innata que tenía para olvidarse de que existía un mundo más allá, cuando esa tarde, tras regañar —durante medio segundo— a su ahijado felino, escuchó el teléfono, todas las dudas que la asaltaban cuando se permitía razonar se desvanecieron, una vez más, en el aire, opacadas por las ganas de contarle su nuevo descubrimiento.

—¿Qué tal va tu día de descanso, cala?

Esa era otra novedad. Ed, con esa forma tan suya de no dejar de sorprenderla, la había apodado así en su última llamada y, cuando le explicó el motivo, supo que jamás volvería a mirar a las orquídeas igual.

Calanthe era el nombre técnico de su flor favorita y él, que había decidido que leer los manuales que ella iba terminando era una

buena forma de invertir su tiempo, lo había acortado para encontrar una forma única de nombrarla.

—Sigo sin creermelo tu creatividad para los apodos, Alteza.

—Y yo sigo sin creermelo que sigas llamándome así, señorita Lorraine.

Tras sonreírle al teléfono, respondió:

—Pensé que a estas alturas ya estarías acostumbrado.

—Aún no —murmuró Edward—. Podrías seguir intentándolo mientras te ayudo con la menta.

—¿Y tu agenda? —preguntó, saltando de la encimera de la cocina en la que se había sentado para hablar con él.

—Guardada en un cajón hasta mañana.

Una sonrisa se dibujó en su rostro.

Podría contarle en persona lo que había leído sobre el abono especial que necesitaban las hortensias que había adquirido el domingo en uno de los puestos del mercado.

—Llego en media hora.

—Prepárate para mancharte —le dijo como despedida.

Colgando el teléfono, como siempre hacía con él, recorrió con la mirada su apartamento y el aleteo que, por más veces que viera al rey de Arven, siempre la invadía, apareció de nuevo.

¿Cuántos besos después se pasaría ese burbujeo?

EDWARD

Los cambios en su milimetrada rutina no estaban pasando desapercibidos y mucho menos para Lewis, quien conocía sus puntos débiles desde que corrían por Alborea cuando eran niños.

Sin embargo, en cuanto cogió su coche y puso rumbo al apartamento de Julia, esa realidad —a la que algún día tendría que enfrentarse— se perdió con la misma facilidad con la que se abrió paso la música que siempre escuchaba cuando recorría ese trayecto.

Ese miércoles tarareó *Always* de Bon Jovi, sonriendo al pensar en DJ, el pequeño tigre naranja al que había conocido una de las noches en las que había pospuesto soltar a la señorita Lorraine

frente al umbral de su puerta y que se había ganado un hueco en su corazón al primer ronroneo.

Tras aparcar en la discreta calle contigua a Sweet Garden, se encaminó dispuesto a enfrentarse a la menta que amenazaba con invadir cada rincón de la cocina de July.

—Jamás pensé que alguien pudiera sonreír así ante el plan de trasplantar unas macetas —fue lo primero que le dijo la mujer que no dejaba de cambiar sus perspectivas, después de buscarse con la mirada, como ya se habían acostumbrado a hacer en cuanto se veían.

—Es que he descubierto un mundo leyendo sobre botánica, cala —respondió cuando ella, con un sutil movimiento de cabeza, le invitó a pasar.

Era la primera vez que utilizaba esa forma tan especial que había encontrado de nombrarla estando frente a frente y no le pasó inadvertido el brillo que se encendió en su pecosa cara.

Iluminó por completo la estancia.

—Pues vamos a poner en práctica tus nuevos conocimientos.

Y, sin más dilación, se vio retirando la tierra de una de las tres macetas que tenían que trasplantar, que sostenía con firmeza July, concentrado en no romper las raíces que asomaban con timidez.

Sus dedos, de forma inconsciente, se rozaron en ese instante en el que ambos buscaban llevar a cabo aquel proceso con precisión.

Ese era un rasgo que compartían: el perfeccionismo. Y que, en contra de la lógica, eran capaces de llevar al unísono.

Por más veces que sintiera la calidez de su piel, tenía la certeza de que siempre le pellizcaría por dentro esa chispa que nacía cuando sus manos se encontraban.

Aquel fue el primer gesto, que desencadenó en otro más premeditado un parpadeo después, mientras se sostenían la mirada, hablándose sin palabras.

Y ese dio paso a otro. Y a otro más.

Hasta que, olvidándose del «motivo» de su visita, se acercó a ella.

Julia, obviando que le mancharía —algo que le dio exactamente igual—, cuando se tuvieron a un suspiro de distancia, ancló los

brazos en su cuello.

—No deberías provocarme así, Alteza —le dijo, mordiéndose el labio inferior.

—Eres tú quien lo ha hecho —contraatacó, con una sonrisa.

—Nos siguen faltando dos macetas por trasplantar.

—¿Crees que sería mucho pedirte que continuáramos con ellas después?

—¿Después de qué? —preguntó ella, con una voz capaz de derretir el invierno.

—De besarte, cala, porque voy a hacerlo —susurró.

Y no dudó.

Sus labios se encontraron, convirtiendo el primer beso del día en un deseo incipiente que, con el paso de las semanas, no había dejado de aumentar.

Estaban yendo despacio, marcando sus propios ritmos, pero las últimas veces que sus bocas habían bailado...

Ni aunque lo intentara sería capaz de describir lo que ella era capaz de hacerle sentir.

Besarla parecía querer convertirse en su hobby favorito.

Cuando sus bocas se separaron, en busca del aliento que habían compartido, una mueca se dibujó en el rostro de Julia mientras alzaba el mentón para buscarle.

—Edward II de Valera —murmuró—, ¿cómo te atreves a besarme así y pretender que sigamos como si nada con la menta?

—Siempre he sabido que era irresistible, pero no tanto —respondió, buscando chincharla.

Ella, ante su altanería, se alejó, fingiendo —ya había aprendido a reconocer alguna de sus expresiones— que sus palabras le habían ofendido y él, notando el frío al perder aquel contacto, la tomó de la mano para volver a acercarla a sus brazos.

Estaba a punto de deleitarse nuevamente con la dulzura de su boca cuando escuchó el inconfundible crujido de la puerta.

—¿Otra vez? —dijo Olivia al encontrarlos «abrazados», apoyándose en el marco—. Empiezo a pensar que tenemos el don de la oportunidad —añadió, mirándolos con una sonrisa pícara.

—De verdad, chicos, creo que es el momento de que pongáis un cartel de «no molestar» —continuó Noah, con su particular tono desenfadado.

Qué bien le caían.

Los mejores amigos de Julia eran las únicas personas en la faz de la tierra con las que, de la forma más natural del mundo, teniendo en cuenta lo que suponía, habían dejado de intentar esconder lo evidente.

Y sabía, por cómo ella le había hablado de lo mágica que era su amistad con Oli, que podía confiar en ellos.

Aunque, siendo sincero consigo mismo, cuando se paraba a meditar todo lo que estaba sucediendo, lo que realmente lo inquietaba no era que alguien lo supiera, sino el no saber cómo afrontar la conversación que, al igual que las despedidas, July y él siempre posponían.

No obstante, no sentía la necesidad de forzarla. Lo que compartían solo estaba empezando y tenían todo el tiempo del mundo para hablarlo.

Por lo que no iba a permitir que aquello pesara más de lo estrictamente necesario, no cuando seguía descubriéndola día a día en la cápsula de cristal que sostenían.

—Se supone que tú —dijo la mujer que seguía a su lado, señalando a Olivia— deberías estar abajo y que tú —desvió el dedo hacia Noah— estabas trabajando en los laboratorios de la universidad.

No podía negar que le encantaba ese carácter y fue incapaz de contener una carcajada ante su ceño fruncido, carcajada que intentó enmascarar con un carraspeo.

—Yo he salido antes y pensé que esta señorita de aquí —dijo Noah, refiriéndose a su novia mientras caminaba hacia ellos— querría salir a cenar al restaurante de comida venezolana que nos recomendasteis.

—Y yo, florecilla, subía a contarte que me acaban de llamar para confirmarme los intolerantes del *catering* en Belmar.

Fue al escuchar nuevamente el nombre de aquella ciudad, a unos kilómetros de Lena, un pueblecito en el que la casa real tenía una

pequeña propiedad, cuando algo encajó en su mente con una claridad inesperada.

Julia le había hablado del evento de ese fin de semana más de una vez. Incluso habían hablado por teléfono sobre los postres que Olivia y ella habían seleccionado, pero no fue hasta ese momento en el que una idea —no sabía cómo no se le había ocurrido antes— empezó a tomar forma.

Quizá demasiado rápido.

Y, probablemente, lo que se le estaba ocurriendo era demasiado precipitado.

Sin embargo, si algo estaba aprendiendo en los últimos tiempos, era que no perdía nada por intentarlo.

JULIA

Al final, esa noche, la menta seguía expandiéndose en las mismas macetas, a excepción de una, como le había recordado Edward. Tampoco había llegado a contarle su descubrimiento sobre las hortensias y, en vez de pasar el resto de la tarde como habían planeado, guiados por Oli y Noah —que también cambiaron sus planes—, terminaron cenando los cuatro, una vez que su socia cerró Sweet Garden, un plato de pasta fría con burrata y una tabla de embutidos que le recordaron a su adorada España.

Con la ya reconocida sensación de querer tener la capacidad de detener el tiempo, acompañó a Edward a su coche, entrelazando sus dedos con los de él.

Ya no volverían a verse hasta la semana siguiente y, aunque no le necesitaba para respirar —como les sucedía a las protagonistas de las telenovelas que tanto le gustaban a su madre—, estaba empezando a añorar lo fácil que era su compañía cuando sus ajetreadas agendas se interponían.

—¿Te llamo el viernes por la noche? —le propuso, cuando él se sentó en el capó del coche y, al igual que había hecho cuando intentaban trasplantar la menta, dándole un suave tirón en el brazo, logró atraerla hacia su pecho.

—Tengo una duda existencial antes de marcharme —respondió él, cambiándole de tema.

Curiosa —era ella siempre la que solía saltar de un punto a otro —, esperó a que continuara.

La intriga se intensificó cuando, mirándole, vio un atisbo de duda en sus ojos color avellana.

—Ed, cuéntame —le dijo, confirmando, una vez más, que la paciencia nunca sería su punto fuerte.

Y él, tras apartarle uno de los mechones de pelo que sabía que jamás controlaría, finalmente habló:

—¿Te he contado que mi abuelo mandó construir una casa en un pueblecito cerca de Belmar?

Ajá.

Así que por eso el rey de Arven estaba titubeando.

—Alteza, ¿soy yo o esa pregunta es una propuesta implícita?

—¿Tan evidente ha sido?

Sin contestarle, una emoción —que no entendía— se apoderó de ella y lo único que fue capaz de hacer, sin previo aviso, fue acurrucarse en sus brazos.

—Señoría Lorraine, ¿eso es un sí?

—Eso es un... aunque no tengo ni la menor idea de lo que tienes pensado —admitió sonriendo—. Improvisamos.

CAPÍTULO 20

RIGHT HERE WAITING



EDWARD

El viernes de aquella semana vio el ocaso desde los ventanales de su despacho, dejando todo organizado para la reunión que tenía al día siguiente, a primera hora de la mañana, con su equipo.

Había sido imposible posponerla y tampoco había podido cambiar la entrevista en la radio que tendría acto seguido.

No obstante, en cuanto terminase, saldría en busca de la señorita Lorraine.

Esperaba, así lo había intentado cuadrar, tener tiempo suficiente para pasar por Lena antes de ir a recogerla.

Quería que todo estuviera listo para cuando regresaran allí.

Teniendo en cuenta que Julia vendría de una jornada de más de doce horas, su objetivo era sencillo: que pudiera descansar, junto a él, como merecía.

Estaba pensando en qué podría preparar para la cena, sin tener que recurrir a los bomberos, mientras contemplaba el horizonte teñirse de violeta, cuando su madre apareció en la estancia.

—Me ha dicho que aún seguías por aquí —le saludó, acercándose a su silla de cuero para darle un beso.

—Estoy terminando —afirmó, ajustándose las mangas de la camisa gris marengo que estaba deseando quitarse.

El calor de mediados de junio, augurando el verano, empezaba a imponerse.

La emérita, recorriendo la estancia que había sido suya, se acercó a las ventanas que él había estado admirando.

—¿Quieres que comamos mañana? —le preguntó, con un tono que logró que él alzara la mirada.

La sutileza nunca había sido el punto fuerte de su madre.

—Me encantaría, mamá. Pero tengo planes.

La sonrisa con la que le miró Katherine fue suficiente. Ella ya lo sabía.

«Muy lista», pensó, conteniendo una sonrisa.

—¿Los mismos que te han mantenido tan ocupado últimamente...?

—Los mismos, madre —la interrumpió, incorporándose para acercarse a ella.

Enarcando una ceja, Katherine, que detestaba que la llamara así y quien siempre estaba al tanto de todo lo que ocurría en Alborea, esperó a que él le contara algo más.

Y lo haría, por supuesto que lo haría. Solo que aún no era el momento.

—No tienes de qué preocuparte —le dijo, cuando la tuvo al lado.

—Forma parte de mi trabajo —replicó ella, sin perder su característico tono sereno—. Como madre.

Negó con la cabeza al escucharla.

—Tienes mi palabra de que pronto lo sabrás.

—¿Y sería mucho pedir un nombre de lo que mantiene tan ocupado a mi hijo?

«Julia Lorraine Fernández», pensó sin titubear, pero siguió guardando su nombre como un tesoro que aún no estaba preparado para compartir.

—Mamá...

—Tu padre es quien no puede estar más intrigado —se excusó, acariciando su reloj de pulsera.

—Claro, papá... —murmuró él, sin poder evitar un toque de ironía en su tono.

Por un instante, imaginó cómo sería ese momento.

Julia allí, a su lado.

Algo le decía que encajaría en su mundo, igual que sus manos habían encajado la primera vez que improvisaron.

O, tal vez, eso era lo que quería empeñarse en creer, porque la alternativa supondría tener que dejar marchar lo que tanto le estaba empezando a importar.

—Está bien... —claudicó la mujer a la que tanto quería, suspirando.

Le conocía lo suficiente como para saber cuándo dejar de apretar.

—Disfruta del fin de semana, Edy —añadió, dándole un cariñoso apretón en el brazo.

Y él, queriendo abrirle una pequeña puerta a lo que estaba viviendo, le confesó:

—Lo pasaré en Lena.

—Nos vemos el lunes entonces, cariño.

Katherine se detuvo un segundo antes de marcharse y, guiñándole un ojo, acto que le dejó perplejo, agregó:

—La cala de la Bruma. Los atardeceres desde allí son memorables.

Anotando esa posibilidad, después de darle un cálido abrazo a la emérta, ordenó su escritorio con celeridad y regresó a su habitación.

Para alguien que acostumbraba a medir cada paso, preparar una escapada con cuarenta y ocho horas de antelación había sido, cuanto menos, una aventura y aún tenía que terminar su maleta.

Dándole una vuelta más a todo lo que le gustaría hacer con Julia, salió a su terraza, en busca de la claridad que la luna siempre le aportaba.

Esos días con ella saldrían bien, no lo dudaba, solo que él aún seguía intentando aprender a fluir como el viento.

JULIA

Llevaba sin tomarse un respiro desde que todo el equipo de *catering* de Sweet Garden, liderados por Olivia y ella, habían aparcado las furgonetas, a media mañana, frente a las decoradas carpas en tonos blancos y dorados en las que tendría lugar el evento.

El bullicio ya había empezado a reinar, después de la bonita ceremonia que habían tenido la oportunidad de ver desde lejos.

Las bandejas iban y venían, repletas de una decena de platos diferentes que impregnaban todo a su alrededor con sus característicos aromas.

Y fue entonces, al ver cómo todo lo que habían estado organizando ya estaba en movimiento, cuando, apoyándose en una de las mesas y soltando el aire que había estado conteniendo, se permitió un segundo para sí misma.

Un segundo que utilizó para pensar en el hombre que, probablemente, estaría saliendo de palacio de camino hacia ella.

—Si sigues mirando al horizonte sonriendo así, voy a empezar a preocuparme —le susurró Olivia, divertida, portando una bandeja llena de endibias rellenas de manzana y aguacate.

La voz de su mejor amiga la devolvió al presente.

—No estoy sonriendo —se defendió, intentando sonar medianamente convincente.

—¿Tengo que fingir que no te he visto mirar embobada a la nada?

—Olivia Dawson, cállate —gruñó, incapaz de evitar que una mueca se le escapara.

La risa de su alma gemela fue inmediata ante su gesto.

—Juls, me reafirmo, nunca te había visto así.

Necesitó tragar saliva ante aquella afirmación de una de las personas que mejor la conocía.

Tenía razón.

Sin embargo, no era el momento de volver a pararse a analizarlo. Tenía un evento que seguir controlando.

Y así lo hizo.

Pasaron casi cuatro horas hasta que tuvo otro momento a solas con su socia.

—Deberías ir a cambiarte ya, florecilla.

—Aún no hemos acabado...

Estaban por el último pase y se estaba alargando.

—Vete —insistió Oli—. Yo puedo ocuparme de terminar esto.

Esa conversación. Un *déjà vu*.

¿En qué momento habían cambiado las tornas?

—Eso sí —añadió, pavoneándose, su socia—, asume que todas las felicitaciones serán para mí y, esta vez, no las voy a compartir.

Suspiró, sonriendo.

Las dos estaban rememorando lo mismo.

—¿Seguro que no te importa? —preguntó, jugando con los mechones que sobresalían de su trenza.

—Muévete, antes de que me arrepienta —le dijo, intentando sonar autoritaria—. Estoy segura de que ya estará esperándote fuera.

Asintió, reiterándose en que ser única era el súper poder de su mejor amiga.

Lanzándole un beso, se alejó hacia la zona que habían habilitado para el servicio, en busca de su mochila, la que había preparado a la velocidad de la luz, con las primeras luces del alba.

Guardando su casaca y su delantal verde menta, intercambió sus prendas de trabajo por un sencillo vestido camisero azul cielo y salió hacia la zona en la que había acordado encontrarse con Edward.

Un Mercedes negro, que reconocería a prácticamente cualquier distancia, ya la estaba esperando.

Y, al verlo, una leve sensación de vértigo nació en su interior.

Pasarían la noche en su casa y acababa de permitirse ser consciente de lo que aquello podría significar.

Tomándose tan solo un parpadeo para dudar, pues no había nada que le apeteciera más que seguir compartiendo instantes con él, abrió la puerta del copiloto.

—Julia Lorraine —le dijo Edward, quitándose las gafas de sol en cuanto ella tomó asiento a su lado—, apostaré todo lo que tengo a que ese vestido fue hecho pensando en ti.

—Edward de Valera, eres todo un adulator —respondió, mirándole a los ojos, dejándose embaucar por el olor a su perfume de sándalo que inundaba el vehículo.

Una sonrisa cómplice y él tomó su mano para posar un suave beso en ella, logrando, una vez más, poner a prueba su cordura.

—Ed... —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—¿Te he dicho alguna vez lo difícil que es intentar conquistarte? —le preguntó, mientras ella se recuperaba acomodándose en el asiento.

—¿Eso es lo que estás intentando, Alteza? —contraatacó.

Edward no respondió, pero su sonrisa torcida, mientras arrancaba el motor, le delató y a ella, su subconsciente, también le traicionó.

«Si tú supieras...».

Dejando aquel pensamiento en el aire, apoyó la cabeza apenas un segundo contra la ventanilla, dejándose arrullar por el movimiento constante y la calma que la abrazaba siempre que estaba cerca de Ed y, cuando quiso darse cuenta, el rey de Arven, acariciándole la mejilla, estaba intentando despertarla.

Se había quedado completamente dormida.

—Ya hemos llegado —le susurró, mientras ella abría paulatinamente los ojos.

Dejándose guiar, entrelazaron sus dedos cuando bajó del coche.

Edward ya había bajado su equipaje y, cuando le abrió la puerta de su casa, se permitió frenar un segundo en el umbral, sin saber muy bien por qué, como si al cruzarlo, algo fuera a cambiar de forma irrevocable.

No obstante, mirando la unión de sus manos, avanzó y una suave sensación, a la que no le supo poner nombre, la inundó al contemplar la primera estancia.

La casa, decorada en tonos claros con detalles de madera, parecía un refugio.

—Mi abuelo mandó construirla hace años y reformarla fue uno de mis proyectos como arquitecto —le explicó él, mostrándosela con orgullo.

—Puedo verte en ella —respondió, admirando los detalles.

Un ventanal de dos puertas con vistas al mar. Una chimenea asomando en una robusta pared de piedra. Una cocina al fondo,

separada solo por un panel, dándole al espacio principal un concepto abierto.

—Ponte cómoda, señorita Lorraine —le pidió Ed, acompañándola hasta un bonito sofá en color crema.

—¿Y tú qué vas a hacer, Alteza? —preguntó, notando cómo sus músculos se relajaban al sentarse.

—Preparar la cena —afirmó, sin titubear.

—Déjame ayudarte.

Él negó con la cabeza, con esa sonrisa de medio lado que siempre lograba desarmarla.

—Confía en mí, cala, soy un completo desastre, pero no tanto como para quemar una ensalada —dijo, alejándose de ella.

Sintiéndose extrañamente cómoda, dejó que las mariposas a las que ya se estaba empezando a acostumbrar aletearan ante la idea de que Edward estuviera «cocinando» para ella.

Qué bonito era sentirse cuidada y qué difícil era no pensar en todo lo que esa certeza la hacía sentir.

Escuchándolo trastear a unos metros de distancia, sonrió al ponerse en pie y asomarse para ver cómo, con suma concentración, preparaba los platos.

—¿Quieres poner música? —le sugirió Ed, que la acababa de pillar mirándole con descaro.

Sonrojándose, una vez más, asintió.

—En la estantería que tienes detrás de ti están los vinilos.

Acercándose a ellos, eligió, tras meditarlo, uno de Richard Marx.

Los primeros acordes de *Right Here Waiting* inundaron todo a su alrededor.

Era la canción perfecta.

Mientras se perdía en la letra, Edward apareció tras ella.

I wonder how we can survive
This romance
But in the end if I'm with you
I'll take the chance

—Te pediría que bailaras conmigo, pero pocas cosas se me dan peor —murmuró él en su oído.

Logrando que algo que no sabía calificar se despertara en su interior, dándose la vuelta, buscó un hueco que ya reconocía como suyo entre sus brazos.

—Podemos intentarlo —sugirió, intentando seguir el ritmo de la canción.

—Solo tú podrías conseguir esto —dijo él, tomando su mano e intentando adoptar la postura de un bailarín.

Pisándose los pies, mientras se sonreían, recorrieron el salón.

Edward la hizo girar, como en las películas —esas que jamás crees que puedan llegar a ser reales— y, cuando regresó junto a su pecho y se encontró de lleno con el avellana de su mirada, quiso simplemente vivir aquel momento, sin pensar en lo que vendría después, ni en lo que podría llegar a suponer elegirle.

La forma en la que él la estaba contemplando, lo cerca que estaban, la naturalidad con la que encajaban sus manos.

Era inevitable.

Y, aunque algo dentro de ella se tensó, sus dedos, casi inconscientes, acariciaron su mandíbula, siguiendo la línea de su incipiente barba y, alzando el mentón, buscó acortar la escasa distancia que les separaba, la que ya no tenía sentido seguir manteniendo.

Quería encontrar la seguridad de su boca y la halló tan solo un latido después.

Su armadura, que ya alzaría al día siguiente, terminó de resquebrajarse ante el contacto de sus labios y fue aquel roce el que consiguió que se dejara llevar por todo lo que estaba sintiendo.

No quería contenerlo.

Edward, atrayéndola aún más hacia él, acogió su beso con la misma intensidad.

Esa que ella le había demostrado sin pretenderlo.

Y, cuando se separaron durante un parpadeo para recuperar el aire que se estaban robando, lo supo: aquella noche, olvidándose del miedo, se quedaría a vivir en la boca del rey de Arven.

CAPÍTULO 21

UN BESO DESPUÉS



EDWARD

Las luces del amanecer, que se filtraban a través de los ventanales con demasiada intensidad, fueron las culpables de que aquella mañana se despertara demasiado temprano.

Por un instante creyó que seguía soñando al ver una melena dorada cayendo en cascada sobre su almohada.

Con una sonrisa que ni en cien vidas lograría disimular, tras acariciar con suavidad la mejilla de Julia —no quería despertarla—, se levantó dejándola dormida en su cama.

No pudo evitar contemplarla durante un segundo.

Su rostro sereno, repleto de pecas. Su respiración pausada. Su espalda desnuda.

Estaba preciosa y él, llevándose una mano al pelo para colocar el mechón que siempre caía rebelde sobre su frente, se sintió un hombre afortunado.

Tras ponerse los pantalones y bajar a la planta inferior, intentó no rememorar cada detalle de la noche anterior.

Pero fue al ver el vestido de July, yaciendo en el suelo del salón, cuando cada recuerdo de lo que habían vivido horas atrás terminó por encontrarlo.

La tenía entre sus brazos cuando la música del tocadiscos aún sonaba de fondo, demasiado cerca como para seguir fingiendo que podían detenerse.

Julia había buscado su boca y él, dejándose llevar, había respondido con la misma intensidad.

Profundizó el beso mientras sus manos encontraban sus caderas, atrayéndola aún más hacia su cuerpo, mientras ella se aferraba a su cuello, obligándole a quedarse —no iba a ir a ninguna parte—, a no volver a alejarse.

El aliento comenzó a faltarles.

Y, en la fracción de segundo en la que se separaron para recuperarlo, la mirada que Julia le regaló logró que, por un momento, se congelara el tiempo.

Le estaba haciendo saber, con el brillo que desprendían sus cristalinos ojos, que le elegía, que, al igual que él, no había nada que deseara más que estar allí.

Y entonces dejó de contenerse, no solo por el deseo, sino por ella, por todo lo que significaba para él, aunque aún no se sintiera capaz de verbalizarlo.

Volvió a besarla, desabrochando uno a uno los botones de su vestido con una prisa que ya no era capaz de disimular. La tela cedió bajo sus manos, dejando al descubierto su piel, en la que había infinidad de constelaciones dibujadas con lunares.

Julia respondió a sus atenciones de la misma forma, deshaciéndose de su camisa con urgencia, como si cada segundo contara, como si la espera se le hubiera antojado eterna.

Cogiéndola en brazos, subieron las escaleras, con sus piernas enroscadas en su espalda.

No quería soltarla y, cuando lo hizo para apoyarla sobre la cama, la distancia que los mantenía alejados duró tan solo un segundo, el necesario para despojarse de cualquier barrera física que se interpusiera entre ellos.

—Edward —murmuró Julia, con la voz cargada de deseo, pidiéndole más.

No dudó.

Buscó a ciegas en la mesilla, sin apartar los ojos de ella, y volvió a su lado en apenas un latido.

Sus cuerpos volvieron a encontrarse y él halló un hueco que parecía hecho a su medida dentro de ella.

La mujer que le tenía a su merced alzó las caderas, haciendo que su conexión alcanzara el límite de la razón.

Sus respiraciones entrecortadas seguían el ritmo de sus frenéticos movimientos.

Sus miradas, pues no habían dejado de buscarse, hablaban sobre lo que sus bocas eran incapaces de pronunciar y, al ver cómo ella rozaba, temblando, su límite, sintió la necesidad de fundir sus cuerpos por completo.

—Edward —volvió a nombrarle ella, con la voz entrecortada, antes de alcanzar el éxtasis.

La forma en la que lo pronunció, tan perdida en lo que estaban viviendo, tan unida a él, fue lo que consiguió que la siguiera al cielo justo después.

El recuerdo se desvaneció entre sus dedos.

Unos ruidos en el piso superior lo trajeron de vuelta al presente.

Aún incrédulo ante lo que habían vivido, ante todo lo que ella le hacía sentir, subió las escaleras.

La sensación de que lo que había compartido con ella era único seguía acompañándolo cuando volvió a entrar en su habitación y se reafirmó al verla, despeinada, risueña, buscando una camiseta en su maleta en vez de en la mochila que había traído.

Julia, con una sonrisa que le daba luz a su pecoso rostro, le dijo:

—Más te vale que el motivo por el que has salido de esta cama sin mí sea de peso.

Incapaz de no poner los ojos en blanco, se acercó a ella, que acababa de encontrar una prenda a su gusto con la que cubrirse.

Era tan natural, tan espontánea, tan bonita.

—¿Alguna vez me saludarás con un simple «hola»? —cuestionó, cuando sus frentes, sin pretenderlo, se encontraron.

—Por supuesto que no —respondió Julia, sonriéndole a un centímetro de los labios.

Estaba dispuesto a volver a deleitarse con su sabor, pero un rugido de su estómago le recordó que había una prioridad que no podían eludir: debían alimentarse.

Y, como si lo que había sucedido entre ellos solo hubiera hecho que lo que estaban construyendo se reforzara aún más, un rato después, ya convertido en un hombre que pasaría desapercibido ante los ojos de desconocidos, sin dejar de admirar a la mujer que tenía junto a él, se subieron en su coche, dispuestos a dejarse sorprender por Belmar.

JULIA

Era increíble que una ciudad tan idílica como aquella estuviera tan poco concurrida.

De la mano de Ed, sintiéndose curiosamente «viva», avanzaron por sus acogedoras calles.

No estaba dispuesta a empañar la sensación de plenitud que la recorría, por lo que se permitió disfrutar del tiempo que estaban compartiendo, olvidándose de que se había prometido alzar su armadura, la que hasta la noche anterior había creído indestructible, en cuanto se despertara.

¿Cómo podría ser capaz de defenderse de quien se estaba convirtiendo en su lugar seguro?

La primera parada, estratégica, como había dicho el hombre de incógnito —con sus gafas de sol y su gorra— que tenía al lado, fue en una bonita cafetería con vistas al mar de Nova.

El olor a *croissant* recién hecho, cuando pasaron por delante, les abrió aún más el apetito y descubrieron que aquel lugar parecía hecho para ellos: pequeño, discreto, pintoresco y hasta romántico, bañado por la claridad de las luces de primera hora de la mañana.

La amable camarera le recomendó un maravilloso café de especialidad para acompañar los dulces cuando se acercó a pedir. Ed aguardaba en una de las mesas. Y, como resultó ser todo un acierto —comparable a su té blanco—, cuando lo terminaron, se acercó, con una sonrisa, a darle las gracias.

La casualidad quiso que, en la barra, sus ojos se desviaran hacia el periódico local.

«Nuestra desconocida joya: el jardín botánico, situado en la zona norte del paseo marítimo, sigue siendo uno de los rincones...».

No continuó leyendo.

No hacía falta.

Parecía que el destino quería que siguiera ese trayecto.

Solo necesitaba saber si perderse entre flores con ella no sería demasiado para Edward.

Cuando salieron, sujetándose de su brazo, con una timidez que ni ella misma entendía, le preguntó:

—¿Cuál es el plan ahora, Alteza?

—¿Desde cuándo nosotros seguimos un plan?

«Nosotros», repitió su subconsciente.

Podría acostumbrarse a lo bien que sonaba esa palabra.

—Entonces, ¿te parecería bien que siguiéramos improvisando en un jardín botánico? —le preguntó, intentando no sonar demasiado emocionada.

Podrían hacer cualquier otra cosa.

Ed no se pronunció al momento, solo ralentizó el paso.

Así que ella continuó diciendo, intentando excusarse:

—Te prometo que no estaremos... —titubeó.

Unos labios con los que no contaba fueron quienes la interrumpieron.

—Julia Lorraine —murmuró Edward, después de besarla en mitad de una acera—, ir contigo al jardín botánico o a donde sea que quieras llevarme siempre me parecerá el plan perfecto.

Que alguien le dijera cómo, después de esa afirmación, sería capaz de ponerle freno a todo aquello.

Recuperándose del contacto inesperado de sus labios —había asumido que nunca sería capaz de salir intacta cada vez que los rozaba—, susurró:

—Tienes que estar hasta arriba de mis flores, Ed.

—Creo que aún no te has dado cuenta de que estoy empezando a apreciar la botánica.

Lo sabía, solo que le costaba asumirlo.

No era fácil encajar que el rey de Arven, el hombre con el que había pasado una de las noches más mágicas de su vida, se hubiera interesado por ellas, por el simple hecho de que era, como le había dicho en el Valle de los Almendros, su pasatiempo favorito.

—¿Sabes hacia dónde tenemos que ir, cala? —le preguntó, jugando con un mechón de su melena rubia, poniéndole freno a sus pensamientos.

Mirando a su alrededor, guiada por un incipiente entusiasmo, sin tener ni la menor idea de si acertaría, señaló hacia la derecha.

—Confía en mí —dijo al ver la cara de incredulidad con la que la estaba mirando Edward.

Había sido demasiado evidente que había elegido qué camino tomar completamente al azar.

—Siempre —respondió él, mientras hacía encajar sus dedos de nuevo.

Caminaron sin prisa, en un silencio compartido, disfrutando de las calles empedradas y del azul que en ellas reinaba, mientras el murmullo del mar los guiaba.

Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que en su paseo no habían encontrado ningún indicio que confirmara que iban en la dirección correcta.

Era un completo desastre ubicándose, tendría que admitirlo y, cuando empezó a creer que, efectivamente, se habían perdido por la corazonada que ella había seguido, un pequeño cartel, a lo lejos, señaló que, increíblemente, estaban cerca de lo que habían estado buscando.

Y, solo un par de pasos después, lo vio: el acceso al jardín botánico, rodeado de vegetación, enmarcado por una gran verja de hierro forjado.

La ilusión burbujeó en su interior y no pudo esconderla.

Se detuvo un instante cuando llegaron frente a la entrada, permitiéndose apreciarlo todo y, tirando del brazo de Ed, que la siguió, siendo un reflejo de su ilusión, se adentraron en lo que ella consideraba el paraíso.

Las enredaderas formaban arcos en su camino e infinidad de flores los acompañaban, desprendiendo un aroma suave,

envolvente, casi mágico.

—Es increíble... —murmuró, soltando la mano del hombre que caminaba a su lado apenas un segundo para acercarse a admirar de cerca las orquídeas.

Era extraordinario contemplar cómo los pétalos de su flor predilecta se habían abierto.

—Ahora entiendo por qué te encantan —le dijo Edward, acortando las distancias para también permitirse observarlas.

Una vez que consiguió alejarse de ellas, anhelando ser capaz de lograr que las suyas florecieran —seguía sin conseguirlo a pesar de los manuales que había leído—, encontraron asiento frente a un estanque de nenúfares.

El murmullo del agua era el único que rompía el apacible silencio.

Era tan temprano que tenían aquel lugar solo para ellos.

—Este sitio, Dios, Ed, no puede ser más bonito —señaló a su alrededor—. Es como si aquí dentro todo encontrara su sitio, como si la vida latiera a otro ritmo.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de Edward, la forma en la que estaba volviendo a mirarla —como si todo lo que saliera de su boca fuera algo fascinante— la invitó a seguir hablando.

—¿Te imaginas algo así en los jardines de Alborea? —preguntó, casi sin pensarlo—. Un espacio parecido a este, lleno de plantas, de luz...

La idea empezó a cincelarse en su cabeza y, sin querer, se vio formando parte de ella.

—No algo tan grande, algo más íntimo —añadió, perdida en los planos que estaba dibujando su mente.

Las «clases» de arquitectura del rey de Arven le habían dejado huella, y ese mismo rey era el que, escuchándola con atención, no le estaba poniendo freno a sus divagaciones.

Aunque fue él quien, acto seguido, trazando círculos en la palma de su mano, terminó de dar forma a lo que ella estaba imaginando.

—Un invernadero —susurró, cuando sus ojos se encontraron.

«Un invernadero en mitad de la Villa del Amanecer sería algo digno de ver», se dijo, cuando, un beso después, regresaban sobre sus pasos.

EDWARD

Había sido tan sencillo imaginárselo: un pedacito de Julia Lorraine en palacio.

Un refugio de cristal en el que hacer crecer sus orquídeas, en el que pudiera encontrarse en Alborea.

Y aquella posibilidad, tan alentadora, casi necesaria, no le pareció un imposible.

CAPÍTULO 22

BRUMA



JULIA

No se habían dado cuenta de la velocidad a la que habían pasado las horas perdidos en el jardín botánico, por lo que, cuando volvieron hacia el paseo marítimo, de la mano, se toparon con que la vida había despertado en la ciudad.

No había una cantidad de gente lo suficientemente grande para incomodarlos, pero sí eran bastantes como para que supusiera un riesgo quedarse a comer por allí.

Aquella dosis de realidad, de la que ambos fueron conscientes sin la necesidad de hablarlo, fue un pellizco a su amurallado corazón.

Nunca podrían ser una pareja «normal». El hombre que sostenía sus dedos, esos que encajaban a la perfección, siempre sería el rey de Arven.

Sin embargo, lo que siguió rondando en su mente cuando regresaban a Lena no era el hecho de que había caminado de la mano del monarca de su país, sino que había utilizado, por primera vez, la palabra *pareja* al pensar en ellos.

Siendo consciente de lo que aquello suponía, de todo lo que significaba ese término para ella —para la libertad que siempre había atesorado—, asumió que el verdadero problema era que ya no

podría igualar lo que tenía con Edward, por más diferente que fuera a lo que consideraba «normal».

Y tampoco quería intentarlo.

Fue la naturalidad con la que entraron en la casa unos minutos después la que logró que se olvidara de la infinidad de dudas y miedos que la habían asaltado.

—Puedo ocuparme yo de las ensaladas, ya te prometí anoche que no quemaría nada —le dijo Edward, que había guiado sus pasos directamente hacia la cocina.

«Anoche», murmuró la parte irracional de su subconsciente.

No pudo evitar que una chispa recorriera su cuerpo al pensar en cómo le había besado.

—Julia Lorraine, ¿en qué estás pensando? —le preguntó Ed con una sonrisa cargada de picardía.

Se había sonrojado sin darse cuenta.

—En que, quieras o no, hoy voy a ayudarte con la comida —respondió, intentando recuperarse de lo que le había producido el recuerdo de perderse entre sus brazos.

—No sabes mentir, cala.

Edward, de la nada, estaba frente a ella y había afirmado aquello acariciándole el brazo.

¿En qué momento esa tensión se había colado por la ventana?

—Edward...

—Julia... —la imitó, dando un paso más hacia ella.

—Si das un solo paso más —afirmó, enderezando la espalda—, esas ensaladas se quedarán, otra vez, en la encimera.

Pasándose una mano por su cabello castaño, Ed negó con la cabeza.

—Nunca tomar una decisión ha sido tan fácil —murmuró, cuando ya se encontraba a escasos milímetros de su boca.

—¿Qué voy a hacer contigo? —preguntó, rodeando, de forma automática, su cuello.

Ninguno de los dos respondió a aquello.

La necesidad de sus cuerpos de volver a convertirse en uno solo ganó la batalla y los encontró, horas después, acurrucados en la cama.

EDWARD

Perder el calor que emanaba la piel de Julia, la que había recorrido intentando aprendérsela de memoria, le costó más de lo que jamás habría imaginado.

Pero el momento de irse se acercaba y, aunque no había nada que deseara más que quedarse en Lena, lejos del mundo, con ella, su racionalidad estaba tomando la delantera.

Julia, tras besarle, de una forma diferente, como si la nostalgia se pudiera compartir a través de ese gesto, recogió su ropa.

Y él, buscando su sonrisa mientras cerraba la cremallera de su mochila, se acercó, sin pensarlo demasiado, a hacerle cosquillas.

—Jamás volveré a confesarte mis puntos débiles —le gruñó Julia.

Solo un par de horas atrás había descubierto lo que le producía el más mínimo roce en las costillas.

—Sonríeme y te liberaré, señorita Lorraine.

—Edward, por favor... —le pidió, conteniendo una carcajada.

Carcajada que él recuperó y que terminó con los dos, con un subidón de dopamina, volviendo a deshacer el edredón.

—Ojalá no tuviéramos que irnos —le dijo Julia, mostrándose, como pocas veces hacía, vulnerable.

—Volveremos —respondió con firmeza, dándole un beso en la frente antes de ponerse en pie.

Volverían. Lo harían.

Estaba seguro.

No obstante, queriendo alargar lo inevitable, siguiendo la rutina de posponer las despedidas, cuando salieron de la casa, después de comer, por fin, las dichas ensaladas, recordó la idea que le había dado su madre.

Desviándose del camino —como no dejaba de hacer en los últimos tiempos—, condujo hasta la cala de la Bruma.

Había un atardecer esperándolos y no tenía intención alguna de desaprovecharlo.

JULIA

¿Cómo era posible que siguiera sintiendo las huellas que Edward había dejado en su piel?

Perdida en sus pensamientos, mientras escuchaba a Ed tararear la letra de *Stand By Me*, fijó su vista en la ventanilla y fue entonces cuando se dio cuenta de la dirección que estaban siguiendo.

Por aquel camino no se regresaba a Liora.

—Ed, ¿a dónde vamos? —le preguntó, curiosa, regresando a la realidad.

—Pensé que no te darías cuenta... —respondió el rey de Arven.

Esperando a que le explicara el cambio de ruta, le miró en silencio.

Qué guapo estaba aquella tarde de domingo.

Con el pelo alborotado, una camiseta estampada gris que marcaba sus musculados brazos y esa sonrisa torcida —su favorita— que aumentaba aún más su evidente atractivo.

—No quería que nuestra escapada terminara tan pronto.

«Ojalá no terminara nunca, Edward».

Frenando su subconsciente, que parecía completamente desatado, se apoyó en su brazo mientras él continuaba conduciendo.

No necesitaba saber a dónde iban, con posponer volver al mundo real, para ella, ya era más que suficiente.

Una canción después, *Chiquitita*, que también se atrevió a entonar, ganándose una mirada incrédula por parte del conductor, llegaron a su destino.

—¿Me estás diciendo que sabes cantar y no me lo habías contado? —cuestionó Edward, abriéndole la puerta.

—Sigo guardándome ases bajo la manga, Alteza.

—Como la receta de las tartaletas —murmuró, poniendo cara de pena.

—Acepta hacer primero las panacotas y tienes mi palabra de que el secreto de mi *lemon curd* será el siguiente.

—¿Eso significa que ya me he ganado tu confianza, cala?

«Más de lo que podrías llegar a imaginar», pensó, sosteniendo el color avellana de sus ojos.

Sin embargo, se limitó a asentir y, un parpadeo después de hacerlo, desviando la mirada, vio dónde estaban: a las afueras de un pequeño sendero.

Edward la había descentrado tanto que, hasta entonces, no se había fijado en el verde vibrante que tenía en torno a ella.

—¿Preparada para ver el atardecer?

Sonriendo de forma genuina ante aquel final con el que no había contado, se aferró a su mano.

El camino que recorrieron descendiendo fue corto y no la preparó para las impactantes vistas con las que se encontró cuando alzó la mirada.

Ante sus ojos, una cala entre dos salientes de roca clara, bañada por el mar de Nova, que rompía en la arena que estaban pisando con una suavidad abrumadora.

Aquello parecía una ilusión, un dibujo perfectamente trazado con una paleta en colores cálidos, de esos que, cuando te atreves a observarlos, ya no eres capaz de olvidarlos.

Tomando asiento en la arena, se acurrucó junto a Edward, esperando a que el ocaso terminara de abrirse paso.

—Gracias, Ed —murmuró, respirando el sándalo de su perfume, que ella era capaz de distinguir de entre todos los aromas que se mezclaban a su alrededor.

—¿Por qué? —preguntó Edward, acariciando su mejilla para lograr que alzara el mentón.

Un nudo en la garganta.

—Por aparecer —susurró un instante antes de rozar la comisura de sus labios.

Y, con aquella verdad que le había regalado, sin poder evitarlo, flotando en el aire, contemplaron las luces violetas del horizonte emerger.

EDWARD

Mientras se perdían entre los colores de aquel mágico ocaso, sintió la necesidad de adivinar qué estaba pensando July, quien permanecía a su lado, con el azul de sus ojos aún más cristalizado.

—El cuarto tomo de botánica, si me cuentas qué está pasando por esa cabecita.

—¿Quieres la verdad?

El tono franco con el que Julia le preguntó le descolocó por completo.

Asintió.

—No esperaba nada de esto, Ed.

Algo le decía que no había terminado, así que, notando cómo su corazón había aumentado el ritmo, aguardó.

—Conocer al hombre que se esconde detrás del rey de Arven.

—Yo tampoco —se atrevió a interrumpir—. No entrabas en mis planes, Julia, pero no voy a intentar cambiarlo.

No podía. Ya estaba demasiado implicado.

—Es complicado —murmuró ella, fijando la vista en la arena.

—Solo si dejamos que lo sea —respondió, entrelazando sus dedos con los suyos.

Aquel gesto, el vínculo de sus manos, rompió la inquietud que, durante un instante, parecía haberlos asaltado.

Y él quiso creerlo, no era complicado.

Aunque la conversación que estaban evitando, la que mantenía alejados sus dos mundos —el del hombre que no soltó la mano de Julia hasta que pusieron rumbo a Liora y el del rey que esperaban en Alborea— era la clave para mantenerlo.

JULIA

Con la promesa de cerrar juntos el martes Sweet Garden, se despidió de Edward.

Qué difícil le había resultado en aquella ocasión soltarlo.

Ronroneando, Dante Jovi le dio la bienvenida.

Y fue ante su ahijado felino, que parecía dispuesto a seguirla por toda la casa, cuando logró, mientras lo acariciaba, pronunciar en voz

alta la razón de todas sus dudas:

—DJ, ¿cómo podría encajar yo en la vida de Edward en palacio?

El eco que dejó aquella pregunta fue revelador.

La respuesta no estaba en Alborea, ni en el universo del rey de Arven, sino en ella y en todo lo que nunca había querido dejar atrás.

CAPÍTULO 23

A PLENA LUZ



JULIA

Era el tercer martes consecutivo que Ed iba a cerrar Sweet Garden con ella.

El calor de julio había llegado sin avisar, regalándole el principio de verano más especial que recordaba.

Ella y el rey de Arven habían seguido inventándose horas en el día para poder verse.

Citas improvisadas que terminaban con ellos siendo uno en su Mercedes.

Paseos a la luz de la luna que acababan al amanecer, sentados en las escaleras, hablando sobre todo lo que siempre habían querido ser.

Hasta había descubierto lo interesantes que podían llegar a ser los sellos en una exposición a la que se habían escapado en Orla, una ciudad a una hora de Liora, el sábado anterior, aprovechando que, después de una eternidad, ella y Oli no tenían ningún evento y habían podido cerrar Sweet Garden.

Allí, entre vitrinas y miradas cómplices, habían seguido jugando a no ser descubiertos.

Y, sin apenas darse cuenta, lo que compartían había empezado a importarle de verdad.

Cada detalle que seguía descubriendo de él —porque Edward siempre tenía algún matiz con el que sorprenderla— hacía que cada instante le resultara más difícil intentar no sentir.

Su particular burbuja se había convertido en un espacio seguro —ya era algo irrefutable— del que no quería salir, aunque seguía siendo consciente de que algo tan frágil no podía durar para siempre.

Enamorarse del rey, permitírsele, implicaba alejarse de quien siempre había creído ser y, aunque quizá fuera tarde para ponerle freno, seguía preguntándose cómo sería capaz de sostenerlo.

Acababan de subir a su apartamento para cenar, después de regar las últimas macetas que había comprado para decorar el local —Olivia ya no sabía qué hacer con ella—, cuando sintió su abrazo detrás.

—Julia Lorraine —le susurró Edward, peligrosamente cerca de su oído—. ¿En qué momento has terminado el cuarto tomo?

El rey de Arven se lo había traído una semana atrás y las madrugadas que no compartían, en las que se desvelaba pensando en cómo podría «entrar» en su mundo sin perderse, con la misma facilidad con la que él habitaba en el suyo, cuando su mente se cansaba de aquel conflicto que parecía no tener fin, leía hasta el amanecer.

Prueba de ello era el marcapáginas de cerezas que ya estaba en la página de la bibliografía.

Dándose la vuelta para responderle, encogiéndose de hombros, dijo:

—No podía soltarlo... ¿Sabías que los tulipanes siguen patrones de simetría casi perfectos en sus pétalos?

Edward no apartaba los ojos de ella mientras hablaba y esa forma de escucharla con tanta atención, de hacerla sentir que todo lo que decía importaba...

Le ponía demasiado complicado no querer estar con él.

—Se dividen en varias partes iguales a través de su centro —añadió, con la emoción que no podía contener cuando hablaba de sus adoradas flores.

—Vale, señorita Lorraine, lo has conseguido. Ahora necesito leerlo.

—Yo necesito el siguiente —canturreó, con una sonrisa.

—Tendré que pasarme por la biblioteca a buscarlo —aceptó Ed, trazando la línea de su barbilla con una suave caricia hasta llegar a sus pecosas mejillas.

—Podría...

Titubeó una milésima de segundo.

—Podría ir a buscarlo contigo.

«Lo que deberías hacer es dejar de contradecirte constantemente», murmuró la parte racional de su mente, que de vez en cuando hacía acto de presencia.

Pero se olvidó de aquello en cuanto vio cómo el rostro de Edward reflejaba la sorpresa.

Por primera vez era ella quien le había propuesto ir a palacio.

Quizá aquella idea fuera una enajenación mental transitoria o, tal vez, la respuesta a cómo acercarse a la vida del hombre que sostenía su mirada con tanta dulzura era mucho más simple de lo que ella seguía empeñada en creer.

No lo tenía claro, lo único que sabía con certeza era que quería seguir avanzando.

—Cala, como si quieres ir mañana mismo.

La sonrisa torcida que Ed le regaló —esa que era la única capaz de poner en jaque todas y cada una de sus convicciones— le confirmó que era el momento de apartar sus miedos y de hacer lo que realmente quería, aunque no fuera lo que hacía unos meses hubiera considerado correcto.

—Quédate esta noche —le propuso, asumiendo que el último té de la tarde había afectado a su capacidad para medirse— y, si quieres, podemos pasar por la biblioteca antes de tu reunión.

Ella descansaba al día siguiente, como cada miércoles y, dándose cuenta del nuevo salto al vacío, sin paracaídas, que estaba dando, añadió, sonrojándose:

—Es por aprovechar que Dante Jovi está con Oli y Noah y no nos despertará para que juegues con él.

Era una excusa ridícula.

DJ, en la única noche que Edward no había vuelto a palacio con las luces del alba y se había quedado con ella en su apartamento, se había emocionado tanto, que no les había dejado dormir.

—Tengo libre hasta mediodía, así que soy todo tuyo.

—Eso suena muy tentador —murmuró, buscando la entereza de su mirada.

Si no tenía que marcharse, la cena podría esperar.

—Tanto como tú —susurró Ed, leyéndole la mente, antes de besarla.

Ya tendría tiempo de razonar —si es que no decidía pasarlo también por alto— lo que había propiciado, pues en aquel momento su objetivo era volver a perderse entre sus brazos.

EDWARD

En la cantidad de decretos reales que quería crear desde que Julia había irrumpido en su vida, esa mañana quiso añadir uno más a la lista: que fuera innegociable despertarse juntos.

—Buenos días, cala —susurró, haciéndole un hueco sobre su pecho.

—Mmm... —murmuró ella, acurrucándose—. He dormido como un lirón.

—Puedes dormir un ratito más si quieres —sugirió.

Los miércoles su jornada, increíblemente —julio había empezado fuerte y más desde que Lewis había cogido unas semanas de vacaciones—, estaba bastante liberada. Y aún más desde que había terminado con sus visitas a la universidad.

Así que tenían tiempo de sobra.

Hasta primera hora de la tarde no se reuniría con su equipo y con los seis organizadores de la gala en honor a las Bellas Artes.

Por fin estaban con los últimos detalles.

—Por supuesto que no —respondió July, soltándose de sus brazos—. Necesito para ayer el nuevo manual.

Una sensación alentadora volvió a recorrerle por dentro.

Julia quería ir a Alborea.

Y sintió esa decisión, que no podía negar que había estado esperando, como algo significativo.

Después de desayunar pan tostado con tomate —plato que le sorprendió— y que la mujer que iba a su lado en el Mercedes le explicó que era típico de España, dejándole con ganas de volver a visitar Madrid —solo que esta vez quería hacerlo con ella—, llegaron a los garajes de la Villa.

No quería perder ni un segundo.

Quería enseñarle Alborea de día, así que ni siquiera fue a su habitación a cambiarse.

Ya volvería a sus trajes de chaqueta cuando la llevara de vuelta a Sweet Garden.

Esa era la tercera vez que le abría las puertas de su hogar y, aunque ya le había mostrado el edificio Lira de noche, le emocionaba —se sentía como un crío al intentar describir lo que ella despertaba en él— poder volver a hacerlo.

Recorriendo los pasillos con años y años de historia que les llevarían a su destino, a una distancia prudente, le fue contando, acompañados por la claridad de los rayos de sol que entraban a través de las vidrieras, pequeñas anécdotas de sus antepasados, a medida que iban pasando por sus retratos.

—Necesitaríamos un año entero para poder contarte todas las aventuras de mi abuelo —le explicó, acortando, de forma inconsciente, las distancias.

—Estoy deseando escucharlas —respondió ella, mirando la imagen del hombre al que él tanto había querido.

Sin volver a alejarse, siguieron caminando.

—Ese de ahí es mi despacho —señaló.

—No me lo enseñaste la última vez —dijo July, poniendo un teatral gesto de pena.

¿Era absurdo que también le hiciera ilusión que ella quisiera verlo?

—Podemos venir después —sugirió, sonriendo.

Su preciosa acompañante se limitó a asentir, con esa magia que desprendía cuando algo realmente le apetecía, y acortó —de eso sí se dio cuenta— otro paso más hacia él.

Y, cuando quisieron llegar unos minutos después a la biblioteca, cualquier distancia con la que habían comenzado a recorrer el edificio más emblemático del palacio había desaparecido.

Estaban a punto de rozar sus manos.

No obstante, no entrelazó sus dedos. Sabía que allí, en sus «dominios», debía ir despacio, alegrándose de cada pequeño avance que estaban dando.

Salir del universo que habían construido solo para ellos no era, por más que quisiera creerlo, tan sencillo.

Una vez que encontraron el quinto tomo, con la felicidad de Julia vibrando en su mirada del color del mar, se acercaron a los ventanales de la ornamentada sala, los que daban directamente a la zona de los jardines que seguían en el tedioso proceso de restauración.

—Ya va quedando menos —dijo, señalando a la fuente que estaban instalando, que él mismo había elegido.

—Qué bonito es verlo todo desde aquí arriba —susurró July, permitiéndose apoyarse en su hombro.

Había añorado, aunque solo hubiera sido durante una hora, su contacto.

Era difícil no hacerlo compartiendo el mismo espacio.

—Aunque no voy a negarte que estas vistas son, probablemente, mis favoritas, podríamos bajar y volver a verlo de cerca.

—Así que pretendes seguir alardeando de lo bien que están quedando tus planos.

—Ese golpe ha vuelto a dar directamente en mi ego —se quejó, llevándose una mano al corazón de forma dramática.

—He apuntado bien entonces —respondió ella, moviéndose ligeramente para estar frente a frente.

—Cala, ¿estás intentando provocarme?

—Te corrijo, Alteza. Lo estoy consiguiendo —contestó, con esa chispa de picardía que hacía imposible dejar de admirarla.

Julia y su extraordinaria capacidad para encontrar siempre una respuesta.

—Tocado y hundido.

Si había algún atisbo de tensión por encontrarse donde estaban, apostaría a que se evaporó por completo en ese momento, cuando una sonrisa compartida, genuina, nació entre ellos.

July, ante sus ojos, pareció relajarse, encontrarse, permitirse volver a ser simplemente ella.

Y él solo deseaba que nunca dejara de serlo.

Estaba pensando en cómo hacerla entender que el palacio solo intimidaba si lo mirabas desde fuera, y ella, a su lado, si quería, podía descubrirlo desde dentro, cuando escuchó:

—Edy.

«Madre», pensó, posando sus ojos primero en Julia, que se había quedado completamente rígida y después en la emérta, que, con el mismo porte regio que él había heredado, aguardaba en la puerta.

—¿No vas a presentarnos?

CAPÍTULO 24

EN PALACIO



JULIA

De todas las personas que podían haber entrado en la biblioteca mientras ellos estaban allí, había tenido que ser la reina de la luz quien lo hiciera.

Su cuerpo había perdido, esperaba que de forma momentánea, la capacidad de moverse, mientras veía cómo la madre de Edward, que los observaba sin titubear, se acercaba a ellos.

La garganta se le estaba empezando a reseca y la puerta, demasiado lejos de su alcance, no era una posibilidad para salir corriendo.

No fue hasta que notó la calidez de la mano de Edward en el borde de su espalda que recuperó un mínimo de sus capacidades, esas que se habían encogido, escondiéndose entre los libros.

—Madre, esta es Julia Lorraine —pronunció él, buscando sus ojos.

Al alzar la mirada, creyó sentir una dosis de fortaleza: Edward, con su sonrisa más franca, estaba intentando transmitírsela.

No obstante, en cuanto observó de cerca a la mujer que tenía frente a ella, volvió a desvanecerse.

—Julia, esta es mi madre —continuó Ed.

La emérita era, sin lugar a dudas, más bella y elegante en las distancias cortas.

Se estaba preguntando por qué tenía que sentirse tan fuera de lugar, cuando el primer choque, al escuchar a la reina hablarle directamente a ella, estuvo a punto de tambalearla.

—Dejando de lado que mi hijo, Edy —apostilló con una sonrisa—, me acaba de llamar «madre», es un placer conocerte, Julia.

Algo en su tono, en la forma en la que le había llamado Edy, consiguió que la mirara, durante una fracción de segundo, de forma diferente.

Y fue en aquel instante cuando recordó quién era.

Se suponía que Julia Lorraine Fernández no era una mujer que se amedrentaba.

—El placer es mío, Majestad —dijo, tendiéndole la mano.

Ojalá un pájaro apareciera por la ventana y le recordara cómo funcionaba el puñetero protocolo.

—Primero mi hijo y ahora tú... —se quejó la emérita.

—Madre —la nombró Ed, con un deje juguetón en su voz.

—Para ti soy mamá y para ti, querida —posó sus ojos en ella—, Katherine.

Sonriendo, no pudo evitarlo, ante aquella reprimenda, se permitió respirar.

Algo necesario si no quería desmayarse.

—Entonces es un placer, Katherine —se atrevió a repetir.

—¿Habéis venido en busca de algún libro? —preguntó, curiosa.

—Julia necesitaba el quinto tomo de unos manuales de botánica —explicó Edward, que había empezado a trazar círculos, de forma casi imperceptible, en su espalda.

Su contacto la estaba sosteniendo.

—¿Botánica? —cuestionó Katherine, fijándose en el libro que ella tenía en las manos.

Tendiéndoselo, sin entender por qué, le explicó:

—Edy me los ha estado prestando.

—Julia Lorraine, ¿en serio tú también? —gruñó, como un niño pequeño, el rey de Arven.

Y fue una mirada cómplice entre ella y la reina la que disipó, al menos hasta que lo procesara, la tensión que había invadido la emblemática sala.

Acto seguido, Katherine, cercana, le preguntó el motivo de su interés y, mirando los ojos color ámbar de la reina, tan parecidos a los de su hijo, le contó su amor por todo lo que pudiera estar relacionado con la naturaleza y, más en concreto, con las plantas.

—Me parece maravilloso, Julia.

—Gracias, Majes... —se corrigió—, Katherine.

Asintió.

—He quedado en ir a buscar a tu padre, ¿nos acompañaríais con una taza de té?

—Aunque a Julia sé que le haría feliz —adora el té casi tanto como a las flores—, tenemos que marcharnos —respondió Edward, mirando el enorme reloj de cuco que adornaba la pared.

—En otra ocasión entonces —propuso, esperanzada, su madre.

Ella se había limitado a escucharlos atentamente, pero, incapaz de mantenerse al margen, ya que, contra todo pronóstico, la progenitora de Edward era una mujer sorprendentemente amable, agregó:

—Sería un honor volver a Alborea.

Sus cristalinos ojos se desviaron hacia los avellana de Edward, que, con aquella afirmación, vibraron.

—¿Qué tal una comida? —volvió a aventurarse a preguntar la emérta.

Dejándose guiar por la mirada serena de Ed, respondió, sin pensarlo en absoluto:

—Solo tengo una condición.

Ya era tarde para arrepentirse, así que continuó:

—Que sea Edy quien prepare el postre.

—¿Edy? ¿El postre?

Edward, indignado ante aquella falta de fe, intercedió:

—Mamá, deberías saber que mis dotes culinarias se han elevado. July es quien me está enseñando.

—Estoy deseando saber con qué mezcla me sorprenderéis los dos juntos —dijo Katherine.

Y, aunque hacía tan solo unos minutos que la conocía, supo que había una segunda lectura en sus palabras.

Sin embargo, aunque el vértigo seguía pululando dentro de ella, no se sintió juzgada.

—Te veo esta noche, mamá —se despidió Ed, mientras caminaban hacia la puerta.

—Me ha encantado conocerte por fin, Julia.

«¿Por fin?», se preguntó, pero no se permitió planteárselo demasiado.

—Nos vemos pronto, Katherine.

Su camino y el de la antigua reina se separaron tan solo un parpadeo después, cuando llegaron a la puerta del despacho de Edward.

—Lo siento —murmuró el rey de Arven, en cuanto entraron en aquel espacio privado.

Tomando su mano, fue ella quien entrelazó sus dedos.

No tenía ningún motivo por el que sentirlo.

Era algo que podía pasar y, en efecto, había pasado.

—Esto sí que no me lo esperaba —le respondió, tomando una necesaria bocanada de aire.

—¿Ha sido terrible? —le preguntó, acercándose a ella y recogiénole el mechón que siempre huía de su trenza.

—Terrible creo que no lo define lo suficiente —contestó, exagerando el tono y, un suspiro después, echándose a reír.

Con él, se sentía siempre liviana y, curiosamente, daban igual las circunstancias, incluso donde se encontraran.

El único problema era que existía un mundo más allá y haber conocido a la reina de la luz, cuando regresó a Sweet Garden, le hizo sentir que la burbuja de cristal que con tanto cuidado sostenía con Edward estaba comenzando a resquebrajarse.

¿Podrían seguir con lo que compartían si dejaba de ser solo suyo?

EDWARD

Le costó cuatro horas de reunión —en la que eligieron fecha para la gala—, salir a correr por Alborea al anochecer y una velada sin dormir asimilar que Julia ya no era una desconocida para su madre.

Se sentía orgulloso de su progenitora, de la mujer que, al igual que él, se escondía tras su corona.

Lo que le preocupaba era ella.

La suerte, el destino, el cosmos o lo que sea que rigiera el universo habían querido que la primera vez que July daba un paso hacia su mundo terminara así.

Aunque no podía negar que se había mostrado tan dulce y resolutiva como era y que él, sin palabras, había querido demostrarle que estaba a su lado y que, pareciendo lo contrario —pues no habían dejado de esconderse—, consideraba un orgullo que les vieran juntos.

Incapaz de esperar a saber cómo estaba sobrellevando aquello, cuando esa mañana de jueves fue a su despacho a recoger unos documentos que necesitaba releer antes de cerrar otro de sus viajes oficiales —había conseguido concentrarlos todos a partir de octubre, aunque el último se había impuesto y no podía posponerlo—, llamó al *catering*.

—Sweet Garden —saludó la voz de Olivia.

—Oli, soy Edward —respondió, con una sonrisa. No era la primera vez que, cuando él llamaba, era la mejor amiga de July quien descolgaba.

—¿Qué tal te va? —preguntó, risueña—. DJ me ha preguntado por ti.

Era imposible no llevarse bien con Olivia.

—Dile a ese chiquitín pelirrojo que en nada estoy por allí.

Al igual que lo era no querer a ese felino.

—Hecho, ¿te paso a mi florecilla?

Adoraba ese apelativo. Aunque él siempre utilizaba *cala* con July, era más íntimo, más único, más suyo.

—¿Palacio necesita nuevamente los servicios de Sweet Garden?

«Julia».

—El rey te necesita a ti, señorita Lorraine.

Dándose cuenta de la intensidad de aquella afirmación, añadió, carraspeando:

—Necesito una de tus recetas.

—Ah, ¿sí? —cuestionó ella, siguiéndole el juego.

—Te recuerdo que has sido tú quien me ha retado, ante mi madre, a hacer un postre.

Probablemente había abordado hablar de lo que había pasado de una forma nefasta, pero en su defensa diría que había sido involuntario.

—¿Voy a tener que ayudarte, Alteza? —preguntó ella, con ese tono pícaro en su voz.

—En tus manos queda que no queme la Villa.

—Eso es demasiada responsabilidad, Edward —se carcajeó.

Y él respiró.

Era paz lo que le proporcionaba el sonido de su risa.

—¿Panacotas?

—Panacotas —confirmó Julia, dejando entrever en su timbre que volver a enseñarle le hacía ilusión.

Mirando hacia los ventanales, ajustándose el chaleco azul marino que llevaba, sin querer aún volver a su meticulosa rutina, preguntó:

—¿Sonaría demasiado cursi decirte que te he echado de menos esta noche?

—Suenas muy cursi, Ed, pero... —un silencio premeditado— yo también te he añorado a ti.

—¿Sabes que podríamos ignorar nuestras agendas?

«O tirarlas al mar de Nova», pensó, sopesando aquella posibilidad.

Su estructurado cuadrado desaparecía cuando se trataba de ella, por más que amara su trabajo.

—No podemos —le recordó Julia, con un ápice de tristeza. Ella tenía eventos de tarde viernes y sábado y él, reuniones programadas esas dos mañanas.

—Lo que sí podemos hacer es resarcirnos el domingo —añadió ella y algo le dijo que lo hizo sonriendo.

Hacía semanas que no estaban tantos días sin verse.

Teniendo en cuenta que Lewis regresaría de sus vacaciones a bombardearle a preguntas, en unas horas, preguntas que había esquivado y que ya no podía —ni quería— seguir eludiendo, y que debía seguir con su estructurada planificación, solo le quedaba rezar para que esos días se le pasaran rápido.

—Te llamo mañana a mediodía, señorita Lorraine.

—Espera, Ed.

Aguardó, curioso por cómo Julia, siempre haciendo gala de su ingenio, se despediría.

—¿Qué le parecería a Katherine que el miércoles pusiéramos a prueba las cocinas de Alborea?

La mujer que no dejaba de llenar de luz todo a su paso acababa de volver a sorprenderle.

—Estoy seguro de que estará encantada de que lo hagamos.

Otro pequeño pasito que ella estaba dando y que tenía que encontrar la forma de demostrarle lo muchísimo que para él estaba significando.

JULIA

No había terminado de procesar la pequeña grieta en su cápsula con Edward y ya había decidido abrir otra.

Lo suyo era ser una inconsciente de manual.

No obstante, tampoco pudo procesarla, pues Olivia, en cuanto soltó el teléfono, apareció a su lado.

—¿Katherine?!

—Prepárame un té. Yo voy a por las trufas y te lo cuento —dijo suspirando, buscando, durante un segundo, soporte en la encimera de Sweet Garden.

El temor a que aquello fuera demasiado grande la estaba asaltando, por más que quisiera relegarlo al olvido y no mostrar lo difícil que era para ella seguir avanzando.

Solo esperaba que existiera alguna forma de estar con él —y con su corona— sin tener que renunciar a ser quien era.

CAPÍTULO 25

FLUIR



EDWARD

Aunque adoraba recorrer el camino hacia Sweet Garden disfrutando de la música, aquel domingo el eco de su conversación con Lewis, mientras corrían por los jardines de Alborea, fue quien le acompañó.

—Dejando de lado que ayer me pusiste al día de lo más importante, te falta explicarme a qué se deben tantos cambios en tu rutina —pronunció su mejor amigo, tal y como había esperado, mientras trotaba a su lado.

—¿Qué cambios? —preguntó, alargando aquel momento a propósito.

No quería evitar darle una respuesta, ya era hora de hacerlo, pero sacarse de quicio era un pasatiempo mutuo que compartían desde hacía años.

—Ed, siempre has sido la persona más reservada que conozco y, aunque no me cuentes los detalles, como tu mano derecha y, más aún, como tu mejor amigo, merezco que me confirmes la evidencia.

Se mantuvo en silencio deliberadamente, pensando en lo melodramático que podía llegar a ser la persona con la que tantas aventuras había compartido.

—Vale. No me lo cuentes —se quejó Lewis, malhumorado, ante su falta de respuesta apenas ciento cincuenta metros después.

«No te rías», le recordó su subconsciente, congratulándose de lo fácil que era chincharlo.

—Ya está —añadió su mejor amigo, frenando su avance medio segundo más tarde—. Si no confías en mí —utilizó su tono más teatral—, dimito.

Incapaz de contenerse ante tal «amenaza», comenzó a reírse a carcajadas.

—Ríete todo lo que quieras, su Excelentísima Majestad, pero deberías saber que esa cara de bobo enamorado con la que llevas más de dos meses te está delatando.

Recuperando las formas, chocó el hombro de Lewis.

—¿Tanto se nota? —le preguntó, dispuesto a contarle, como había previsto, al menos por el momento, lo justo y necesario.

No quería abrumar a Julia y primero tenían que sobrevivir —aunque no dudaba que lo harían— a la comida del miércoles con sus padres.

Esperaba que, paso a paso, lo que tenían siguiera su curso.

—Para mí, que te conozco, está más claro que el agua —respondió Lewis, sentándose, de cualquier manera, en uno de los bancos de piedra que decoraban los jardines.

Tragó saliva.

—¿Puedo preguntar por qué este secretismo, Ed?

Ante aquella pregunta, solo fue capaz de entornar los ojos al cielo.

Era demasiado complejo de explicar.

—No hace falta que me digas más —continuó su mano derecha, que no había dejado de mirarle con atención—. Esa chica te importa de verdad.

—Es más que eso —respondió, honesto con lo que sentía, antes de seguir trotando.

Mucho más.

—Estaré aquí cuando quieras contármelo todo, lo sabes ¿verdad? —añadió Lewis, siguiéndole el ritmo.

Volvió a asentir.

Se consideraba afortunado por cómo su pequeño círculo de confianza había respetado siempre sus espacios.

«Espero poder hacerlo pronto», pensó cuando regresó al presente.

Acababa de aparcar su coche frente al apartamento de Julia y estaba imaginando la cara de su mejor amigo cuando descubriera quién era la mujer que se había convertido, sin previo aviso, en su persona favorita.

JULIA

Estaba asomada a la ventana de la habitación de Olivia, ya que el calor aquel domingo de finales de julio era abrumador y la habitación de su mejor amiga era la más fresca, cuando vio el inconfundible Mercedes negro que la estaba esperando.

Dejando de lado que ni siquiera tenía puestas unas zapatillas, salió a las escaleras a buscarlo.

Escaleras que habían sido testigos de cómo se habían ido conociendo noche tras noche.

Ante la sorpresa del rey de Arven, al verla aparecer, no dudó: se lanzó a sus brazos y él, reaccionando al instante, la acogió en ellos.

Y fue en ese abrazo en el que se dio cuenta de cuánto había añorado la calidez de su contacto.

—Hola, pequeño koala —la saludó Edward, con una sonrisa.

¿Por qué todas sus dudas se convertían en algo insignificante en cuanto la veía?

—No me sueltes, Alteza —le pidió, a un centímetro de distancia.

—Nunca, cala.

Podría culpar a la espontaneidad de aquel acto o a las ganas incontrolables que sintió de besarlo de lo que sucedió en su pequeño salón en cuanto sus bocas se rozaron.

—Podríamos pasar así cada domingo —le dijo Edward, acariciándole con suavidad la espalda desnuda.

Ella, perdida en los dibujos que estaba trazando en los lunares que recorrían su piel, solo fue capaz de murmurar algo ininteligible.

—Me lo tomaré como un sí —le respondió Ed, regalándole un beso en la nuca.

Horas después, la luna llena los encontró aún enredados en el sofá, contándose, al detalle, cómo habían pasado los últimos días.

Si él siempre le demostraba, sin necesidad de palabras, que todo lo que decía importaba, ella no podía evitar corresponderle.

Le seguía pareciendo fascinante —e inesperado— descubrir su estructurada rutina como rey de Arven.

No era solo una sucesión de actos oficiales, como siempre había imaginado.

Su trabajo como figura pública iba mucho más allá.

Había un compromiso constante, una responsabilidad que no se detenía y algo en la forma en la que él lo asumía que le resultaba imposible no valorar.

—¿Estás preparada para el miércoles? —le preguntó Ed, cuando decidieron que era un buen momento para levantarse.

«Aún no, pero lo estaré», se prometió, encontrando un ancla en su mano.

No obstante, obviando aquel titubeo al pensar en su nueva aventura en palacio, dijo:

—¿Estás tú preparado para el martes?

Lo tenía claro.

Aquella noche debía dejarle marchar, pero el martes dormir con él era algo que no estaba dispuesta a negociar.

—¿Para cerrar Sweet Garden?

—Eso también, Alteza —respondió, acercándose a la cocina para preparar agua caliente.

Necesitaba reponer su dosis de teína, aunque no fuera lo más correcto teniendo en cuenta la hora que era.

Mirándola con atención, Ed esperó a que le contara qué rondaba por su inquieta mente.

Y, cuando lo hizo, la forma en la que él la contemplaba —como si cada vez que ella le demostraba que creía en lo que tenían fuera un aliento— le hizo sentir que intentar entrar en su mundo, aunque no fuera sencillo, era, sin temor a empezar a aceptarlo, un acierto.

EDWARD

Ahí estaban otra vez, en los pasillos de su hogar, solo que aquel miércoles estaban siguiendo una ruta diferente.

Julia, preciosa con un vestido largo en un tono «rosa empolvado», como le había aclarado mientras se vestían juntos aquella mañana en su apartamento, le daba aún más luz a Alborea.

Tampoco caminaron de la mano aquel día, aunque no hizo falta; la electricidad que compartían era casi tangible y su vínculo, cada vez más presente, latía en torno a ellos.

—¿Preparado para sorprender a tu madre, Alteza? —le preguntó July, cuando estaban llegando a la cocina privada de la Villa.

Queriendo que ella se sintiera, en la medida de lo posible, como en «casa», había obviado seguir enseñándole el palacio a la luz del día y los había conducido directamente a lo que consideraba una zona segura.

Si alguien era feliz entre flores —no podían preparar un postre en los jardines, así que ir a ellos lo había descartado— y fogones, era Julia.

—¿Preparada para enseñarme, cala?

A su acompañante no le dio tiempo a responder, pues en cuanto entraron en la amplia estancia, Hillary, quien teóricamente tenía las primeras horas de la mañana libres, apareció ante ellos.

No podía culparla.

Aquella mujer le conocía bien y, en cuanto le explicó que necesitaba la cocina, había hilado fino.

—Buenos días —los saludó, fingiendo inocencia, mientras se quitaba el delantal.

Estaba seguro de que se lo había puesto mientras esperaba a que llegaran.

—Buenos días —saludó Julia, con la dulzura vibrando en su voz.

A diferencia del momento en el que conoció a su madre, su tono y la sonrisa que descubrió dibujada en sus pecosas mejillas al mirarla distaban bastante de la tensión —que agradeció infinitamente lo poco que había durado— en la biblioteca.

Aliviado, hizo las presentaciones y Hillary asintió con una sonrisa, casi de forma imperceptible, cuando salió de su territorio.

No sin dejarles claro que se lo cedía por tiempo limitado.

—Es maravillosa —le dijo July cuando se quedaron solos.

—Es quien me ayudó con la cena en los jardines —le explicó, remangándose la camisa.

El brillo del recuerdo se instaló en sus ojos azules y le demostró que también había sido un paso significativo para ella, dándole un beso, demasiado breve, en la comisura de los labios.

—Ed —le nombró cuando se separaron, apoyándose en una de las esquinas de la encimera de mármol—, estoy pensando...

¿Por dónde le saldría Julia en aquella ocasión?

—Que deberíamos hacer las cosas bien —agregó, jugando con su larga trenza, ya prácticamente deshecha.

Enarcando una ceja, mientras daba un paso hacia ella, ya que el único beso que se habían dado desde que habían llegado a palacio le había sabido a poco, le dio a entender que no tenía ni la menor idea de a qué se estaba refiriendo.

—Aunque mi receta de las panacotas es extraordinaria, creo que deberíamos dar un paso más.

—Dime que estás pensando en las tartaletas de limón —pronunció, esperanzado, sin poder resistirse a tomarla de la cintura y atraerla hacia sus brazos.

Ella negó con la cabeza.

Tendría que seguir esperando para descubrir el secreto mejor guardado de la historia.

—¿Te atreves con un menú completo? —le sugirió, posando los brazos en su cuello.

El brillo turquesa titilaba en sus expresivos ojos.

Y él no necesitaba nada más.

—Contigo me atrevo a todo, señorita Lorraine —afirmó.

Y, después de besarla, aunque no lo suficiente —nunca lo era—, dejó que todo fluyera.

CAPÍTULO 26

LA INVITACIÓN



JULIA

Inesperada.

Así podría describir la comida que estaba viviendo.

Tenía la clara intención de poner una queja a las productoras de todas las películas de princesas que había visto a lo largo de su vida, pues la parte privada de la Villa del Amanecer distaba bastante de lo que se había imaginado.

El salón-comedor en el que se encontraba no era como el de *La Bella y la Bestia*, lleno de vidrieras, con una mesa de cinco metros de largo y colgando a su alrededor un millar de candelabros, ni tampoco como el que había tenido el honor de conocer el día de la recepción en el edificio Astra.

No, era completamente diferente.

La estancia en la que, junto a Edward, estaba disfrutando de una comida con los antiguos reyes de Arven era, dejando de lado su magnitud, un hogar.

Una mesa preciosa de madera clara para seis. Un sofá en color café. Unos ventanales llenando de luz el lugar.

Incluso la cocina había sido una sorpresa, ya que, aunque estaba perfectamente equipada y en una zona aparte, no abrumaba.

Cuando Edward se levantó en busca de las panacotas, pidiéndole con una sonrisa que esperara, no pudo evitar pensar en cómo había sido crear «un menú completo» junto a él.

La forma en la que se habían coordinado para elegirlo y, después, mano a mano —literalmente—, prepararlo.

Cada beso que se habían robado.

Y el resultado, que parecía haber encantado primero a Hillary, quien había aparecido cuando lo estaban terminando y, acto seguido, a Katherine y Harry.

—Sigo sin creermelo que hayas conseguido que Edy prepare todo esto —le dijo su padre, con una sonrisa.

—Negaré haberlo dicho, pero Ed es muy bueno en la cocina —respondió ella, devolviéndole el gesto.

En las horas que habían compartido, desde el primer instante en el que se había puesto frente a ellos, le habían demostrado que aquello era una comida «familiar» y que el protocolo, al que tanto temía, había quedado olvidado.

Los padres de Edward la habían integrado en cada conversación que surgía y habían intentado, de forma genuina, conocerla.

Hecho que le haría tomarse una noche en vela —o más de una— para asimilar.

Katherine, ante aquella interacción con su marido, asintió divertida, desviando la mirada hacia la puerta por la que estaba entrando Edward, y sus ojos siguieron el mismo recorrido.

Contemplantolo de lejos se había convertido en una de sus formas predilectas de invertir el tiempo.

Con la camisa blanca remangada y el chaleco sin abrochar, el mechón de pelo castaño cayendo desenfadado sobre su frente y aquella barba incipiente, estaba teniendo el privilegio de contemplar a Edward.

Solo Edward.

Él, al captar su mirada, le guiñó un ojo, juguetón, antes de anunciar, visiblemente orgulloso:

—He aquí la guinda del pastel —una pausa premeditada—: nuestro postre.

«Nuestro», pensó.

Y el aleteo que ya se había quedado a vivir en ella se despertó, como cada vez que pensaba en un «nosotros».

—Si está en el mismo nivel que los solomillos, os quiero cocinando aquí a los dos todos los días —dijo Katherine, observándolos de una manera que no supo descifrar.

Y, efectivamente, así fue. Si por la emérita fuera, habrían quedado contratados y les exigió, tras terminarlo, que le contaran la receta.

—Eso es cosa de la señorita Lorraine, mamá —pronunció Edward, mirándola a ella—. No es de las que revelan sus secretos culinarios a la ligera.

Sus mejillas adoptaron el color de las cerezas.

Ese ataque directo pensaba devolvérselo.

—Estaré encantada de contarte todos mis trucos a ti, Katherine —respondió, alzando el mentón, haciendo hincapié en el «a ti».

—Con lo que me ha costado a mí que me contaras alguno... —murmuró Edward, poniendo los ojos en blanco.

Ante tal «disgusto» por parte del rey de Arven, todos se carcajearon.

¿Sería posible que la presión en el pecho que la invadía cada vez que pensaba en todo lo que conllevaría seguir conociendo palacio se estuviera, por fin, disipando?

No le dio tiempo a sopesarlo, ya que la conversación que estaba manteniendo Ed con su padre llamó su atención.

—El primer fin de semana de septiembre, sí —le estaba confirmando Edward a Harry.

Si su intuición —más bien memoria— no fallaba, estaban hablando de la gala que Ed presidiría.

—Nuestra familia lleva más de cincuenta años siendo mecenas de las Bellas Artes —le explicó Katherine, al darse cuenta de que ella estaba escuchándolos con atención.

Respondió con un gesto de cabeza y una sutil sonrisa. Edward se lo había contado.

Volver a escucharle hablar sobre los detalles consiguió que se reafirmara en lo que, desde que se había permitido conocerlo,

estaba empezando a apreciar con otros ojos: su trabajo como miembro referente de la casa real de Arven era digno de admiración.

—Estamos muy orgullosos de ti, Edy, ya lo sabes —añadió la emérita.

Y, ante aquella afirmación tan espontánea, ella sonrió con franqueza.

Podía ver a su madre en la antigua reina y la sensación de familiaridad, con la que desde luego no había contado, la acompañó hasta los jardines de Arven, con Edward caminando a su lado.

Su mente y, también su corazón, después de aquella visita a Alborea, parecían caminar al unísono, encajando... o quizá solo fuera una ilusión y estuvieran haciéndolo antes de volver a chocar.

Esperaba que no, pues no había nada que anhelase más, en contra de su reticencia al compromiso, que encontrar, junto a él, el equilibrio.

EDWARD

La brisa que el palacio les estaba otorgando, mientras veía a Julia perderse entre los naranjos, la consideró un regalo.

Igual que lo estaba siendo aquel día.

La mujer que, con aquel vestido rosa, parecía una pequeña elfilla del bosque, paseando por los caminos de grava de Alborea con naturalidad, a unos metros de él, se estaba abriendo paso en su mundo y no podía sentirse más feliz por ello.

Guiado por ese sentimiento, acortó la distancia que los mantenía alejados.

—Sigo diciendo que podría estar horas y horas aquí —susurró Julia, inhalando el aroma de las flores de azahar que pululaba en el aire.

—Ya te lo dije, podemos estar tantas horas como quieras, cala —le confirmó, entrelazando sus dedos.

Estaban solos, así que no se puso freno al hacerlo.

—¿Dónde está la fuente que vimos desde la biblioteca? —le preguntó July, mirando hacia ambos lados, intentando ubicarse.

La zona exterior de la Villa era tan grande que, o llevabas años recorriéndola o era increíblemente fácil perderse en ella.

—Déjame guiarte —respondió, con una sonrisa.

El gesto con el que contestó July logró que la risa volviera a brotar entre ellos.

Mientras caminaban hacia la zona en proceso de restauración, hablaron sobre su inminente viaje y una parte de él, la que no medía en absoluto, deseó poder compartirlo con ella.

Sin embargo, fue capaz de contenerse.

Era consciente de la magnitud que tendría una propuesta como esa.

—Esos días DJ te echará de menos, Ed.

—¿Solo DJ? —preguntó, cuando se sentaron en uno de los bancos de piedra, frente a la fuente que Julia había querido ver de cerca.

—Puede que yo también —murmuró, acercándose a él.

Cuando creyó que iba a deleitarse con el dulzor de su boca, la dueña de Sweet Garden le dejó con la miel en los labios y, con una sonrisa que sería capaz de poner el universo a sus pies, cambió de tema.

Era tan suyo saltar de una conversación a otra que ya se había empezado a acostumbrar.

Y era un matiz que, teniendo en cuenta lo regio que él era, adoraba en ella.

—Podrías contarme más detalles de cómo son las galas —sugirió, mirándole con curiosidad.

La conocía lo suficiente como para saber que no había ningún doble sentido en su interés.

No obstante, él, que siempre se jactaba de saber contenerse, como lo había hecho con la idea de compartir con ella su viaje a Pola, no fue capaz de hacerlo en aquella ocasión.

—Podrías venir conmigo y descubrirlo.

Los ojos cristalinos de Julia se abrieron de par en par ante su invitación.

Definitivamente, se había extralimitado, dejándose llevar por lo mágico que estaba siendo aquel miércoles, así que, intentando

arreglarlo antes de que ella pudiera responder, añadió:

—También podrían venir Oli y Noah, creo que...

—Ed —le interrumpió July.

En su tono notó lo mucho que a ella le estaba costando procesar su propuesta.

«Por esto no actúas sin pensar, Edward», le reprochó su fuero interno.

Y, no queriendo salir de la burbuja que compartían, fue él quien, mirándole a los ojos, volvió a intentar ponerle solución.

No entraba en sus planes meterle ningún tipo de presión.

—Piénsatelo, señorita Lorraine.

—Gracias —susurró ella, recuperando el color que había desaparecido de sus pecosas mejillas.

—Tú marcas el ritmo, Julia —dijo cuando se pusieron de pie.

Se había hecho tarde y ya era la hora a la que habían planeado volver a Sweet Garden.

Con la incomodidad que él mismo había propiciado, llegaron a los garajes.

Detestaba que su realidad como soberano —aunque entendía lo mucho que podía llegar a imponer— fuera la traba que les impidiera seguir con su historia tal y como le habría gustado.

JULIA

Hazlo.

No lo hagas.

Hazlo.

No lo hagas.

Ese había sido el bucle en el que había estado metida todo el camino de regreso, mientras miraba de soslayo a Edward.

Quería que él supiera que no descartaba su invitación.

Solo que ir a una gala, la primera de su vida, era un paso demasiado grande, incluso aunque no lo hiciera de su mano.

Cuando aparcaron, acarició su nuca, buscando su mirada avellana, dispuesta a explicárselo.

—Ed... —intentó llamar nuevamente su atención.

Pero él, dejándose llevar por la caricia con la que ella le estaba obsequiando, se volvió a poner a un milímetro de sus labios.

Y si de algo estaba segura era de que no renunciaría a besarlo.

Una vez que sus alientos se separaron, no sin más de un suspiro cargado de deseo de por medio, bajó del Mercedes, olvidándose por completo de lo que quería decirle.

Era el «efecto Edward». Otra vez.

—¿Nos vemos mañana cuando cerréis? —le preguntó Ed, que se había asomado a través del cristal para mirarla.

Al girarse para contestar, comprobó que ya se había puesto las gafas de sol y, lo que era aún más importante que seguir de incógnito, el rey de Arven había recuperado su característica sonrisa torcida.

«Deberían canonizarla», pensó, admirándola.

—¿Intentamos volver a trasplantar la menta? —respondió, rememorando el último intento—. Oli duerme en casa de Noah.

Su mejor amiga, en las últimas semanas, pasaba cada hora que podía con el mejor químico de Arven, que estaba enfrascado en su investigación en la universidad y no podía culparla de querer aprovechar cada minuto que tenían libre —la temporada de eventos estaba siendo caótica— con él.

Solo había que verla a ella.

Ed asintió y, después de lanzarle un beso, algo se apoderó de ella y, antes de que arrancara, sabiendo que su chófer particular estaría eligiendo una emisora para escuchar música de vuelta a Alborea, llamó a la ventanilla.

—Ya lo he pensado —soltó, prácticamente a la velocidad de la luz, en cuanto él la bajó.

Ante su afirmación, el rey de Arven, que mantenía su deslumbrante sonrisa, perdió su capacidad para articular palabra.

Lo supo por cómo aguardó a que ella continuara.

Y la calidez con la que siempre la esperaba fue suficiente para que no se acobardara:

—Eso sí —añadió, mordiéndose el labio inferior—, espero recibir una invitación oficial.

—¿Para la gala? —cuestionó Edward, necesitando reiterarse.

—Para la gala —confirmó, dándose la vuelta y encaminándose, sin saber qué le depararía aquella decisión, hacia las escaleras de Sweet Garden.

CAPÍTULO 27

SEMILLAS



EDWARD

Solo tenía que meter la invitación dentro del sobre y ya estaría lista para Julia.

Con la anticipación burbujeando en su interior, miró lo que había preparado.

No recordaba la última vez que se había parado a hacer algo así.

Enviar las invitaciones, salvo contadas excepciones, no formaba parte de su trabajo y mucho menos hacerlo con una nota escrita a mano —una más para la señorita Lorraine— que no había podido evitar incluir.

Mientras contemplaba el sobre, antes de sellarlo, se reiteró en que debía invitar a Olivia y Noah también.

Así que, en cuanto regresara de la reunión con Will, quien había sido nombrado a principios de año general del ejército de Arven —a quien consideraba un amigo— en la base militar de Kalver, dejaría preparada su invitación.

Quería llevárselas a July esa misma tarde, aunque seguía pensando en la forma perfecta de entregárselas y quizá la clave fuera hacerlo sin demasiada pomposidad, como algo natural.

Dejando lo que sí tenía organizado sobre su escritorio, con una sonrisa dibujada en el rostro —no podía evitarlo—, salió hacia la sala

de reuniones del edificio.

Su meticulosa jornada acababa de empezar.

Cuando regresó horas después, ya terminadas todas sus diligencias, entró en su despacho con Lewis, con quien tenía que cerrar un par de detalles, en privado, sobre su asistencia al consejo la semana siguiente.

Entretenido, desabrochándose el chaleco —independientemente de que unos minutos después fuera a ir a su habitación para cambiarse—, cuando quiso darse cuenta, lo que había dejado aguardando en su mesa ya había captado la atención de su mejor amigo.

—¿Estás preparando tú las invitaciones? —cuestionó Lewis sin ocultar su tono incrédulo.

Su mano derecha las conocía de sobra; elegir los detalles del papel les había tomado una mañana entera.

Girándose hacia su escritorio, incluso a la distancia a la que estaba, pudo leer el nombre de la dueña de Sweet Garden escrito sobre el sobre que aún no había cerrado.

—Solo una —afirmó.

No tenía sentido seguir guardando aquel secreto con su mejor amigo.

Había llegado el momento de que Lewis supiera lo que significaba Julia para él.

A fin de cuentas, aunque no fuera como su pareja —qué bien le sonaba—, no tenían intención alguna de ocultarla en la gala.

«Ni en la gala, ni en ningún lugar», bramó su mente con convicción.

Era la persona que, aunque aún no había tenido el valor para decírselo, estaba eligiendo.

—Bueno, dos —se corrigió, pensando en que no podía olvidarse de incluir a sus mejores amigos.

Sabía que tenerlos junto a ella lo haría todo más fácil.

En el transcurso de los diez segundos que tardó en ponerse frente a su escritorio, Lewis, curioso, ya tenía el sobre en la mano.

—Julia Lorraine —leyó su mejor amigo.

Jamás se sonrojaba, pero si pudiera hacerlo, su piel habría adquirido el tono de un rubí.

—Es una de las dueñas de Sweet Garden —afirmó Lewis, mostrándole una vez más que tenía una memoria prodigiosa, desviando su mirada hacia él.

Tal vez fue la mueca que se dibujó en su rostro o el leve asentimiento —involuntario— con el que miró el sobre, pero su mano derecha no necesitó mayor confirmación.

—Su Excelentísima Majestad, creo que aún me tienes mucho que contar —dijo, tendiéndoselo.

—Hoy no voy a contarte nada más —respondió él, intentando recuperar su porte regio.

Algún día le contaría cómo había sucedido aquello, pero no sería aquella tarde.

Tenía una cita ineludible: unas macetas le esperaban después de cerrar Sweet Garden.

Y, antes de atreverse a sentarse con su mejor amigo y abrir su corazón —eso, en contrapunto, le sonaba terrible—, quería intentar descubrir el momento exacto en el que todo había cambiado.

¿En qué momento se había enamorado de la señorita Julia Lorraine?

—Entonces tendré que preguntarle a ella cómo te aguenta —contraatacó Lewis, haciéndole regresar a la realidad.

Sentenció a su mano derecha con la mirada y, en cuanto sus ojos chocaron, ambos empezaron a reírse a carcajadas.

—Ed, qué feliz estoy por ti.

Carraspeó, pensando en todo lo que había vivido hasta entonces con ella.

No podría describir la forma en la que July había irrumpido en su vida, arrojándole infinidad de matices que hasta entonces desconocía, demostrándole que la persona correcta eleva lo que eres a la máxima potencia.

Y, con la ilusión —ese sentimiento que ella había teñido de verde —, tras despedirse de Lewis y cerrar las invitaciones, salió de palacio dispuesto a volver a enfrentarse a la incontenible menta.

JULIA

Trasplantar las macetas les había llevado más tiempo de la cuenta.

El rey de Arven y la suavidad de sus caricias habían sido, era imposible negarlo, la distracción perfecta.

De ahí que aquella mañana de viernes estuviera con ella en su cocina, aprendiendo a saborear el té blanco.

Aunque su cara de circunstancia le dejó claro que no lo estaba logrando.

Despedirse no había entrado entre sus planes la noche anterior y, aunque ambos trabajaban aquel día, no habían desaprovechado la oportunidad de amanecer juntos.

Tenía que abrir Sweet Garden en —para ser exactos— siete minutos, ya que Olivia le había avisado la tarde anterior de que pasaría a hablar con uno de sus proveedores cuando regresara de casa de Noah.

Su apartamento en los últimos tiempos parecía que no era compartido, salvo su innegociable noche de chicas semanal y, aunque añoraba a su mejor amiga, sabía que tarde o temprano se mudaría.

DJ maullaba a su alrededor buscando la atención de Edward. Y ella, mientras los admiraba —adoraba verlos juntos—, omitiendo que aún esperaba su invitación oficial, de la que no habían vuelto a hablar, no podía sentirse más en paz.

Qué sencillo era todo en su pequeño y luminoso apartamento.

—Dante Jovi, esto es alta traición —pronunció mirando a su ahijado felino, que, cuando intentó acariciarlo, la ignoró deliberadamente, volviendo al regazo de Ed.

—Lo siento, señorita Lorraine —respondió él, acariciando al pequeño—, pero este chiquitín me prefiere a mí.

Entornando los ojos, se sentó en la encimera de la cocina y empezó a trenzarse el pelo.

Ni siquiera tenía intención de mirarlos; quería seguir con su dramática actuación, independientemente de cómo le pellizcaba el corazón verlos interactuar.

—¿Te he dicho alguna vez lo bonita que estás con el pelo así? —le preguntó Edward, que se había puesto en pie para ponerse frente a ella.

Enroscándose en él, olvidando que quería seguir fingiendo indignación, lo atrajo hacia sus labios y, cuando quiso darse cuenta, ambos estaban corriendo hacia las escaleras que unían su hogar con Sweet Garden.

No iba a permitirse abrir tarde por distraerse con la boca del rey de Arven.

—¿Quién necesita salir a correr por los jardines de Alborea si puede empezar el día así contigo? —le dijo Ed, recuperando el aliento, intentando contener una carcajada.

Le había obligado a seguirla, pues no había soltado su mano.

No obstante, omitió que estaba intentando chincharla, ya que, increíblemente, en tan solo treinta segundos, habían conseguido bajar y abrir el local.

Por lo que las luces de Sweet Garden se encendieron con la puntualidad inglesa que ella tanto valoraba.

Entonces, se acercó a darle un último beso; había llegado el momento de dejarle marchar y de regresar a su realidad como una de las dueñas del *catering*.

Una vez que lo hizo, lo vio salir por la puerta de la zona de degustación y, con una sonrisa que ya no quería ocultar, se puso el delantal.

El tintineo de la puerta, solo un par de minutos después, logró que alzara la mirada, pensando que sería Oli, pero era el hombre que se estaba convirtiendo en su norte quien volvía a estar frente a ella.

—Se me había olvidado esto —pronunció Edward, con su tono pausado, haciendo aparecer en su mano, como por arte de magia, dos sobres sellados.

A estas alturas, reconocería la insignia del apellido Valera en cualquier circunstancia.

Asintió, dando un paso hacia delante.

Aquello contaba como una invitación formal, la que ella misma había exigido; sin embargo, que fuera real logró que un nudo se

instalara en su pecho.

¿Qué podría cambiar su asistencia —aunque fuera con Oli y Noah, sabía que la otra invitación era para ellos— a aquella gala?

«Nada», se dijo, tomando ambos sobres, tras volver a acurrucarse durante un instante en los brazos de Edward.

Solo que, al quedarse sola y abrir el que llevaba su nombre, las palabras que el rey de Arven había escrito para ella cambiaron su respuesta.

«O todo», afirmó, tras leer:

Cala,

En esta vida todo tiene más sentido cuando se comparte.

Gracias por aceptar compartir tu tiempo conmigo.

PD: La gala solo es un añadido.

Ed

EDWARD

Las semanas habían pasado en lo que él sintió como un latido.

Agosto había emergido con sus noches más tibias, recordándole que el verano, el más inspirador desde que tenía memoria, pronto llegaría a su fin y que daría paso a su estación favorita del año.

Deseando saber qué le depararían los meses siguientes, de la mano de la mujer en la que, mientras su chófer conducía por las afueras de Pola, tras regresar de la inauguración de un museo conmemorativo, no podía dejar de pensar, y se dijo que ya no era tan reticente a improvisar.

Y, gracias a ello, había descubierto una predilección que desconocía: ser él quien sorprendiera a los demás.

Por eso, tras divisar un cartel que llamó su atención, hizo cambiar de dirección a Mathew y bajó, junto a su séquito de escoltas —en un viaje oficial eran su sombra—, al vivero de la ciudad.

El dueño, que se quedó paralizado al ver entrar al rey de Arven, cuando logró recuperarse, lo atendió con amabilidad.

Y, omitiendo que tal vez aquella parada suya pudiera convertirse en noticia, compró todas las semillas que creyó que a Julia le podrían gustar, dándole completamente igual lo que la prensa pudiera intuir de aquello, ya que se salía de todo lo que él acostumbraba a mostrar.

Él lo único que tenía en mente era dónde encontraría la señorita Lorraine un lugar para utilizarlas, porque en su apartamento ya no cabía una planta más.

Cuando esa noche, llamándola por teléfono desde la bonita hacienda que habían reservado para su visita, se lo contó, supo, por la emoción que destiló su voz, que había merecido la pena.

—Creo que esta ciudad te encantaría, cala.

—Si el vivero es tal y como me cuentas, necesito ir a conocerlo.

«Edward, no», se tuvo que recordar cuando estuvo a punto de proponerle ir a buscarla.

Las cinco horas de coche, recorriendo casi de punta a punta Arven, serían lo de menos.

No obstante, si volvió a ponerse freno fue porque sus esperanzas —las que habían florecido en cuanto le entregó la invitación de la gala— estaban puestas en aquel evento y en la corazonada de que, si Julia veía que su mundo, aunque los expusiera, no los limitaría, quizá fuera el catalizador perfecto.

Solo quería seguir avanzando, hasta el infinito —por más romántico que sonara aquello—, a su lado.

CAPÍTULO 28

PREPARATIVOS



JULIA

Mientras admiraba la gasa verde agua —de todas las tonalidades del color más bonito del mundo, esa era su favorita— caer con naturalidad sobre su piel, se permitió volver a abrir el cajón de las dudas, el que emergía cuando menos lo esperaba.

Su madre, a quien Olivia había llamado solo cinco minutos después de recibir su invitación a la gala, era quien, en tiempo récord e ignorando lo que compartía con el rey de Arven, había confeccionado sus vestidos.

No es que quisiera ocultarle la verdad.

Solo se trataba de que necesitaba gestionar todo lo que estaba sucediendo en su vida por partes.

Primero tenía que superar el impacto que le estaba provocando verse nuevamente vestida de etiqueta, sintiéndose tan ajena a sí misma, para después encontrar el valor, que sabía que hallaría, de ir a aquel evento, por Edward, por todo lo que él significaba para ella.

Y ya entonces, llegado el momento, encontraría la forma de explicarle a su familia el giro tan vertiginoso como inevitable que había tomado su vida, desde que su corazón había decidido, en contra de la razón, sentir por Ed todo lo que se había prometido tantas veces no hacer.

—Estás espectacular, cariño —afirmó Valentina mientras colocaba una tanda de alfileres desde la sisa hasta la cintura.

Si de alguien había sacado el afán de perfeccionismo en sus recetas, era de ella.

Por eso mismo, ese miércoles, su día de descanso y tres días antes de la gala, estaba en la cuarta, y esperaba que última, prueba del vestido.

Aunque sabía que hasta que no estuviera exactamente como su progenitora había visualizado, no le dejaría llevárselo.

Con Olivia había sido más sencillo, ya que su alma gemela había ido a visitar a su madre seis días seguidos, emocionada como estaba por acudir como invitada de honor —así la había nombrado Edward una de las noches que habían cenado todos juntos— a aquella celebración en conmemoración al arte.

—Gracias, mamá —murmuró, acariciando con suavidad el sutil vuelo que tenía la parte de la falda.

—Me sigue pareciendo increíble que vayáis a asistir a una gala.

Cómo agradecía que su madre no hubiera cuestionado más allá de lo estrictamente necesario su repentina asistencia.

—Papá y yo la veremos desde la televisión —añadió, llevándose una mano al pelo, mientras miraba de «lejos» su creación.

Esa era otra cuestión más que añadir a la lista de sus quebraderos de cabeza.

La velada sería retransmitida en directo y, aunque no iba a entrar colgada del brazo del rey de Arven —no había nacido para verse reducida a ser un simple adorno—, tanto protocolo le oprimía el pecho.

Y, Dios, con cada pincelada que había ido descubriendo sobre los detalles, su estabilidad le había amenazado cada vez más con desmoronarse.

No obstante, para ello tenía la mano del rey de Arven, en la que había encontrado su refugio cada día durante esas semanas.

Y no solo había encontrado un soporte en él que jamás creyó necesitar, también había encontrado su lugar dentro del pequeño círculo —cada vez más grande, desde que los antiguos reyes, Lewis, Ella y Hillary se habían enterado— que conocía su relación.

Ya era algo real, tangible y que no cambiaría por nada: Ed y ella estaban juntos, juntos de verdad.

Habían llegado hasta aquel punto de no retorno sin apenas darse cuenta.

Como si todo hubiera seguido el curso perfecto hasta convertirlos en lo que ahora eran.

No se arrepentía, aunque había tenido que asumir, solo ante Olivia, que se había equivocado, pues siempre había creído que el amor no estaba hecho para ella.

Aunque el peso del secreto, de la corona y, aunque no lo hubiera expresado en voz alta, de su identidad —a la que no quería renunciar— siguiera al acecho.

No quería ni imaginar qué sucedería cuando la privacidad que tanto atesoraba, si seguían aquella senda, dejara de ser un derecho.

Estaba a punto de bajarse de la silla, en la que su madre le había pedido que se subiera para hacer su trabajo, mientras ella se perdía en sus divagaciones, cuando escuchó la inconfundible voz de su padre:

—Pequeña —la nombró, con una nota de emoción en la voz.

—Papá —le respondió con una tímida sonrisa.

Y, ante el gesto de disgusto de su madre, tomó su mano y la hizo girar por el salón del que había sido su hogar.

—Si se pincha será culpa tuya, Mason —le riñó Valentina, suspirando.

Su progenitor decidió no hacer caso de las advertencias de su mujer y siguió admirándola.

—Val, tenemos la hija más...

—Calla, por favor —le interrumpió.

Echándose a reír, su padre se encogió de hombros; sabía que ella no tenía capacidad alguna para encajar los piropos.

—Cuando terminéis con esto tenemos que hablar —soltó con seriedad, logrando que tanto ella como Valentina lo miraran con curiosidad.

Pensando en cómo podría haberse enterado su padre de lo que no sabía cuánto tiempo más podría seguir ocultando, perdió la capacidad de inhalar aire durante un instante.

—Si queremos encontrar buenos vuelos, tenemos que empezar a preparar el viaje —les recordó, cuando ella estaba a punto de necesitar abanicarse.

«España», pensó en silencio, tras volver a respirar.

La temporada de eventos llegaría a su fin en nada, prueba de ello era que ya solo tenían un *catering* programado para ese viernes, y no había organizado ni visitar a su familia ni el mes que había soñado pasar recorriendo cuatro o cinco capitales que tenía pendientes de Europa.

¿Cómo podía habersele pasado por alto lo que tanto había deseado hacer?

Este hecho hizo que se replantease, por trigésimo novena vez, si realmente se estaba perdiendo en aquel proceso.

No encontró una respuesta, ya que, cuando aparcó su bicicleta frente a su apartamento, un apuesto hombre de ojos avellana la abrazó hasta que, durante aquella velada, todos sus miedos volvieron a verse reducidos a la nada.

Qué agotadora era aquella dualidad.

Y qué ganas tenía de que su mente y su corazón —si es que existía aquella posibilidad— hallaran un ápice de armonía.

EDWARD

Había pasado los dos últimos días saltando de la Villa al Auditorio sin apenas parar.

Querer gestionar todo de primera mano tenía sus desventajas, y la más evidente era que no había podido tomarse ni un segundo para procesar la magnitud del evento.

La gala ya era un hecho inminente.

Su trabajo para que el mundo viera que aquello no era solo una gala en honor a las Bellas Artes, sino un reflejo de todo lo que su país quería ser —historia, belleza y futuro entrelazados— estaba llegando, por segundo año consecutivo bajo su tutela, a su fin.

Habían sido las llamadas de Julia en las últimas cuarenta y ocho horas, junto a la inestimable ayuda de su madre —con un legado

que siempre la precedería— y su equipo, las que le habían recordado por qué era tan importante su implicación en aquel acto.

Y, por ende, la huella que con él quería dejar como rey.

Junto con las becas que había promovido en cuanto fue coronado, que estaba deseando entregar, pocas cosas le enorgullecían más.

Siempre había deseado ser más que la imagen de la casa real de Arven.

Quería influir, que ser un altavoz público tuviera sentido, al igual que lo habían logrado todos sus antepasados con sus acciones.

Ya ataviado con su traje de americana cruzada de color azul marino, tan intenso que parecía negro, paseó por los jardines de Alborea antes de subirse al coche que le llevaría hasta las puertas de la gran estancia que los acogería esa noche.

Al llegar hasta Mathew, quien le aguardaba en los garajes, deseó, mientras recorría las calles de Liora mirando a través del cristal tintado, que el protocolo no le hubiera obligado a llegar el primero.

Porque, si hubiera existido la opción de que su burbuja con Julia no estallara al ir a recogerla y presentarse ante todos de su mano, habría elegido aquel camino sin dudarlo.

Sin embargo, lo habían hablado, aquello era demasiado.

Demasiado grande, demasiado abrumador.

Y aquel salto que ella estaba dando al acompañarlo —aunque fuera desde la distancia— ya era digno de toda su admiración.

Aunque sabía que su relación terminaría saliendo a la luz, por más que quisieran seguir jugando a esconderse.

Ocultar lo que compartían no se podría seguir dilatando mucho más, pero entendía que lo que para él era normal, para Julia, era un abismo.

Abismo que juntos —no la dejaría atrás— debían sortear.

En ocasiones sentía cómo estaba trastocando su vida y cómo seguiría haciéndolo si ella decidía —esperaba, aun a riesgo de sonar egoísta, que lo hiciera— continuar con su historia.

Hasta que le sonreía, llenando de una deslumbrante luz todo a su alrededor y, entonces, se recordaba por qué había sido imposible no

querer apostar por un mañana con ella.

Esperaría una eternidad a que se sintiera preparada, si eso le llevaba a no tener que renunciar a quererla.

Las luces de las cámaras se impusieron a sus pensamientos en cuanto salió del vehículo y la parte de rey que habitaba en él, que siempre había sido la mitad de lo que era, tomó la delantera.

Recibió a los primeros invitados, tendiéndoles la mano, junto a sus padres, que llegaron acto seguido.

No sin poder evitar desviar los ojos constantemente hacia la puerta, aguardando, con una ilusión inconmensurable, verla aparecer.

Lewis y Ella también tomaron posiciones a su lado y, un parpadeo después, lo hicieron Adela, la ministra de Cultura, su marido, Charlie, y sus dos hijos, Amelia y Duncan.

Le encantaba el desparpajo de esos niños y cómo, saltándose cualquier norma, le dieron un enorme abrazo.

Todo, salvo aquel gesto tan espontáneo como bonito, estaba siguiendo el plan establecido.

Permitiéndose un minuto para admirar dónde se encontraba, analizó con precisión de arquitecto la estructura que tan bien conocía.

El interior del Auditorio de la capital era un espectáculo: la calidez de la madera de roble se mezclaba con las decoraciones doradas, envolviendo cada rincón en el que mirase en una armonía perfecta entre tradición y modernidad.

Estaba centrado en aquel espacio que, bajo la tenue luz del atardecer, parecía vibrar, cuando algo —una especie de electricidad— le invitó a alzar la mirada hacia las escaleras.

Subiéndolas, como si flotara, etérea, estaba ella.

Julia Lorraine.

Y el destello verde —como sus plantas— de la mujer tan extraordinaria que era.

CAPÍTULO 29

LA ADMIRACIÓN



JULIA

Sus ojos del color del mar de Nova seguían intentando adaptarse al contraste de luces entre el interior del Auditorio, tan cálidas como envolventes, y los flashes que le habían fotografiado, junto a sus mejores amigos, como recibimiento.

Y, ojalá solo fuera aquello a lo que tenía que habituarse, pues subir aquellas escaleras eternas, custodiadas por una alfombra en un tono ocre, con las sandalias doradas que Olivia le había regalado, estaba suponiendo el primer gran reto de la noche.

Sin embargo, cuando alzó los ojos, al final de la larga escalinata, halló el motivo por el que sabía que cada paso que daría aquella velada merecería la pena.

Con su particular sonrisa torcida, mirándola directamente a ella, estaba el rey de Arven.

Notando cómo el calor de septiembre se imponía y le recorría el cuerpo desde el moño deshecho que recogía su melena dorada hasta la punta de los pies, avanzó centrándose en los ojos color avellana del que, para ella, era el protagonista de la gala.

Cuando llegó ante él, recibirlos formaba parte de su trabajo como anfitrión e, intentando recordar cómo debía actuar, le tendió la mano:

—Alteza —saludó, y qué extraño se le hizo no utilizar aquello como apelativo.

Puede que Majestad hubiera sido más correcto.

—Julia Lorraine —murmuró Edward, sosteniendo con una mezcla entre calidez y firmeza sus dedos—. ¿Recuerdas que una vez me dijiste que el blanco no era tu color?

Hilando, mientras intentaba mantenerse regia, rememoró el día que prepararon los tiramisús en la cocina de Sweet Garden.

Asintió, con una sonrisa pícaro que no pudo contener al visualizarlos llenos de harina.

—Tenías razón cuando me dijiste que el verde era tu color —afirmó, alargando el momento en el que sus manos tuvieran que soltarse.

El rubor se instaló en sus mejillas cuando musitó su nombre:

—Ed...

Sí, acababa de llamarlo por su diminutivo, en mitad de la gala del año, pero no había podido resistirse, ya que frente a sus ojos estaba solo él: el hombre que estaba reescribiendo junto a ella todas y cada una de sus, hasta entonces, inquebrantables certezas.

Solo había pasado un minuto y ya estaban dinamitando el protocolo.

No obstante, no le dio tiempo a reflexionar sobre ello, porque una voz que no reconoció logró que desviara la mirada hacia su derecha.

—Eres muy guapa —le piropeó una niña de pelo castaño y mejillas tan pecosas como las suyas.

Tendría unos seis años.

—Creo que tienes toda la razón, Amelia —respondió Ed, mirando directamente a la pequeña.

—Tú también eres preciosa —contestó ella, agachándose a la altura de la cría, intentando ocultar el tono cereza que seguía instalado en su rostro.

Con la sonrisa que Amelia le regaló, siguió caminando, tendiendo la mano al resto de integrantes que acompañaban a Edward, con una familiaridad que, a excepción de quienes creyó que eran los padres de la niña, si alguien se fijaba, no pasaría inadvertida.

«Tranquila, Julia», tuvo que recordarse cuando entró, seguida por sus dos mejores amigos, a la sala principal.

No quería, más bien no podía, llamar la atención.

Un sentimiento hasta entonces desconocido —el vértigo a no estar a la altura, a no encajar— se había propuesto intentar aplacar su ya frágil entereza.

Sin embargo, no se lo permitiría.

Había llegado hasta allí y nada podría ponerle freno a lo orgullosa que se sentía de aquel hecho.

Un cuarteto de cuerda, junto a una melodía que reconoció —gracias a que su padre sentía predilección por la música clásica— como una de las pocas obras de cámara de Debussy, fueron quienes terminaron de apaciguar sus más que evidentes nervios y, tras ello, apareció la fascinación ante todo lo que comenzó a observar a su alrededor.

El suelo de mármol, con baldosas blancas y negras, el dorado de las ribeteadas paredes, los lirios que custodiaban el escenario; al verlos, un burbujeo, similar al del champagne francés que acababan de ofrecerle, nació en su corazón.

Edward había seguido su consejo en cuanto a las flores que decoraban la estancia.

Y fue entonces, mientras escuchaba el murmullo de las voces de los más de cien invitados, cuando una mirada, a varios metros de distancia, le reafirmó que entre ella y el rey de Arven existía una conexión inexplicable.

EDWARD

Por más atento que estuviera a los invitados: desde ministros hasta artistas, su cuerpo —era imposible evitarlo—, guiado como un imán, buscaba de forma autómatas a Julia por cada rincón de la sala.

Incluso lo había hecho al subir al escenario para darles la bienvenida y explicar que la velada, salvo la entrega de premios y el discurso final, se basaría en apreciar el arte de Arven que habían

recopilado en las tres salas adyacentes, dejando que cada persona lo viviera y sintiera de forma diferente.

Era incapaz de no sonreír contemplándola, custodiada por Oli y Noah.

Y lo que hinchó su pecho de orgullo era tener el privilegio de verla disfrutar, aunque fuera desde lejos.

Julia se estaba mimetizando con todos los presentes y, al igual que había sucedido con él, los estaba deslumbrando con la luz que irradiaba en cuanto pasabas un instante cerca de ella.

—Es extraordinario cómo has mezclado política y arte con tanta elegancia, Majestad —le felicitó el primer ministro.

—El mérito no es solo mío —respondió, señalando a Lewis, que junto a Ella y Sebastian estaba con el resto de los miembros de su equipo.

Asintiendo ante su humildad, que era de corazón, pues sabía que sin su red él no sería nada, aquel miembro tan importante del gobierno le hizo ver que la gala estaba siendo un éxito.

La analizaría después, ya que un hilo invisible consiguió, al igual que la primera y última vez que había compartido un acto con Julia, que sus ojos —había perdido la cuenta de las veces que ya lo habían hecho— volvieran a encontrarse.

El gesto de sus labios elevados, la naturalidad de sus movimientos y el guiño que le regaló estuvieron a punto de ser tentación suficiente como para que recorriera a zancadas el salón y la besara sin pensar en las consecuencias.

Pero le había prometido respetar sus tiempos y, como que se llamaba Edward de Valera, eso haría.

Y, al pensar en el tiempo, comprobó su reloj: habían pasado más de dos horas y tenía que preparar, junto a la emérita y su padre —que siempre estaba junto a la antigua reina—, como era tradición, los premios.

Dichoso por cómo todo estaba funcionando, con esa precisión que tanto le congratulaba, volvió a ser únicamente el rey y se dispuso a continuar con todo lo que, cuadrado al milímetro y con tanto respeto hacia su país, había organizado.

JULIA

Aquella noche estaba siendo todo un descubrimiento.

Rodeada de algunas de las personas con más relevancia de su país, estaba disfrutando al descubrir que sus conversaciones no eran lo que había esperado. Tras los títulos y los reconocimientos, guiada por Olivia —que tenía la capacidad innata de interactuar con una piedra—, había tenido la oportunidad de conocerlos.

De ver que eran mucho más que la fama o los honores que ostentaban.

El ejemplo más claro había sido Adela, quien era ministra y, a la vez, madre de familia, u Oliver Turner, que aparte de ser uno de los escritores más reconocidos de Arven, también sentía predilección por la cocina y lo habían invitado a Sweet Garden.

Pero la mayor sorpresa había sido contemplar, a la distancia que habían acordado, al rey de Arven.

Lo natural que le nacía ocupar aquel lugar.

Cómo se paraba con cada persona que quería hablar con él, entregándoles su atención y su tiempo; cómo lograba que todo el mundo se sintiera visto y, sobre todo, la elegancia serena con la que parecía sostener sobre sus hombros el peso de una institución entera.

Su corona no le impedía ser amable, atento, gentil y se dio cuenta de que admirarle se equiparaba a —aunque aún no lo hubiera verbalizado— quererle.

Mientras se recuperaba de la última vez que se habían buscado entre tanta gente, regalándose gestos que significaban tanto para ella, reparó en que el murmullo se había suavizado y en que todos los presentes, antes esparcidos por las diferentes salas, se estaban conglomerando frente al escenario.

La entrega de premios se convirtió en un acto emocional.

Se sintió llena de una felicidad genuina por los galardonados, que no se contuvieron en sus discursos, logrando que las lágrimas, ante los logros tan extraordinarios de otros, se acumularan en sus cristalinos ojos.

Alguna, sin poder ponerle freno, mojó sus mejillas, ante la sonrisa —por lo sensible que podía llegar a ser— de Noah y, aunque estaba igual que ella, de Olivia.

Entonces, le llegó el turno a las palabras de clausura.

Bajo un foco de luz blanca estaba Ed, nervioso, dato que solo quienes le conocían, como lo hacía ella, podrían percibir, ya que acababa de pasarse la mano, buscando calmarse, por el mechón rebelde que caía sobre su frente.

En cuanto captó ese gesto, deseó poder estar junto a él, ser su soporte y, de alguna forma, lo fue, porque cuando el rey comenzó a hablar, se encontraron entre tantos rostros y pareció narrarle, solo a ella, lo afortunado que se sentía al formar parte de la cultura de Arven.

Ahí fue cuando en su pecho estalló, rebasándola por completo, el sentimiento que llevaba meses creciendo: la admiración.

Admirar a quien también quieres...

No podría describirlo, solo sabía que aquella gala, en la que se había permitido entrar un poquito más en su mundo, había sido una catapulta a lo que ya sentía.

—Por eso, os agradezco a todos los presentes que sigáis creyendo en el futuro, en las posibilidades y en todo lo que aún está por construir —dijo Ed, dando por finalizado el evento.

Y el eco de sus palabras se quedó bailando en su pecho, instalando la esperanza en su interior.

Puede, solo puede, que el futuro con su mano entrelazada a la de un arquitecto que estaba permitiéndole seguir su propio ritmo ya no le diera tanto miedo.

Solo necesitaba diez o quince galas más como aquella para sentirse preparada para que lo que compartían fuera descubierto.

EDWARD

Una melodía envolvía a los últimos invitados de la gala.

What a Wonderful World de Louis Armstrong.

Qué canción más épica para aquel momento en el que decidió, dejando de lado su papel, que la corona ya había liderado lo suficiente por aquella noche.

Sus pasos, guiados por el popurrí de emociones que lo asaltaban, todas inconmensurables, lo llevaron a ponerse frente a la invitada más especial de la noche, que le miró, incrédula, al tenerlo, sin previo aviso, ante sus ojos.

—Julia —susurró su nombre, como un mantra.

—Alteza —respondió ella, llevándose una mano a la cintura del precioso vestido verde que llevaba.

Acortando las distancias más de lo que sería prudente, se atrevió a decir en su oído:

—Esto ya está llegando a su fin, señorita Lorraine, y sería un honor que me acompañaras el resto de la noche.

«Eres un temerario, Edward», se dijo, dándose cuenta de que había sonado demasiado directo.

—Para comentar los detalles —añadió.

Pudo ver cómo el vello de su nuca se erizaba y, dejando que la cordura, no sin esfuerzo, se impusiera, no se permitió acariciar su piel.

Solo aguardó, recuperando su posición frente a ella, a que le respondiera.

Tal vez fuera demasiado pedirle, pero no había podido resistirse a querer terminar algo tan grande para él con ella.

—¿Sería demasiado tarde para dar un paseo por los jardines de la Villa? —le preguntó July tan solo un segundo después.

Noqueándolo, para no variar, con su respuesta.

Quería ir a Alborea con él y, ante aquello, supo con una certeza absoluta que nada podría impedirle que la besara en cuanto pusieran un pie fuera.

—Le diré a Mathew que regrese con mis padres —le explicó, pensando en voz alta.

A lo que Julia asintió, rozando la manga de su americana.

Qué revelador era que ella tampoco pudiera dejar de buscar la electricidad que nacía de su contacto.

Y, una vez que se despidió de Olivia y Noah, con quienes acordó verse la tarde siguiente, ante la sonrisa de la mujer que estaba deseando abrazar, se dirigió a terminar con el protocolo y a esperar, en la zona trasera del Auditorio, a lo que sabía que sería la mejor parte de aquel sábado tan magnífico de primeros de septiembre:

Volver a ser Edward, un hombre orgulloso de su trabajo, con la persona que tanto quería —debía decírselo— entre sus brazos.

CAPÍTULO 30

INELUCTABLE



JULIA

A penas le dio tiempo a que su piel notara el frío, ya que Edward, en cuanto la vio aparecer por la puerta trasera, se acercó a ella con una sonrisa en los labios.

Tendiéndole su americana, la posó sobre sus hombros y apoyó una mano en su cintura, borrando los últimos restos del protocolo.

Dejando caer la cabeza sobre su hombro, caminaron los escasos metros que les separaban de uno de los vehículos oficiales —el último que quedaba— en un silencio suave, que consideró la mejor de las sinfonías después del ruido de la gala.

En cuanto entraron en el coche, alzó los ojos hacia Ed y, como si de algo tan natural como respirar se tratase, él acogió su cara y unió sus labios.

Nunca se cansaría de probarlos.

Aquel fue un beso dulce, íntimo, lleno de promesas que terminó con sus frentes unidas durante un instante.

Instante en el que ambos se permitieron soltar el aire que hasta entonces habían estado conteniendo.

—¿Estás bien, señorita Lorraine? —le preguntó Edward, acariciándole la mejilla.

—Mucho mejor de lo que creía, Alteza —respondió, dejándose caer en el asiento del copiloto, para, acto seguido, ante su atenta mirada, desabrocharse las sandalias.

Esas trampas doradas le estaban matando.

Ed —ya que el rey de Arven parecía haberse quedado en el escenario del gran Auditorio— sonrió ante el gesto de alivio que no pudo evitar poner cuando sus pies, después de horas enjaulados, respiraron.

—¿Seguro? —volvió a preguntarle, después de ajustar a su altura los espejos retrovisores.

Era imposible no valorar cómo se preocupaba por ella, por lograr que en su mundo no se sintiera tan ajena.

—Seguro —contestó, con franqueza.

Durante semanas, se había permitido imaginar monstruos más grandes de lo que en realidad eran.

Y, cuando sus miradas, un parpadeo después, se volvieron a encontrar, Edward, con una seguridad que la desarmó, añadió:

—Siempre estaré ahí para custodiar tus murallas, cala.

Días atrás, unas de las noches que se había acurrucado en sus brazos, le había hablado de lo que suponía para ella bajar la guardia y él, con aquella afirmación, sumada a todo lo que había admirado durante la velada, consiguió que su fe en la humanidad se recuperara.

—Ha sido un regalo poder asistir a algo así y compartir, aunque haya sido desde lejos, todo esto contigo —logró decir cuando la emoción le dio algo de tregua, ya cerca de los garajes de Alborea.

—Gracias por hacerlo, Julia, por seguir avanzando...

—Ey —le interrumpió—, no vuelvas a darme las gracias por creer en esto.

Se refería al «nosotros», como él siempre decía, al que no tenía intención alguna de renunciar.

Con aquella verdad vibrando bajo la luna creciente de septiembre, recorrieron el inicio de los jardines de la Villa.

Caminaron despacio, sin soltarse, dejándose acompañar por los aromas nocturnos de las flores, más intensos, más envolventes, y

que, no sabía en qué momento, había dejado de sentirlos como desconocidos.

Aceptando, tras enlazar sus dedos, que estaba empezando a hallar la paz en aquel universo que nunca pensó que pudiera sentir como suyo, hablaron sobre lo extraordinario de la velada que, desde perspectivas tan diferentes, habían vivido.

¿Esa noche significaría que estaba volviendo a encontrarse o solo sería un espejismo?

EDWARD

Las palabras que habían estado guardando, con cada paso que daba con Julia al lado, amenazaban con volverse ineluctables.

Y fue al sentarse frente a los naranjos, mientras la mujer más única que había conocido observaba los árboles de palacio, cuando se concedió el permiso para, por fin, decirlas en voz alta:

—July —la nombró, carraspeando.

Necesitó aferrarse a todo lo que era —incluido el orgulloso rey de Arven— para reunir el coraje necesario para verbalizar lo que en su corazón llevaba meses creciendo.

Y lo consiguió, porque todo, durante aquel latido, se redujo a ella.

—Probablemente este sea el discurso más importante y difícil que he dado nunca —comenzó diciendo, ante su atenta mirada azul.

Alzando una ceja, Julia, curiosa, aguardó a que continuara.

Perdido en la inexplicada conexión que siempre encontraba cuando sus ojos se encontraban, logró hacerlo.

—Y eso que he pasado prácticamente toda mi vida preparándome para hablar frente al mundo. Pero contigo todo es diferente —inhaló una bocanada de aire increíblemente necesaria—. Incluida mi incapacidad para expresar lo que siento.

—Ed... —le nombró ella, de esa forma que lograba que todo lo que siempre había sido encontrara su lugar al escucharla.

—Espera, señorita Lorraine —le pidió—. Necesito que lo sepas. Necesito que esa cabecita tuya entienda lo que siento por ti.

«Ojalá sea capaz de transmitírselo», pensó antes de añadir:

—Lo muchísimo que te admiro.

Los ojos cristalinos de Julia, mientras le escuchaba, se tornaron diferentes, más vivos.

Y, cuando sintió cómo sus alientos volvían a entrelazarse, pues ella se había acercado a un escaso centímetro de distancia, su entereza para continuar con aquello se magnificó hasta niveles desorbitados.

—Julia, admiro tu sensibilidad y la forma tan única que tienes de sentirlo todo sin pedir jamás perdón por ello. Admiro tu fortaleza, incluso cuando eres tú quien cree que está derrumbándose. Admiro el caos precioso que traes contigo y la forma tan bonita con la que miras al mundo, como si habitarlo mereciera siempre la pena. Y, por encima de todo, admiro cómo la luz que irradas, esa que desprendes en cada paso, transforma en algo extraordinario todo cuanto alcanza, sin que ni siquiera seas consciente de ello.

Volvió a llenar los pulmones de oxígeno, mientras atrapaba entre sus dedos las lágrimas, que supo que eran de dicha, que recorrían sus pecosas mejillas.

—Seguiré respetando tus tiempos, dándote tu espacio, pero necesito decirte que...

Era el momento.

Sin embargo, ella, incontenible, descolocándolo, susurró:

—Te quiero, Edward de Valera.

El tiempo se detuvo. Las palabras que había estado ensayando una y otra vez en su mente se disolvieron con la brisa tibia de la noche, volviéndose completamente irrelevantes.

El silencio reinó entre ellos durante tan solo un segundo, mientras él sentía cómo el corazón le galopaba en el pecho, procesando que Julia, tan fiel a sí misma, se le había adelantado, haciendo volar por los aires, una vez más, sus cuadriculadas y regias estructuras.

Y qué afortunado se sentía que no dejara de hacerlo.

Riéndose, no fue capaz de evitarlo, pues sabía que ella siempre le recordaría quién había confesado sus sentimientos primero, respondió:

—Yo también te quiero, cala. Mucho más de lo que podría llegar a expresar.

Y, como supo que todo lo que pudiera decirle jamás estaría a la altura, intentó demostrarle lo que sentía como nunca antes lo había hecho, besándola con lo que podría considerarse la más absoluta adoración.

JULIA

Sin soltar la boca del rey de Arven, entraron a tientas en su habitación, perdidos en las caricias que no habían dejado de entregarse tras confesarse lo que ambos ya sabían.

Era la primera vez que recorría aquel umbral —nunca se había permitido entrar en su cuarto—. La primera vez que dormiría en palacio, que se elegía quedarse a su lado en Alborea. Y no vaciló.

Siguió deleitándose con el deseo que estaba tomando posiciones en su interior, despojándose, sin soltarse de su boca, de la americana azul marino que aún descansaba sobre sus hombros.

Mientras él desabrochaba, con celeridad y una evidente falta de paciencia, uno a uno, los botones de su camisa.

No podía negar que le encantaba provocar esa falta de entereza en el rey de Arven cuando estaban a solas.

Distraída con las vistas que él le estaba ofreciendo, se olvidó de seguir disolviendo las barreras que mantenían alejados sus cuerpos.

Edward, al darse cuenta, una vez que se deshizo de la prenda que había cubierto su cincelado abdomen, se acercó a ella, mirándola con esa intensidad que parecía nacer del mismísimo centro de la Tierra.

Fue la forma en la que él soltó el alfiler que sostenía su melena dorada, dejándola caer sobre su espalda, la que logró que aumentara el fuego incontenible que le provocaba el más mínimo roce de sus dedos.

Y, apenas un parpadeo después, continuó poniendo a prueba su cordura, desabrochando su vestido de gasa verde agua, deslizándolo por su piel, para finalmente dejarlo decorando el suelo.

Edward se alejó apenas un paso, como si necesitara admirarla desde la distancia y su piel, traicionera, clamó nuevamente por sus caricias, anhelando fundirse con el hombre que, ante su mirada de desaprobación —medio milímetro de distancia ya lo sentía como un abismo— volvió junto a ella, recorriendo con veneración desde los lunares que nacían en su nuca hasta su ombligo.

El rey de Arven ya había aprendido a leerla y, haciendo gala de tales conocimientos, la llevó hasta las puertas del cielo solo con sus besos.

No podía seguir resistiéndose a tenerlo.

Por lo que, guiada por ser también conocedora de todo lo que él deseaba, tomó su mano y los condujo hasta la enorme cama adoselada.

Hallando su lugar sobre Edward, que la contemplaba tan hechizado como ella, acompasó sus movimientos a todo lo que sentía dentro.

A la plenitud que suponía para ella quererlo.

Y el hombre que seguía el ritmo incesante de sus movimientos fue quien, consiguiendo que su conexión se intensificara, anclando las manos en su cintura, los llevó al unísono de vuelta a lo más alto del universo.

Repitiendo su nombre, hasta que sus latidos consiguieron acompasarse, sintió que nada podría compararse a aquello.

A sentir cómo encajas, no cómo hacen las piezas de un puzle, sino de una forma mucho más humana, más imperfecta, con la persona que se enorgullece de verte alzando el vuelo.

EDWARD

El primer domingo de septiembre emergió mostrándole a Arven la delicadeza que esconden los matices anaranjados que preceden a la salida del sol.

Dejando a la mujer de la que estaba irremediablemente enamorado bajo las sábanas blancas de su cama, hecha un ovillo,

como siempre se acurrucaba cuando él se despertaba antes, salió a la terraza de su habitación.

Nunca antes había compartido aquella estancia con nadie y, mientras se asomaba para admirar Alborea, una realidad «aterradora» le invadió por completo: ya no podía imaginarse su hogar sin Julia Lorraine dentro.

Sonriendo ante aquella idea, horas después —que había invertido en seguir dibujando sus planos, con la luz de un nuevo día como inspiración—, se acercó dispuesto a despertar a la persona con la que había compartido una de las noches más inolvidables de su existencia.

Otra más que añadir a la lista.

Aunque ya había dejado de contar cuántos momentos imborrables habían compartido con ella.

Sin embargo, el sonido del teléfono logró que desviara sus pasos.

Encaminándose hacia él, que aguardaba sobre su escritorio, una sensación de inquietud se apoderó de sus sentidos.

Era demasiado temprano.

Y, cuando alzó la muñeca para comprobar su reloj, lo confirmó.

Acababan de dar las diez.

—Edward, sal a la puerta —escuchó que le decía su madre, antes siquiera de que él se hubiera pronunciado al descolgarlo.

Sus pies caminaron hasta el final de la estancia, con una pesadez que no quiso catalogar.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó, cuando la antigua reina apareció minutos después ante él, con el semblante apesadumbrado.

Un silencio atronador.

Y, tendiéndole el periódico local, Katherine se limitó a añadir:

—Salís en la portada.

CAPÍTULO 31

LA REALIDAD



JULIA

No recordaba la última vez que había dormido tan bien.

Y fue al envolverse, todavía con los ojos cerrados, aún más entre la suavidad de las sábanas, cuando cayó en la cuenta de dónde estaba.

La ausencia de los brazos de Edward logró que paulatinamente abriera los ojos, que con lentitud se fueron adaptando a la luz que entraba a través de los ventanales del palacio de Alborea.

No lo había soñado.

Se había quedado con él.

Había dado otro pequeño gran paso.

Rememorando cada detalle de la noche anterior, sonrió, escondiéndose bajo la almohada.

Sin embargo, el murmullo lejano de unas voces que conocía la trajo de vuelta al presente.

Somnolienta, se tapó con las sábanas y se puso en pie, siguiendo aquel sonido.

—No puedes permitirte esto, Edward —fue lo primero que escuchó cuando agudizó su oído.

—Eso ahora no es lo importante —respondió él, con un tono tan cortante como el hielo.

Algo —jamás supo qué— la llevó a caminar hacia la voz de Edward, ignorando que la ropa que debería estar cubriéndola yacía en el suelo.

El rey de Arven y su madre, Katherine, giraron sus rostros hacia ella en cuanto la vieron aparecer frente a la puerta, envuelta en las sábanas blancas.

Primero miró a Ed, a sus ojos avellana, que le devolvieron la mirada con un gesto triste, gesto que deseó con todo lo que era no volver a ver jamás y que sintió, sin esperarlo, como una bofetada de realidad.

Acto seguido, observó a la emérita, que la contemplaba con congoja.

Y entonces, se permitió posar sus ojos en lo que él sostenía, con la mano derecha, con demasiada fuerza.

Acercándose, sin apenas ser consciente de ello, tomó el periódico que Edward soltó con cierta reticencia.

—Encontraremos la forma de solucionarlo —le prometió.

Pero ella ya estaba en otra dimensión.

Con sus cristalinos ojos abiertos de par en par, leyó:

«El rey de Arven, enamorado, abandona la gala con una misteriosa acompañante».

Y, junto a aquel titular, una foto en la que él, de espaldas a la cámara, sostenía su cintura.

La imagen había sido tomada justo después de que Ed, horas atrás, le prestara su americana al salir de la gala.

Era la representación perfecta de lo que compartían, de la innegable confianza que existía entre ellos, capturada en cómo ella apoyaba la cabeza sobre su hombro, en cómo él agarraba con firmeza su cuerpo.

Aquello era una invasión directa a su intimidad, el punto y final a la burbuja que con tanto amor —ya era algo irrevocable que le quería— había intentado sostener.

Sin embargo, lo que partió su corazón en dos, en contra de lo que creyó que sentiría cuando sucediera —siempre había sido consciente de que estaban jugando con fuego y terminarían quemándose—, no fue el hecho de que acababan de ser

descubiertos, sino el sentido que cobraron las primeras palabras que había escuchado aquella mañana de domingo.

Edward no podía permitirse aquello.

—Julia, mírame —le pidió Ed, buscando sus ojos.

En algún momento, en el que ella se había perdido abriendo las puertas de su vida al miedo, se habían quedado solos.

—Necesito salir —logró pronunciar con la voz rota.

Necesitaba oxígeno.

El que el peso de sus acciones le estaba robando.

EDWARD

«Reacciona», se obligó, al contemplar a Julia vestirse con aquel hipnótico vestido de gasa verde a escasos centímetros de distancia.

Contemplarla desmoronarse, sin poder evitarlo, por el peso de su legado, estaba siendo lo más duro que recordaba haber vivido hasta la fecha.

La impotencia recorría su cuerpo.

Le resultaba insoportable saber que, por más que había intentado protegerla, no había sido capaz de hacerlo.

No obstante, ya se ocuparía de gestionar la frustración que le estaba oprimiendo, ya que en aquel momento lo único importante era ella.

Podría bailar a la prensa.

Sabía que podía hacerlo.

Tomando su mano, sin pronunciar palabra, salieron a los jardines que habían sido testigos de sus sentimientos la noche anterior.

Maldijo en silencio que no hubieran tenido más tiempo para disfrutar de aquello.

—Háblame, por favor —murmuró cuando llegaron al que ya consideraba su banco.

—Yo... —Julia titubeó.

Entrelazando sus dedos con más firmeza, quiso demostrarle que lograrían sortear aquello.

Y, aunque quiso centrarse única y exclusivamente en sostenerla —cosa que jamás dejaría de hacer—, su cabeza empezó a valorar las opciones con las que contaban.

Tenían tiempo.

No se reconocía a Julia en la fotografía.

—Necesito procesar esto, Ed —terminó de decirle con apenas un hilo de voz.

Apretando con fuerza la unión de sus manos, consiguió que sus ojos cristalinos, hasta entonces ausentes, se encontraran con los suyos.

Ante él estaba la mujer a la que amaba y no permitiría que aquella piedra en el camino dinamitara lo que llevaban meses construyendo.

Pese a que era consciente de que el problema residía en que su vida no cambiaría, mientras que la de ella, si aceptaba quedarse a su lado de forma oficial, daría un giro de ciento ochenta grados.

—Dime qué puedo hacer, cala —pidió, buscando alargar el vínculo que nacía en cuanto sus ojos conectaban.

Julia no llegó a contestar.

—Ed, July —los llamó Lewis, a una distancia prudente.

Si su mejor amigo había salido a buscarlos, sabía que sería para valorar los «daños» y ayudarlos a solucionarlo cuanto antes.

Aferrándose a la rapidez con la que podrían intentar solventarlo, permitió que la esperanza batiera las alas en su interior.

No podía permitirse que cualquier otro sentimiento nublara su razón.

Cuando su mano derecha llegó a su lado, no los juzgó, se limitó a mirarle a él, buscando su aprobación.

Le conocía y empezaría a gestionarlo todo con la prensa en cuanto él asintiera.

Por lo que así lo hizo.

Lewis, consciente de que había interrumpido una conversación, mostrándole su cariño a Julia con un apretón en el hombro, se marchó.

—Quiero irme a casa —susurró Julia, mirando a las nubes que bailaban en el horizonte.

Deseó, más que nada en el mundo, pedirle que se quedara.

Sin embargo, lo entendió y, sin soltar su mano, entraron de vuelta a la zona privada de Alborea.

—Creo que deberías ir con Lewis, Ed —le dijo ella, con una entereza con la que no contaba.

—Quiero acompañarte, cala —respondió, recogiendo, como siempre hacía, uno de sus mechones dorados.

—No es lo más prudente.

Tenía razón.

Probablemente hubiese cámaras esperando su comunicado —no sabía cuándo lo daría— fuera.

—Julia Lorraine —añadió, alzando su mentón—, me reitero: tú y yo, juntos, encontraremos la solución.

—No sé cómo actuar, Edward. No tengo ni la menor idea de qué hacer con todo esto —confesó ella, levantando una distancia que odiaba entre ellos.

Por eso quería marcharse.

—No me alejes de ti y yo me ocupo del resto —pronunció él, con toda la determinación que fue capaz de demostrar.

Era lo más lógico y coherente que ella estuviera sobrepasada con lo que estaba sucediendo.

Uniendo sus frentes, se permitió rozar durante un instante la comisura de sus labios, buscando ser su aliento.

Aquel beso fue tan breve como incierto, pero no se dejó abatir por ello.

—Le pediré a Mathew que te lleve.

—Gracias —contestó ella, caminando hacia la habitación que habían compartido.

Minutos después, tras hablar con su chófer sobre que debía actuar con discreción, regresó a buscarla.

Cada persona que trabajaba en palacio, que compartía espacio con él, tenía su confianza y jamás dudaría de ellos, pero había necesitado recordárselo a sí mismo, y también a su fiel conductor, en vista de los últimos acontecimientos.

Acompañó a la persona más mágica que conocía a los garajes de la Villa.

Cuando sus ojos volvieron a chocar, al frenar el paso, antes de llegar hasta donde les aguardaba Mathew, la fortaleza que le mostró su mirada cristalina amenazó con rebasarlo, algo le decía que ella, a su manera, también estaba intentando ser su soporte.

Solo que, cuando besó sus labios como despedida, un atisbo de amargura se instaló en su pecho.

Más intenso que el que había sentido cuando rozó su boca en la habitación.

Aquel beso sonaba a despedida, a algo roto.

O quizá era el aluvión de emociones contradictorias que no estaba siendo capaz de ordenar. Pero no tuvo tiempo para procesar aquello, ya que, soltando su mano, Julia se alejó de su lado, como solía hacer, sin decirle adiós.

Y él tenía que buscar, tal y como le había prometido, una solución.

No permitiría que una fotografía pusiera en jaque su relación.

Encontraría, de cualquier forma, otorgarle a Julia el espacio que necesitaba, para que, si decidía caminar junto a él —como le había demostrado la noche anterior—, no fuera por culpa de la presión.

JULIA

Una vez que le dio las indicaciones a Mathew, quien asintió con un leve atisbo de preocupación al mirarla desde el retrovisor, sintió la necesidad de bajar la ventanilla mientras se dirigían hacia Sweet Garden.

El cielo se estaba tornando gris y ella necesitaba el cortante viento en la cara para intentar asimilar lo que estaba sucediendo.

Fue el recuerdo de la sonrisa torcida de Ed, esa que había sido su ancla, lo que oprimió su pecho durante el trayecto.

Era su temor a perderse, a no hallar un lugar en un palacio en el que no había nacido, lo que estaba perjudicando a Edward y ella no podía consentirlo.

Quererle como lo hacía parecía no resultar suficiente, pues el miedo —su miedo— parecía dispuesto a imponerse.

Debía tomar una decisión.

Tenía que ser sensata, consecuente.

Y, permitiendo que las lágrimas que se habían acumulado en sus ojos recorrieran sus pecosas mejillas en silencio, se alejó de la Villa, con el sonido de *It Must Have Been Love*, que acababa de empezar a sonar a través de la radio, enfatizando la ironía de todo lo que sentía.

EDWARD

En las cinco horas que había pasado reunido con su equipo, con sus padres y también con varios miembros de la prensa, no pudo dejar de pensar ni un solo segundo en Julia.

En si ella estaría bien.

En que, si pudieran concederle un deseo, sería estar a su lado en aquel momento.

—Edy, en vista de lo presente, lo más coherente sería dar un comunicado y hacerlo oficial —le dijo su padre, cuando en su despacho solo quedaban él, los antiguos reyes y Lewis.

—Harry tiene razón, Ed. Ignorarlo, aunque podríamos hacerlo, no creo que sea la mejor opción.

Apoyándose sobre su escritorio, dejando caer el peso invisible que sostenía sobre los hombros, habló:

—No puedo obligarle a que elija esto.

Sus temores materializados en siete palabras.

—Te quiere, Edy —añadió su madre, regalándole una dosis de optimismo, acercándose a su lado.

—Tenemos que ganar tiempo —respondió con su tono más serio.

El tiempo suficiente para que Julia pudiera procesar y decidir.

—Quiero hacer las cosas bien —continuó explicando, más sereno — y la prensa, después de lo que hemos hablado antes con Charles y Paul, sé que nos dará margen.

Ante todo, aunque pudiera parecer lo contrario por el robado con el que se habían despertado, los medios respetaban a la casa real y habían acordado que no serían invasivos con ellos.

Lo que respondieron sus padres y su mejor amigo a su férrea convicción de esperar, nunca llegó a saberlo.

Porque, en cuanto tomó aquella decisión, su cabeza, de la mano de su corazón, viajó hasta Sweet Garden.

Dejándose llevar por sus sentimientos, ante seis pares de ojos incrédulos, salió de la estancia y, obviando la sensatez, cogió uno de los antiguos vehículos oficiales —que él nunca había utilizado— y condujo, deseando encontrar la paz que solo le producía tener July a su lado, hasta las puertas de su apartamento.

JULIA

No había pronunciado palabra alguna desde que había llegado a su hogar y Olivia y Noah, quienes habían respetado su espacio, hacía unos minutos que se habían marchado.

Tampoco había respondido al teléfono, pues sabía que, aunque nadie reconocería que era ella la mujer de la fotografía, sus padres sí lo harían.

Acariciando a DJ, volvió a permitirse empapar sus mejillas con el agua salada que no estaba sanando ninguna de sus recientes heridas.

La determinación se estaba abriendo paso a trompicones y, cuando escuchó el sonido de la puerta, el aire volvió a escaparse de sus pulmones.

Edward.

Sabía que era él.

Por eso mismo, abrió.

Ante sus ojos tenía a la única persona que quería ver y, a su vez, a la única persona a la que no quería enfrentarse.

Se sentía tan cobarde.

Al contemplar su mirada avellana —en la que había hallado su refugio particular— al otro lado del umbral, supo que, para hacer lo que consideraba correcto, iba a necesitar una dosis extra de valor.

No obstante, ¿dónde encontraría el aplomo necesario para ser capaz de hacer algo semejante?

CAPÍTULO 32

EL VACÍO



EDWARD

En cuanto contempló a Julia, quiso cambiar su deseo, pues si pudiera pedirle algo al universo, lo único que deseaba era ser capaz de borrar las lágrimas que amenazaban con desbordar sus expresivos ojos azules.

Considerando imposible contenerse, sin mediar palabra, dio un paso hacia delante, pidiéndole permiso para acercarse y, en cuanto ella asintió, la acogió entre sus brazos.

Aquel abrazo pudo durar un segundo o toda una eternidad.

Jamás supo el tiempo exacto.

Lo que sí supo con certeza fue que el vacío que sintió cuando la mujer que quería se soltó de su agarre tuvo la fuerza de una bola de demolición.

Y, al contemplar su mirada, se reafirmó.

Sus ojos del color del mar reflejaban una determinación tan triste que le sobrecogió.

Había aprendido no solo a quererla, también a leerla y, por eso, siguiéndola al interior de su apartamento, él fue quien habló:

—Cala, escúchame —le pidió, concediéndole su espacio.

«Por favor», agregó su subconsciente.

—Está todo prácticamente solucionado. Tienes tiempo. Tenemos tiempo —se corrigió al ver su gesto de negación.

Podían arreglarlo.

Ya que no permitiría que nadie decidiera el ritmo que debía seguir su relación.

Entonces, como si el cielo, teñido de gris, augurara lo que podría llegar a suceder, en sintonía con aquella situación, tronó.

Y fue el ruido de un trueno el que pareció aumentar la determinación de Julia, que, enderezándose mientras jugaba con su larga trenza dorada, se puso frente a él.

—No puedo seguir haciendo esto —afirmó, con un casi imperceptible quiebre en su voz.

—Lo entiendo, Julia, claro que lo entiendo —respondió, alzando la mano para acariciar, sin poder evitarlo, su sonrosada mejilla.

Ella, descolocándolo, volvió a negar con la cabeza.

—Cala, podemos sostenerlo.

En ningún momento se había permitido perder la fe en lo que compartían y quería creer que ella también la recuperaría.

No podía culparla por, en un momento así, sentirse abrumada.

—No puedo, Edward. No puedo hacerlo —contestó, acurrucándose un instante en su caricia para, acto seguido, ante sus ojos, levantar entre ellos un muro prácticamente tangible.

—Julia... —susurró él, sin moverse.

—Me estoy perdiendo, Ed. No soy capaz de reconocermelo, no sé dónde termina todo esto y tampoco tengo ni la menor idea de dónde empiezo yo.

Aquello fue un golpe demoledor.

Pero nada se pudo comparar al que le siguió:

—Y... —un suspiro cargado de rabia, que remarcó aún más el rubor de sus pecosas mejillas— no ser capaz de encontrarme te está perjudicando a ti.

Ahí fue él quien comenzó a negar con la cabeza.

Nada de lo que ella hiciera podría perjudicarle, salvo lo que le estaba produciendo verla alejarse.

—Tienes todo el tiempo del mundo para encontrarte, Julia Lorraine, para volar surcando el cielo y yo...

No le dejó terminar.

—No puedes esperarme, Alteza. No lo hagas, prométemelo.

La desesperación en su timbre. Su expresión firme. La distancia ineludible.

Terminaron desarmándole.

No podía insistir, no con ella estando tan sumamente bloqueada.

Pero jamás le prometería algo así.

Por lo que entendió que debía marcharse; dejar —por más que le doliera hacerlo— que se encontrara y esperar a que, cuando lo hiciera, volviera eligiéndoles.

Con un nudo creciendo en su pecho, antes de recorrer el breve camino que le separaba de la puerta, buscó una última vez sus ojos.

Necesitaba memorizarlos, pues esa intuición que siempre le acompañaba, al igual que la tormenta que, efectivamente, se había desatado en el exterior, le dijo, dejando su corazón hecho trizas, que tardaría en volver a tener el honor de perderse en ellos.

Una vez que los guardó bajo llave, dejando una parte de él junto a ella, salió exigiéndose no dar la vuelta.

JULIA

Había pasado nueve días en piloto automático.

Lloraba, trabajaba, paseaba, se frustraba consigo misma por no avanzar, volvía a llorar, seguía trabajando, repetía el paseo y se volvía a frustrar al descubrir que seguía igual de estancada.

No sabía convivir con el vacío que el rey de Arven, obligado por ella, había dejado tras de él.

Olivia, su fiel compañera, le había permitido subsistir en aquel bucle, acompañándola en las cocinas de Sweet Garden durante el día y dejándole su espacio durante las noches, custodiada por su ahijado felino, quien no se había alejado ni un instante de su lado.

Sin embargo, aquel miércoles de mediados de septiembre, su día de descanso, cuando creyó que podría pasar todo el día en la cama intentando entender en qué momento su mundo se había desmoronado —necesitaba primero ser capaz de procesarlo, para

después poder convivir con ello—, su mejor amiga, que debería haber estado abajo preparando la zona de degustación, entró como un torrente en su habitación.

—Julia Lorraine Fernández, ha vuelto a llamar tu madre y... —vaciló—. Te quiero con todo mi corazón, pero tienes que levantarte.

Era consciente de que no se estaba refiriendo a que moviera su cuerpo —que sentía como una losa— del colchón.

—Oli... —susurró.

Su alma gemela tenía razón, pero era duro asumir que aquella situación, en gran medida, la había provocado ella.

Independientemente de que también lo hubiera hecho para proteger a Edward.

Él merecía mucho más de lo que podía darle en aquel momento, por eso creyó que la única solución era poner un punto y final a lo que con tanto amor —que no había sabido sostener— llevaban meses construyendo.

No podría perdonarse que sus temores dejaran huella en la vida del rey de Arven.

—Te entiendo, florecilla, y estoy aquí —dijo su mejor amiga, al contemplarla devastada, acercándose para abrazarla.

Sabía que Olivia siempre estaría para ella.

Aun así, se había autoimpuesto intentar ubicarse sola en su nueva y contradictoria realidad.

—Debería hablar con mis padres, ¿verdad? —preguntó, cuando un pedacito de su corazón, uno chiquito, al acurrucarse en su amiga, se reconstruyó.

Aquello había sido un abrazo salvavidas.

—Deberías —le confirmó Olivia, cuando se alejó unos minutos después hacia la puerta.

Su socia había estado sorteando las llamadas de sus padres, regalándole tiempo, pero ya era hora de dejar de esconderse —jamás volvería a hacerlo, eso lo tenía muy presente— y debía asumir con entereza lo que sea que, después de alejarse del hombre al que quería, casi tanto como se había alejado de sí misma, estuviera por venir.

Cogiendo su bicicleta, tras vestirse con cierta reticencia que decidió que no permitiría que se impusiera, al comprobar lo marcadas que ya estaban sus ojeras, pedaleó, sintiendo la suave brisa de los últimos resquicios del sol de verano, que le devolvió algo de luz a sus apagadas pecas.

Luz que no llegó a su interior.

Recorrer el paseo marítimo por primera vez desde que la burbuja había explotado y enfrentarse a sus padres, supo que no serviría de nada, pues en cada rincón que recorría, recordaba una sonrisa torcida, una cita a escondidas, una mejor versión de sí misma, que solo parecía existir cuando la había compartido con él.

EDWARD

Convivir con el silencio estaba poniéndole a prueba.

Poniendo a prueba su capacidad de contención.

No obstante, que alguien le explicara cómo ser capaz de lograrlo, si lo único que quería era retroceder el tiempo y hacerlo todo mejor.

Podría haber hecho más para que Julia sintiera que Alborea podría llegar a ser su sitio, para demostrarle que en su mundo siempre encontraría un lugar seguro.

Y, aunque hacerlo a esas alturas —había pasado más de una semana desde aquel día en su apartamento— quizá ya no tuviera sentido, la protegería —por más caballeresco que pudiera sonar— hasta su último aliento.

Por eso mismo, abotonándose la americana negra que había elegido esa mañana, salió hacia una de las salas contiguas a su despacho —la que utilizaban en exclusividad para dar comunicados oficiales— y se enfrentó a la prensa.

Las cámaras de televisión comenzaron la emisión en directo y los periodistas, a los que había conseguido mantener en vilo hasta entonces, con su esperado bombardeo de preguntas.

Preguntas a las que no respondió.

Tenía claro lo que quería decir y su cuadriculado tesón no le haría cambiar de opinión.

—El respeto es un derecho —comenzó explicando...

Mientras su corazón esperaba que, con aquello, el foco, que no había logrado eclipsar por completo —aunque nadie sabía exactamente quién era la mujer que abrazaba en la fotografía que guardaba en su bolsillo—, se alejara de una vez por todas de quien siempre le robaría el aliento.

JULIA

Si el abrazo de Olivia había reparado un ápice la herida que palpitaba en su pecho, el de sus padres, que no juzgaron sus actos y tampoco pidieron una sola explicación, surtió el mismo efecto.

Lo había necesitado, ya que recorrer aquella zona de la capital había mermado todavía más —pensó que no sería posible— su determinación.

Estaba en la cocina, sintiendo el reconfortante efecto del té rojo, junto a un trozo de bizcocho que había preparado su madre, cuando lo escuchó.

En el salón, donde estaba Mason, quien había considerado oportuno que Valentina y ella tuvieran un momento madre e hija, emergió la voz del hombre al que ni en cien vidas —aunque pudiera, tampoco lo haría— lograría borrar.

—Por lo que, siendo conocedor de vuestra buena fe, os pido que os mantengáis al margen de...

Sus pasos, inconscientes, la habían guiado frente al televisor.

Los ojos cansados de Edward, su semblante serio, su regia posición. Estaba dando un discurso que ella, conteniendo las lágrimas que amenazaban con volver a surcar su rostro, leyó entre líneas.

Ed, pese a todo, seguía intentando «custodiar sus murallas».

Y fue en ese latido, mientras se perdía sin querer en el tono avellana que tanto adoraba de sus ojos, cuando lo entendió.

No bastaba con quedarse quieta esperando volver a hallarse.

Porque llevaba días intentando recomponerse aferrándose a la rutina y, por más que lo había intentado, seguía sintiéndose

completamente perdida.

Arven siempre sería su hogar.

El lugar donde había nacido, donde estaban todas las personas a las que quería, junto a la vida por la que tanto había luchado.

Pero también era el lugar en el que estaba Edward y dondequiera que mirase —era un hecho que había confirmado de camino— no dejaba de encontrarle.

Quizá ese era el problema.

Que, mirándole a él, a lo que había perdido, no era capaz de regresar a sí misma.

Sus padres y su mejor amiga estaban intentando regalarle comprensión, un atisbo de la paz que tanto deseaba recuperar, y el rey seguía protegiéndola a pesar de su decisión.

Sin embargo, nada de aquello era suficiente.

Todo residía en ella, en su identidad y en cómo el temor a perderse y a perderle la había desdibujado por completo.

Por eso, mientras seguía oyendo su voz a través de la televisión, comprendió que necesitaba, al menos durante unas semanas, marcharse.

Respirar lejos de allí. Viajar, volver a hacer del mundo su refugio particular, tal y como hacía antes de conocerle.

No se iría para dejar de querer a Edward II de Valera.

Nunca dejaría de hacerlo.

Sino porque, si quería encontrar el camino de vuelta, tal vez a los jardines de Alborea, asumiendo el riesgo de que él, tal y como le había pedido, no la esperase, primero tenía que ser capaz de reconocer frente al espejo a la mujer en la que enamorarse de un rey —o amar, como jamás creyó que sería capaz de hacerlo— la había transformado.

CAPÍTULO 33

APRENDER A VOLAR



JULIA

La última vez que se había dicho la frase que sentía que mejor representaba quién era, estaba pedaleando de camino a casa de Noah para contarle a Olivia que darían una recepción en Alborea.

«Si el cielo es el límite, aprenderé a volar» y, en las últimas dos semanas —o puede que en los últimos meses— había rozado tanto sus propios límites que, efectivamente, la única solución que había encontrado era surcar el cielo.

El sonido del aeropuerto era su acompañante aquel domingo en el que los astros, sus rezos a Atenea o la vida, mostrándole el camino que debía seguir, la habían llevado hasta allí.

Desde que tomó la decisión de poner tierra de por medio, el nudo que seguía oprimiendo su pecho se había destensado lo suficiente como para permitirle razonar.

Primero, habló con Olivia, a quien iba a dejar sola —no sin la culpabilidad que aquello suponía— un mes en Sweet Garden. Pero su socia, mejor amiga y alma gemela, la abrazó tan fuerte que le hizo ver que entendía que aquello era exactamente lo que necesitaba y que, teniendo en cuenta las fechas y con el equipo que contaban, se apañaría.

Después, habló con sus padres, que apoyaron su decisión, acompañándola a organizar, en tiempo récord, aquella pequeña pero necesaria locura.

Estaban acostumbrados a que viajara sola, aunque nunca lo hubiera hecho con tan poca anticipación y, mucho menos, durante tantos días.

No obstante, gracias a la inestimable ayuda de Umma, una agente de viaje clienta de su madre, había cuadrado cinco capitales, que había elegido de forma aleatoria de entre las que le faltaban por conocer, en veintidós días.

Para después —esperaba haberse encontrado un poco más para entonces— terminar en la sierra toledana, reencontrándose con parte de su familia.

Cogiendo aire, tras rehacerse una vez más la trenza —que estaba planteándose seriamente cortar— y guardar su chaqueta vaquera junto al poco equipaje que llevaba, se puso en pie; aún quedaba un rato para el embarque.

Y fue en aquel momento cuando, después del frenesí que había supuesto organizarse, se tomó un instante para volver a sentir.

«Masoca», se llamó, en cuanto, mirando a través de los enormes ventanales que daban a las pistas, sacó de su mochila verde, casi sin pretenderlo, lo que había decidido llevar consigo:

Las notas de Edward, con las que todo empezó, las que ni había podido —ni había querido— dejar atrás.

Con una sonrisa triste en los labios, acarició aquellos papeles gastados, bañados por las luces del atardecer, que siempre tendrían un hueco incomparable en su corazón.

Quizá por eso mismo, cuando los cogió aquella mañana antes de salir, escribió lo que escribió, sintiendo que, para poder avanzar, había algo que primero debía entregar.

Para cuando quiso darse cuenta, perdida en los susurros del recuerdo de un «te quiero» que para ella seguía sonando como una sinfonía —tan dura como real—, la megafonía anunció:

—Los pasajeros del vuelo AV-201 con dirección Copenhague pasen por la puerta de embarque.

Era el momento.

Intercambiando aquellas notas, que sabía que releería mil veces más, por su pasaporte y su billete, no miró atrás.

Debía volver a sí misma, aceptar que, tal vez, había cambiado y que, no por ello, se había perdido su verdadera esencia.

Esencia que sintió, mientras atravesaba las nubes, que había dejado bajo la custodia de Edward.

Qué contradicción tan grande había entre lo que decía, lo que hacía y, sobre todo, lo que sentía. Y qué necesario era permitirse aquel viaje, obviando los momentos en los que se ahogaba sintiéndose la mujer más cobarde de la tierra por abandonar de aquella manera Arven.

No fue hasta que aterrizó en la capital de Dinamarca, que la recibió con su particular historia reflejada en sus canales, cuando empezó a avistar un ápice de esperanza.

Esperanza que atesoró para empezar a buscarse entre sus pintorescas calles.

EDWARD

Ese septiembre estaba aprendiendo que hay vacíos que no pueden llenarse, solo aprender a convivir con ellos.

Esa era otra de las enseñanzas que Julia Lorraine, con su extraordinaria forma de ver el mundo y la deslumbrante energía que desprendía, había dejado en su vida.

No obstante, no era la única, pues, por primera vez desde que tomó su cargo como rey, se permitió que el hombre que era se antepusiera al que debía ser.

Desde que dio la rueda de prensa días atrás, en la que consiguió disipar el revuelo que había producido que él fuera un hombre enamorado —seguía siéndolo, ni dos semanas, ni mil años lograrían que se cambiara aquel hecho—, se había decidido a mirar su siempre estructurada agenda con unos ojos diferentes.

Podía tomarse la libertad —y lo estaba haciendo— de espaciar las reuniones y los protocolos que requerían su intervención.

No posponerlos, pues jamás dejaría de lado ni su país ni su trabajo, solo que estaba aceptando que hay detalles que merecen más espacio, más tiempo y que seguir una línea recta no siempre era lo correcto.

Habían pasado quince días sin ella, sin su risa, sin la calidez de su mano y, aquella mañana, mientras corría por los jardines, abandonando su fachada de hombre regio, dejó que añorarla, durante un instante, le invadiera por completo.

Era mucho más de lo que se hubiera permitido en otros tiempos.

Recuperándose, mientras dejaba atrás los árboles de palacio, que se habían tornado anaranjados, preparándose para desprender sus hojas, tras una ducha que ya había asumido que no borraría lo que sentía, caminó hasta su despacho.

Aquel lunes no tenía demasiado que solventar, salvo el viaje a Devan —el primero de sus actos oficiales fuera de Liora aquel otoño—, que tendría lugar a mediados de octubre.

Una vez revisado el itinerario —solo era la cuarta vez que lo hacía y sintió que estaba progresando—, apartó aquel papeleo y sacó sus lápices.

Las musas que guiaban su lado arquitecto no estaban colaborando, pero él seguía intentándolo.

Apenas había trazado un par de líneas inconexas cuando llamaron a la puerta.

Dejando su silla, se aventuró a abrir y allí estaban los mellizos más dispares del planeta.

Llevaba sin ver a Ella desde la gala y aquello le supuso un tirón en el pecho al arrastrarlo de nuevo a sus agridulces recuerdos.

Porque la imagen de Julia, convertida en un destello verde, apareció de golpe, noqueándolo por completo.

—Ed —le nombró su amiga, obligándole a estar presente, solo que su tono, cuando él volvió a conectar con la realidad, no le sonó nada alentador.

—¿Qué pasa? —preguntó, tomando posiciones frente a ella.

La conocía lo suficiente como para no ignorar lo que destilaba su voz.

—Tenemos que hablar —dijo su mejor amigo, tomándole el relevo a su hermana y entrando en la estancia.

Aguardando, mientras se desajustaba el nudo de la corbata que amenazaba con dejarle sin oxígeno, se acercó para apoyarse sobre su escritorio.

Necesitaba saber qué estaba sucediendo e intuía —cómo odiaba en ocasiones aquel don— que las noticias que traían sus acompañantes no serían un aliento.

—Se ha ido, Ed —pronunció Ella, sin dilatar el momento.

No necesitó preguntar a quién se estaba refiriendo.

Sus sentidos, en cuanto lo procesó, se apagaron durante un parpadeo y, en Alborea, solo se escuchó el eco de aquellas palabras.

Julia, la mujer a la que no había ido a buscar porque respetaba su libertad por encima de sus propios deseos, se había marchado, convirtiendo el «no me esperes» que él se había negado a aceptar en algo definitivo.

«¿A dónde?», quiso preguntar, esperando que saber dónde se encontraba frenara aquella sensación que amenazaba con consumirlo.

Solo que, cuando estaba dispuesto a mostrar esa cara tan vulnerable de sí mismo a sus mejores amigos, Ella, con un tono más pausado, dijo:

—Te ha dejado esto.

Era un sobre, del tamaño de una carta de póker, con su nombre.

Sus amigos, sabiendo que necesitaba estar solo, una vez que acordaron reencontrarse después en la zona privada de palacio, salieron de la sala, permitiéndole que encontrara la fortaleza para leer la primera carta que ella, a través de su círculo de confianza, le había hecho llegar.

Al abrir el sobre, con la entereza que recabó de su parte como rey, lo primero que halló, siendo un disparo al corazón, fue una flor de azahar seca que tardó un parpadeo en reconocer.

Era la misma que él, meses atrás, le había enviado.

Y, junto a ella, encontró una nota escrita en una de las hojas de sus cuadernos de recetas, los mismos que le había visto utilizar en Sweet Garden, devolviéndole la imagen de Julia en la cocina, llena

de harina y envuelta en ese aroma a dulce recién hecho que siempre parecía perseguirla.

Qué difícil estaba siendo aquello.

Ante él, escrito con su caligrafía apresurada y vibrante, estaba el secreto mejor guardado, el que había estado esperando —desde la recepción en la que sus mundos se cruzaron— y que Julia, demostrándole tanto, aun estando separados, le había regalado.

Lemon curd

Azúcar

Ralladura de limón, a ser posible, ecológico

El zumo de ese limón

Mantequilla

Huevos

Flores de Jamaica

Y paciencia, Ed.

No se necesita nada más.

PD: La magia siempre estará en las plantas.

Una vez que leyó la receta, que estuvo a punto de crear un decreto para conseguir, no sintió aquello como una despedida, más bien como un «continuará» al que quiso aferrarse y que comenzó a anidar en su interior, independientemente de que, al entregarle aquello, estuvieran cerrando un ciclo que él hubiera querido que fuera eterno.

Tal vez, si se la había dado en aquel momento, era para que la guardara mientras ella volvía a aprender a volar.

No sabía si regresaría a Arven, si los terminaría eligiendo. Lo que sí tenía claro era que esperar y sostener no estaban a la altura de lo que, dejándose llevar, como había aprendido a su lado, él podría llegar a hacer.

Y si existía, aunque fuera, una posibilidad de construir un lugar para ella en Alborea, uno al que mereciera la pena regresar o que, al menos, a él siempre le recordara que amarla había sido una catarsis en su existencia, estaba dispuesto a intentarlo.

Amar a Julia Lorraine jamás había consistido en pedirle que echara raíces, sino en ofrecerle un refugio en el que poder hacerlo, si es que así lo deseaba.

Por lo que, volviendo a coger sus lápices, empezó, mientras contemplaba en el horizonte sus jardines, repletos de las flores que había aprendido a entender, a dibujarlo.

CAPÍTULO 34

CONSTRUIR Y RECONSTRUIR



EDWARD

Esa madrugada, exactamente cuatro días después de recibir la nota de Julia, con la receta que aún no se sentía preparado para hacer, había dado por finalizados los planos en los que se había sumergido día y noche desde que decidió que necesitaba dar un paso más.

Las luces de un nuevo día ya habían cubierto por completo Alborea y, con aquella claridad, consiguió despejar durante un instante el ruido que parecía vivir de forma permanente en su mente.

Seguía siendo consciente de que aferrarse a aquello no lograría que ella regresara, pero necesitaba construirlo para demostrarle, si terminaba volviendo, que en la Villa existía un espacio que podría hacer suyo, y para demostrarse, independientemente de que no lo hiciera, lo inspirador que era para él amarla.

Con la anticipación recorriendo su musculado cuerpo, después de trotar por la zona sur de palacio, decidió acercarse hasta el área que ya estaba prácticamente reformada.

Por algún sitio tenía que empezar.

Necesitaba encontrar un lugar especial para aquel espacio, uno que le permitiera integrarse de forma natural en la Villa, pero que, a

su vez, fuera lo suficientemente privado como para convertirse en un refugio de forja y cristal.

Cruzó aún corriendo la zona principal de los jardines, la que conectaba la entrada con el edificio Astra y, aunque era preciosa, decidió descartarla.

Estaba demasiado expuesta y era demasiado «perfecta».

Continuó avanzando por sus «dominios», negando con la cabeza en cada punto en el que frenaba, mientras intentaba serenarse con las luces cálidas de finales de septiembre que lo acompañaban en aquel paseo.

Descartando, una a una, todas las zonas que no representaban lo que su corazón había dibujado.

Y fue entonces, al llegar a una mucho más apartada, protegida por los últimos naranjos de la gran hilera con la que contaba palacio, que estaba ligeramente elevada sobre el resto del terreno, cuando lo supo.

Ese era el lugar.

Porque desde allí podía verse la esencia de su hogar, pero el ruido que llevaba consigo, bajo aquellos árboles, parecía más contenido.

Y si ella terminaba eligiéndolos, quería que tuviera un pequeño oasis en el que pudiera respirar, incluso cuando el peso de la corona terminara rozándola.

No entendía cómo aquello no se le había ocurrido antes, si Julia, con esa forma tan suya de transformar cualquier idea improvisada en algo extraordinario, se lo había propuesto frente a los nenúfares en Belmar.

Había sido al recordarlo durante esos días, mientras trazaba aquellos planos inspirados en lo que habían imaginado juntos, cuando comprendió que, en el fondo, siempre había sabido que terminaría construyéndolo.

Solo que la idea se había perdido en todo lo que habían vivido en tan poco tiempo.

Y fueron esos trazos los que, horas después, explicó a Logan, un reconocido arquitecto, para acto seguido hacerlo con los trabajadores en los que confiaría para llevar a cabo aquella idea.

Una vez terminó con ellos, le llegó el turno también a los jardineros, aunque tenía claro que quería ser él quien mantuviera vivo el invernadero.

—Todo se basa en que está pensado para que conviva con las plantas, no para dominarlas, por lo que el concepto abierto es clave —comentó nuevamente al equipo, que seguía escuchando con atención cada detalle.

Todos asintieron.

—Está planificado al milímetro —le felicitó Logan, a quien conocía desde sus años como universitario y con el que siempre contaba para contrastar sus diseños.

Ese había sido su objetivo y le congratuló saberlo.

Ya podía visualizarlo, como una imagen nítida, en su ya no tan estructurado subconsciente.

La luz entraría a través de los amplios ventanales inclinados, bañando las plantas trepadoras, las flores y los pequeños árboles cítricos que se encargaría de conseguir en el vivero de Lena.

En el centro, rodeada de orquídeas blancas —encontraría la forma de hacerlas florecer—, buganvillas y jazmines, habría una mesa redonda blanca preparada para tomar el té.

Un lugar para perderse en conversaciones sobre sus sueños.

Y, junto a ella, un banco, para convertir aquel espacio en algo similar a un santuario, en el que deseaba, con una fuerza abrumadora, que Julia se reconociera.

No como figura pública.

Solo como ella.

Como la mujer tan magnífica que era, incluso cuando se sentía perdida.

—¿Cuándo podemos empezar? —cuestionó, sin querer parecer demasiado ansioso.

—Podríamos empezarlo el lunes, Majestad —confirmó uno de los oficiales, intercambiando una significativa mirada con el resto de los presentes.

Todos parecían haber entendido, sin necesidad de que él lo verbalizara, que aquella petición no nacía de un capricho.

Había algo mucho más profundo detrás de aquel proyecto y, aunque probablemente ninguno alcanzara a comprenderlo del todo, sí parecían dispuestos a implicarse en ello.

—Perfecto —respondió, mostrando un atisbo de lo que podría considerarse su primera sonrisa en semanas.

Y, cuando todos creyeron que había terminado, añadió:

—Puedo estar aquí a las cuatro.

—¿Va a supervisar la construcción, Majestad? —preguntó uno de los muchachos, visiblemente sorprendido.

Tomando una bocanada de aire, contestó con convicción:

—No, quiero formar parte del proceso.

El silencio se impuso durante un momento, ante la incredulidad de quienes le habían oído.

No estaban acostumbrados a algo así, a que un rey —que solo era un título, que él portaba con entereza y orgullo— se manchara las manos.

Sin embargo, tan solo un segundo después, descubrió en sus expresiones que acababan de empezar a mirarle de forma diferente y, solo con aquel detalle, ya sintió que estaba haciendo lo correcto.

JULIA

Copenhague, ciudad que hacía dos días que había dejado atrás para continuar con su aventura en Praga, había sido un tónico reparador.

El primero de muchos.

La capital danesa la había recibido con sus fachadas coloridas, el olor a café recién hecho y una calma tan distinta a la que conocía que había terminado aferrándose a ella casi sin darse cuenta.

Pedalear junto a sus canales, perderse entre su gastronomía para deleitarse con nuevos sabores, entrar en librerías sin mirar el reloj o, simplemente, sentarse a contemplar cómo la vida avanzaba sin exigirle absolutamente nada, había conseguido que, por primera vez en demasiado tiempo, existiera sin pensar constantemente en qué vendría después.

Y fue precisamente en ese silencio que había atesorado, recorriendo idílicos jardines y bonitas calles adoquinadas, donde había entendido algo nuevo.

No necesitaba volver a ser quien había sido antes de Edward.

Necesitaba conocer a la mujer —igual de válida, igual de fuerte, igual de leal— en la que el amor le había convertido.

Estaba pensando en ello cuando Praga le recordó, al pasar por el Mercado de Havelská, que debía encontrar el *souvenir* perfecto, al igual que lo había hecho antes de abandonar Dinamarca.

Porque sí, antes de marcharse de Copenhague, había terminado entrando en una tienda de coleccionismo y pasando más de media hora en ella, escogiendo un sello.

Uno elegante, clásico y perfectamente imperfecto.

Como el hombre para el que lo compró.

Y, aunque había intentado convencerse de que aquello seguía contando como una contradicción, de la misma manera que dejarle la receta del *lemon curd* —que sabía que sus amigos le habían hecho llegar—, se ignoró por completo.

Tras sentarse en una terraza a disfrutar de una cerveza, cerca de la iglesia de San Galo, no quiso seguir dilatando aquello en el tiempo.

Por lo que, entrando en una pequeña tiendecita local a apenas unos metros de distancia, volvió a detenerse frente a una vitrina buscando un nuevo recuerdo.

Tras pensarlo varios minutos, encontró uno que le hizo detenerse, que sostuvo en sus manos más tiempo del que se podría considerar correcto, aceptando que, incluso intentando reconstruirse, Edward seguía siendo, en la distancia que los separaba, la persona que había amado todos y cada uno de sus matices.

De la misma manera que ella siempre sería la mujer que amaba y, no solo eso, también admiraba, las dos versiones del hombre que él era: Ed y el monarca de su país.

EDWARD

No hay nada más enriquecedor en la vida que tener un propósito y él, mientras alzaba uno de los ventanales ayudado por Lewis, quien, para su sorpresa, se había sumado a su proyecto, entendió que tenía muchos más de los que se había permitido reconocer.

Si sus cálculos y sus brazos —en los que había empezado a confiar de una forma completamente distinta— resistían el ritmo que se había autoimpuesto, tendrían terminada prácticamente toda la estructura antes de marcharse a Devan.

Ignorando el dolor seco que había comenzado a abrirse paso en su cuerpo, con el sudor surcando su frente, abrazó al hombre que aquella mañana de otoño, con su inmaculado traje, había acudido a un pleno, dando voz a la casa real de Arven y, a la vez, al hombre que estaba levantando con sus propias manos el invernadero ante los trabajadores que seguían intentando acostumbrarse a verlo junto a ellos.

Pero no podía hacer menos, teniendo en cuenta que aquello era en honor a la mujer que había cambiado y, algo le decía, que seguiría haciéndolo, su forma de contemplar cuanto le rodeaba.

JULIA

Viena.

La tercera de las cinco ciudades de las que estaba teniendo el honor de enamorarse antes de reencontrarse con su adorada España.

El proceso —su proceso— comenzaba a ser esclarecedor, tanto que ya no sintió como una carga el añorar Liora, con todo lo que eso implicaba.

Porque aceptar cuánto echaba de menos Arven significaba aceptar, también, cuánto seguía echando de menos a Edward.

Y, curiosamente, ya no se sentía tan frustrada por ello.

Aquella ciudad llena de música, arte y elegancia parecía mecerla con suavidad mientras paseaba junto al Danubio observando cómo las luces comenzaban a reflejarse sobre el agua.

Y fue allí, hallándose en ese reflejo cambiante, mientras jugaba con su larga trenza dorada, donde entendió que quizá su abuela tenía razón.

Siempre la tenía.

Porque llevaba desde niña diciéndole que cuando una mujer quiere cambiarse el pelo es porque algo dentro de ella ya había cambiado primero.

Por eso, sin pensarlo demasiado, entró en la peluquería que había visto horas atrás, frente al hotel en el que se alojaba.

La dueña, una mujer mayor de pelo color ceniza y sonrisa amable, le preguntó, mostrándole las tijeras:

—¿Estás segura, bonita?

Ante aquella cuestión, sostuvo sus cristalinos ojos frente al espejo.

La chica que le devolvió la mirada seguía siendo ella, solo que con matices nuevos.

Era alguien que se había permitido querer, en contra de sus propias certezas, que casi se rompe en el proceso y que había huido —aunque ya no lo sintiera tan extremo— para reconstruirse.

—Sí —afirmó, regalándose a sí misma una sonrisa.

El sonido del corte resonó en el pequeño local y, cuando vio su melena dorada caer al suelo, lejos de sentir tristeza, como habría sucedido en otro momento, sintió ligereza.

Por fin, estaba descubriendo cómo aprender a sostener, sin necesidad de revertirlo, aquel cambio.

Solo que hay cosas, y quien dice cosas dice sentimientos, de esos que te llenan el pecho, que están tan arraigados dentro, que no cambian por más que pretendamos alejarnos de ellos.

Y aquello lo descubrió cuando, recuperando un atisbo de la luz que alguien le dijo que siempre parecía desprender, entró en un nuevo anticuario, queriendo que, de alguna manera, él siguiera formando parte de su universo.

—Edward de Valera —susurró al viento al salir, guardando en su mochila el tercer sello.

CAPÍTULO 35

PUENTES



JULIA

Había sido al aterrizar en Budapest, dos días atrás, cuando sintió en su interior una energía distinta, más honesta consigo misma.

Definitivamente ya no estaba escapando, solo transitando hacia la mujer que quería ser.

Mujer que, mientras pasaba las últimas páginas de *Orgullo y prejuicio* —por fin, después de meses, lo estaba terminando—, sentada en una cafetería del Mercado Central, se atrevió a mirar con otros ojos a la protagonista.

Parecía que uno de los personajes femeninos más emblemáticos de la literatura y ella compartían más de un rasgo.

Y aquello logró que dejara de juzgarse tanto.

Tal vez amar nunca había consistido en encontrar a alguien con quien encajar a la perfección, sino en descubrir, junto a otra persona, que la magia de todo está en seguir creciendo.

Derramando más de una lágrima silenciosa al cerrar el libro, alzó sus ojos al bullicio que reinaba a su alrededor, del que había sido capaz de abstraerse leyendo.

El murmullo de las conversaciones en húngaro, el tintinear de las cucharillas contra las tazas y el aroma dulce de la canela impregnando el local la envolvieron en una paz que consideró única.

Una que no nacía de intentar cambiar.

Sino de aceptar.

Aún tenía en su improvisado itinerario un par de paradas pendientes, por lo que, guardando la novela en su mochila, con la calidez de la pluma de Jane Austen aún recorriéndole la piel, se puso en marcha.

El Puente de las Cadenas, uno de los más bonitos que había visto nunca, hecho para unir las dos mitades de la capital, y el Castillo de Buda fueron los lugares que, horas después, tachó, fascinada, de su lista.

Mientras regresaba sobre sus pasos, descubriendo símbolos del vínculo que habían sido capaces de forjar en Hungría, convirtiendo en una sola las dos partes de Budapest, sintió que, si el Danubio no había sido un motivo suficiente para mantener alejados dos mundos, quizá ella también sería capaz de tender un puente entre el suyo y el del hombre que reinaba en Arven.

Y, con aquella posibilidad arrojando luz en su interior, en cuanto entró en el coqueto hostel en el que se alojaba, cayó rendida en los brazos del rey de los sueños.

EDWARD

Jamás entendería a quienes no eran capaces de ver la belleza en el otoño y, si por él fuera, permitiría que todos los que dudasen de aquella realidad recorrieran Alborea en un atardecer tan excepcional como aquel.

Quedarse hasta tan tarde tenía sus ventajas; podía permitirse apreciarlo desde la transparencia que otorga estar a solas con tus pensamientos.

Hacía horas que no quedaba nadie a su alrededor, por lo que el ulular suave del viento y sus latidos, desacompañados por el esfuerzo, estaban siendo sus únicos acompañantes.

El invernadero ya estaba casi acabado.

Los cristales que le daban forma se habían terminado de colocar durante aquellos días y lo que empezó como una sugerencia

arrojada al aire en Belmar ya se había convertido en una realidad tangible.

Mirando con orgullo lo que sus manos estaban creando, supo que había acertado con el concepto.

Era indescriptible cómo aquel santuario de estructura abierta conseguía ser, al mismo tiempo, un refugio alejado de cualquier estímulo externo.

Las luces violetas despidiendo aquel día habían empezado a filtrarse a través de los paneles, tiñendo todo de un envolvente aura.

Y, por un instante, mientras se apoyaba sobre uno de los cristales que aún tenían que terminar de ajustar, se permitió —algo que se había negado a hacer, no queriendo aferrarse demasiado a la posibilidad de que ella volviera— imaginarla allí.

Escribiendo sus recetas.

Sonriendo.

Respirando en la inmensidad de Alborea.

Incluso creyó poder escuchar el eco de su voz entre las flores que todavía estaban por llegar.

Ojalá hubiera podido elegirlas con ella.

Aun así, mientras lo dejaba atrás durante unas horas, se felicitó.

«Lo estás consiguiendo, Ed».

Estaba empezando a aprender a reconocerse sus pequeños méritos.

Aunque, a juzgar por el cansancio que sentía acumulado en los hombros y por el escozor que se abría paso en sus manos cada vez que cerraba los dedos, aquello hacía días que había dejado de ser pequeño.

Se había acostumbrado al peso de los materiales, al sudor recorriéndole la espalda y a las miradas todavía sorprendidas de los trabajadores cuando veían que se había implicado con todo lo que era en aquello.

Y, paradójicamente, nunca se había sentido tan realizado.

Esa era la huella imborrable que Julia Lorraine le había dejado.

JULIA

Aquel era su último día en la capital húngara y había decidido que únicamente caminaría por ella, intentando guardar en su memoria los detalles que la caracterizaban, aquellos que habían sido parte de su catarsis.

Guiada por un impulso, pues podría decirse que había entrado en todas y cada una de las librerías con las que se había topado en aquel viaje, cruzó la puerta de una más.

Allí, hojeando infinidad de ejemplares, en busca de una nueva aventura que vivir a través de la lectura, encontró, sin buscarlo, un manual que llamó su atención.

No sin antes tomarse un parpadeo para rememorar los últimos que había leído.

Qué bonito había sido tener el privilegio de tener a su lado una persona con la que compartirlos.

Fue al leer las primeras páginas, mientras caminaba bordeando el Danubio, intentando no chocar con quienes avanzaban en la dirección opuesta, cuando sintió la necesidad de enseñárselo.

De, después de semanas sintiéndose perdida, plantearse, de forma consciente, volver a tener frente a sus ojos a Ed.

Aquel tomo que tenía entre sus manos, que había resultado ser de herbología —la rama de la botánica que estudia las propiedades curativas de las plantas— le estaba haciendo ver que el proceso natural de sanación y, sobre todo, de evolución necesita tiempo y que lo mejor que había hecho, comparándose con las flores, era no forzarse a ello.

Por eso, comprendiendo el trasfondo que tenía esa enseñanza, deseó tener el valor suficiente para explicárselo.

Para contarle todo lo que había aprendido.

Y para mostrarle que no se había ido para olvidarle, solo para aprender a aceptar que había sido inevitable amarle.

El único problema era que encontrar la forma de hacerlo no era tan sencillo, así que decidió que tal vez lograría descubrir qué camino debía seguir para conseguirlo en su penúltimo destino.

EDWARD

Podía observarlo desde su despacho, al fondo de los jardines, como una burbuja sostenida en el aire.

Incapaz de esconder una sonrisa, lo contempló maravillado.

El exterior estaba, oficialmente, acabado.

Solo quedaba la parte más complicada: llenarlo de vida.

—No sabes cómo me alegra verte así, Ed —le dijo Lewis, con quien, para no variar, compartía espacio.

No se había dado cuenta de que su gesto y su mirada, perdidos en el horizonte, le estaban delatando.

—Echaré de menos las horas construyéndolo —murmuró, verbalizando sus pensamientos.

Su mejor amigo puso una muela al escucharle, mientras se sentaba en uno de los sillones del centro de la estancia, sin dejar de mirarle.

—Negaré haberlo dicho y no pretendo darte falsas esperanzas, pero creo que cuando lo vea...

—No lo he hecho para que vuelva —le interrumpió, con más intensidad de la que solía demostrar.

No había nada que deseara más que aquello: volver a tenerla a su lado.

Que en Europa, donde efectivamente ya había descubierto —gracias a una llamada con Olivia— adónde le habían llevado sus alas, hubiera encontrado un motivo por el que seguir creyendo en lo que compartían, pero el invernadero estaba por completo de ser una forma de intentar atraerla.

Era más bien un símbolo.

La prueba de que el amor —jamás creyó que pudiera ser así— tiene la capacidad de cambiarnos para siempre.

Y él quería conservar eternamente la parte de sí mismo que Julia le había ayudado a descubrir.

—Independientemente de por qué me has tenido trabajando horas extras, es de las cosas más increíbles que has hecho, Ed —

añadió su amigo, aportando a su conversación la ligereza que a él le seguía faltando.

—No me digas que tú también te estás volviendo un romántico empedernido —respondió, acercándose al sillón contiguo.

—¿Yo? —cuestionó su mano derecha, alzando una ceja y negando con la cabeza—. Jamás, amigo.

Incluso agotado, logró reírse.

—Antes jamás me habría imaginado levantando un invernadero con mis propias manos —afirmó, siendo consciente de todo lo que había sucedido hasta llegar a ese punto.

—Antes no eras esta versión mejorada de ti mismo —respondió su mano derecha, sin ningún tipo de filtro.

Y, con la carcajada que prosiguió a esa afirmación, sintiéndose infinitamente más cansado, pero también más vivo, decidió que por aquella jornada había terminado con su agenda y que era un buen momento para volver a ver de cerca el más especial de todos sus proyectos.

JULIA

Cinco ciudades.

Cinco formas de entender que todos y cada uno de los pasos que había dado le habían llevado exactamente al mismo lugar.

A desear con cada milímetro de su ser volver a casa.

A su «casa».

A la persona que le había demostrado ser capaz de convertir cualquier lugar en un hogar si ella estaba entre sus brazos.

Aquello lo supo perdiéndose en las vistas de los jardines de Mont des Arts, releyendo, como sabía que haría, las notas que cada día habían viajado junto a ella, guardadas en uno de los bolsillos interiores de su mochila.

Antes de marcharse de aquella idílica vista, también se permitió contemplar los sellos que había ido recabando, por si así encontraba el aplomo necesario para dárselos.

El primero, en Copenhague, había nacido de la nostalgia.

El segundo, en Praga, de la contradicción.

El tercero, en Viena, de la aceptación.

Y los dos últimos, en Budapest y en Bruselas... de la esperanza.

¿Sería demasiado tarde para solucionarlo?

¿Sería capaz de afrontar lo que significaría que Edward, en contra de su petición, la hubiera esperado?

Aquel bombardeo de preguntas sin respuestas la estaba asaltando de nuevo, solo que ya no amenazaba con asfixiarla, más bien le recordaba que los sueños —sus sueños— también tenían derecho a transformarse.

Y, de hecho, así había sido.

Había que ser muy valiente para irse, sin mirar atrás, en busca de la mujer que era, pero también había que serlo para encontrar el coraje necesario para elegir quedarse junto al hombre que amaba.

Seguía buscando esa determinación, aunque, aquella noche de octubre, mientras guardaba sus pertenencias antes de ir hacia el aeropuerto, pues su España ya la estaba esperando, las mariposas que nunca habían dejado de revolotear en su interior le dijeron que estaba a un suspiro de encontrarla.

CAPÍTULO 36

VOLVER



JULIA

Mientras contemplaba desde el otro lado de la calle Sweet Garden, con la mochila sobre su espalda, la maleta en una mano y todas las enseñanzas que había atesorado vibrando todavía en su pecho, entendió que aquel viaje consigo misma, aunque había sido una montaña rusa de emociones, terminaría convirtiéndose en uno de esos recuerdos a los que volver cuando necesitara encontrarse de nuevo.

Porque reencontrarse con la mujer que era, de la forma en la que lo había hecho, sabía que dejaría una huella permanente en su vida.

De la misma manera que la había dejado la última parte de aquella aventura que acababa de cerrar con orgullo.

España.

La sierra toledana.

Las mañanas despertando en la cama que la había visto crecer durante tantos veranos, las risas de sus abuelos resonando desde el salón y las conversaciones, tan necesarias como reparadoras, con sus padres, que le habían recordado, sin pretenderlo, algo importante:

La pequeña Julia que, desde siempre, había soñado con volar jamás había desaparecido.

Solo había cambiado.

Como cambian todos los que se permiten avanzar.

No tenía que elegir entre quien había sido y quien era.

Solo abrazar todas las versiones de sí misma que la vida, el tiempo y sus decisiones habían ido cincelandos con el paso de los años.

Probablemente, aceptar que podía querer todas y cada una de ellas era lo que resumía todo.

Aunque aún necesitaba un pequeño empujón, que no tardó en llegar, para ser capaz de actuar.

Y lo encontró nada más cruzar el umbral del local.

Ni siquiera subió primero a dejar el equipaje en su apartamento.

Entró directamente en la zona de degustación y, al inhalar el aroma a albahaca que escapaba del horno y contemplar sus plantas, las que Olivia había cuidado durante su ausencia, sintió aquel golpecito que había estado buscando, recorriéndola por completo.

Entonces su mente viajó, inevitablemente, a las palabras que su madre le había dicho apenas unas horas atrás, en el aeropuerto.

Solo que acababan de cobrar un significado completamente distinto al sentirse en casa.

Uno que terminó de encajar todas las pequeñas piezas que seguían desordenadas en su interior.

—Gracias por todo esto, mamá —le dijo a Valentina, mientras su padre se perdía en busca de una tableta de chocolate entre las tiendas de la terminal.

—Gracias a ti, pequeña, por confiar en nosotros lo suficiente como para contarnos tu historia.

La claridad que le había arrojado Europa la había llevado a admitir, una de las noches que habían hablado frente a la chimenea de sus abuelos, lo que llevaba demasiado tiempo intentando asimilar.

Amaba con cada parte de su ser al rey de Arven.

—Tengo miedo —murmuró, desviando sus ojos del color del cielo hacia los aviones que despegaban a través de los ventanales.

Volver a Liora significaba volver a enfrentarse a todo de lo que había huido.

Y el vértigo seguía allí.

Solo que ya no estaba dispuesta a permitir que la condicionara.

—Yo también lo tuve el día que cogí mi primer vuelo —respondió su madre, tomando su mano con ternura.

Entrelazando sus dedos con los de ella, la invitó, con una mirada cargada de curiosidad, a que continuara.

—Me daba pánico renunciar a mi vida al mudarme con tu padre, July.

Eso no lo sabía.

Siempre había creído que la decisión de su madre había sido guiada por un acto de amor espontáneo.

—Pero debes saber que no fue así, no renuncié a absolutamente nada —añadió su progenitora, conteniendo la emoción—. Con él entendí que amar no significaba dejar de ser quien era, sino descubrir todo lo que también podría llegar a ser.

El nudo que llevaba semanas acompañándola se tensó de nuevo al escucharla.

—¿Y si no sale bien? —preguntó, sintiendo cómo se le quebraba la voz al cuestionarlo.

Su madre, con esa sonrisa capaz de sostener el mundo, respondió:

—Julia Lorraine Fernández.

Ahí estaba.

El tono que siempre utilizaba cuando iba a decir algo importante.

—Todo lo que elegimos con el corazón, independientemente del resultado, siempre será lo correcto.

Y fue precisamente al volver a respirar su ciudad, su vida, cuando terminó de entenderlo todo, de darle el peso que merecía a esas palabras que había intercambiado con su madre antes de coger el último vuelo.

El miedo seguiría existiendo.

Probablemente siempre lo haría.

Pero ya no pensaba seguir escondiéndose detrás de él.

Porque, después de más de un mes intentando descubrir quién era y, sobre todo, quién quería ser, todas las respuestas habían terminado señalando al mismo lugar.

A Edward.

Solo necesitaba ayuda para llegar hasta él.

Precisamente por eso, cuando Olivia apareció corriendo como si no hubiera un mañana hacia ella al escuchar el tintineo de la puerta, tras abrazarla con fuerza, supo que su alma gemela la ayudaría, como siempre hacía, a lograr recorrer el camino que finalmente había decidido tomar.

—Te he echado de menos, florecilla.

—Y yo a ti, amiga mía —respondió, incapaz de contener una sonrisa.

—Estás preciosa —dijo Oli, tras soltarse de sus brazos, admirando su nuevo corte de pelo.

Asintió, notando cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Ella también sentía que esa nueva versión de sí misma lo era.

—¿Un té y me lo cuentas todo?

Negó casi de forma inconsciente ante su sugerencia.

«No dudes más, Juls», se dijo al darse cuenta de que su subconsciente parecía llevarle la delantera.

No volvería a dudar cuando se tratara de él.

No cuando se tratara del «nosotros» que habían estado construyendo.

Solo esperaba llegar a tiempo.

—Necesito ir a Alborea —susurró, sin apenas voz, pero con la determinación que había estado intentando hallar empezando a emerger con la fuerza de un huracán dentro de ella.

Había infinidad de cosas que por fin tenía claras.

Pero ninguna tanto como aquella.

Quería seguir dibujando su vida y su futuro, por más complejo que pudiera llegar a ser, junto al hombre que vivía en el palacio.

Y, por primera vez desde que abandonó Arven, supo que, si conseguía regresar a la Villa, si conseguía volver a recorrerla, ya no temblaría —si él sostenía su mano— al hacerlo.

EDWARD

Había sido imposible no parar en el vivero de Lena mientras regresaba de Devan.

Su madre —que se había unido a última hora al viaje— ni siquiera intentó disuadirlo.

El maletero de los dos coches oficiales que les seguían, ya que contaban con el doble de seguridad al viajar dos miembros de la casa real, estaba lleno —para sorpresa de la mayoría de su séquito— de cada planta que había escogido para el invernadero.

De toda la vida que quería hacer florecer dentro.

Había sido mucho más sencillo terminar de escogerlas en persona que hacerlo por teléfono, solo que, al recorrer los pasillos llenos de infinidad de colores, embaucado por tantos aromas distintos, se había topado, como si de una señal divina se tratara, con lo que en ese instante, no queriendo separarse de ello, llevaba custodiado en el bolsillo de su americana:

Flores de Jamaica.

Julia.

Y su capacidad de estar en todas partes, de tener un espacio permanente en su siempre tan estructurada cabeza.

Salvo cuando se trataba de ella; entonces parecía que el caos, un caos bonito, reinaba dentro.

Añorarla estaba empezando a pesarle tanto que, en días como aquel, amenazaba con tambalear su tan trabajada entereza.

Por eso mismo, mientras miraba por la ventanilla los árboles anaranjados bañados por las luces del mediodía que decoraban el camino de vuelta a Alborea, decidió que, antes de volver a llamar a Olivia para preguntarle por ella —solo lo había hecho una vez—, obviando la promesa que se había hecho de respetar su espacio, intentaría encontrarla de nuevo de la única forma que sentía que podía hacerlo.

Atreviéndose a intentar recrear su receta.

Lo único que le había dejado y a lo que, aunque intentaba negárselo, se había estado aferrando.

Su corazón seguía pidiéndole que creyera en el poder de todo lo que compartían.

«Paciencia, Edward».

Estaba autoconvenciéndose de que lograría hacer el *lemon curd* sin provocar un incidente diplomático en la cocina de su área privada en la Villa, mientras *One Moment in Time* flotaba en el aire, cuando la voz de la emérita llamó su atención:

—Edy, ya sé que te lo he dicho más de una vez durante este mes, pero me parece maravilloso lo que estás haciendo.

—Gracias, mamá —respondió, con honestidad, sabiendo perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

Y, sin poder contenerse, añadió:

—Ahora solo tengo que aprender a cuidarlo.

—Lo harás —contestó Katherine, observándolo con orgullo—. Siempre lo haces.

No supo qué responder, pues aunque estaba desprendiéndose poco a poco de su fachada, en momentos como aquel sentía que todavía la necesitaba.

Solo que su madre, como tantas otras veces, supo ver más allá de su armadura.

—Edward, nunca dudes que alguien que te ha marcado así, aunque ahora esté lejos de ti, ha merecido la pena.

Ese «ahora».

No era el único insensato que tenía fe en volver a verla al menos una vez más.

Aunque solo fuera para tener el honor de contemplar la luz que desprendía.

Cuando el coche finalmente atravesó las puertas de su hogar, tras encargarse de que todas las plantas le esperaran en el invernadero, para acto seguido despedirse de su madre y de Hillary, a quien se encontró nada más llegar y a la que dio la tarde libre —no era la primera vez que lo hacía y no sería la última— para que disfrutara con sus nietas, se dirigió directamente a su habitación.

Y, una vez que recuperó la receta que guardaba en su escritorio, sin tan siquiera cambiarse, entró en la cocina.

Desabrochándose la corbata y dejándola sobre la encimera, junto a la americana en gris marengo que le había acompañado durante esa jornada, tomó la nota entre sus manos.

El papel comenzaba a estar arrugado.

Ya que había vuelto a él más veces de las que estaría dispuesto a admitir.

—No puede ser tan difícil —murmuró, buscando los ingredientes entre la alacena y la nevera.

Aunque, tratándose de él y de sus dotes culinarias, sin ella como guía, su intuición le decía que sí que lo sería.

JULIA

Le faltarían vidas para agradecer la velocidad con la que su círculo —qué suerte tenía de tenerlos— se había movilizado para ayudarla.

Olivia había llamado a Noah, que aquella tarde estaba trabajando con Ella, enseñándole cómo dirigir al equipo de la universidad tras su inminente partida.

Noticia que sus amigos tendrían que contarle con más detalle en cuanto volviera de ver a Edward.

Ella, a su vez, había llamado a su hermano y este último les había confirmado, gracias a Harry, que el rey de Arven acababa de regresar a palacio.

En cuanto su alma gemela se lo dijo, explicándole que podría entrar por la puerta que daba al edificio Astra gracias a Lewis —que avisaría a seguridad—, abrió su mochila y, con toda la delicadeza que la adrenalina le permitió, sacó los cinco sellos.

Guardándolos un parpadeo después en el pequeño bolso que llevaba colgado sobre su chaqueta color crema.

Sin darse tiempo para pensar en qué aspecto tendría, pues eso era lo de menos, se colocó una diadema en color chocolate para apartar su renovada melena dorada del rostro y se acercó hasta Olivia para darle un sonoro beso en la mejilla.

Su mejor amiga estaba contemplándola desde el sofá, acariciando al pequeño DJ, con una sonrisa de oreja a oreja ante su más que visible nerviosismo.

En cuanto le había contado su plan, apenas unas horas antes, habían decidido cerrar Sweet Garden y centrarse en lo que Oli había calificado como «lo más importante».

Y en ese momento, mientras bajaba las escaleras a trompicones con el corazón ya palpitándole a toda velocidad, fue plenamente consciente de algo: si para ella aquellas horas habían sido eternas, no quería imaginar lo que habría supuesto para Edward la espera.

Subiéndose a su bicicleta, sintiendo la libertad que siempre le producía montar en ella, pedaleó hasta el hombre del que no volvería a alejarse.

Hasta Alborea.

Hasta su hogar, el lugar que Ed siempre había intentado que sintiera como un poquito suyo.

Y cuando las puertas de la Villa aparecieron frente a sus cristalinos ojos, mientras recuperaba el aliento, se atrevió a alzar el mentón y contemplar la inmensidad del palacio sin miedo.

Porque ya no sentía Alborea como un lugar al que temer.

Es más, si Edward, después de todo —aunque todavía no tenía ni la menor idea de lo que le diría cuando lo tuviera delante— seguía apostando por ellos, quizá la Villa podría terminar convirtiéndose en un lugar en el que quedarse, en el que poder, a su lado, seguir creciendo.

CAPÍTULO 37

REFUGIO



EDWARD

Una vez que encontró todos los ingredientes —proeza que le llevó más tiempo del que esperaba, ya que el azúcar había decidido jugar al escondite— descubrió que no tenía ni la menor idea de las cantidades que tenía que utilizar, así que, nuevamente, gracias a Julia, tendría que improvisar.

Remangándose la camisa, se dispuso a exprimir diez limones.

Eran todos los que había encontrado.

Mirando el zumo que había logrado obtener, como si de una fórmula química se tratara, pensó en que probablemente necesitaría, como mínimo, otros diez.

Aquello era muy poco líquido.

No obstante, tendría que conformarse.

Por lo que continuó con la ralladura de las cáscaras que había dejado apartadas.

Aferrándose a la precisión milimétrica que solía utilizar en todo lo que hacía, pues la necesitaba.

Ya que no tenía la capacidad innata de la señorita Lorraine para conseguir que crear magia con la comida pareciera el acto más simple del mundo.

«Esto ha sido más fácil», pensó, tras apartar lo que había sobrado, obviando el desastre que estaba organizando.

Y, cuando volvió a posar sus ojos en la receta, viendo con qué ingrediente debía seguir, el leve ruido de unos pasos acercándose consiguió que se diera la vuelta, esperando encontrarse a cualquiera...

A cualquiera menos a ella.

Julia Lorraine Fernández estaba ante sus ojos y necesitó parpadear para confirmar que aquello era cierto.

Su luz dorada, esa que deslumbraba, estaba llenando de vida cada rincón de la estancia.

—¿Es demasiado tarde para ayudarte? —le preguntó ella, llevándose una mano al pelo, sin poder disimular, ante cualquiera que tuviera el privilegio de conocerla, lo nerviosa que estaba.

Fue al escuchar su musical timbre cuando aceptó que quizá su subconsciente no le estaba traicionando.

Era real.

Ella estaba en Alborea.

Más bonita que nunca con una melena al cuello.

Solo tardó un latido más en asimilar que era cierto, el latido en el que sus ojos avellana se encontraron con el azul cristalino de los de ella y, entonces, tras recordar cómo se respiraba, logró responder:

—Llegas justo a tiempo.

Guiado por la conexión que nacía de sus miradas, se atrevió a dar un paso hacia delante, acortando la distancia que los mantenía alejados.

Julia, sin dejar de sostener lo que compartían solo contemplándose, también se permitió dar un paso hacia él.

Al ver ese casi imperceptible movimiento por su parte, no pudo evitar tenderle la mano, mostrándole una media sonrisa genuina y, cuando ella sujetó sus dedos, sin un ápice de duda, fue su corazón quien tomó la delantera, atrayéndola hacia su pecho.

Cuando la tuvo entre sus brazos, enterró la cabeza en su cuello, perdiéndose en la dulzura de su aroma, cerciorándose nuevamente de que era cierto: ella había vuelto.

—Estás aquí —susurró sin poder soltarla, con el miedo a que tenerla frente a él fuera un sueño.

—Sí, Ed, estoy aquí —afirmó ella, acomodándose en el abrazo que él deseó convertir en imperecedero.

No queriendo romper ese momento, en el que sintió que la espera, por más larga que se le hubiera hecho, había merecido la pena, añadió:

—Menos mal, cala —una pausa en la que tomó aire—, porque creo firmemente que la única forma de que esta receta funcione es que la terminemos juntos.

—¿Has conseguido el ingrediente secreto, Alteza?

—¿Otra vez dudando de mí? —cuestionó, aún con ella pegada a su camisa.

Qué difícil fue soltarla cuando ella se alejó, buscando nuevamente su mirada.

—Jamás dudaría de ti, Ed —le dijo con una firmeza en la voz que fue un flechazo directo al centro de su cuerpo—. Ni de nosotros —agregó, noqueándolo de nuevo.

No necesitó escuchar nada más.

Ese «nosotros» era la palabra que condensaba todo lo que estaba sintiendo, todo lo que eran y todo lo que, tras ese abrazo, sintió que podrían llegar a ser.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti —dijo ella, caminando como si flotara, con esa forma suya de fusionarse con cualquier lugar, hacia la caótica encimera.

Lo tenía claro, terminarían aquella receta y después, aunque estuviera sin acabar, aunque aún quedara mucho por construir dentro, le enseñaría el invernadero.

JULIA

El *lemon curd* ya descansaba en la nevera.

Las flores de Jamaica estaban esparcidas sobre la mesa y el olor cítrico que caracterizaba su receta estrella impregnaba cada milímetro de la cocina.

Volver a tener a su lado a Edward había sido tan sencillo como respirar.

Estaba perdida en ese pensamiento, en que juntos, tal y como él le había dicho, habían logrado el postre perfecto, cuando notó la intensidad de sus ojos avellana sobre ella.

Sus manos se habían buscado en cada uno de los pasos que habían seguido.

Desde mezclar el azúcar hasta integrarlo con los huevos y la mantequilla, pero nada podía compararse con el aleteo que burbujeaba en su interior cuando contemplaba el reflejo de la mujer que era en su mirada.

—Tengo una cosa que enseñarte, señorita Lorraine —pronunció Ed, con una anticipación que ella captó en el timbre de su voz.

Anticipación que la llevó a acercarse a él, en silencio, ese silencio compartido que tanto había añorado, y a entrelazar con fuerza, una vez más, sus dedos.

—Te sigo —respondió, parándose un segundo a apreciar la intimidad que solo con unir sus manos eran capaces de compartir.

Los pasos de Edward les llevaron hasta los jardines de palacio.

Los que recorrieron al atardecer sin soltarse.

Independientemente de que la vida aún bullía en palacio y de que cualquiera que los contemplara caminar así reconocería lo que compartían.

Hecho que le dio exactamente igual. No estaba dispuesta a que se volvieran a ocultar.

Pues el miedo que durante tanto tiempo había oprimido su pecho parecía también dispuesto a hallar su lugar dentro de la Villa.

Al llegar al paseo de los naranjos y ver el banco que había sido testigo de su primer «te quiero», sintió la necesidad de repetírselo, pero algo le decía que él ya lo sabía, que siempre lo había sabido, aunque ella solo lo hubiera pronunciado la noche que durmió acurrucada en sus brazos después de la gala.

Sin embargo, en ese momento, quería gritárselo, susurrado en su oído, al mundo entero.

Y no sabía cuánto tiempo más sería capaz de contenerlo.

Fue en aquel instante, en el que estuvo a punto de pararlos, guiada por ese impulso, para tener el honor de volver a decírselo, cuando lo vio a lo lejos.

Un refugio de forja blanca y cristal, emergiendo, como si levitara, al final del sendero.

Custodiado por las últimas flores de azahar de Alborea.

Su corazón, incapaz de asimilar lo que estaba viendo, sintió el deseo incontrolable de perderse dentro.

Como si Edward pudiera leer sus pensamientos, guio sus manos aún unidas a las puertas de lo que, en efecto, era un invernadero.

—Ed... —murmuró, intentando ser capaz de verbalizar todo lo que significaba para ella aquello.

Él, girándose para ponerlos frente a frente, bañados por las luces anaranjadas que vibraban a través de los enormes ventanales que los habían acogido, acarició su mejilla.

¿Quién necesitaba utilizar palabras si ellos eran capaces de hablarse como lo hacían solo sosteniéndose la mirada?

Mirada en la que ella, perdida en sus iris avellana, le susurró que le amaba.

Que entendía aquel gesto.

Que, contra todo pronóstico, él sí había sido capaz de construir un lugar al que ella siempre podría regresar después de volar surcando el cielo.

Un hogar en el que seguir siendo exactamente quien era.

Porque Edward de Valera, la persona que tenía ante ella, jamás había intentado cambiarla.

Y entonces lo entendió: lo mágico que era entroncar y, en especial, encontrarse junto a la persona correcta.

Acercándose aún más a él, se apoyó en su frente, inhalando el aroma de las flores que había a su alrededor y que aún tenían que colocar.

Pero aquello podría esperar al día siguiente, de la misma manera que tendrían que aguardar los sellos que guardaba en su bolso y, exactamente igual que tendría que hacerlo el reino al que tendría —era algo inevitable— que mostrarse.

Pues en ese momento, lo único que quería era volver a sentir la sensación de paz, de plenitud, que solo había hallado bailando en la comisura de sus labios.

EDWARD

Cuando Julia hizo desaparecer con una sonrisa la distancia entre sus bocas —había sido una tortura mantenerla—, todo el ruido que llevaba semanas acompañándole dejó de existir.

Solo estaban ellos.

La caricia del viento otoñal sobre sus rostros.

Las cajas sin abrir.

El futuro aún por descubrir.

Y sus manos aferrándose a su cintura.

Cintura que no soltó mientras regresaban al interior de palacio.

Lugar que ambos miraron siendo conscientes de que todavía quedaban muchos pasos por dar.

Cuando sus bocas volvieron a buscarse, esa noche en la que ella eligió permanecer a su lado, él supo con una certeza irrevocable que ya no volverían a alejarse.

Y, horas después, aún entrelazados en la calidez de su cuarto, asumieron que había llegado la hora de afrontar la realidad.

Solo que, al ponerse de pie con la claridad de un nuevo día, mientras tomaba nuevamente su mano con entereza, la misma que ella le estaba demostrando, no se permitió —nunca lo había hecho— dudar.

CAPÍTULO 38

HOGAR



JULIA

El atardecer en el que se reencontraron en el invernadero había sido el primero de todos los que habían compartido tras su regreso y, sin apenas darse cuenta, o lo que era aún mejor, siendo plenamente consciente de ello, había empezado a sentir Alborea como un poquito suya.

Despertarse al lado de Edward —que sus ojos avellana fueran lo primero que viera cada mañana— se había convertido en un innegociable.

Al igual que lo era cerrar sus días llenando de vida el invernadero.

Por lo que la mayor parte del tiempo que pasaban juntos lo hacían en la Villa, esa que había empezado a mirar con otros ojos y a conocer desde dentro.

Terminaban tan tarde en aquel refugio de forja y cristal, aislados del frío de noviembre, perdidos entre los jazmines y las orquídeas —juntos estaban intentando hacerlas florecer—, que acurrucarse en el área privada, sin necesidad de volver a su apartamento, se había convertido en su plan predilecto.

Aunque a la mañana siguiente regresara a Sweet Garden, al local del que despacio, sintiéndolo como un progreso, se estaba

despidiendo.

Pues el momento del comunicado oficial —el que ella había decidido que estaba preparada para dar, aunque ya no intentaran ocultarse— y el de su último *catering*, que tendrían lugar el mismo día con apenas unas horas de diferencia, ya estaba fijado en el calendario.

El veintidós de noviembre daría el salto con el hombre al que amaba a su lado.

El que jamás había presionado ninguno de sus pasos y, por eso mismo, ella, siguiendo sus propias convicciones, sueños e ideales, estaba siendo capaz de darlos.

Y, con el vértigo que había aprendido a bailar, se permitió sentirlo, abrazarlo y, las horas previas, en las que se encontraba en aquel momento, afrontarlo.

Pues ya se reconocía en aquellos pasillos ornamentados, en los entresijos que había ido descubriendo y sí, también en los lugares públicos de la Villa en los que sostenía con entereza la mano de Ed, como si siempre hubiera tenido un lugar al que volver.

Un hogar entre aquellos muros.

Esa mañana del penúltimo mes del año, mientras cepillaba su corta melena frente al espejo del espacio que había «invadido», casi sin pretenderlo, no solo con más de una planta, también con su cepillo de dientes, sus libros de recetas y, como siempre le decía Edward, con la luz que emanaba —esa que había aprendido a ver—, razonó, durante un instante, todo lo que significaba lo que estaban a punto de hacer.

La nueva catarsis que supondría en su vida.

No titubeó, ya que, cuando sus ojos cristalinos, presos de la emoción, se llenaron de lágrimas, unos brazos que reconocería siempre la abrazaron por la espalda.

—Cala, podemos esperar —susurró en su oído Ed, intuyendo sus dudas.

—No pienso esperar ni un minuto más, Alteza —respondió, perdiéndose en el reflejo de su abrazo en el espejo.

—¿Y si te beso? —preguntó Edward, dejando escapar su cálido aliento en su cuello.

—Edward... —le riñó, cuando su piel, aún erizada, se recuperó de su cercanía.

La carcajada del rey de Arven, que se alejó fingiendo inocencia, ya preparado con un traje de chaqueta azul marino que parecía estar confeccionado a medida por lo increíblemente bien que le sentaba, resonó en todo Liora.

—La prensa podría...

—No voy a llegar tarde a mi primera aparición pública —sentenció, interrumpiéndole, ajustándose la americana del dos piezas de falda y chaqueta en color verde oliva que llevaba.

Su color favorito.

Por más llamativo que fuera —y sí, lo era—, al elegirlo había sentido que aquel tono la representaría frente a los periodistas y que, si perdía la voz ante los medios, también le daría la dosis de valentía extra que podría llegar a necesitar.

Jamás olvidaría quién era y siempre encontraría su ancla en ello.

—July —la nombró Ed, ignorando su reprimenda, porque su tono ligero, tanto como el aire que compartían, la había delatado.

—Te quiero, Edward II de Valera —se adelantó.

Sabía, por el brillo en sus iris, que eso era lo que iba a decirle.

—Siempre un paso por delante —se quejó él, acariciando su mejilla.

—¿Por delante? —cuestionó ella, alzando una ceja, mientras se colgaba de su cuello—. Sabes que prefiero estar a tu lado —añadió, fijando la vista en sus labios.

No pudiendo resistirse, durante apenas un parpadeo, bailó en ellos.

—¿Preparada?

—Preparada —respondió, cuando, recuperando el aliento, se encaminaron hacia la puerta.

Sujetándose al brazo de Ed, llegaron a la sala de prensa en el edificio Lira y entonces él, buscando sus ojos, cogió la mano con la que ella se había estado sosteniendo a su cuerpo y entrelazó sus dedos.

—Juntos —le dijo sin producir sonido alguno.

Leyendo sus labios, con un burbujeo incipiente en su interior, asintió.

Y, tras tomar una última bocanada de aire, caminaron en la misma dirección, hacia el murmullo que, expectante, ya aguardaba su llegada.

EDWARD

El orgullo invadió su pecho por completo aquel día.

Primero, al tener la fortuna de volver a amanecer con ella; después, al ver con la naturalidad con la que se desenvolvió frente a la prensa, ganándose a todos los medios de Arven —era algo que sabía que sucedería— simplemente siendo ella.

Y, cuando pensó que no podría admirarla más, la vio aparecer, desde la cocina de Sweet Garden, con la misma casaca con la que la había conocido tantos meses atrás, portando en una bandeja, junto a Olivia, que sostenía otra, sus mejores recetas.

Esa tarde, en la que dieron la bienvenida al invierno después de hacer pública su historia, se habían reunido todos para la que siempre consideraría la recepción más significativa a la que había tenido el placer de asistir.

Los padres de July, a quienes ya había conocido y quienes ya tenían un hueco en la Villa, la contemplaron exactamente de la misma manera que él, con la emoción vibrando en sus rostros.

—¿Podéis dejar de mirarme así, por favor? —les pidió la protagonista, acercándose a las mesas que habían unificado, en la zona de degustación, para la ocasión.

A puerta cerrada, tendría lugar aquel canónico evento.

La risa de Lewis, que adoraba a la mujer que él amaba, consiguió que todos los presentes se carcajearan.

—No puedo, cala —respondió él, sin importarle en absoluto lo rodeados que se encontraban.

Su madre, que había abandonado Alborea junto a su padre para también acompañarlos, le guiñó un ojo cuando él desvió la mirada.

—¿Podemos empezar ya? —preguntó Ella.

—Impaciente —la llamó Mathew.

Para sorpresa de todos, Julia y él no habían sido los únicos en guardar un secreto, ya que Ella y Mathew llevaban más de un año, sin que nadie lo supiera hasta hacía unas semanas, juntos.

—¡No sé a qué estáis esperando! —exclamó entonces July, sentándose a su lado, estirando el brazo para coger un pedacito de *focaccia*.

Esa espontaneidad tan suya siempre le pellizcaría por dentro.

Y, atesorando ese momento, vio con sus propios ojos cómo ella, sin renunciar a ser la mujer tan extraordinaria que era, le estaba eligiendo.

Eligiendo una vida a su lado, un mañana que ya estaban dibujando y un reinado que, con ella de la mano, volvió a sentir como el mejor regalo.

—Sé que no debería preguntar —habló Noah, mirándole directamente a él, poniéndole freno al huracán de sensaciones indescriptibles que esa velada le estaban recorriendo.

—Pero vas a hacerlo —contestó, suspirando de forma dramática.

Tenía la confianza suficiente con todos ellos para ser solo Edward.

Aunque sus dos mitades hacía tiempo que parecían haber empezado a fusionarse.

Gracias a la dosis de magia de la mujer que sonreía a su derecha, más bonito de lo que la había visto hacerlo nunca.

—Independientemente de que ya no dirija el proyecto...

Noah había dejado la investigación para construir una vida diferente, más presente, junto a Oli.

—Serás el mejor profesor de Liora —afirmó Valentina, mirándole con cariño.

—Coincido —añadió Ella, apoyándose en su chico.

—A lo que iba... —continuó Noah, detestando, de forma visible, que todos le miraran con tanta atención.

—Lo que mi futuro marido quiere preguntarte, Ed —soltó Olivia, ayudándole—, es que si ya hay fecha para la entrega de las becas.

Buscando la mirada de Julia, que ensanchó su sonrisa, dándole aún más vida a sus pecosas mejillas, cuando sus ojos se

encontraron, hablando sin palabras, fue ella la que respondió a lo que todos se estaban preguntando:

—El seis de enero.

Una de las tardes que habían sembrado menta en el invernadero, él, queriendo incluirla, paulatinamente, en cada parte de su vida, le había preguntado si quería ayudarlo con aquello y ella, dejándole sin palabras, no solo había aceptado, sino que desde entonces no había dejado de implicarse en su proyecto con Arven.

Tanto que le sugirió esa fecha, que tenía un significado especial en España.

—Será un regalo de Reyes —finalizó Julia, buscando su mano bajo la mesa.

Era imposible no quererla.

JULIA

Fue Edward quien le ayudó a apagar las luces de Sweet Garden la noche en la que su círculo la acompañó en aquel momento que jamás olvidaría.

Y era precisamente aquello lo que estaba rememorando mientras recorría los jardines de palacio, teñidos de ese tono azulado tan característico del invierno, después de ponerle fin a las navidades más extraordinarias que tenía la suerte de recordar.

Esa tarde Ed se había quedado con su colección de sellos, ampliada con cinco nuevos, los que había colocado en la primera página, emocionado como un niño, la primera mañana que despertaron juntos tras su regreso a Liora.

Mientras caminaba, con un abrigo de paño burdeos, por el sendero de grava, sintió que todo lo que le había llevado a cerrar aquel día el local —que al día siguiente abrió solo Olivia— había merecido la pena.

Con todos a quienes amaba esperándola fuera tras darle la vuelta al cartel, había sido uno de los momentos más dulces de su existencia.

Tanto como los postres que, en una cocina diferente, seguía preparando prácticamente cada día.

—Esta noche hago yo la cena —le dijo Edward, alzando la mirada, cuando la escuchó entrar.

Su nariz del color de las cerezas y sus manos congeladas hicieron que el rey de Arven, solo un segundo después, se levantara para envolverla entre sus brazos.

—Siempre tan atento, Alteza.

Poniendo los ojos en blanco, gesto que captó al no poder resistirse a mirarlo.

No obstante, a pesar de su intento por chincharlo, él la acurrucó aún más contra su pecho.

—Qué difícil sigue siendo conquistarte, cala.

—Es para que nunca bajes la guardia —contestó, siendo tan contradictoria como acostumbraba, mientras apretaba con fuerza su cintura.

Demostrando la cercanía que estaban construyendo juntos, decidió que no iba a desperdiciar ni un segundo lejos de él.

Por lo que improvisaron, mano a mano, una lasaña boloñesa y terminaron la noche con el *lemon curd*, que desde que había vuelto de su viaje por Europa siempre estaba en la nevera.

Horas después, la luna los descubrió aún abrazados.

—Ed, probablemente sea una estupidez, pero... —necesitaba verbalizarlo y quería hacerlo antes de quedarse dormida sobre su pecho.

El deseo se había impuesto en cuanto regresaron a la habitación y estaba a punto de viajar, presa del cansancio, al reino de Morfeo.

—Pero si te preocupa, no lo es —respondió él, trazando círculos en su cabello.

—¿Y si el sábado me quedo en blanco en mitad del discurso? —preguntó, escondiéndose bajo su brazo.

Había sido idea del hombre que seguía acariciándola que fuera ella quien cerrara la entrega de las becas y, aunque había ensayado junto a Harry cómo hacerlo, seguía siendo algo completamente nuevo.

—Todavía puedes arrepentirte, cala, pero si decides hacerlo y, aun así, te quedases en blanco, recuerda dos cosas: la primera, yo estaré allí, sosteniéndote la mano y, la segunda, siempre puedes improvisar.

Efectivamente, su capacidad para la improvisación también tenía cabida en palacio y, con toda su fe puesta en que podría, tal y como estaba haciendo con todo, lograrlo, se quedó dormida con el latido del corazón del rey de Arven acunando sus sueños.

EDWARD

Verla inquieta, revoloteando como un pájaro, era algo digno de toda su atención.

Con un vestido plateado confeccionado por su madre y una capa blanca que cubría su cuerpo, Julia Lorraine estaba casi oficialmente preparada para aquel acto.

Solo le faltaba un pequeño detalle, que él, intentando ser discreto, rescató de su escritorio.

Quién había visto y quién veía aquel espacio.

De la pulcritud a tener un ramo de margaritas adornándolo.

—¿Necesitas ayuda con la corbata, Alteza? —le preguntó July, minutos después, desde la terraza.

Había descubierto que, cuando los nervios se apoderaban de ella, también había encontrado un lugar seguro en esa área.

—Por supuesto.

Era la excusa perfecta para que entrara.

Cuando lo hizo, en cuanto volvió a tenerla frente a él, permitiéndose un segundo para admirarla, con la media melena ondulada, los labios en color fresa y sus pecas brillando, se reiteró en lo bella que era por fuera y, lo que era aún más importante, por dentro.

Volviendo a la realidad, tras olvidarse del mundo contemplando lo preciosa que estaba, abrió ante sus ojos una pequeña caja de terciopelo negro, mostrándole el regalo de Reyes que había estado custodiando.

—Edward de Valera, se suponía que esta mañana habíamos abierto todos los regalos.

Encogiéndose de hombros, le pidió con la mirada su muñeca.

Quería tener el privilegio de adornarla con la pulsera, tan sencilla como delicada, que, con ayuda de Oli y Ella, había elegido para ella.

—Es preciosa, amor —dijo July, admirando, con la ilusión titilando en sus ojos, el *charm* con forma de orquídea blanca que colgaba de ella.

—Repite eso —le pidió, al escucharla llamarle así por primera vez.

—Es preciosa.

Sabía que estaba intentando picarle.

Poniendo una exagerada cara de pena, mientras se pasaba una mano por el mechón castaño que caía sobre su frente, ella, tocándole la barbilla para que la mirara, volvió a decir, tras hacerle sufrir un momento, alto y claro:

—Mi amor.

Y, con el tintineo de esas dos palabras echando raíces en su interior, cogieron su Mercedes negro.

Él conducía, aunque estuvieran siendo seguidos por un séquito de guardaespaldas, hacia la entrega de las becas que representaban el futuro que siempre había imaginado para Arven.

CAPÍTULO 39

FLORECER



EDWARD

El campus de la universidad acogió su llegada arropándolos con cariño.

La biblioteca interior había sido preparada para el acto, también idea de la mujer vestida de plata que tenía a su lado, que había pensado que la entrega sería más excepcional si lo hacían en aquel espacio académico y él, que ya no le tenía miedo a dejarse llevar, había aceptado.

Y, ante sus ojos, tenían el precioso resultado.

Cogiendo su mano, caminaron, como si hacerlo ante los ojos de Arven —más en concreto, ante las cámaras que los habían estado esperando— fuera algo completamente natural entre ellos.

Pues en ningún momento perdieron la complicidad que resumía lo que compartían.

Al entrar en la emblemática estancia, las felicitaciones por la culminación de la iniciativa que casi un año atrás había ideado no tardaron en llegar.

Lo más bonito de recibirlas fue que ninguno de los presentes excluyó de ellas a su pareja, ya que, de una forma tan genuina como extraordinaria, los veían como una unidad.

Incluso cuando se soltaron de la mano y Julia, que ya conocía a varios de los invitados, se mimetizó con el ambiente.

Hablando con todas y cada una de las personas que buscaron su atención, mostrando su entusiasmo —lo leía en sus gestos— cuando hablaba de la educación y de la evolución que ya imaginaba para el país.

Sin embargo, lo que siempre recordaría era tener el privilegio de contemplar su capacidad de escucha.

Manteniéndose al margen, solo caminando a su lado o, mientras él asumía también su cargo, buscándola de soslayo por la engalanada sala que los acogía.

Su empatía y su luz le permitían conectar con cualquier persona que interactuara con ella y, aunque jamás creyó que podría amarla más de lo que ya lo hacía, una vez más Julia Lorraine rompió sus cuadriculadas estructuras.

Porque lo que sentía por ella siempre tendría la capacidad de crecer, llenándolo por completo de una sensación tan única como indescriptible.

JULIA

Se había encomendado a Atenea, repetido todos y cada uno de los mantras que la habían acompañado a lo largo de su vida e intentado imaginar —sin éxito— a todos los que la miraban como un campo con un millar de flores de colores diferentes, todo para intentar acallar el miedo escénico.

Ese que jamás había tenido y había decidido aparecer, de la nada, en el «mejor» momento.

No obstante, ninguna de aquellas brillantes ideas en su primer discurso público —ni siquiera había empezado— estaba funcionando.

El foco de luz estaba iluminando sus mejillas y ella, que había caminado con entereza hasta entonces, tal y como había temido, se había olvidado por completo de lo que tenía que decir.

Entonces, sintiendo la electricidad viajar por cada milímetro de su cuerpo, notó unos dedos entrelazándose con los suyos.

Ed, que estaba a su lado, volvió a apretar la conexión de sus manos para que ella, obviando que estaban ante medio Arven, se atreviera a mirarlo.

Fue en ese instante, cuando se permitió perderse en sus ojos y reconocerse en su mirada avellana, en el que un recuerdo increíblemente oportuno atravesó a la velocidad de la luz su mente.

Aferrándose a él, carraspeó frente al micrófono, logrando que, si alguien no les estaba mirando, lo hiciera.

Y, sosteniendo la mano del rey, recuperando su característico timbre, empezó diciendo:

—Recuerdo la primera vez que escuché a Ed...

«Extraordinario, has empezado por todo lo alto», se reprendió.

—A Edward —se corrigió al momento, desviando los ojos hacia el hombre que le regaló su mejor sonrisa torcida— hablar de estas becas, de la relevancia que tendrían y tengo la certeza absoluta de que seguirán teniendo para nuestro país. Por eso mismo es para mí...

Gracias al cielo su voz había vuelto.

Y no solo eso, también consiguió, contra todo pronóstico, hacer gala de su capacidad para la improvisación, ya que, cuando la recuperó, no dijo ni una sola frase de las que, durante tantas horas, tutelada por Harry, había ensayado.

Tras un largo suspiro con el que dio por finalizado todo lo que le nació decir, asintió al público, que no había dejado de observarla y, como era de esperar, después de la reflexión que de forma espontánea acababa de verbalizar, se sintió —sin juzgarse porque nada había salido como lo había planeado— liviana.

Un aplauso que la llenó por dentro, cuando se apartó del atril, inundó cada milímetro de aquel espacio repleto de libros.

Con el corazón martilleando en el pecho, sin soltarse del lugar seguro que siempre encontraba en la mano de Edward, se alejaron de la vibrante claridad del foco que los había estado señalando.

Las primeras personas en acercarse a ellos para volver a felicitarlos, lideradas por Olivia —su alma gemela recién prometida—, fueron sus amigos, para acto seguido hacerlo sus padres y los antiguos reyes —quienes llevaban toda la noche juntos— y, un

parpadeo después, el grupo de químicos inorgánicos, que tras presentar el proyecto en el que Noah y Ella tanto habían trabajado, habían sido seleccionados, por el consejo y por el rey que la estaba contemplando, como uno de los grupos becados.

—Cala, ese ha sido el mejor discurso de clausura de la historia —murmuró Ed, cuando, tras mirarse, se alejaron a una distancia prudente del centro de la sala.

Sus mejillas se sonrojaron, adquiriendo un tono fresa similar al de su pintalabios.

Para no variar, su piel la estaba traicionando, como se empeñaba en hacer cada vez que Edward decidía alabarla.

—Teniendo en cuenta que he utilizado la mitad de lo que tú dijiste, creo que el mérito no es solo mío —afirmó, acercándose, con lo que creyó que era sutileza, hacia él.

«Frena», se recordó, al mirarle los labios.

No debía olvidar que seguían estando en un evento oficial.

—Nunca me habías contado que conocerme te hubiera causado tanto impacto, señorita Lorraine.

Podría haber seguido con ese pique que él, altanero, estaba propiciando, pero decidió que la honestidad le desarmaría mucho más:

—Fue cuando te escuché hablar con tanta convicción cuando entendí que acababa de empezar a admirarte y que... —se acercó un paso más— ya era algo irrevocable.

Ahí estaba.

El rey de Arven completamente fuera de combate.

No estaba dispuesta a ser la única en esa velada en perder la capacidad de articular palabra.

Mientras sonreía por ello, sintiendo como una auténtica lotería que alguien la mirara como él lo hacía, el pequeño momento de intimidad que estaban compartiendo, con la llegada de Adela y del primer ministro, tuvo que ser pospuesto, al menos hasta que terminaran su primer acto siendo un equipo.

—Señorita Lorraine —le tendió la mano el cargo político más importante del país.

Intentando recordar el protocolo, que seguía —y seguiría— resistiéndosele, le devolvió el gesto.

Para su sorpresa, una encantadora sonrisa se dibujó en el rostro del dirigente.

—Disculpad la interrupción —continuó diciendo—, pero le he pedido a Adela que me acompañe a felicitarla personalmente.

Asintió, notando cómo el rubor que había conseguido controlar en sus pecosas mejillas volvía a emerger.

—Gracias —dijo con una voz que no reconoció.

Pues sonó más fuerte y segura de lo que esperaba.

—Me gustaría añadir que sería un honor continuar conociendo su perspectiva sobre la educación y el futuro de Arven.

«Reacciona, July», se tuvo que repetir y, cuando lo consiguió, terminó aquella conversación con una invitación —con la que no contaba— al próximo consejo.

¿En qué momento había sucedido aquello?

Tal vez en el mismo en el que dejó de sentirse ajena en algo semejante o quizá en el segundo en el que se dio cuenta de que sus ideas, las que pensó que solo escucharía Ed —se había equivocado de pleno—, podrían ser relevantes.

—Cala, ¿te he dicho alguna vez que tienes una habilidad innata para nunca dejar de sorprenderme? —preguntó su acompañante, cuando caminaron juntos hacia el Mercedes, dando por terminada aquella noche tan inesperada como reveladora.

Soltando el aire que había estado conteniendo, se puso frente a él, cortándoles el paso, para anclar los brazos en su cuello y darle el beso que llevaba horas guardando.

Fue demasiado breve para lo que estaban acostumbrados y, literalmente, demasiado frío.

Ya que Liora decidió despedir aquel Día de Reyes con los primeros copos de nieve del año.

En cuanto notaron las primeras estrellas de hielo rozarles la piel, corrieron en busca de refugio hacia el vehículo negro que descansaba aparcado a escasos metros de distancia.

Una vez dentro, riéndose a carcajadas ante aquella jugada magistral del clima, tras poner la radio y permitir que *Making Love*

Out of Nothing at All los acompañara, emprendieron el camino de vuelta a casa.

Fue al mirarle y abrazar desde dentro todo lo que sentía por él, la fuente de inspiración que siempre sería para ella, mientras el rey tarareaba, ajeno a ese tsunami de sentimientos que llenaron sus ojos de lágrimas, cuando supo que la burbuja que compartían —esa que habían construido desde el principio— nunca se había ido y que jamás desaparecería.

Pues juntos, no lo dudaba ni un ápice, se encargarían de seguir, como ya hacían, preservándola.

EDWARD

La Villa había despertado del letargo gris del invierno, llenándose de una vibrante luz anaranjada, de colores vivos que decoraban sus alrededores y del suave viento primaveral que invitaba aún más a perderse en sus jardines.

El tiempo había pasado incontenible y él, que estaba sentado en su despacho, cerrando su agenda y también la de la mujer que se había escapado apenas media hora atrás dejándolo solo con su «cuadrado», sonrió embobado ante aquella certeza.

Porque había sido el tiempo, la paciencia y, no podía olvidarlo —jamás lo haría—, el amor, quienes habían conseguido todo lo que había acontecido en los últimos meses.

Desde las becas, que volverían a conceder ese año, hasta la fundación DJ que la persona con la que compartía su vida —y esperaba que muy pronto, de forma oficial, su legado— había creado, sin olvidar todos los proyectos que con ella a su lado estaban intentando llevar a cabo.

No recordaba Alborea sin que Julia Lorraine formara una parte irremplazable de su equipo y la realidad era que tampoco tenía intención alguna de esforzarse en hacerlo.

Una vez que revisó lo que ambos tenían pendiente —solo dos veces en aquella ocasión—, se asomó a los enormes ventanales de

la estancia y distinguió, a lo lejos, un destello rubio levitando hacia el invernadero.

Ahí estaba el motivo por el que la señorita Lorraine había huido del despacho que compartían hasta que ella terminara —siguiendo los planos que él había dibujado— con la reforma del que sería solo suyo.

Estaba completamente seguro de que Julia habría cogido uno de los nuevos manuales de botánica que acababan de adquirir para la biblioteca y se habría ido, tras parar a por su dosis diaria de té blanco, a disfrutarlo con los rayos de sol que aquel mes de abril les estaba regalando.

Para perderse en ese lugar que habían hecho suyo, llenándolo y cuidándolo durante infinidad de horas, con la dedicación que aquello requería, para convertirlo en el templo repleto de vida que ya era.

Guiado por el deseo de compartir, una vez más, ese espacio con la mujer que amaba, salió del edificio Lira y, siguiendo su luz, llegó hasta ella.

JULIA

Sabía que Ed iría a buscarla, así que sonrió sin apartar los ojos del tomo de botánica al escuchar sus inconfundibles pasos.

Fue al alzar su mirada cristalina, no pudiendo resistirse más a hacerlo, para tener el placer de verlo frente a ella, cuando sus ojos se desviaron hacia una pequeña flor blanca que estaba justo detrás de él.

Una flor que hasta entonces le había pasado desapercibida.

Edward, siguiendo la misma dirección en la que sus ojos se habían quedado clavados, también vio lo que, siendo la más inesperada de las recompensas, habían logrado.

—Julia... —la nombró, tendiéndole la mano para que se acercara a contemplar de cerca la primera orquídea que nacía en palacio.

Apreciándola, como solo una persona que ha luchado por hacerla florecer es capaz de hacer, sintió en su corazón lo que consideró la felicidad más pura.

Con los dedos de Edward de Valera entrelazados a los suyos, apretó con ternura aquel vínculo para, acto seguido, refugiarse en sus ojos color avellana.

Cuando sus frentes se unieron, la brisa envolvente de la estación más bonita del año le susurró que sus sueños, esos que se habían transformado, se estaban materializando.

Y que lo estaban haciendo, día a día, eligiendo y encontrando su lugar en el mundo, junto a él.

Junto al rey.

EPÍLOGO



UN TIEMPO DESPUÉS...

Una risa llena de vida, tanto como el lugar en el que se encontraban, delató la posición de la pequeña Isabelle, que estaba escondida tras el banco de piedra del lugar más bonito de Alborea, que ese año había superado cualquier expectativa, regalándoles las que tal vez fueran las flores más extraordinarias que habían tenido el honor de contemplar.

Aunque eso era lo que se decían cada día, en el que se perdían, de la mano, admirándolas.

La princesa de Arven, que cumpliría seis años aquella primavera, esa mañana les estaba «enseñando» a jugar al escondite de una forma diferente a como ellos, años atrás, habían jugado.

Y solo dejaron de correr tras ella por los jardines de palacio cuando la infante, con las mejillas llenas de pecas completamente sonrojadas, cansada de que la persiguieran después de encontrarla —siempre en el mismo sitio—, regresó al que también había convertido, desde que empezó a caminar, en su refugio particular, al que siempre podría volver cuando echara a volar.

—Mamá, papá —les llamó, con la emoción bailando en la dulzura de su timbre.

Los reyes, con los dedos entrelazados, guiados por su entusiasmo, se acercaron a mirar lo que su hija les estaba señalando.

Una nueva orquídea, bajo la suave luz del mediodía, estaba naciendo en palacio.

Mirándose, con esa complicidad que no había dejado de crecer con el paso del tiempo, se prometieron, sin la necesidad de usar palabras, contarle algún día —tal vez un instante después, cuando regresaran, echando una carrera, de vuelta al interior de la Villa, donde sabían que terminarían dibujando con ella durante horas— cómo habían llenado de vida aquel invernadero y cómo habían convertido a esa delicada flor blanca en uno de los símbolos del amor tan único que compartían.

Ese que cuidaban y cuidarían, latido a latido, por convertir en imperecedero.

AGRADECIMIENTOS

A ti, que has terminado esta historia, que me has dado la oportunidad de poner mi sueño en tus manos, gracias por elegir a July y Ed para acompañarte.

Como autora, considero un regalo que alguien elija tu novela, así que estoy y siempre estaré eternamente agradecida por ello.



Mamá, gracias por sostenerme en cada paso, por ser «casa» y por creer, desde que te conté la idea, que esta historia tenía alas.

Yaya, ver tu sonrisa cada mañana mientras invado tu casa en busca de inspiración es todo lo que necesito para no rendirme. Gracias por dejarme «ser» contigo.

A la fotografía de mis abuelos, junto a los dibujos que me hace mi chiquitina, gracias por recordarme por qué elijo, cada día, luchar por todo esto.

Bro, gracias por estar conmigo cuando no estoy «presente» y por los paseos a la tostadora mientras me pierdo en mis mundos.

Noe y Noa, gracias por ser la mejor compañía en las tardes que necesito una dosis extra de cafeína.

Tía Mari, tío Celso y Aitor, gracias por estar a mi lado, de una forma u otra, siempre.

Martha, gracias por mirar a mis personajes con los ojos con los que lo haces y por quererlos, desde el primer instante, tanto como yo.

Eva, contigo siempre sobran las palabras, y eso que ambas amamos escribir. Todo se resume en que nunca me cansaré de darte las gracias por quedarte en mi vida.

María y Paula, gracias por leer cada chupito y por emocionaros con cada capítulo compartido conmigo. Os quiero infinito.

Dani, Sara y Bea, vosotros sois el mayor regalo que perseguir mi sueño —escribir historias que pellizquen el corazón— me ha dado. Gracias por aguantarme, una vez más, en mi cuadrado.

Mireya, gracias por permitirme ser tu lectura de confianza y por esperar, odiando las novelas románticas, esta nueva locura.

Noe y Patri, las redes sociales nos han unido justo antes de embarcarme en esta aventura y no podría hacerme más feliz contar con vosotras.

A mis fieles lectores y a mi pequeña comunidad de Instagram, a la que ahora también se ha unido una chiquitina en TikTok, sois todo lo que está bien en la vida y necesitaré más de una reencarnación para agradecer el apoyo inconmensurable que me dais.

A July y Ed, mis protagonistas y, más en concreto, a Arven, gracias por permitirme soñar, imaginar y crear —a lo grande — con vosotros.

A Helena, mi pequeña, gracias por creer en mí como lo haces, por acompañarme cuando estoy creando y por sonreírme así, como si sintieras que soy tu superheroína.

A Pedro, mi señor «P», qué afortunada me siento por ser tu mamá. Escribir contigo en mis brazos ha sido mágico.

A Aarón, el hombre que siempre espera, custodiando mis murallas, cuando me alejo para encontrarme. Gracias por ser mi compañero de vida.

Y, para terminar:

Gracias a todas las personitas vitamina que formáis parte de mi día a día. Sois luz y una fuente inagotable de energía.

Por vosotros, la frase que más repito a lo largo del día cobra sentido.

¿La repetís conmigo?

↓

¡Sigamos soñando!

Nerea Martín.

ACERCA DE LA AUTORA



Me llamo Nerea Martín de la Rúa y nací el 22 de junio de 1997 en Valladolid.

Se supone que estas líneas deberían ser una biografía sobre mí, pero, aunque soy escritora, no tengo ni la menor idea de qué contarte. Probablemente este no es el texto que esperabas estar leyendo, pero créeme cuando te digo que entre las páginas de esta novela descubrirás más sobre mí de lo que yo podría llegar a contarte.

Así que, si eres de las personas que lee estos pequeños detalles de la novela, me presento nuevamente: soy Nerea y, al igual que tú, amo descubrir hasta los detalles más insignificantes de cada libro que llega a mis manos.

Pero, si te puede la curiosidad y realmente quieres saber más cosas sobre mí, puedes escribirme y estaré encantada de responder a todas tus preguntas.



OTRAS OBRAS DE NEREA MARTÍN

Para saber más sobre Nerea Martín, basta con enfocar el código QR con la cámara del móvil para que automáticamente aparezca en vuestro *smartphone* **toda su historia y detalles** en su página de autor en Amazon.

